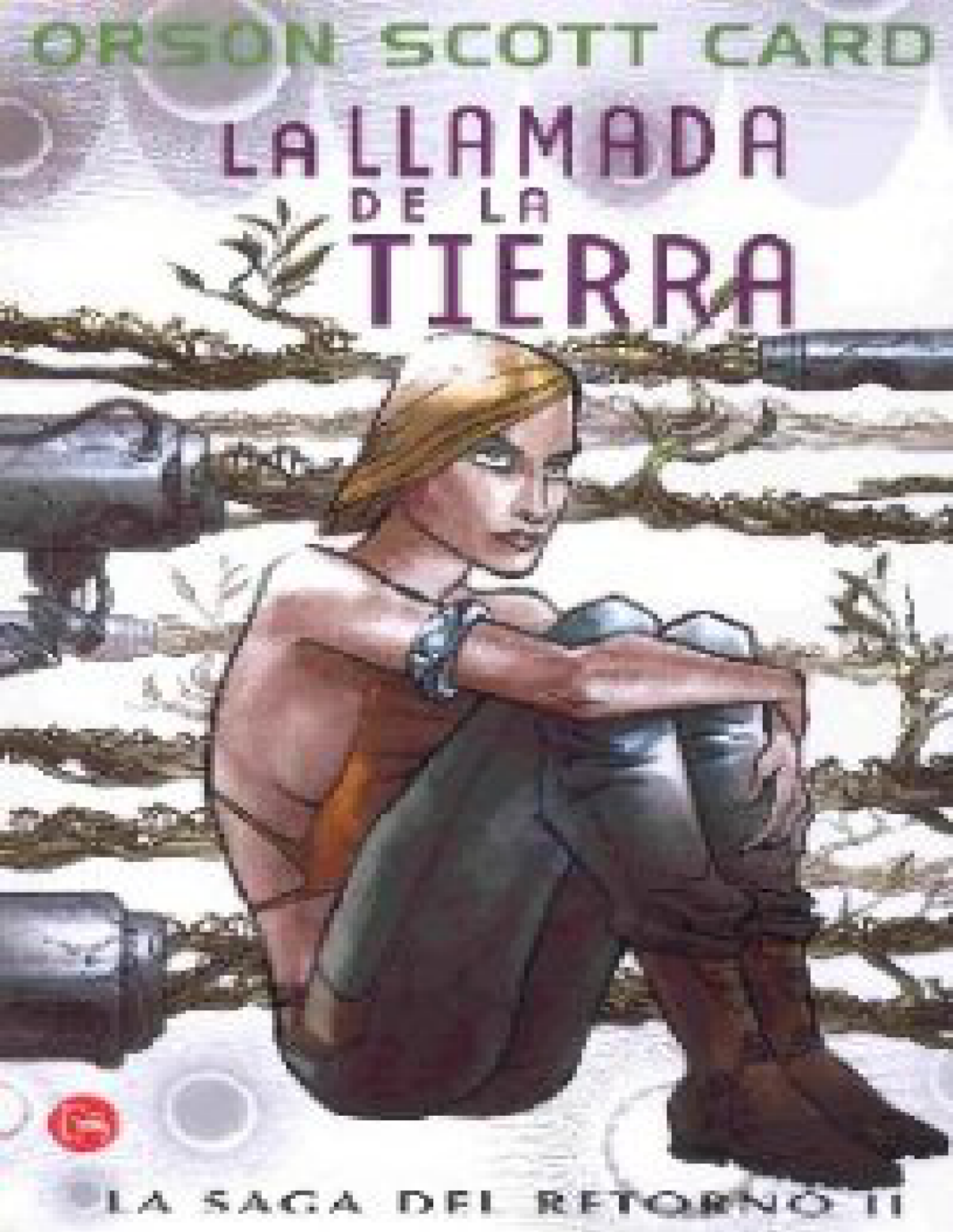
ORSON SCOTT CARD

LA LLAMADA DE LA TIERRA



LA SAGA DEL RETORNO II

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Desde hace cuarenta millones de años, la colonia humana del planeta Armonía ha sido gobernada por un poderoso ordenador conocido como Alma Suprema, que es venerado casi como un dios. Su misión ha sido mantener alejado al hombre de la capacidad destructiva que le obligó a abandonar la Tierra. Pero su influencia ha ido menguando con el tiempo y ahora un general rebelde, Moozh, se atreve incluso a utilizar tecnologías prohibidas. Nafai, un habitante de la ciudad de Basílica, es designado por Alma Suprema para salvar al planeta de la catástrofe y preparar en secreto un viaje, quizá imposible, de regreso a la Tierra.

El general Moozh, del ejército de los gorayni, tiene unas ansias implacables de conquistar territorios y muchos han sido sus esfuerzos para ganarse una buena reputación. Pero, sus verdaderos motivos son más oscuros, pues pretende traicionar al imperátor, la máxima autoridad de los gorayni, porque éste conquistó, humilló y erradicó su pueblo y quiere venganza. Pese a que Alma Suprema le hace olvidarse de muchos de sus planes, está consiguiendo que cada vez sea vea menos influido por su poder de persuasión, lo que le convierte en un gran peligro para la paz. Además, ha conseguido una valiosa información sobre la ciudad de Basílica: ésta se encuentra indefensa y desconcertada tras la muerte del tirano que pretendía dominarlo. Así que elabora un ambicioso plan para tomar la ciudad con mil hombres y sin tener que usar la fuerza.

Por otro lado, Nafai y sus hermanos, que se encontraban exiliados en el desierto junto a su padre, reciben un sueño de Alma Suprema que les insta a volver a Basílica para desposar a sus amadas, regresar al desierto con ellas y crear así una pequeña colonia de elegidos en la casi imposible misión de llegar al planeta Tierra. Pero lo que de por sí ya no es una tarea fácil, es cada vez más complicado y peligroso, pues Nafai es buscado por asesinato, la ciudad ha sido tomada por Moozh y sus hermanos, codiciosos y llenos de ira porque Nafai tiene revelaciones, ansían la mínima oportunidad para acabar con su vida.

- Orson Scott Card
  - NOTA SOBRE PARENTESCOS
  - APODOS
  - PRÓLOGO
  - 1. TRAICIÓN
    - EL SUEÑO DEL GENERAL
    - EN BASÍLICA, Y NO EN UN SUEÑO
  - 2. OPORTUNIDAD

- EL SUEÑO DE LA VIDENTE
- EN KHLAM, Y NO EN UN SUEÑO

3. PROTECCIÓN
- EL SUEÑO DEL PRIMOGÉNITO
- EN BASÍLICA, Y NO EN UN SUEÑO

4. ESPOSAS
- EL SUEÑO DE LA GENETISTA
- EN EL CONSEJO DE LA CIUDAD, Y NO EN UN SUEÑO

5. ESPOSOS
- EL SUEÑO DE LA MUJER SAGRADA
- EN BASÍLICA, Y NO EN UN SUEÑO

6. BODAS
- EL SUEÑO DE LA DESCIFRADORA
- EN LA CASA DE GABALLUFIX, Y NO EN UN SUEÑO

7. HIJAS
- EL SUEÑO DE LA DAMA
- EN LA ORQUESTA, Y NO EN UN SUEÑO

EPÍLOGO

Orson Scott Card
La llamada de la Tierra

NOTA SOBRE PARENTESCOS

Dadas las costumbres matrimoniales de la ciudad de Basílica, las relaciones familiares pueden ser complejas. Tal vez estos gráficos contribuyan a aclarar las cosas. Los nombres femeninos están en cursiva.

FAMILIA DE WETCHIK
Volemak, el Wetchik
(de *Hosní)* Elemak
(de *Kilvishevex)* Mebbekew
(de *Rasa)* Issib y Nafai

FAMILIA DE RASA
Rasa
(de Wetchik) Issib
(de Gaballufix) *Sevet y Kokor*
(de Wetchik, segundo contrato) Nafai

SOBRINAS DE RASA
(sus mejores estudiantes, «adoptadas» en una relación permanente de mecenazgo)
Shedemei, Dol, Eiadh y, Hushidh y Luet (hermanas)

FAMILIA DE HOSNI
Hosni
(de Zdedhnoi) Gaballufix (de *Rasa) Sevet* (compañera de Vas) y *Kokor* (compañera de Obring)
(otros) Psugal, *Azhy* Okhai
(de Wetchik) Elemak

APODOS

La mayoría de los nombres tienen diminutivos o formas familiares. Por ejemplo, los allegados e íntimos de Gaballufix pueden llamarlo Gabya. Aquí se enumeran otros apodos. (De nuevo, puesto que estos nombres no resultan familiares, transcribimos en cursiva los nombres femeninos):

Dhelembuvex — Dhel
Dol — Dolya
Drotik — Dorya
Eiadb — Edhya
Elemak — Elya
Hosni — Hosya
Hushidh — Shuya
Issib — Issya
Kokor — Koya
Luet — Lutya
Mebbekew — Meb
Nafai — Nyef
Obring — Briya
Rasa — (sin diminutivo)
Rashgallivak — Rash
Roptat — Rop
Sevet — Sevya
Shedemei — Shedya
Truzhnisha — Truzhya
Vas — Vasya
Volemak —Volya
Wetchik — (sin diminutivo; título familiar de los Volemak)
Zdorab — Zodya

PRÓLOGO

El ordenador maestro del planeta Armonía no estaba diseñado para intervenir de forma tan directa en los asuntos humanos. Estaba profundamente perturbado por haber inducido al joven Nafai a asesinar a Gaballufix. Pero el ordenador maestro no podía regresar a la Tierra sin el índice, y Nafai no habría podido obtener el índice sin matar a Gaballufix. No había alternativa.

¿O sí la había? Soy viejo, se dijo el ordenador maestro. Tengo cuarenta millones de años, y no soy una máquina diseñada para durar tanto tiempo. ¿Cómo puedo saber si mi juicio es atinado? Mi juicio causó la muerte de un hombre, y al joven Nafai le remuerde la conciencia por el acto que le induje a cometer. Todo ello con el propósito de llevar el índice de vuelta a Zvezdakroog, para que yo pudiera regresar a la Tierra.

Ojalá pudiera hablar con el Guardián de la Tierra. Ojalá el Guardián me dijera qué hacer. Entonces podría actuar sin aprensiones. Entonces no dudaría de cada uno de mis actos, no me preguntaría si las decisiones que tomo son fruto de mi decadencia.

El ordenador maestro necesitaba hablar con el Guardián, pero no podía hablar con el Guardián sin regresar a la Tierra. Era un frustrante círculo vicioso. El ordenador maestro no podía actuar sabiamente sin la ayuda del Guardián, pero tenía que actuar sabiamente para llegar al Guardián.

—¿Y ahora qué? ¿Ahora qué? Necesito sabiduría, pero ¿quién me guiará? Tengo conocimientos mucho más vastos que cualquier humano, pero sólo puedo buscar consejo en las mentes humanas.

¿Le bastarían las mentes humanas? Ningún ordenador poseía la genial anti-organización del cerebro humano. Los humanos tomaban asombros as decisiones basadas en datos fragmentarios, porque su cerebro los recombinaba de modos extraños y certeros. Sin duda era posible hallar en ellos alguna sabiduría.

Y aunque no fuera así, valía la pena intentarlo.

El ordenador maestro utilizó sus satélites para proyectar imágenes en la mente de los humanos más receptivos a sus transmisiones. Las imágenes que proyectaba el ordenador maestro comenzaron a introducirse en la memoria de esos humanos, obligando a sus mentes a afrontarlas, a concatenarlas, a infundirles sentido. A crear con las imágenes esos extraños y vigorosos relatos que ellos llamaban sueños. Tal vez en los siguientes días, en las siguientes semanas, aflorase en sus sueños alguna asociación o intuición que permitiera al ordenador maestro seleccionar a los mejores del planeta Armonía para llevarlos a su hogar, la Tierra.

Durante años los he guiado y enseñado, los he modelado y protegido. Ahora, al final de mi vida, ¿están preparados para guiarme y enseñarme, para modelarme y protegerme? Es improbable. Tan improbable que quizá deba decidir por mi cuenta. Y cuando decida, sin duda me equivocaré. Tal vez no deba actuar. Tal vez no deba actuar en absoluto. No lo haré. Pero debo hacerlo.

Espera.

Espera.

Una vez más, espera…

1. TRAICIÓN

EL SUEÑO DEL GENERAL

El general Vozmuzhalnoy Vozmozhno despertó sudando y gimiendo. Abrió los ojos, extendió la mano agarrotada. Otra mano se la cogió, se la sostuvo.

Una mano de hombre. Era el general Plodorodnuy. Su lugarteniente de confianza. Su amigo más querido. Su corazón más entrañable.

—Estabas soñando, Moozh. —Sólo Plod se atrevía a usar ese apodo delante de él.

—Sí, estaba soñando. —Vozmuzhalnoy, Moozh, tiritó al recordar —. Vaya sueño.

—¿Era portentoso?

—Espantoso.

—Cuéntame. Algo entiendo de sueños.

—Sí, lo sé, como algo entiendes de mujeres. Cuando terminas con ellas, dicen lo que tú quieres.

Plod rió, pero aguardó. Moozh ignoraba por qué era reacio a contarle ese sueño a Plod. Le había contado muchos otros.

—Pues bien, he aquí mi sueño. Vi a un hombre de pie en un claro, alrededor de él volaban criaturas horribles… no eran aves, pues tenían pelaje, y eran mucho más grandes que los murciélagos. Volaban en círculos, y descendían para tocarlo. El hombre se quedaba quieto. Y cuando lo hubieron tocado, todas se elevaron, salvo una, que se le posó en el hombro.

—Ah —dijo Plod.

—No he concluido. De inmediato salieron ratas gigantes de unos hoyos que había en el suelo. Tenían un metro de largo y la mitad de la altura de un hombre. Y una por una, todas fueron tocándolo.

—¿Cómo? ¿Con los dientes? ¿Con las garras?

—Y los hocicos. Lo tocaban, no sé nada más. No me distraigas.

—Perdón.

—Cuando todas lo hubieron tocado, se marcharon.

—Excepto una.

—Sí. Se le aferró a la pierna. Ya vas captando la idea.

—¿Qué sucedió luego?

Moozh tiritó. Había sido lo más espantoso, pero no comprendía por qué.

—Gente.

—¿Gente? ¿Iba a tocarlo?

—A besarlo. Las manos, los pies. A adorarlo. Miles de personas. Pero no sólo besaban al hombre. También besaban a esa criatura volante. Y a la rata gigante que se le aferraba a la pierna. Los besaban

a todos.

—Ah —dijo Plod. Parecía preocupado.

—¿Y bien? ¿Qué es? ¿Qué profetiza?

—Obviamente el hombre que viste es el imperátor.

A veces las interpretaciones de Plod eran certeras, pero el corazón de Moozh se negaba a asociar al imperátor con el hombre del sueño.

—¿Por qué es tan claro? No se parecía en nada al imperátor.

—Porque toda la naturaleza y toda la humanidad lo adoraban.

Moozh se encogió de hombros. No era una de las interpretaciones más sutiles de Plod. Por otra parte, nunca había oído decir que los animales amaran al imperátor, que se consideraba un gran cazador. Claro que sólo cazaba en sus parques, donde los animales estaban domesticados y no temían a los hombres, y los depredadores estaban entrenados para aparentar ferocidad pero no atacar nunca. El imperátor representaba su papel en una elocuente demostración de la lucha entre el hombre y la bestia, pero no corría el menor peligro, a diferencia de esos animales desprevenidos y expuestos a sus rápidos dardos, su recta jabalina, su afilada espada. Si esto era adoración, si esto era la naturaleza, pues sí, podía decirse que toda la naturaleza y la humanidad adoraban al imperátor…

Plod ignoraba estos pensamientos de Moozh; si alguien tenía la mala suerte de abrigar pensamientos irrespetuosos acerca del imperátor, procuraba no poner a los amigos en el mal trance de conocerlos.

Plod continuó con su interpretación del sueño de Moozh.

—¿Qué profetiza esta adoración del imperátor? Nada en sí misma. Por el hecho de que te repugnara, ese rostro que te hizo retroceder horrorizado…

—¡Besaban a una rata, Plod! Besaban a esa repulsiva criatura volante…

Plod lo miró en silencio.

—No me horroriza que la gente adore al imperátor. Yo mismo me he arrodillado ante el Trono Invisible, y me he sentido impresionado por su presencia. No era horrible, sino… edificante.

—Eso dices tú —declaró Plod—. Pero los sueños no mienten. Tal vez necesites purgarte de algún mal que anida en tu corazón.

—Oye, fuiste tú quien dijo que mi sueño era sobre el imperátor. ¿Por qué no pudo ser cualquier otro hombre… el gobernador de Basílica?

—Porque la despreciable ciudad de Basílica tiene un gobierno de mujeres.

—Pues cualquier otra ciudad, entonces. Aun así, creo que el sueño fue sobre…

—¿Sobre qué?

—¿Cómo voy a saberlo? Me purgaré, por si tienes razón. No soy un intérprete de sueños. —Esto le obligaría a perder varias horas en la tienda del intercesor. Era una lata, pero también era políticamente necesario pasar allí varias horas por mes, pues de lo contrario los rumores sobre su impiedad llegarían hasta Gollod, donde el imperátor decidía quién merecía el mando y a quién correspondía la degradación o la muerte. Moozh pensaba visitar el tabernáculo del intercesor de todos modos, pero lo detestaba tanto como un niño detesta un baño—. Déjame en paz, Plod. Me has hecho muy desdichado.

Plod se arrodilló y cogió la mano derecha de Moozh entre las suyas.

—Ah, perdóname.

Moozh lo perdonó al instante, pues eran amigos. Esa mañana salió a matar a los jefes de varias aldeas khlami. Los aldeanos juraron de inmediato su amor y devoción al imperátor, y cuando el general Vozmuzhalnoy Vozmozhno fue ese atardecer a purgarse en el santo tabernáculo, el intercesor lo perdonó de buen grado, pues ese día el general había enaltecido el honor y la majestad del imperátor.

EN BASÍLICA, Y NO EN UN SUEÑO

Acudían desde toda la ciudad de Basílica para oír cantar a Kokor, y a ella le encantaba ver sus rostros radiantes cuando salía al escenario y los músicos tañían sus cuerdas o soplaban sus instrumentos de viento, con ese sonido suave y susurrante que siempre era su acompañamiento. Kokor cantará para nosotros, decían sus rostros. Esa expresión le gustaba más que cualquier otra, más que la de un hombre espoleado por el deseo en el instante del gozo. A un hombre le importaba poco quién le brindara los placeres del amor, pero al público le importaba mucho que fuera Kokor quien ocupara el escenario y articulara las raudas notas con esa voz lírica y dulce que flotaba sobre la música como pétalos en un arroyo.

Al menos así deseaba que fuera. Así lo imaginaba, hasta que salía al escenario y veía las miradas. El público de esa noche era mayoritariamente masculino. Hombres que la exploraban con los ojos. Debería negarme a cantar en comedias, se repitió. Debería exigir que me tomaran con tanta seriedad como a mi querida hermana Sevet, con su voz grave y masculina, su voz de rana amanerada. A ella la miran con expresión de éxtasis estético. Hombres y mujeres. No la desnudan con la mirada. Tiene un cuerpo tan rechoncho que no vale la pena desnudarlo, y la pobrecilla se mueve con mucha torpeza. Todos cierran los ojos y la escuchan, que es mucho mejor que mirarla.

Qué mentira. Qué mentirosa soy, incluso conmigo misma.

No debo ser tan impaciente. Sólo es cuestión de tiempo. Sevet es mayor, yo apenas he cumplido dieciocho años. Ella también tuvo que actuar en comedias durante un tiempo, hasta que se hizo famosa.

Kokor recordaba las anécdotas de su hermana en esos primeros tiempos, más de dos años atrás, cuando Sevet tenía casi diecisiete: continuamente debía aplacar el ardor de sus admiradores, que se empeñaban en entrar fogosamente en el camerino, hasta que ella contrató a un guardaespaldas para desalentar a los más apasionados. «Es todo cuestión de sexo — decía entonces Sevet—. Las canciones, los espectáculos, hablan de sexo, y con eso sueñan los espectadores. Procura no hacerles soñar más de la cuenta.»

¿Buen consejo? Claro que no. Cuanto más soñaran con ella, más dinero valdría su nombre en los folletos que anunciaban la obra. Hasta que al fin, con un poco de suerte, el folleto ni siquiera mencionaría el espectáculo. *Sólo* a la protagonista, y el lugar, el día y la hora… y cuando ella apareciera habría cientos de espectadores, y cuando sonara la música no la mirarían con esos ojos procaces, sino como si fuera un sueño etéreo.

Kokor caminó hacia su lugar en el escenario, oyó los aplausos. Se

volvió hacia el público y entonó una nota aguda y vibrante.

—¿Qué es eso? —preguntó Gulya, el actor que representaba al viejo libidinoso—. ¿Ya estás gritando? Pero si ni siquiera te he tocado.

El público rió, pero no demasiado. Esta obra tenía problemas. Era floja desde el principio, y Kokor lo sabía, pero con esas risas desganadas no llegarían muy lejos. Dentro de pocos días tendría que comenzar otro ensayo. Otra obra. Debería memorizar más letras estúpidas y melodías absurdas.

Sevet escogía sus canciones. Los compositores acudían a ella para rogarle que cantara sus obras. Sevet no tenía que desperdiciar la voz buscando las carcajadas del público.

—No estaba gritando —cantó Kokor.

—Estás gritando ahora —entonó Gulya, y se acercó para manosearla. Su voz de bajo profundo siempre resultaba graciosa cuando la usaba así, y el público respondió. Quizá pudieran salvar la obra, a pesar de todo.

—¡Pero ahora me estás tocando! —repitió Kokor, elevando la voz en una nota agudísima que quedó suspendida en el aire…

Como el aleteo de un ave, para quien supiera apreciar la belleza.

Gulya esbozó una mueca y le apartó la mano de los senos. Kokor bajó la voz dos octavas. Oyó risas. Las risas más entusiastas hasta el momento. Pero sabía que la mitad del público se reía porque Gulya giraba cómicamente al apartarle la mano del pecho. Era un auténtico maestro. Era una lástima que su estilo de payaso hubiera pasado de moda. El mejoraba con la edad, pero estaba perdiendo su público. Los espectadores buscaban a los escritores satíricos jóvenes más ácidos y virulentos, la comedia violenta, brutal, hiriente.

La escena continuó. Estallaron más risas. La escena terminó. Aplausos. Kokor abandonó el escenario aliviada. Y también decepcionada. Ningún espectador la vitoreaba, nadie había gritado su nombre ni una sola vez. ¿Cuánto más tendría que esperar?

—Demasiado bonito —rezongó Tumannu, la productora teatral—. Esa nota debe sonar como si llegaras al orgasmo. No como un pájaro.

—Sí, sí —dijo Kokor—. Lo lamento.

Siempre decía que sí a todo y después actuaba a su antojo. Esta comedia no valía la pena si no podía lucir la voz de vez en cuando. Y hacía reír cuando actuaba a su manera, ¿o no? Nadie podía reprocharle su actuación. Tumannu sólo quería que fuera sumisa, y Kokor se resistía. La sumisión era para los hijos, los esposos y los animales domésticos.

—No como un pájaro —repitió Tumannu.

—¿Por qué no puede ser un pájaro llegando al orgasmo? —preguntó Gulya, que regresaba del escenario.

Kokor rió entre dientes e incluso Tumannu sonrió de mala gana.

—Alguien te espera, Kyoka —dijo Tumannu.

Era un hombre. Pero no un admirador de su obra, pues en ese caso habría estado en el frente, contemplando su actuación. Kokor lo había visto antes. Sí, aparecía de vez en cuando, cuando Wetchik, el esposo permanente de Madre, iba de visita. Era el mayordomo de Wetchik. Administraba la tienda de flores exóticas cuando Wetchik salía con una caravana. ¿Cómo se llamaba?

—Soy Rashgallivak —dijo él, con suma gravedad.

—¿Sí?

—Lamento informarte de que tu padre ha sido víctima de un acto de violencia.

La desconcertada Kokor tardó un instante en comprenderlo.

—¿Alguien le ha herido?

—Fatalmente.

—Oh —dijo Kokor, desconcertada por la respuesta—. ¿Eso significa que está… muerto?

—Lo atacaron en la calle y lo mataron a sangre fía —asintió Rashgallivak.

Kokor no se sorprendió. Últimamente Padre se había portado como un déspota, al enviar a todos esos soldados enmascarados a las calles. Aterraba a todo el mundo. Pero Padre era tan fuerte y enérgico que costaba imaginar que alguien pudiera frustrar sus planes por mucho tiempo. Y mucho menos para siempre.

—¿No hay esperanzas de… recuperación? Gulya estaba cerca e intervino naturalmente en la conversación.

—Parece tratarse de un caso normal de muerte, con lo cual el pronóstico no es favorable — rió.

Rashgallivak le dio un violento empujón que le hizo tambalear.

—Muy gracioso.

—¿Ahora dejan entrar a los críticos entre bastidores? —dijo Gulya —. ¿Durante la representación?

—Lárgate, Gulya —dijo Kokor. Había sido un error acostarse con el viejo. Desde entonces se creía con derecho a entrometerse en cuestiones personales.

—Naturalmente, lo mejor sería que me acompañaras —dijo Rashgallivak.

—No —dijo Kokor—, no sería lo mejor. —¿Quién era aquel hombre? Que ella supiera, no eran parientes. Kokor tendría que acudir a Madre. ¿Estaba Madre al corriente?—. ¿Madre ya sabe…?

—Por supuesto, se lo conté primero a ella, y ella me dijo dónde encontrarte. Son tiempos muy peligrosos, y le prometí que te protegería.

Kokor supo que Rashgallivak estaba mintiendo. ¿Para qué necesitaba la protección de un desconocido? ¿Y de qué iba a

protegerla? Pero los hombres siempre usaban la protección como excusa. Cuando un hombre hablaba de proteger a una mujer, sólo deseaba adueñarse de ella. Y si ella quisiera que un hombre fuera su dueño, ya tenía un esposo. No necesitaba que la cuidara aquel viejo imbécil.

—¿Dónde está Sevet?

—Aún no la hemos encontrado. Insisto en que me acompañes.

Tumannu se entrometió.

—Kokor no irá a ninguna parte. Aún le quedan tres escenas, incluyendo el final.

Rashgallivak abandonó su aire de tonta timidez para enfrentarse a ella con inesperada arrogancia.

—¿Crees que se quedará a terminar una obra cuando acaban de matar a su padre? — declaró. Kokor se preguntó si esa arrogancia ya había estado antes pero ella no la había visto.

—Sevet debe enterarse de lo que ha sucedido —contestó Kokor.

—Se lo diremos en cuanto la encontremos.

¿Diremos? ¿Quiénes? No importa, pensó Kokor. Yo sé dónde encontrarla. Conozco todos los lugares adonde lleva a sus amantes para no ofender a su pobre esposo, Vas. Sevet y

Vas, como Kokor y Obring, tenían un matrimonio abierto, pero Vas no era tan flexible como Obring. Algunos hombres eran muy… territoriales. Quizá fuera porque Vas era científico, no artista. Obring, en cambio, entendía la vida artística. Nunca se le ocurriría imponerle un cumplimiento estricto del contrato matrimonial. A veces le gastaba bromas acerca de los hombres con quienes ella salía.

Kokor, por supuesto, jamás insultaría a su esposo mencionándolos ella misma. Era distinto si él oía rumores. Cuando Obring los mencionaba, Kokor ladeaba la cabeza y decía: «Tonto, tú eres el único a quien quiero.»

Y de algún modo era cierto. Obring era encantador, aunque no tuviera el menor talento teatral. Siempre le llevaba regalos y le contaba sabrosos chismes. Por eso Kokor había renovado dos veces el contrato matrimonial. La gente comentaba que ella era muy fiel, pues estaba casada con su primer esposo desde hacía más de dos años, siendo una bella joven que podía casarse con cualquiera. Había aceptado ese matrimonio para complacer a la madre de Obring, la vieja Dhel, que había servido como su tía y era la mejor amiga de Madre. Pero había aprendido a querer sinceramente a Obring. Le gustaba estar casada con él, mientras pudiera acostarse con quien quisiera.

Sería divertido encontrar a Sevet y ver con quién dormía esa noche. Hacía años que Kokor no la pillaba en esa situación. Encontrarla con un hombre desnudo y sudado, decirle que Padre

había muerto, observar la expresión del pobre hombre cuando comprendiera que su noche de amor había concluido.

—Yo se lo contaré a Sevet —dijo Kokor.

—Tú vendrás conmigo —insistió Rashgallivak.

—Tú te quedarás a terminar la obra —terció Tumannu.

—La obra no es más que… *otsoss* —dijo Kokor, usando la palabra más cruda que se le ocurrió.

Tumannu dio un respingo, Rashgallivak se ruborizó y Gulya rió con sorna.

—Buena definición —comentó. Kokor palmeó a Tumannu en el brazo.

—De acuerdo. Estoy despedida.

—¡Ya lo creo! —exclamó Tumannu—. ¡Y si te largas de aquí esta noche, tu carrera ha terminado! Rashgallivak la miró con sorna.

—Con la parte que le corresponde de la herencia del padre, comprará tu teatrucho, y también a tu madre.

—¿Ah, sí? —preguntó Tumannu—. ¿Quién era su padre? ¿Gaballufix?

Rashgallivak quedó genuinamente sorprendido.

—¿No lo sabías?

Era evidente que no. Kokor reflexionó un instante y comprendió que nunca se lo había mencionado a Tumannu. Y eso significaba que no se había valido del nombre y el prestigio de su padre, sino que había obtenido el papel con su propio esfuerzo. ¡Maravilloso!

—Sabía que era hermana de la gran Sevet —dijo Tumannu—. De lo contrario no la habría contratado. Pero nunca imaginé que tuvieran el mismo padre.

Kokor sintió un agudo aguijonazo de rabia, pero decidió dominarse. Si no se calmaba, podía soltar cualquier insensatez.

—Debo encontrar a Sevet —insistió.

—No —dijo Rashgallivak. No había terminado de hablar, pero en ese momento apoyó una mano en el brazo de Kokor para detenerla, y ella le asestó un rodillazo en la entrepierna, como hacían todas las actrices de comedia cuando un admirador inoportuno se ponía demasiado pesado. Era un reflejo automático. No había sido su intención, y menos pegarle con tanta fuerza. No era un hombre muy corpulento, y casi lo levantó en vilo.

—Debo encontrar a Sevet —repitió a modo de explicación, mientras Rashgallivak gruñía de dolor tumbado en el suelo de madera.

—¿Dónde está la sustituía? —dijo Tumannu—. La pobre no cuenta ni siquiera con tres minutos de antelación.

—¿Duele? —le preguntó Gulya a Rashgallivak—. Quiero decir, ¿qué es el dolor, cuando meditas sobre ello?

Kokor se internó en la oscuridad, dirigiéndose a la Villa de los

Pintores. Le palpitaba el muslo encima de la rodilla, en la zona con que había golpeado la entrepierna de Rashgallivak. Tal vez se le hiciera un moretón y tuviera que maquillarse las piernas con una capa espesa. Qué fastidio.

Padre ha muerto. Debo ser yo quien avise a Sevet. Que nadie la avise primero. Y *asesinado*. La gente hablará de esto durante años. El blanco del luto me sentará muy bien. Pobre Sevet. Su cutis parece rojo como una remolacha cuando se viste de blanco. Pero no se atreverá a dejar el luto mientras yo lo lleve. A lo mejor decido llevar luto por el pobre papá durante años y años.

Kokor reía para sus adentros mientras caminaba.

De pronto comprendió que no estaba riendo, sino llorando. ¿Por qué lloro?, se preguntó. Porque Padre ha muerto. Ésa debe de ser la causa de mi conmoción. Padre, pobre Padre. Debo de haberle amado, porque estoy llorando sin premeditación, sin que nadie me esté mirando. ¿Quién hubiera creído que yo lo quería?

—Despierta. Tía Rasa nos necesita. ¡Despierta! Luet no comprendía por qué Hushidh le susurraba con tanta urgencia.

—Ni siquiera estaba dormida —murmuró.

—Claro que sí —dijo su hermana Hushidh—. Estabas roncando.

Luet se incorporó.

—Graznando como un ganso, sin duda.

—Rebuznando como un asno —puntualizó Hushidh—, pero te quiero tanto que a mí me suena a música.

—Por eso ronco —sonrió Luet—. Para brindarte música por la noche. —Cogió la bata y se la puso.

—Tía Rasa nos necesita —insistió Hushidh—. Ven deprisa.

Salió de la habitación deslizándose como si bailara, con la bata flotando detrás. Cuando llevaba zapatos o sandalias Hushidh caminaba con pesadez, pero descalza se desplazaba como en un sueño, como una pluma en la brisa.

Luet siguió a su hermana abrochándose la túnica. ¿Por qué quería hablarles Rasa? Con todos los problemas recientes, Luet temía lo peor. ¿Era posible que Nafai, el hijo de Rasa, no hubiera escapado de la ciudad? El día anterior Luet lo había conducido por senderos prohibidos hasta el lago que sólo podían ver las mujeres. Pues el Alma Suprema le había dicho que Nafai debía verlo, flotar allí como una mujer, como una vidente, como Luet misma. Así que lo llevó al lago, y Nafai no fue muerto por su blasfemia. Lo condujo por la Puerta Privada y por el Bosque sin Sendas. Había creído que estaba a salvo, pero olvidaba que Nafai no habría vuelto al desierto, a la tienda de su padre, sin llevar el objeto que su padre le había pedido.

Tía Rasa aguardaba en su habitación, pero no estaba sola. La

acompañaba un soldado. No era un hombre de Gaballufix, esos mercenarios, esos matones que se hacían pasar por milicianos Palwashantu. No, este soldado era un guardián de la ciudad.

Apenas se fijó en él cuando reconoció las insignias, porque Rasa parecía tan… no, no asustada. Era una emoción que Luet nunca le había visto. Tenía los ojos empañados por las lágrimas, el rostro desencajado, demacrado, exhausto, como si en su corazón guardase sentimientos que su semblante no podía reflejar.

—Gaballufix ha muerto —dijo Rasa.

Eso explicaba muchas cosas. En los últimos meses Gaballufix había sido un enemigo, y sus matones sembraban el terror en las calles, y luego sus soldados, enmascarados y anónimos, sembraron más terror con la excusa de imponer el «orden» en Basílica. Pero, a pesar de ser un enemigo, Gaballufix también había sido el esposo de Rasa, el padre de sus dos hijas, Sevet y Kokor. Ella lo había amado, y los vínculos familiares no eran fáciles de romper para una mujer seria como Rasa. Luet no era descifradora como su hermana Hushidh, pero sabía que Rasa aún estaba ligada a Gaballufix, aunque detestara sus últimos actos.

—Lloro por su viuda —dijo Luet—, pero me alegro por la ciudad.

Hushidh estudió al soldado.

—Creo que este hombre no te ha traído la noticia.

—No —admitió Rasa—. Fue Rashgallivak quien me informó sobre la muerte de Gaballufix. Parece que Rashgallivak ha sido designado… el nuevo Wetchik.

Luet sabía que era un golpe devastador. Volemak, esposo de Rasa, ex Wetchik, ya no poseía propiedades ni derechos, ni el menor ascendiente en el clan Palwashantu. Y Rashgallivak, que había sido su mayordomo de confianza, ahora lo sustituía. ¿Acaso no había honor en el mundo?

—¿Cuándo obtuvo Rashgallivak este honor?

—Antes de la muerte de Gaballufix… Gab lo designó, y sin duda lo hizo de buen grado. Hay cierta justicia en el hecho de que Rash esté ahora al frente del clan Palwashantu, ocupando además el lugar de Gab. Rash asciende deprisa en este mundo, mientras otros caen. Roptat también ha muerto esta noche.

—No —jadeó Hushidh.

Roptat había sido el jefe del partido favorable a Gorayni, el grupo que intentaba impedir que Basílica participara en la inminente guerra entre Gorayni y Potokgavan. Con su muerte, quedaban pocas posibilidades de paz.

—Sí, los dos han muerto esta noche —dijo Rasa—. Los cabecillas de los dos partidos que han dividido la ciudad. Pero esto no es lo peor. Se rumorea que mi hijo Nafai es el asesino de ambos.

—No es cierto —dijo Luet—. No es posible.

—Eso pensé —asintió Rasa—. No os he despertado a causa del rumor.

Ahora Luet comprendía plenamente la agitación que se reflejaba en el semblante de Rasa. Nafai era el orgullo de Tía Rasa, un joven brillante. Además, Nafai también estaba íntimamente ligado con el Alma Suprema. Sus vicisitudes no sólo eran importantes para quienes le amaban, sino para la ciudad, tal vez para el mundo.

—Entonces, ¿este soldado trae noticias de Nafai?

—Me llamo Smelost —se presentó el soldado, y se levantó para hablarles—. Yo vigilaba la puerta. Vi que se aproximaban dos hombres. Uno de ellos apoyó el pulgar en la pantalla y el ordenador de Basílica lo reconoció como Zdorab, el tesorero de la casa de Gaballufix.

—¿Y el otro? —preguntó Hushidh.

—Enmascarado, pero vestido como Gaballufix. Zdorab lo llamó Gaballufix y me pidió que no lo obligara a apoyar el pulgar en la pantalla. Pero yo debía hacerlo, porque habían asesinado a Roptat, y procurábamos impedir la fuga del criminal. Nos habían dicho que Nafai, hijo menor de Rasa, era el culpable. Fue Gaballufix quien lo denunció.

—¿Ordenaste a Gaballufix que apoyara el pulgar en la pantalla? —preguntó Luet.

—Él se me acercó y me habló al oído, diciendo: «¿Y si quien hizo esta falsa acusación fuera el asesino?» Bien, algunos pensábamos eso… que Gaballufix acusaba a Nafai de haber matado a Roptat para ocultar su propia culpa. Este soldado, el que Zdorab llamaba Gaballufix, apoyó el pulgar en la pantalla y el ordenador mostró el nombre de Nafai.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó Luet.

—Violé mi juramento y desobedecí mis órdenes. Borré el nombre y lo dejé pasar. Creía que era inocente de matar a Roptat. Pero su salida quedó registrada, y también que yo le dejé ir sabiendo quién era. No le di importancia. Gaballufix había hecho la denuncia, y el tesorero de Gaballufix acompañaba al muchacho. Pensé que Gaballufix no podría protestar si su hombre estaba involucrado. Lo peor que podría ocurrir-me sería perder el puesto.

—Lo habrías dejado pasar de cualquier modo —dijo Hushidh—. Aunque el hombre de Gaballufix no le hubiera acompañado.

Smelost la miró un instante y sonrió a medias.

—Yo simpatizaba con Roptat. Era imposible que el hijo del Wetchik lo hubiera matado.

—Nafai sólo tiene catorce años —dijo Luet—. Es imposible que matara a nadie.

—No creas —dijo Smelost—. Nos llegaron noticias de que habían hallado el cadáver de Gaballufix. Decapitado y desnudo. No tuve más remedio que pensar que Nafai había desnudado el cadáver de Gaballufix. Me pregunté si Nafai y Zdorab lo habrían matado. Nafai es corpulento a pesar de su edad, si es que tiene catorce años. Está hecho todo un hombre. Pudo haberlo hecho. Zdorab… no creo. —Smelost rió amargamente—. Ya no importa si pierdo el puesto por esto, pero temo que me cuelguen por ser cómplice de un homicidio, por dejarle escapar. Así que vine aquí.

—¿Acudes a la viuda de la víctima? —preguntó Luet.

—Acude a la madre del presunto victimario —corrigió Hushidh—. Este hombre ama Basílica.

—En efecto —declaró el soldado—, y me alegra que lo sepas. No cumplí con mi deber, pero hice lo que consideré correcto.

—Necesito consejo —dijo Rasa, mirando a Luet y Hushidh—. Este hombre, Smelost, ha venido a mí pidiendo protección, porque salvó a mi hijo. Mientras tanto, acusan a mi hijo de asesinato y ahora creo que quizá sea culpable. No soy vidente. No soy descifradora. ¿Qué es correcto y justo? ¿Qué desea el Alma Suprema? Debéis decírmelo. ¡Aconsejadme!

—El Alma Suprema no me ha dicho nada —respondió Luet—. Sólo sé lo que acabas de contarme.

—Y en cuanto al desciframiento —intervino Hushidh—, sólo veo que este hombre ama Basílica y que tú estás enredada en una maraña de amor que te enfrenta contigo misma. El padre de tus hijas ha muerto, y tú las amas… y también lo amas a él, a pesar de todo. Aun así, crees que Nafai lo mató, y amas aún más a tu hijo. También respetas a este soldado, con quien has contraído una deuda de honor. Ante todo amas a Basílica. Pero no sabes qué debes hacer por el bien de tu ciudad.

—Conocía mi dilema, Shuya. Lo que ignoraba era cómo resolverlo.

—Yo debo huir de la ciudad —dijo Smelost—. Pensé que podrías ayudarme. Te conocía como madre de Nafai, pero había olvidado que eras las viuda de Gaballufix.

—No soy su viuda —replicó Rasa—. Hace años que dejé expirar nuestro contrato. Luego él se casó varias veces. Ahora mi esposo es el Wetchik. Mejor dicho, el ex Wetchik, que ahora es un fugitivo desposeído cuyo hijo tal vez sea un homicida. —Sonrió con amargura —. No puedo hacer nada al respecto, pero a ti puedo protegerte, y pienso hacerlo.

—No, no puedes —objetó Hushidh—. Estás demasiado cerca del centro de estos misterios, Tía Rasa. El consejo de Basílica te escuchará siempre, pero tu palabra no protegerá a un soldado que ha faltado a

su deber. Los dos pareceréis más culpables.

—¿Es la descifradora quien habla? —preguntó Rasa.

—Es tu alumna quien habla —adujo Hushidh—, y te estoy diciendo algo que tú misma sabrías, si no estuvieras tan confundida.

Rasa derramó una lágrima que le humedeció la mejilla.

—¿Qué pasará? —dijo—. ¿Qué le sucederá a mi ciudad?

Luet nunca la había visto tan asustada, tan insegura. Rasa era una gran maestra, una mujer sabia y honorable; ser una de sus sobrinas, una de las alumnas escogidas para vivir en su casa, era motivo de supremo orgullo para una joven de Basílica. Nunca había pensado que la vería titubear de esa manera.

—El Wetchik, mi Volemak, dijo que el Alma Suprema lo estaba guiando —recordó Rasa, escupiendo las palabras con rencor—. ¿Qué clase de guía es ésta? ¿Acaso el Alma Suprema le dijo que enviara a mis hijos a la ciudad, donde estuvieron a punto de matarlos? ¿Acaso el Alma Suprema transformó a mi hijo en un homicida y un fugitivo? ¿Qué está haciendo el Alma Suprema? No creo que el Alma Suprema haya intervenido. Gaballufix tenía razón. Mi amado Volemak ha perdido el juicio, y su locura ha contagiado a nuestros hijos.

Estas palabras indignaron a Luet.

—Deberías avergonzarte —dijo.

—¡Silencio, Lutya! —exclamó Hushidh.

—Deberías avergonzarte, Tía Rasa —insistió Luet —. Aunque para ti resulte temible y confuso, ello no significa que el Alma Suprema no lo entienda. Yo sé que el Alma Suprema está guiando al Wetchik, y también a Nafai. Todo esto redundará en el bien de Basílica.

—Pues te equivocas —declaró Rasa—. El Alma Suprema no siente un cariño especial por Basílica. Vela por el mundo entero. ¿Y si el mundo entero se beneficiara con la ruina de Basílica? ¿Y si perecen mis hijos? Para el Alma Suprema, una ciudad o una persona carece de importancia… ella teje un gran tapiz.

—Entonces debemos respetar sus designios —dijo Luet.

—Respeta lo que quieras —replicó Rasa—. No pienso respetar los designios del Alma Suprema si se propone convertir a mis hijos en asesinos y reducir mi ciudad a escombros. Si eso planea el Alma Suprema, ella y yo somos enemigas, ¿comprendes?

—Baja la voz, Tía Rasa —susurró Hushidh—. Despertarás a las pequeñas.

Rasa calló un instante y murmuró:

—He dicho lo que tenía que decir.

—No eres enemiga del Alma Suprema —dijo Luet—. Por favor, aguarda. Déjame averiguar cuál es su voluntad. Para eso me has llamado, ¿verdad? Para saber qué planea el Alma Suprema.

—Sí —admitió Rasa.

—Yo no puedo darle órdenes, pero le preguntaré —dijo Luet —. Aguarda aquí y yo…

—No —replicó Rasa—. No hay tiempo para que vayas a las aguas.

—No a las aguas —dijo Luet—. A mi habitación. A dormir. A soñar. A escuchar la voz, a esperar la visión. Si llega.

—Pues date prisa —exigió Rasa—. Sólo tenemos una hora para decidir. Cada vez vendrá más gente aquí, y tendré que actuar.

—No puedo dar órdenes al Alma Suprema —repitió Luet—. Y el Alma Suprema fija sus propias pautas. No sigue las tuyas.

Kokor fue al escondrijo favorito de Sevet, adonde ella llevaba a sus amantes para que Vas no se enterase. No la encontró.

—Ya no viene por aquí —explicó Iliva, la amiga de Sevet—. Ni por ninguno de los demás sitios de la Villa de los Pintores. ¡Tal vez haya decidido ser fiel!

Iliva se despidió de Kokor con una carcajada. De modo que Kokor no podría sorprender a su hermana. Qué decepción.

¿Por qué Sevet había buscado un nuevo escondrijo? ¿Su esposo Vas la habría espiado? ¡Él era demasiado orgulloso para eso! Pero lo cierto era que Sevet había abandonado sus viejos escondites, aunque Iliva y sus otras amigas la habrían acogido con gusto.

Eso sólo podía significar una cosa: Sevet tenía un nuevo amante, algo más que una aventura pasajera, y era un personaje tan importante que debían buscar un nuevo refugio para impedir que el escándalo llegara a oídos de Vas.

Qué delicia, pensó Kokor. Intentó imaginar quién sería, cuál de los hombres famosos de la ciudad habría conquistado el corazón de Sevet. Por supuesto, tenía que ser un hombre casado; ningún hombre tenía derecho a pasar la noche en la ciudad a menos que estuviera casado con una mujer de Basílica. Cuando descubriera el secreto, pues, sería un escándalo por partida doble, pues la esposa agraviada haría quedar a Sevet como una verdadera mujerzuela.

Y la denunciaré, pensó Kokor. Si me oculta esta aventura sin decirme nada, no tengo ninguna obligación de guardar el secreto. Ella no ha confiado en mí, así que no estoy obligada a merecer su confianza.

Kokor no lo revelaría personalmente, pero conocía a muchos escritores satíricos del Teatro Abierto que se desvivían por enterarse de estos chismes y querrían ser los primeros en ridiculizar a Sevet y su amante en una obra. Y el precio que cobraría por la historia no sería alto: sólo la oportunidad de representar a Sevet cuando la ridiculizaran. Tumannu tendría que tragarse sus amenazas.

Aprenderé a imitar la voz de Sevet, pensó Kokor, y a burlarme de su canto. Nadie la parodia tan bien como yo. Nadie conoce tan bien

los defectos de su voz. ¡Se arrepentirá de haberse guardado el secreto! Pero estaré enmascarada cuando la ridiculice, y lo negaré, lo negaré todo; aunque Madre misma me pida que jure por el Alma Suprema, lo negaré. Sevet no es la única que sabe guardar un secreto.

Era tarde, pronto amanecería, pero faltaba una hora para que terminaran las últimas comedias. Si se daba prisa, quizá pudiera regresar al teatro para el final de la obra. Pero no se resignaba a presentarse ante Tumannu y representar la farsa de pedirle perdón y sollozar jurando que nunca más se iría en medio de una actuación. Sería demasiado degradante. ¡Una hija de Gaballufix no tenía por qué rebajarse ante una productora teatral!

Pero ahora está muerto, así que no importará si soy su hija. Ese pensamiento la llenó de consternación. Se preguntó si el tal Rash tendría razón, si Padre le habría legado suficiente dinero para ser rica y comprarse un teatro propio. Perfecto, eso lo resolvería todo. Claro que Sevet dispondría de la misma cantidad de dinero y tal vez decidiera comprarse también su propio teatro, porque tendría que eclipsar a Kokor como de costumbre, robándole su oportunidad de gloria. Sin embargo Kokor sería mejor empresaria y daría por tierra con el mísero teatro imitativo de Sevet; al fracasar, Sevet perdería toda su herencia, mientras que Kokor sería la principal figura del teatro basilicano, y un día acudiría a Kokor rogándole un papel estelar en una de sus obras, entonces Kokor abrazaría a su hermana y sollozaría diciendo: «Ay, querida hermana, con gusto te pondría en una obra menor, pero no puedo arriesgar el dinero de mis inversores en un espectáculo protagonizado por una cantante que ya ha pasado la flor de la edad.»

¡Era un sueño delicioso! No importaba que Sevet sólo tuviera un año más. Esa diferencia bastaba. Ahora Sevet le llevaba la delantera, pero pronto la juventud sería más valiosa que la edad, y entonces Kokor tendría las de ganar. Siempre superaría a Sevet en juventud y belleza. Además, tenía tanto talento como su hermana.

Llegó a su casa, el pequeño edificio que ella y Obring habían alquilado en Villa del Cerro. Era modesta, pero estaba decorada con un gusto exquisito. Había aprendido eso de Tía Dhelembuvex, la madre de Obring: era mejor una vivienda pequeña y elegante que una casa grande y mal decorada. «Una mujer debe presentarse como un dechado de perfección», sentenciaba Tía Dhel. Kokor lo había escrito mucho mejor, en un aforismo que había publicado a los quince años, antes de casarse con Obring y marcharse de la casa de Madre:

> Un capullo perfecto
> de colores sutiles
> y delicado aroma

es más valioso que una flor llamativa,
que pide atención a gritos pero nada puede mostrar
que no se vea a primera vista
ni se huela desde el principio.

Kokor se enorgullecía de que las líneas sobre el capullo perfecto fueran frases breves y sencillas, mientras que las líneas sobre la flor llamativa eran largas y engorrosas. Pero para su decepción, ningún compositor de renombre había compuesto un aria con su aforismo, y los jóvenes que le habían presentado sus melodías eran farsantes sin talento que no sabrían componer una canción adecuada para la voz de Kokor. Ni siquiera se acostó con ninguno de ellos, excepto con aquel de cara tímida y dulce. ¡Ah, era una fiera en la cama! Estuvo con él tres días, pero él había insistido en cantarle sus melodías, así que lo había mandado a paseo.

¿Cómo se llamaba?

Tenía el nombre en la punta de la lengua cuando entró en la casa y oyó un extraño jadeo en la habitación del fondo. Como los resuellos y gemidos de los mandriles que vivían en la otra margen de Laguna: «Oh-ohh-ohhh.»

Pero no eran mandriles. Y el sonido procedía de la alcoba. Kokor subió deprisa la sinuosa escalera, a la luz del claro de luna que se filtraba por la claraboya, de puntillas, en silencio, sabiendo que sorprendería a su esposo Obring con alguna pelandusca. ¡En la cama de Kokor! ¡Era una marranada, una indecencia! ¿Cómo podía ser tan desconsiderado? Kokor nunca llevaba sus amantes a la casa, jamás les permitía sudar en las sábanas de su esposo. Lo justo era lo justo, y montaría una memorable escena de orgullo herido cuando echara a esa fulana sin devolverle la ropa, para que tuviera que irse a casa desnuda. Obring se disculparía y prometería una compensación, con promesas, excusas y gimoteos, pero Kokor ya había resuelto no renovarle el contrato cuando venciera, y así escarmentaría a ese descarado.

En el dormitorio alumbrado por la luna, Kokor encontró a Obring ocupado en la actividad que ya había sospechado. No veía la cara de su marido, ni el rostro de la mujer a quien él brindaba su fogosa compañía, pero no necesitaba la luz del día ni una lente de aumento para comprender de qué se trataba.

—Repugnante —declaró.

Resultó tal como ella había esperado. Obviamente no le habían oído subir las escaleras, y su voz sobresaltó a Obring. Se quedó inmóvil un instante y volvió la cabeza, con cara de tonto arrepentido.

—Kyoka —dijo—. Has vuelto temprano.

—Debí saberlo —dijo la mujer que estaba en la cama. La espalda desnuda de Obring aún le ocultaba la cara, pero Kokor reconoció la voz de inmediato—. Tu obra es tan lamentable que ni siquiera has terminado de representarla.

Kokor apenas reparó en el insulto, apenas reparó en el desenfado de Sevet. Por eso ha buscado un nuevo escondite, pensó, no porque su amante fuera famoso, sino para ocultarme la verdad.

—Cada noche hay cientos de admiradores dispuestos a una *yibattsa* contigo —susurró Kokor—. Pero tenías que poseer a mi marido.

—Oh, no lo tomes como algo personal —dijo Sevet, apoyándose en los codos. Los senos le colgaban a los costados. A Kokor le satisfacía ver esos pechos flojos, ver que Sevet, a los diecinueve años, estaba más vieja y más gorda que ella. Pero Obring había deseado ese cuerpo, había gozado de ese cuerpo en la misma cama donde tantas noches dormía junto a las formas perfectas de Kokor. ¿Cómo podía siquiera excitarse con Sevet, después de ver a Kokor a la hora del baño tantas mañanas ?

—Tú no lo aprovechabas, y él es muy tierno —adujo Sevet—. Si te hubieras molestado en satisfacerlo, él ni siquiera me habría mirado.

—Lo lamento —murmuró Obring—. No fue mi intención.

Esa actitud sumisa e infantil era exasperante, pero Kokor contuvo su furia. La contuvo como si encerrara un tornado en una botella.

—¿Es que fue un accidente? —murmuró—. ¿Tropezaste, perdiste el equilibrio, se te rompió la ropa y por casualidad caíste encima de mi hermana?

—Quiero decir… quería interrumpir esto, todos estos meses…

—Meses —jadeó Kokor.

—No hables más, cachorrito —dijo Sevet—. Sólo empeoras las cosas.

—¿Tú lo llamas «cachorrito»? —preguntó Kokor. Era la palabra que ambas usaban cuando eran adolescentes, para describir a los jovencitos que jadeaban de deseo.

—Estaba tan ávido que no pude evitarlo —sonrió Sevet, liberándose del abrazo de Obring— . Y a él le gusta que se lo diga.

Obring se sentó desconsoladamente en la cama. No intentó cubrirse. Era evidente que por esa noche había perdido todo interés en el amor.

—No te preocupes, Obring —dijo Sevet. Se plantó junto a la cama y se agachó para recoger su ropa—. Ella te renovará el contrato. No creo que esté ansiosa por revelar esta historia, así que te renovará el contrato todo el tiempo que quieras, tan sólo para evitar que vayas por ahí contándolo.

Kokor miró el vientre abultado de Sevet, los pechos fláccidos. Y

sin embargo había poseído a su esposo. Después de todo lo demás, también le había robado eso. Era insoportable.

—Canta para mí —susurró Kokor.

—¿Qué? —preguntó Sevet, dando media vuelta, cubriéndose con la bata.

—Cántame una canción, *davalka,* con esa bonita voz.

Sevet miró a Kokor con fastidio.

—No pienso cantar ahora, idiota.

—No para mí —dijo Kokor—. Para Padre.

—¿Qué le pasa a Padre? —Sevet torció el gesto en un remedo de compasión—. Ay, la pequeña Kyoka piensa delatarme. Pues él se echará a reír. Y luego convidará a Obring con un trago.

—Canta una endecha por Padre —insistió Kokor.

—¿Una endecha? —preguntó Sevet, confundida. Preocupada.

—Mientras estabas aquí, revoleándote con el marido de tu hermana, alguien se encargó de matar a Padre. Si fueras humana, te importaría. Hasta los mandriles lloran a sus muertos.

—No lo sabía —jadeó Sevet—. ¿Cómo iba a saberlo?

—Te estuve buscando —dijo Kokor—. Para avisarte. Pero no estabas en los lugares que yo conocía. Dejé mi obra, perdí mi empleo para buscarte y avisarte, y estabas aquí, haciéndome esto.

—Eres una embustera. ¿Por qué voy a creerte?

—Yo nunca me acosté con Vas, aunque me lo suplicó.

—Nunca te lo pidió —dijo Sevet—. No creo en tus mentiras.

—Me dijo que por una vez le gustaría poseer a una mujer realmente hermosa. Una mujer cuyo cuerpo fuera joven, esbelto y apetitoso. Pero me negué, porque eras mi hermana.

—Mientes. No te lo pidió.

—Tal vez mienta, pero sí me lo pidió.

—¿Vas?

—Vas, con ese gran lunar que tiene en el interior del muslo —asintió Kokor—. Lo rechacé porque eras mi hermana.

—Y también mientes sobre Padre.

—Muerto, en un charco de su propia sangre. Asesinado en la calle. Ésta ha sido una noche aciaga para nuestra afectuosa familia. Padre muerto. Yo traicionada. Y tú…

—Aléjate de mí.

—Canta para él —insistió Kokor.

—En el funeral, siempre que no estés mintiendo.

—Canta ahora —dijo Kokor.

—So gallina, so pato, no voy a cantar porque tú me lo ordenes.

Acusarse de cacarear *y* graznar en vez de cantar era una vieja provocación entre ellas, y eso no la afectó. La afectó, en cambio, el desprecio y el odio que había en la voz de Sevet. Sintió una ira

incontenible. No pudo refrenar más la tempestad que la desgarraba por dentro.

—Tú lo has dicho —gritó—. ¡No cantarás, porque yo lo ordeno!

Y atacó como un gato, pero no con la zarpa sino con el puño. Sevet alzó las manos para protegerse el rostro. Pero Kokor no deseaba marcar el rostro de su hermana, pues no era el rostro lo que odiaba. No, *lanzó* el puñetazo hacia la garganta, hacia los pliegues de carne que ocultaban la laringe, hacia el lugar donde nacía la voz.

Sevet no emitió ningún sonido, aunque la fuerza del golpe la derribó. Cayó, aferrándose la garganta. Se contorsionó en el suelo, boqueando, pataleando. Obring se levantó gritando y se arrodilló.

—¡Sevet! —exclamó—. Sevet, ¿estás bien?

Sevet sólo consiguió gorgotear y escupir, luego se ahogó y tosió. Sangre. Su propia sangre. Sangre en las manos de Sevet, en los muslos de Obring. Negra y reluciente a la luz de la luna, sangre de la garganta de Sevet. «¿ Cómo te sabe en la boca, Sevet? ¿Cómo se siente en tus carnes, Obring? Su sangre, como el don de una virgen, mi don para vosotros dos.»

Sevet jadeaba entrecortadamente.

—Agua —dijo Obring—. Un vaso de agua para enjuagarle la boca. ¿No ves que tiene una hemorragia? ¿Qué le has hecho?

Kyoka fue hasta el lavabo —su propio lavabo—, cogió una taza —su propia taza—, la llenó de agua y se la llevó a Obring, quien trató de verter un sorbo en la boca de Sevet. Pero Sevet se atragantó y escupió el agua, tratando de respirar, ahogándose con la sangre que le brotaba de la garganta.

—¡Un médico! —exclamó Obring—. Llama a un médico… Nuestra vecina Bustiya es médica, ella vendrá.

—Auxilio. Pronto, auxilio —susurró Kokor, con voz inaudible.

Obring se levantó y la miró con furia.

—No la toques —ordenó—. Yo mismo iré a buscar a la médica.

Se marchó altivamente de la habitación. Ahora desbordaba vigor. Desnudo como un dios mítico, como los retratos del imperátor de Gorayni —la imagen de la virilidad—, así salió Obring a buscar una médica para salvar a su amante.

Sevet arañaba el suelo con los dedos, se desgarraba la piel del cuello como si deseara abrirse un orificio para respirar. Tenía los ojos desorbitados y un hilillo de sangre le brotaba de la boca.

—Lo tenías todo —la acusó Kokor—. Todo. Pero no podías dejármelo a él.

Sevet regurgitó. Miró a Kokor con dolor y terror.

—No morirás —dijo Kokor—. No soy una asesina. No soy una traidora.

Comprendió que Sevet podía morir realmente. Con tanta sangre

en la garganta, podría ahogarse. Y ella sería la responsable.

—Nadie puede culparme —dijo Kokor—. Padre ha muerto esta noche, y yo vine a casa y te encontré con mi marido, y luego me provocaste… nadie me culpará. Sólo tengo dieciocho años, apenas soy una niña. Y de todos modos fue un accidente. Quise arrancarte los ojos, pero fallé.

Sevet boqueó. Vomitó en el suelo. El olor era espantoso. Lo *dejaría,* todo perdido y el hedor no se iría nunca. Y culparían a Kokor de la muerte de Sevet. Así se vengaría su hermana, pues la mancha no se borraría nunca. Así se desquitaría Sevet, muriendo para que Kokor fuera acusada de asesina.

Ya verás, pensó Kokor. No te dejaré morir. Más aún, te salvaré la vida.

Y cuando Obring regresó con la médica, encontraron a Kokor de rodillas junto a Sevet, respirándole en la boca. Obring la apartó para dejar que la médica interviniera. Y cuando Bustiya insertó el tubo en la garganta de Sevet, y el rostro de la herida se convirtió en un mudo rictus de dolor.

Obring olió la sangre y el vómito y vio que Kokor tenía la cara y el vestido manchados de ambos. Abrazándola, le susurró:

—Sí que la quieres. No pudiste dejarla morir.

Ella lo abrazó sollozando.

—No puedo dormir —suspiró Luet—. ¿Cómo soñaré si no puedo dormir?

—No te preocupes —dijo Rasa—. Sé lo que debemos hacer. No necesito que el Alma Suprema nos lo diga. Smelost debe marcharse de Basílica. Hushidh tiene razón, ahora no puedo protegerle.

—No me marcharé —terció Smelost—. Lo he decidido. Esta es mi ciudad, y afrontaré las consecuencias de mis actos.

—¿Amas Basílica? —preguntó Rasa—. Entonces no ofrezcas a la gente de Gaballufix una persona a quien puedan culpar de todo. No le ofrezcas la oportunidad de enjuiciarte y usarlo como excusa para tomar el mando de la guardia, de modo que sus soldados enmascarados sean la única autoridad de la ciudad.

Smelost la miró airadamente un instante, luego asintió.

—Entiendo. Entonces, por el bien de Basílica, me marcharé.

—¿Adonde? —intervino Hushidh—. ¿Adonde puedes mandarlo?

—Con los gorayni, naturalmente —dijo Rasa—. Te daré provisiones y dinero suficiente para que llegues a la región de los gorayni. Y una carta, donde explicaré que has salvado al hombre que mató a Gaballufix. Ellos sabrán lo que eso significa. Sus espías les habrán contado que Gab procuraba que Basílica se aliara con Potokgavan. Tal vez Roptat estuviera en contacto con ellos.

—¡Jamás! —exclamó Smelost—. ¡Roptat no era un traidor!

—No, claro que no —dijo Rasa con tono conciliador—. Lo cierto es que Gab era enemigo de ellos, con lo cual tú eres mi amigo. Lo menos que pueden hacer es aceptarte.

—¿Cuánto tiempo tendré que permanecer alejado? —preguntó Smelost—. Aquí hay una mujer a quien quiero, y tengo un hijo.

—No mucho tiempo. Con la muerte de Gab, los tumultos cesarán pronto. Él era la causa, y ahora volveremos a tener paz. Que el Alma Suprema me perdone, pero Nafai tal vez haya hecho algo bueno por Basílica, si fue él quien lo mató.

Llamaron a la puerta.

—¡Tan pronto! —exclamó Rasa.

—No pueden saber que estoy aquí —dijo Smelost.

—Shuya, llévalo a la cocina y dale provisiones. Los entretendré en la puerta todo el tiempo que pueda. Luet, ayuda a tu hermana.

Pero no eran soldados de Palwashantu, ni guardias de la ciudad, ni ninguna autoridad. Era Vas, el esposo de Sevet.

—Lamento molestarte a estas horas.

—A mí y a toda mi casa —dijo Rasa—. Ya estoy enterada de que el padre de Sevet ha muerto, pero sé que tenías un buen propósito al venir a…

—¿Muerto? —exclamó Vas—. ¿Gaballufix? Pues eso quizás explique… No, no explica nada. —Parecía asustado y furioso. Rasa nunca le había visto así.

—¿Qué sucede, entonces? —preguntó Rasa—. Si no sabías que Gab ha muerto, ¿por qué has venido?

—Una vecina de Kokor vino a buscarme. Se trata de Sevet. Le han pegado en la garganta y ha estado a punto de morir. Una lesión muy grave. Pensé que querrías acompañarme.

—¿La dejaste sola? ¿Para venir a buscarme?

—Yo no estaba con ella. Está en casa de Kokor.

—¿Qué haría Sevya ahí? —Una de las criadas ayudó a Rasa a ponerse una capa para salir—. Kokor tenía una obra esta noche, ¿verdad? Un estreno.

—Sevya estaba con Obring —explicó Vas. La condujo hacia el pórtico. La criada cerró la puerta—. Por eso Kyoka le pegó.

—Kyoka le pegó en la… ¿Fue Kyoka?

—Los sorprendió juntos. Al menos, eso me dijo la vecina. Obring fue a buscar a la médica completamente desnudo, y Sevya también estaba desnuda cuando regresaron. Kyoka le estaba haciendo el boca a boca, para salvarla. Le insertaron un tubo en la garganta y está respirando, no morirá. La vecina no sabía nada más.

—Que Sevet está con vida —masculló Rasa—, y que estaba desnuda.

—La garganta —dijo Vas—. Si Sevet pierde la voz, Kokor se arrepentirá de no haberla matado.

—Pobre Sevya —suspiró Rasa. Los soldados patrullaban por las calles, pero Rasa no les prestó atención y ellos no intentaron detenerlos, quizá porque Vas y Rasa caminaban con tanto apremio—. Perder a su padre y la voz en la misma noche.

—Esta noche todos hemos perdido algo —murmuró Vas.

—Esto no te afecta —dijo Rasa—. Creo que Sevet te quiere muchísimo, a su manera.

—Lo sé… Se odian tanto que harían cualquier cosa para hacerse daño. Pero pensé que quizá las cosas estaban mejorando.

—Tal vez ahora mejoren. No pueden empeorar.

—Kyoka también lo intentó —dijo Vas—. La rechacé las dos veces. ¿Por qué Obring no tuvo el sentido común de no aceptar a Sevet?

—Tiene el sentido común, pero no la voluntad —observó Rasa.

En casa de Kokor se encontraron con una escena conmovedora. Alguien había limpiado. Sevet yacía en la cama recién hecha, vestida con una de las batas más decentes de Kokor. Obring también se había vestido, y consolaba a la afligida Kokor de rodillas en un rincón. La médica saludó a Rasa en la puerta.

—Le he extraído la sangre de los pulmones. Ahora no corre peligro de muerte, pero debe conservar el tubo para respirar. Pronto llegará una laringóloga. Tal vez la herida cure sin dejar cicatrices y su carrera pueda salvarse.

Rasa se sentó en la cama y cogió la mano de Sevya. La estancia aún olía a vómito, aunque el suelo fregado permanecía húmedo.

—Bien, Sevya —susurró Rasa—, ¿has ganado o perdido esta partida?

Sevet gimoteó.

En el otro lado de la habitación, Vas se aproximó a Obring y Kokor. ¿Estaba rojo de furia, o era sólo el cansancio de la caminata?

—Obring —dijo Vas—, miserable hijo de puta. Sólo un idiota se méa en la sopa de su hermano.

Obring irguió el rostro contraído y miró a su esposa, quien lloró con más fuerza. Rasa conocía demasiado a Kokor, y sabía que el llanto era sincero pero que ella exageraba para despertar compasión. Era algo que Rasa no podía ofrecerle. Sabía que sus hijas no habían respetado la cláusula de exclusividad de sus contratos matrimoniales, y no podía compadecer a gente infiel que se ofendía al descubrir que sus compañeros gastaban la misma moneda.

La que sufría era Sevet, no Kokor. Rasa no podía descuidar a Sevet sólo porque Kokor hacía tanto ruido y Sevet guardaba silencio.

—Estoy contigo, querida hija —dijo Rasa—. No es el fin del

mundo. Estás viva, y tu esposo te quiere. Que ésta sea tu música por un tiempo.

Sevet le aferró la mano, jadeando entrecortadamente.

Rasa se volvió hacia la médica.

—¿Le han dicho lo de su padre?

—Ya lo sabe —dijo Obring—. Kyoka nos lo dijo.

—Gracias al Alma Suprema que debemos asistir a un solo funeral —suspiró Rasa.

—Kyoka salvó la vida de su hermana —dijo Obring—. Ella le dio aliento.

No, pensó Rasa, yo le di el aliento. Le di el aliento, pero por desgracia no pude darle decencia ni sensatez. No pude alejarla del lecho de su hermana, ni del esposo de su hermana. Pero yo le di el aliento, y tal vez este dolor le enseñe algo. Tal vez compasión. O al menos cierta contención. Algo que sirva para compensar esta desgracia. Algo para convertirla en una hija mía, y no de Gaballufix, como las dos han sido hasta ahora.

Que todo esto sea para bien, rezó Rasa en silencio. Pero luego se preguntó a quién le rezaba. ¿Al Alma Suprema, cuya intromisión había causado tantos problemas? Ella no me ayudará, pensó Rasa. Ahora debo arreglarme por mi cuenta, para guiar a mi familia y mi ciudad en los terribles días que se avecinan. No tengo poder ni aut oridad sobre ninguna de las dos, excepto el poder que deriva del amor y la sabiduría. Tengo el amor. Ojalá posea también la sabiduría.

2. OPORTUNIDAD

EL SUEÑO DE LA VIDENTE

Luet nunca había intentado tener un sueño de emergencia, así que nunca se le había ocurrido que para soñar no bastaba con desearlo. Al contrario, el nerviosismo la mantenía en vela y le impedía soñar. La enfurecía y le avergonzaba no haber recibido un mensaje del Alma Suprema antes de que Tía Rasa tuviera que decidir qué haría con aquel soldado, Smelost. Para colmo, aunque el Alma Suprema no le había dicho nada, estaba segura de que era un error enviar a Smelost con los gorayni. Parecía demasiado simplista pensar que los gorayni lo recibirían bien sólo porque Gaballufix había sido enemigo de ellos.

Luet hubiera querido decirle a Tía Rasa que los gorayni no eran necesariamente sus amigos, pero Tía Rasa había salido precipitadamente con Vas y a ella no le quedó más remedio que observar mientras Smelost recogía la comida y las provisiones que le habían traído las criadas y se escabullía por la puerta trasera.

¿Por qué Rasa no había reflexionado un poco más? ¿No habría sido mejor enviar a Smelost al desierto, para que se reuniera con Wetchik? Aunque Volemak ya no era el Wetchik. Sólo era el hombre que había sido Wetchik hasta que Gaballufix lo despojó del título, tan sólo el día anterior. Sólo era Volemak… pero Luet sabía que Volemak, entre todos los hombres eminentes de Basílica, era el único que figuraba en los planes del Alma Suprema.

El Alma Suprema había iniciado estos problemas al presentar a Volemak su visión de Basílica en llamas. Le había advertido que una alianza con Potokgavan conduciría a la destrucción de Basílica. Pero no le había asegurado que Basílica pudiera confiar en la amistad de los gorayni. Y por lo que Luet sabía de los gorayni —los cabeza mojada, como los llamaban, por el modo en que aceitaban el cabello —, no era conveniente enviar a Smelost a pedir refugio. Los gorayni tendrían la errónea impresión de que sus aliados no estaban a salvo en Basílica. ¿Eso no les induciría a hacer precisamente lo que todos deseaban evitar: a invadir y conquistar la ciudad?

No, era un error enviar a Smelost. Pero como Luet no había llegado a esta conclusión como vidente, sino mediante sus propios razonamientos, nadie la escucharía. Era una niña, excepto cuando el Alma Suprema estaba en ella, de modo que sólo obtenía respeto cuando no era ella misma. Eso la indignaba, pero no podía hacer nada, salvo abrigar la esperanza de que se equivocaba en cuanto a Smelost y los gorayni, y aguardar impaciente hasta que se convirtiera plenamente en una mujer.

Pero era insólito que Rasa llegara a una conclusión tan poco fundamentada. Rasa parecía actuar irreflexivamente, impulsada por el

miedo. Y si incluso el juicio de Rasa se enturbiaba, ¿con qué podía contar Luet?

Quiero hablar con alguien, pensó. No con su hermana Hushidh. La querida Shuya era sabia y bondadosa y sin duda escucharía, pero sólo se interesaba por Basílica. No en vano era descifradora. Hushidh vivía atenta a las conexiones y relaciones que unían a la gente, a las redes comunitarias que formaban las personas, a la urdimbre de lazos que configuraban Basílica misma. Amaba la ciudad, pero la conocía tan a fondo, se concentraba tanto en ella, que ignoraba las relaciones que enlazaban Basílica con el mundo externo, pues estas relaciones eran demasiado vastas e impersonales.

De todas formas, Luet había intentado hablar con Hushidh, pero Shuya se había dormido de inmediato. Era comprensible. Pronto amanecería y habían perdido horas de sueño durante la noche. Luet también debía dormir.

Ojalá pudiera hablar con Nafai o Issib. Sobre todo con Nafai. Él puede comunicarse con el Alma Suprema en plena vigilia. Quizá no reciba las visiones que yo recibo, quizá no vea con la hondura y claridad de una vidente, pero puede obtener respuestas. Respuestas prácticas y sencillas. Y no necesita dormirse para obtenerlas. Ojalá estuviera aquí. Pero el Alma Suprema lo envió al desierto con su padre y sus hermanos.

Allá tendría que haber ido Smelost, sin duda. Con Nafai. Ojalá alguien supiera dónde está.

Los frenéticos pensamientos de Luet se mezclaron al fin en el caos de su mente dormida, y allí nació un sueño que Luet recordaría, pues venía desde fuera de ella y tenía un sentido que trascendía las reacciones fortuitas del cerebro.

—Despierta —llamó Hushidh.

—Estoy despierta —dijo Luet.

—Ya me has respondido eso mismo dos veces, Lutya, y luego has seguido durmiendo. Es de mañana, y la situación es aún peor de lo que habíamos pensado.

—Si me has dicho eso cada vez que he despertado, no me sorprende que me haya dormido de nuevo.

—Has dormido suficiente —replicó Hushidh, y empezó a contarle lo que había sucedido la noche anterior en casa de Kokor.

Era inconcebible que ocurriera algo semejante con una persona relacionada con la casa de Rasa. Pero no se trataba de meros rumores.

—Por eso Vas se llevó a Tía Rasa —dijo Luet.

—Qué lúcida estás por la mañana.

Luet estaba tan aturdida que tardó un instante en comprender que Hushidh se burlaba de ella.

—Estaba soñando —dijo para justificar su obtusidad. Pero

Hushidh no tenía ningún interés en el sueño.

—Para la pobre Tía Rasa la pesadilla comenzará cuando despierte.

Luet trató de pensar en un aspecto positivo.

—Al menos tiene el consuelo de saber que Kokor y Sevet se criaron como sobrinas de Dhelembuvex… no afectará a su casa…

—¡Que no afectará…! Son sus hijas, Lutya. Y Tía Dhel siempre estuvo aquí con ellas mientras crecían. No se trata de su crianza, sino de que sean hijas de Gaballufix. Es irónico que la misma noche en que él muere, una de sus hijas tumba a la otra de un puñetazo en el gaznate.

—Cada palabra que pronuncias está impregnada de dulce bondad, Shuya.

Hushidh la miró de mal talante.

—Tú tampoco quisiste nunca a las hijas de Tía Rasa, así que no te hagas la buena.

Lo cierto era que Luet no tenía mayor interés en las hijas de Rasa. Era demasiado pequeña para fijarse en ellas cuando estuvieron por última vez en casa de Rasa. Hushidh, siendo mayor, tenía claros recuerdos de la presencia de las dos jóvenes. Kokor asistía a los cursos, y las dos estaban rodeadas de pretendientes. Hushidh decía en broma que había más feromonas que en un burdel, pero no odiaba a Kokor y Sevet porque ellas ejercieran atracción sobre los hombres, sino porque sentían una insidiosa envidia por cualquier muchacha que se granjeara el amor y el respeto de Rasa. Hushidh no era rival para ellas, pero ambas la hostigaban sin piedad, atormentándola cuando las maestras no se daban cuenta. Hushidh se convirtió en un fantasma furtivo que sólo aparecía en las clases y eludía las comidas y las fiestas. Por suerte, Kokor y Sevet se casaron y se marcharon a temprana edad, catorce y quince años respectivamente. Sevet ya era una cantante célebre, y cuando ella y su hermana ensayaban, sus voces resonaban en la casa como trinos de pájaros. Pero Hushidh no oía música en ese canto, y sólo recobró la música cuando las hermanas se fueron. Siguió siendo callada y tímida con todos, excepto con Luet.

Por eso Hushidh prestaba tanta atención cuando las hijas de Rasa representaban un episodio trágico. A Luet sólo le importaba porque entristecía a Tía Rasa.

—Shuya, olvídate de ese escándalo. ¿Qué se dice del soldado? ¿Y qué hay de la muerte de Gaballufix?

Hushidh bajó la vista. Sabía que Luet la reprendía por haber dado excesiva importancia a cuestiones triviales, pero aceptó el reproche y no se defendió.

—Dicen que Smelost era cómplice de Nafai desde antes. Rashgallivak exige que el consejo investigue quién ayudó a Smelost a

escapar de la ciudad, aunque no había orden de arresto cuando él se marchó. Rasa intenta que la guardia de la ciudad quede bajo el control de los Palwashantu. Es muy desagradable.

—¿Y si vienen a arrestar a Tía Rasa como cómplice de Smelost?

—¿Cómplice de qué? —dijo Hushidh. Ahora era Hushidh la descifradora, que hablaba de la ciudad de Basílica, no Shuya la estudiante, que chismorreaba con malicia de sus torturadoras. Luet recibió el cambio con agrado, aunque debiera soportar que Hushidh le reprochara su falta de perspicacia—. La locura de la gente tiene un límite. Rashgallivak puede provocarla, pero no es Gaballufix. Carece de magnetismo personal para lograr que la gente lo siga durante mucho tiempo. Tía Rasa podrá defenderse de él ante el consejo, e incluso dejarlo mal parado.

—Sí, supongo que sí. Pero Gaballufix tenía muchos soldados, y ahora son de Rashgallivak…

—Rash no tiene buenos contactos. La gente siempre lo ha tratado con amabilidad y respeto, pero sólo como mayordomo, y como mayordomo de Wetchik. Es improbable que obtenga todos los honores de Wetchik de buenas a primeras, y aún menos el respeto de que gozaba Gaballufix como jefe de los Palwashantu. No tiene ni la mitad del poder que cree tener, aunque sí el suficiente para causar problemas, lo cual resulta bastante preocupante.

Luet ya estaba despabilada, y se levantó. Recordó que debía contar algo.

—He soñado —declaró.

—Eso has dicho. —Entonces Hushidh comprendió a qué se refería —. Ah. Un poco tarde, ¿no crees?

—No con Smelost. Con algo… muy extraño. Sin embargo parecía más importante que todo lo que está pasando.

—¿Un verdadero sueño? —preguntó Hushidh.

—Nunca estoy segura, pero eso creo. Lo recuerdo con tanta claridad que tiene que venir del Alma Suprema.

—Entonces, cuéntamelo mientras vamos a desayunar. Es casi mediodía, pero Tía Rasa ordenó a la cocinera que no nos molestara y nos dejara dormir porque habíamos pasado media noche en vela.

Luet se puso una túnica, se calzó las sandalias y siguió a Hushidh escalera abajo.

—Soñé con ángeles que volaban.

—¡Ángeles ! ¿Y qué significa eso, además de que eres supersticiosa cuando duermes?

—No se parecían a las ilustraciones de los libros infantiles, si a eso te refieres. No, eran como aves grandes y hermosas. Murciélagos, en realidad, pues tenían pelaje. Pero con rostros muy inteligentes y expresivos, y en el sueño supe que eran ángeles.

—El Alma Suprema no necesita ángeles. El Alma Suprema habla directamente a la mente de cada mujer.

—Y de cada hombre, aunque ya nadie la escucha. Y tú tampoco me estás escuchando, Shuya. ¿Te cuento el sueño, o me limito a comer pan con miel y crema y deduzco que los mensajes del Alma Suprema no te interesan?

—No te hagas la irónica conmigo, Luet. Serás una maravillosa vidente para los demás, pero cuando te pones tan insoportable sólo eres mi estúpida hermana pequeña.

La cocinera las miró de mal talante.

—Procuro que en mi cocina reinen la luz y la armonía.

Avergonzadas, aceptaron el pan caliente que ella les ofrecía y se sentaron a la mesa, donde ya aguardaban una jarra de crema y un frasco de miel.

Hushidh, como de costumbre, partió el pan en un cuenco y le vertió crema y miel; Luet, como de costumbre, vertió la miel sobre el pan y lo comió por separado, bebiendo la crema del cuenco. Las dos fingían que no les gustaba el modo en que comía la otra.

—Seco como polvo —susurró Hushidh.

—Blando y viscoso —replicó Luet. Y se echaron a reír.

—Eso ya me gusta más —asintió la cocinera—. Ya sois mayorcitas para andar peleándoos. Con la boca llena, Hushidh dijo:

—El sueño.

—Ángeles —repitió Luet.

—Que volaban, sí. Ángeles peludos, como murciélagos gordos. Te oí la primera vez.

—Gordos no.

—Pero murciélagos, de todos modos.

—Gráciles. Veloces. Y luego yo fui una de ellos, y también volaba. Era muy hermoso y apacible. Y luego vi el río, y descendí hacia él y con el barro de la orilla modelé una estatua.

—¿Ángeles jugando en el barro?

—No es más extraño que murciélagos modelando estatuas —replicó Luet—. Y te está goteando leche por la barbilla.

—Pues tú tienes miel en la punta de la nariz.

—Y a ti te ha crecido una cosa grande y fea delante de la cabeza… oh, no, es tu…

—Mi cara. Ya lo sé. Termina el sueño.

—Me puse la arcilla en la boca para ablandarla, de modo que cuando yo, como ángel, modelé la estatua, la imagen contenía algo de mí. Creo que es muy significativo.

—Oh, muy simbólico, sí —sonrió Hushidh con tono travieso, pero Luet sabía que escuchaba atentamente.

—Y las estatuas no eran de personas, ni de ángeles ni de cualquier

otra cosa. A veces tenían rostro, pero no eran retratos, ni siquiera cosas. Las estatuas cobraban la forma que nosotros necesitábamos. No había dos iguales, pero yo supe que en ese momento la estatua que estaba modelando era la única estatua que yo podía modelar. ¿Tiene sentido?

—Es un sueño. No es preciso que tenga sentido.

—Pero es un sueño verdadero, así que debe tener sentido.

—Ya veremos —dijo Hushidh. Se llevó otra blanda cucharada de pan y leche a la boca.

—Cuando terminamos —prosiguió Luet—, las llevamos a una roca alta y las pusimos a secar al sol, y luego volamos alrededor, y cada cual miraba las estatuas de los demás. Luego los ángeles se fueron volando y ahora yo ya no estaba con ellos. No era un ángel, sólo estaba allí mirando las rocas donde se erguían las estatuas, y se puso el sol y llegó la oscuridad…

—¿Veías en la oscuridad?

—En el sueño, sí —respondió Luet—. De cualquier modo, al anochecer vinieron unas ratas gigantes, y cada cual tomó una de las estatuas y la llevó a unos hoyos que había en la tierra, hasta madrigueras profundas, y cada rata que había robado una estatua se la daba a otra rata y luego la roían juntas, la humedecían con saliva y se frotaban con ellas. Se cubrían con arcilla. Yo estaba muy enfadada, Hushidh. Destrozaban esas bellas estatuas, las convertían en barro y se frotaban con él… incluso en los genitales, por todas partes.

—Amantes de la belleza —comentó Hushidh.

—Hablo en serio. Me dio muchísima pena.

—¿Y eso qué significa? ¿A quién representan los ángeles, y quiénes son las ratas?

—No sé. Por lo general cuando el Alma Suprema envía un sueño el significado es evidente.

—Pues quizá fuera sólo un sueño.

—No lo creo. Era distinto y muy nítido, y lo recuerdo con gran claridad. Shuya, creo que quizá sea el sueño más importante que he tenido.

—Lástima que nadie pueda entenderlo. Quizá sea una de esas profecías que nadie comprende hasta que todo ha concluido y ya es demasiado tarde para intervenir.

—Tal vez Tía Rasa sepa interpretarlo. Hushidh esbozó una mueca de escepticismo.

—En este momento no está muy lúcida. Luet notó con alivi o que no sólo ella pensaba que Rasa estaba cometiendo errores.

—Entonces, quizá no se lo cuente.

Hushidh sonrió pícaramente, con aire de estar muy complacida consigo misma.

—¿Quieres una interpretación absurda? —preguntó. Luet asintió, y mientras escuchaba siguió comiéndose el pan.

—Los ángeles son las mujeres de Basílica —dijo Hushidh—. Durante milenios, en esta ciudad, hemos forjado una sociedad refinada y agradable, y la hemos convertido en parte de nosotras mismas, tal como los murciélagos de tu sueño modelaban sus estatuas con saliva. Y ahora hemos puesto nuestras obras a secar, y en la oscuridad nuestros enemigos vendrán a robarnos lo que hemos hecho. Pero son tan estúpidos que ni siquiera entienden que son estatuas. Las miran y sólo ven terrones de barro seco. Así que los humedecen y se revuelcan en ellos, y están orgullosos porque poseen todas las obras de Basílica, pero en realidad no poseen nada de Basílica.

—Eso está muy bien —dijo Luet, estupefacta.

—Yo también lo creo —asintió Hushidh.

—¿Y quiénes son nuestros enemigos?

—Muy sencillo. Son los hombres.

—No, eso es *demasiado* simplista —dijo Luet—. Aunque Basílica es una ciudad de mujeres, los hombres que entran en ella contribuyen tanto como nosotras a realizar las obras de belleza. Forman parte de la comunidad, aunque no puedan poseer tierras ni vivir intramuros sin estar casados con una mujer.

—Se me ocurrió que eran hombres en cuanto dijiste que eran ratas gigantes.

La cocinera rió suavemente entre dientes mientras preparaba la cena.

—Alguien más —insistió Luet—. Tal vez Potokgavan.

—Quizá sean sólo los hombres de Gaballufix —dijo Hushidh—. Los matones, y esos soldados con sus horribles máscaras.

—O quizá sea algo que aún no ha aparecido —aventuró Luet. Y añadió con angustia—: O quizá no tiene nada que ver con Basílica. ¿Cómo saberlo? Pero así era mi sueño.

—No nos dice adonde deberíamos haber enviado a Smelost.

Luet se encogió de hombros.

—Tal vez el Alma Suprema pensó que teníamos el sentido común suficiente para deducirlo por nuestra cuenta.

—¿Y tenía razón? —preguntó Hushidh.

—Lo dudo. Enviarlo al territorio de los gorayni fue un error.

—No sé. Pero comer el pan seco… eso sí que es un error.

—No para los que tenemos dientes. No necesitamos mojar el pan para poder comérnoslo.

Lo cual condujo a una falsa discusión que se volvió tan tonta y estridente que la cocinera las echó de la cocina, lo cual no les molestó porque ya habían terminado el desayuno. Era agradable comportarse como niñas por unos minutos. Pues sabían que, para bien o para mal,

las dos participarían en los acontecimientos que se estaban desarrollando en el interior y en las cercanías de Basílica. No se desvivían por participar, pero sus dones las hacían importantes para la ciudad, así que harían todo lo posible por servirla.

Luet acudió al consejo de la ciudad y refirió el sueño, que fue registrado y entregado a las mujeres sabias para que lo estudiaran en busca de señales y presagios. Luet les contó la interpretación de Hushidh. Le dieron las gracias cortés-mente, pero le insinuaron que, aunque cualquiera podía tener sueños, se necesitaba bastante más experiencia para interpretarlos.

EN KHLAM, Y NO EN UN SUEÑO

Una tormenta seca y cálida soplaba desde el noroeste, arrastrando arena y tierra y, según decían, los huesos molidos y las carnes pulverizadas de hombres y animales sorprendidos por ese vendaval a mil kilómetros de distancia y, si uno escuchaba con atención, se oía el gemido de sus almas arrastradas por el viento al cielo o al infierno. Aunque las montañas protegían al ejército de Moozh de los más feroces embates de la tormenta, las tiendas se agitaban con violentos chasquidos y los estandartes flameaban locamente; algunos mástiles se soltaban y echaban a rodar por la avenida polvorienta que había entre las tiendas, perseguidos por un pobre soldado.

La gran tienda de Moozh también temblaba en el viento, a pesar de estar bendecida por el imperátor. La bendición surtiría su efecto, pero Moozh siempre se cercioraba de que las estacas estuvieran bien clavadas.

A la luz de las velas, miraba nostálgicamente el mapa desplegado sobre la mesa. El mapa mostraba todas las tierras que bordeaban las costas occidentales del Mar Interior. En el norte, un contorno rojo indicaba las tierras de los gorayni, las tierras del imperátor, que era la encarnación de Dios en la Tierra y en consecuencia tenía derecho a gobernar a toda la humanidad, etc., etc. Moozh evocó los límites invisibles de naciones que eran tanto o más antiguas que los gorayni, con historias gloriosas, naciones que ahora no existían, que ni siquiera se podían recordar, pues la simple mención de sus nombres era traición y dibujar sus viejos límites en ese mapa implicaría la muerte.

Pero Moozh no tenía que dibujar los límites. Conocía las fronteras de su patria, Pravo Gollossa, la tierra de los sotchitsiya, su tribu. Habían atravesado el desierto desde el norte mil años antes que los gorayni, pero una vez habían sido de la misma raza, con el mismo idioma. Los sotchitsiya se habían asentado en los exuberantes y fértiles valles de las montañas de Skrezhet, abandonando el nomadismo y la guerra, y se habían convertido en una nación de hombres libres. Aprendieron de la gente que los rodeaba. No de los ploshudu, los klhami o los izmennikoy, montañeses toscos sin más cultura que el hambre, la fuerza y el afán de sobrevivir. Los sotchitsiya, las gentes de Pravo Gollossa, habían aprendido de los mercaderes que venían desde Seggidugu, desde Ulye, desde las Ciudades de la Planicie. Y sobre todo, de los caravaneros de Basílica, con sus extrañas canciones y semillas, sus imágenes de cristal y sus ingeniosas herramientas, sus paños que cambiaban de color a medida que transcurría el día, y con poemas y narraciones que enseñaban a los sotchitsiya cómo hablaban, pensaban, soñaban y vivían los

hombres y las mujeres sabios y refinados.

Así nació la gloria de Pravo Gollossa, pues los caravaneros les inspiraron la idea de un consejo cuyos integrantes tomaban decisiones mediante el voto y a la vez eran elegidos por la voz de los ciudadanos. Pero los caravaneros basilicanos también les hablaron de una ciudad gobernada por mujeres, donde los hombres no podían poseer tierras. Las mujeres sabían gobernar y los hombres no se rebelaban para conquistar la ciudad. Las mujeres no sólo podían votar, sino también divorciarse de los esposos al final de cada año y casarse con otro hombre si así lo decidían. La presión constante de esas ideas ablandó a los sotchitsiya y transformó a los fuertes guerreros y cabecillas de la tribu en fantoches afeminados que en tiempos del bisabuelo de Moozh otorgaron el voto a las mujeres, y eligieron a mujeres para gobernarlos.

Entonces llegaron los gorayni, sabiendo que los sotchitsiya ahora tenían corazón de mujer y ya no eran dignos de ser libres. Los gorayni llevaron su gran ejército a la frontera, y las mujeres del consejo —donde había tantos varones como hembras, pero donde todos eran mujeres— votaron por no pelear, sino por aceptar el dominio gorayni si les permitían autonomía en todos los aspectos salvo en los asuntos militares.

Fue una rendición vergonzosa, la castración definitiva de los sotchitsiya, su humillación ante el mundo entero; y el bisabuelo de Moozh había sido el delegado que gestionó los términos de la rendición con los gorayni.

El acuerdo se respetó durante cincuenta años, y los sotchitsiya tuvieron un gobierno autónomo. Pero poco a poco los gorayni fueron incluyendo cada vez más aspectos políticos dentro de la jurisdicción militar, y redujeron el consejo a un puñado de viejos pusilánimes que debía pedir permiso al imperátor hasta para ir a orinar. Sólo entonces algunos sotchitsiya recordaron su hombría. Expulsaron a las mujeres del gobierno, proclamaron que volverían a ser nómadas del desierto y juraron combatir a los gorayni hasta el último hombre. Los gorayni tardaron tres días en derrotar a esos valientes pero inexpertos rebeldes en el campo de batalla, y otro año en cazarlos y exterminarlos en las montañas. Después de eso, se acabó la farsa de que los sotchitsiya tuvieran derechos. Prohibieron el dialecto sotchitsiya; los niños que lo hablaban tenían el privilegio de ver cómo les cortaban la lengua a los padres, un centímetro por cada infracción. Sólo un puñado de sotchitsiya recordaba su idioma, la mayoría viejos y muchos sin lengua.

Pero Moozh lo conocía. Moozh llevaba el idioma sotchitsiya en el corazón. Aunque era el más victorioso y temible general del imperátor, en su corazón sabía que su verdadero idioma era el

sotchitsiya, no el gorayni. Y aunque sus muchos triunfos en combate habían permitido someter a las grandes naciones ribereñas de Uslavat y Ulye bajo el dominio del imperátor, aunque su astuta estrategia había impuesto la obediencia a los escabrosos reinos montañeses de Plosh y Khlam sin una sola batalla campal, el secreto de Moozh era que odiaba al imperátor y lo desafiaba en su corazón.

Moozh sabía que el imperátor era efectivamente Dios encarnado, pues era más sensible que los demás al poder de Dios. Lo había sentido por primera vez en su juventud, cuando buscó un sitio en el ejército gorayni. Dios no le hablaba cuando aprendió a ser un soldado fuerte, de brazos y muslos gruesos y musculosos, capaz de hundir un hacha en la espalda del enemigo y partirlo en dos. Pero cuando Moozh se imaginaba como oficial, como un general que conducía ejércitos, aparecía esa abrumadora y estúpida sensación que le inducía a olvidar dichos sueños. Moozh comprendía: Dios conocía su odio al imperátor, y quería impedir que alguien como Moozh tuviera más poder que la fuerza que le proporcionaran los brazos.

Pero Moozh no cedía. Cuando intuía que Dios estaba haciéndole olvidar una idea, se aferraba a ella. La anotaba y la memorizaba, escribía un poema con ella en idioma sotchitsiya, para no olvidarla nunca. Y así, poco a poco, construyó en su corazón sus propias reglas de la guerra, guiado a cada paso por Dios, pues cuando Dios trataba de impedirle pensar, entonces sabía que *debía* pensar, profunda y concienzudamente.

Esta secreta lucha con Dios elevó a Moozh sobre los soldados rasos y lo hizo capitán cuando su regimiento corría peligro de ser barrido por los piratas de Revis. Los demás oficiales habían muerto, pero cuando Moozh pensó en asumir el mando y conducir a sus pocos hombres en un contraataque contra el flanco de los indisciplinados y victoriosos reviti, sintió esa confusión mental que le indicaba que Dios no quería que él elaborase esa idea. Así que acalló la voz de Dios y condujo a sus hombres en una carga temeraria. Los piratas se aterrorizaron tanto que se desbandaron y huyeron. Los demás gorayni cobraron ánimo y siguieron a Moozh, alcanzaron a los piratas en la orilla, los mataron a todos y quemaron sus barcos. Llevaron a Moozh para celebrar el triunfo a la ciudad de Gollod, donde el imperátor le ungió el cabello con mantequilla de leche de camello y lo declaró héroe de los gorayni. Pero en su corazón, Moozh sabía que Dios había planeado que un leal hijo de los gorayni obtuviera esa victoria. Bien, peor para el imperátor. Si la encarnación de Dios no comprendía que acababa de ungir el cabello de su enemigo, tanto peor para él.

Paso a paso Moozh fue ascendiendo, y ahora lideraba un numeroso ejército. La mayoría de sus hombres estaban acuartelados en Ulye, pues el imperátor había ordenado retrasar el ataque contra

Nakavalnu hasta que mejorara el tiempo al cabo de un mes, cuando podrían usar ventajosamente sus carros. En Khlam sólo tenía un regimiento, pero no necesitaba más. Poco a poco conduciría a los gorayni adelante, adueñándose de las naciones costeras hasta que hubieran caído todas las ciudades. Entonces se enfrentarían a los ejércitos de Potokgavan.

¿Y luego, qué? En ocasiones Moozh pensaba que se vengaría orquestando la destrucción total de los ejércitos gorayni. Concentraría todo su poderío militar en un punto y luego haría que los exterminaran a todos, él incluido. Luego, desbaratados los gorayni y con Potokgavan dominando la planicie, los sotchitsiya se levantarían y reclamarían su libertad.

En otras ocasiones, en cambio, Moozh imaginaba que destruiría el ejército de Potokgavan, de modo que en toda la costa occidental del Mar Interior no hubiera rival que contrarrestara la supremacía gorayni. Entonces se plantaría ante el imperátor, y cuando el imperátor extendiera la mano para ungirle el cabello con mantequilla de leche de camello, Moozh lo degollaría con un cuchillo, le arrebataría la gorra de joroba de camello y se la pondría en la cabeza, declarando que un sotchitsiya había ganado ese imperio y los sotchitsiya lo gobernarían. El sería imperátor, y en vez de ser la encarnación de Dios se erigiría como enemigo de Dios, y los sotchitsiya serían reconocidos como los hombres más grandes, no como una nación de mujeres.

En esto pensaba mientras estudiaba el mapa, mientras la tormenta arrojaba arena contra la tienda e intentaba arrancarla del suelo.

De pronto se puso alerta. El ruido había cambiado. No era sólo el viento; alguien estaba arañando la tienda desde el exterior, ¿Quién sería tan estúpido como para salir con ese tiempo? Sintió una punzada de temor. ¿Sería un asesino enviado por el imperátor, para impedir la traición que Dios veía en su corazón ?

Pero al abrir la entrada de la tienda, no encontró a ningún asesino en ese remolino de arena y viento caliente. En cambio estaba Plod, su amigo y compañero de armas, y otro hombre, un forastero con un uniforme militar que Moozh no reconoció.

Plod mismo cerró la tienda. Habría sido impropio que Moozh lo hiciera, cuando había presente un oficial más joven. Moozh dispuso de unos instantes para estudiar al extranjero. No era un verdadero soldado; tenía un peto resistente, una espada afilada, ropas elegantes y porte viril. Pero su cutis parecía demasiado suave y sus músculos carecían de la dureza del hombre que ha empuñado la espada en combate. Era la clase de soldado que montaba guardia en un palacio o en una carretera de peaje, incordiando a la gente común pero sin tener que enfrentar el embate de una horda enemiga, sin tener que

perseguir un carro y matar a hachazos a quienes escapaban de las hojas que giraban en los cubos de las ruedas.

—¿Qué portal custodias? —preguntó Moozh.

El hombre se sorprendió, y miró de soslayo a Plod, quien se echó a reír.

—Nadie le ha dicho nada, hombre. ¿Crees que puedes enfrentar al general Vozmuzhalnoy Vozmozhno y ocultarle algún secreto?

—Me llamo Smelost —dijo el soldado—, y traigo una carta de la dama Rasa de Basílica.

Mencionó el nombre como si Moozh debiera conocerlo. Así eran esas gentes de ciudad. Creían que el renombre entre los suyos significaba renombre en todo el mundo.

Moozh cogió la carta. No estaba escrita en el alfabeto cuadrangular de los gorayni, que ellos habían robado a los sotchitsiya siglos atrás, sino en la florida cursiva vertical de Basílica. Pero Moozh era un hombre culto. La leyó con facilidad.

—Parece que este hombre es amigo nuestro, querido Plod —dijo Moozh—. Corre peligro en Basílica porque ayudó a escapar a un asesino, pero el asesino también era amigo nuestro, pues mató a un hombre llamado Gaballufix, que propiciaba una alianza entre Basílica y Potokgavan, para conducir a las Ciudades de la Planicie en una guerra contra nosotros.

—Vaya —dijo Plod.

—Y pensar que ni siquiera sospechábamos que en Basílica tuviéramos tantos amigos — ironizó Moozh. Plod rió. Smelost no las tenía todas consigo.

—Siéntate —dijo Moozh—. Estás entre amigos. Nadie te hará daño. Tráele un poco de cerveza, Plod. Aunque sea un simple soldado, nos trae una carta de una dama refinada que sólo siente amor y preocupación por el imperátor.

Plod descolgó una jarra de un poste de la tienda y se la tendió a Smelost, quien la miró desconcertado.

Moozh se echó a reír, le arrebató la jarra y le mostró cómo apoyársela en el brazo, alzarla y verterse cerveza en la boca.

—En este ejército no usamos copas finas, amigo mío. Ahora ya no estás entre las damas de Basílica.

—Ya lo sabía —replicó Smelost.

—La carta no lo dice todo, amigo mío —observó Moozh—. Sin duda podrás contarnos más.

—No mucho, me temo —dijo Smelost, bebiendo un sorbo de cerveza. Era mucho más dulce que la cerveza común, y Moozh notó que no le agradaba mucho. Bien, eso no importaba, mientras Smelost ingiriese una buena dosis de la droga que contenía la bebida y soltara la lengua—. Me marché antes que se aclarase la situación. —Mentía,

pensando que no debía revelar más de lo que había dicho la dama Rasa.

Pero pronto Smelost superó su reticencia y le contó a Moozh más de lo que se proponía. Moozh fingió que ya lo sabía casi todo, para que Smelost no pensara que había traicionado secretos cuando evocara la conversación y todo lo que había dicho.

Era evidente que en ese momento reinaba gran confusión en Basílica, pero los detalles que le importaban a Moozh eran muy claros. Dos partidos, uno a favor de la alianza con Potokgavan, otro en contra, habían luchado por el control de la ciudad.

Los jefes de los dos partidos habían muerto en la misma noche. Algunos decían que los había matado el mismo hombre, aunque Smelost no lo creía. Las acusaciones de asesinato proliferaban; un hombre débil controlaba a un grupo de peligrosos mercenarios, mientras que la guardia oficial de la ciudad estaba bajo sospecha porque este soldado, Smelost, había permitido que el presunto asesino se escabullera de la ciudad dos noches atrás.

—¿Qué se puede esperar de una ciudad de mujeres? —dijo Moozh, cuando la historia hubo concluido—. Claro que hay confusión. Las mujeres siempre se atropellan cuando se desencadena la violencia.

Smelost lo miró con cautela. Ésta era la mayor virtud de la droga que Plod le había dado: la víctima creía actuar con elusiva astucia mientras revelaba hasta el último secreto de su corazón. Moozh se había inmunizado contra sus efectos años atrás, así que no le importaba beber cerveza de la misma jarra. Plod ignoraba que él era inmune, y Moozh sospechaba que a menudo le administraba la droga; en esas ocasiones el general hacía algunas confesiones inofensivas pero indiscretas, dando, por ejemplo, su opinión personal sobre algunos oficiales. Ninguna acusación grave. Sólo lo suficiente para que Plod creyera que la droga había surtido efecto.

—Oh, ya sabes a qué me refiero —prosiguió Moozh—. No tengo nada contra las mujeres, pero no pueden escapar a su propia naturaleza, ¿verdad? Así son ellas. Cuando estalla la violencia, deben buscar protección en un varón o están perdidas, ¿no crees?

Smelost sonrió vagamente.

—Veo que no conoces a las mujeres de Basílica.

—Claro que sí. Conozco a todas las mujeres, y las que yo no conozco, Plod las conoce… ¿verdad, Plod?

—Oh, sí —sonrió Plod.

Smelost se enfurruñó un poco, pero no dijo nada.

—Las mujeres de Basílica están asustadas, ¿verdad? Asustadas, y actúan con precipitación. No les gusta que esos soldados patrullen las calles. Temen lo que sucederá si no aparece un nombre fuerte para controlarlos… pero también temen lo que sucederá si aparece un

hombre fuerte. Quién sabe qué ocurrirá cuando se desate la violencia. Hay sangre en las calles de Basílica. La cabeza de un hombre ha bebido el polvo de la calle por las dos mitades del cuello, como decimos en Gollod. Hay miedo en los corazones femeninos de Basílica, sí, y tú lo sabes.

Smelost se encogió de hombros.

—Claro que tienen miedo. ¿Quién no lo tendría?

—Un *hombre* no lo tendría. Un hombre olería la oportunidad. Un hombre sabe que bastan unas palabras intrépidas para adueñarse del mando cuando los demás tienen miedo. Cualquiera que tome decisiones, cualquiera que actúe, puede adquirir autoridad, ser la esperanza de los desesperados, la fuerza de los débiles, el alma de los desanimados. Un hombre *actuaría.*

—Actuaría —repitió Smelost.

—Actuaría con audacia —terció Plod.

—Sin embargo, tú vienes a nosotros con la carta de una mujer, suplicando protección. — Moozh sonrió y se encogió de hombros.

Smelost trató de defenderse.

—¿Acaso debía comparecer en juicio por haber hecho lo que me pareció correcto?

—Claro que no. ¿Qué? ¿Ser juzgado por mujeres? —Moozh miró a Plod y se echó a reír. Plod entendió la indirecta y lo imitó—. ¿Por actuar como un hombre, con audacia y valor? No, no deberías comparecer en juicio por eso.

—Por eso he venido aquí —asintió Smelost.

—Buscando protección. Para estar a salvo, mientras tu ciudad es presa del miedo. Smelost se puso de pie.

—No he venido para recibir insultos. Plod desenvainó la espada y la apoyó en la garganta de Smelost.

—Cuando el general del imperátor está sentado, todos los hombres se sientan o son tratados como asesinos. Smelost se sentó despacio.

—Perdona a mi queridísimo amigo Plod —dijo Moozh—. Sé que no tenías malas intenciones. ¡A fin de cuentas, has venido aquí en busca de amparo, no para iniciar una guerra! —Moozh se echó a reír, escrutando los ojos de Smelost, hasta que el soldado rió forzadamente.

Era evidente que a Smelost le repugnaba sentirse obligado a reírse de sí mismo por buscar protección en vez de actuar como un hombre.

—Pero quizá te haya entendido mal —prosiguió Moozh—. Quizá no hayas venido, como dice esta carta, sólo por ti. A lo mejor tienes un plan, una manera de ayudar a tu ciudad, alguna idea para aplacar los miedos de las mujeres de Basílica y protegerlas del caos que las amenaza.

—No tengo ningún plan —reconoció Smelost.

—Ah —suspiró Moozh con tristeza—. O quizás aún no confías tanto en nosotros como para contárnoslo. Comprendo. Nosotros somos unos desconocidos, y está en juego tu ciudad, una ciudad que amas más que la vida misma. Además, deberías pedirnos mucho más de lo que un soldado común pediría normalmente a un general gorayni. Así que no insistiré. Márchate. Plod te mostrará una tienda donde podrás beber y dormir, y cuando esta tormenta amaine podrás bañarte y comer, y quizá para entonces confíes lo suficiente en nosotros como para contarme qué deseas que hagamos para salvar a tu bella y amada ciudad de la anarquía.

Moozh hizo una sutil seña con la mano y se acodó en el brazo de la silla, fingiendo pesadumbre por la obstinación de Smelost. Plod vio la seña y se llevó a Smelost de la tienda.

En cuanto hubieron salido, Moozh se levantó de un brinco y se apoyó en la mesa para estudiar el mapa. Basílica, muy al sur, pero en un paraje alto en el linde del desierto, adonde se podía llegar cruzando las montañas. Dos días, llevando unos centenares de hombres a marchas forzadas. Dos días, y podría adueñarse de la mayor ciudad de la costa oeste, la ciudad cuyos caravaneros habían transformado su lengua en la jerga comercial de todas las ciudades y naciones, desde Potokgavan hasta Gorayni. No importaba que Basílica no tuviera un ejército numeroso. Lo principal era cómo lo imaginarían las Ciudades de la Planicie, y Potokgavan. Ellos no sabrían cuan pequeño y débil sería el ejército gorayni. Sólo sabrían que el gran general había avanzado por sorpresa y había conquistado una ciudad misteriosa y legendaria, y ahora, en vez de estar ciento cincuenta kilómetros al norte, más allá de Seggidugu, ahora los acechaba, observando sus movimientos desde las torres de Basílica.

Sería un golpe devastador. Consciente de que Vozmuzhalnoy Vozmozhno observaría la llegada de su flota con antelación suficiente para movilizar a sus hombres desde Basílica y aniquilar a las tropas de desembarco, Potokgavan no se atrevería a enviar una fuerza expedicionaria a las Ciudades de la Planicie.

En cuanto a las ciudades mismas, se rendirían una por una, y pronto Seggidugu se encontraría rodeada, sin esperanzas de recibir ayuda de Potokgavan. Aceptaría la paz a cualquier precio.

Quizá ni siquiera hubiera una batalla: una victoria total, sin bajas, todo porque Basílica estaba sumida en el caos y ese soldado había ido a revelar a Vozmuzhalnoy Vozmozhno su gloriosa oportunidad. Plod volvió a la tienda.

—La tormenta está amainando —anunció.

—Muy bien —dijo Moozh.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó Plod.

—¿Qué?

—Esas tonterías que le dijiste a ese soldado basilicano.

Moozh no sabía de qué hablaba Plod. ¿Soldado basilicano? Nunca había visto a un soldado basilicano.

Pero Plod miró de soslayo una de las sillas, y Moozh recordó vagamente que un rato antes alguien se había sentado en esa silla. Alguien… ¿un soldado basilicano? Eso era importante. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

No es un olvido, pensó Moozh, no es un olvido. Dios ha hablado. Dios ha tratado de ponerme en ridículo, pero me niego. No me dejaré someter.

—¿Cómo ves la situación? —preguntó. No debía permitir que Plod notara su confusión.

—Basílica está lejos —dijo Plod—. Podemos brindar refugio a este hombre, matarlo o enviarlo de regreso. Da lo mismo. ¿Qué importancia tiene Basílica?

Pobre tonto, pensó Moozh. Por eso eres sólo el amigo del general y no el general mismo, aunque te gustaría ocupar mi puesto. Moozh sabía qué importancia tenía Basílica. Era la ciudad de mujeres cuya influencia había castrado a sus antepasados, privándolos de su libertad y de su honor. También era la gran ciudadela que se erguía sobre las Ciudades de la Planicie.

Si Moozh conseguía tomarla, no tendría que librar una sola batalla. Sus enemigos se derrumbarían. ¿Era éste el plan que había urdido antes, el plan que Dios intentaba hacerle olvidar?

—Anota esto —dijo Moozh.

Plod abrió su ordenador y comenzó a teclear para registrar las palabras de Moozh.

—Quien domine Basílica dominará las Ciudades de la Planicie.

—Pero Moozh, Basílica nunca ha ejercido hegemonía sobre esas ciudades. .

—Porque es una ciudad de mujeres. Si estuviera al mando de un hombre con un ejército, sería otra historia.

—Nunca llegaríamos para tomarla —objetó Plod—. Toda Seggidugu se extiende entre nosotros y Basílica.

Moozh miró el mapa y recordó otra parte de su plan.

—Una marcha por el desierto.

—¡En el mes de las tormentas del oeste! —exclamó Plod -¡Los hombres se negarían a obedecer!

—Las montañas ofrecen protección. Y hay muchas carreteras.

—No para un ejército.

—No para un ejército grande —corrigió Moozh, trazando el plan a medida que hablaba.

—No podrías defender Basílica contra Potokgavan con un ejército pequeño —adujo Plod.

Moozh estudió el mapa un instante más.

—Pero Potokgavan no vendría si ya tenemos Basílica. Ignorarían el tamaño de nuestro ejército, pero sabrían que podemos vigilar toda la costa desde allí. ¿Adonde llevarían su flota, sabiendo que podemos avistarlos desde lejos y desbaratar su desembarco?

Plod terminó de escribir y estudió el mapa.

—Este plan tiene sus méritos —admitió.

Moozh se preguntó en silencio por qué. Ignoro por que tengo este plan, aunque parece que un soldado basilicano ha venido a verme. ¿Qué me dijo? ¿Por qué el plan tiene sus méritos?

—Y con el caos que reina en Basílica, quizá consigas tomar la ciudad.

Caos en Basílica. Bien. No me equivocaba. Al parecer ese soldado basilicano me ha revelado una oportunidad.

—Sí —prosiguió Plod—. Además, tenemos la excusa perfecta para hacerlo. No somos invasores, sino gente que salva a los habitantes de Basílica de los mercenarios que recorren sus calles.

¿Mercenarios? La idea era absurda. ¿Por qué Basílica tema mercenarios en las calles? ¿Acaso había estallado una guerra? ¡Dios nunca había distraído a Moozh hasta el extremo de hacerle olvidar una guerra!

—Y la provocación inmediata… los asesinatos. Ya hay derramamiento de sangre. Tenemos que intervenir, impedirlo. Sí, habrá justificación de sobra. Nadie puede criticarnos por atacar la ciudad de las mujeres, si pretendemos impedir que corra sangre por las calles.

Conque ése es mi plan, pensó Moozh. Es perfecto. Ni siquiera Dios puede impedirme que lo lleve a cabo.

—Anótalo, Plod, y pide a mis asistentes que preparen órdenes detalladas para que mil hombres marchen en cuatro columnas por las montañas. Vituallas para sólo tres días. Los hombres podrían cargarlas en la espalda.

—¡Tres días! —exclamó Plod—. ¿Y si algo sale mal?

—Sabiendo que sólo tienen comida para tres días, querido Plod, los hombres marcharán deprisa, y no permitirán que nada les demore.

—¿Y si la situación ha cambiado en Basílica cuando lleguemos? ¿Y si encontramos resistencia? Las murallas de Basílica son altas y sólidas, y los carros no sirven en ese terreno.

—Entonces es una suerte que no llevemos carros, ¿verdad? Salvo uno, quizá, para mi entrada triunfal en la ciudad… en nombre del imperátor, por supuesto.

—De todas formas, podrían resistirse, y llegaremos con muy poca comida. ¡No podemos ponerles sitio!

—No será necesario. Sólo tendremos que pedirles que abran las

puertas, y las puertas se abrirán.

—¿Por qué?

—Porque yo lo digo. ¿Cuándo me he equivocado antes? Plod sacudió la cabeza.

—Nunca, mi querido amigo y amado general. Pero mientras obtenemos la autorización del imperátor para ir allá, el caos puede adueñarse de las calles de Basílica, y quizá necesitemos mucho más que mil hombres para imponernos.

Moozh lo miró sorprendido.

—¿Por qué debemos esperar que llegue la autorización del imperátor?

—Porque el imperátor te prohibió realizar ningún ataque hasta que haya concluido la temporada de las tormentas.

—Al contrario. El imperátor me ha prohibido atacar Nakavalnu e Izmennik, y no pienso atacarlas. Pasaré por su flanco izquierdo y marcharé a toda prisa por las montañas hasta Basílica, donde tampoco atacaré a nadie, sino que entraré en la ciudad para restaurar el orden en nombre del imperátor. Nada de esto viola ninguna orden.

Plod frunció el ceño. \

—Estás interpretando las palabras del imperátor, generan y eso es algo que sólo puede hacer el intercesor.

—Cada soldado y cada oficial debe interpretar las órdenes que recibe. Me enviaron a las tierras del sur para conquistar la costa occidental del Mar Interior. Ésas fueron las órdenes del imperátor. Si yo no aprovechara esta gran oportunidad que Dios me ha dado, entonces estaría desobedeciendo.

—Mi querido amigo, nobilísimo general de los gorayni, te ruego que no lo intentes. El intercesor no lo interpretará como obediencia, sino como insubordinación.

—Entonces el intercesor no es un verdadero servidor del imperátor.

Plod inclinó la cabeza.

—Veo que he hablado con demasiado atrevimiento.

Moozh supo de inmediato que Plod se proponía contárselo todo al intercesor para tratar de detenerlo. Cuando Plod se proponía obedecer, no armaba tanto ruido con su obediencia.

—Dame tu ordenador —pidió Moozh—. Yo mismo anotaré las órdenes.

—No me avergüences —dijo Plod, consternado—. Debo escribirlas, o habré fallado en mi deber hacia ti.

—Te sentarás aquí conmigo, y mirarás mientras anoto las órdenes.

Plod se hincó de rodillas sobre las alfombras.

—Moozh, amigo mío, prefiero que me mates antes que

avergonzarme así.

—Sabía que no pensabas obedecerme. No me mientas diciendo lo contrario.

—Me proponía retrasarte —admitió Plod—. Me proponía darte tiempo para recapacitar, con la esperanza que comprendieras el grave peligro que corres al oponerte al imperátor, sobre todo después de haber tenido un sueño en el que despreciabas su sagrada persona.

Moozh tardó un instante en recordar a qué se refería Plod, luego fue presa de una furia helada.

—Nadie conoce ese sueño, excepto mi amigo y yo.

—Tu amigo te quiere tanto que contó el sueño al intercesor, por miedo de que tu alma corriera peligro de destrucción sin que tú lo supieras.

—Es evidente que mi amigo me quiere muchísimo.

—Así es —asintió Plod—. Con todo mi corazón. Te quiero más que a ningún hombre o mujer de este mundo, con la única excepción de Dios y su santa encarnación.

Moozh miró a su querido amigo con helada serenidad.

—Usa tu ordenador, amigo mío, y llama al intercesor a mi tienda. Dile que de camino pase a buscar al soldado basilicano.

—Yo iré a buscarlos —dijo Plod.

—Llámalos con el ordenador.

—¿Y si el intercesor no está usando su ordenador en este momento?

—Entonces esperaremos a que lo use —sonrió Moozh—. Pero lo estará usando, ¿verdad?

—Quizá —dijo Plod—. ¿Cómo he de saberlo?

—Llámalo. Quiero que el intercesor esté presente cuando yo interrogue al soldado basilicano. Así entenderá que debemos ir enseguida, sin esperar la confirmación del imperátor.

Plod asintió.

—Muy prudente, amigo mío. Debí saber que no te opondrías a la voluntad del imperátor. El intercesor te escuchará, y él decidirá.

—Decidiremos juntos —puntualizó Moozh.

—Por supuesto.

Plod pulsó las teclas del ordenador. Moozh miró las letras que flotaban en el aire sobre el ordenador, solicitando con urgencia la presencia del intercesor.

—Que venga solo —dijo Moozh—. Si decidimos no actuar, no quiero que se divulguen rumores sobre Basílica.

—Ya le pedí que viniera solo.

Esperaron, hablando de otros asuntos. De campañas del pasado. De oficiales que habían servido con ellos. De mujeres que habían conocido.

—¿Alguna vez has amado a una mujer? —le preguntó Moozh.

—Tengo esposa —dijo Plod.

—¿Y la amas?

Plod reflexionó un instante.

—Cuando estoy con ella. Es la madre de mis hijos.

—Yo no tengo hijos. Ninguno, que yo sepa. Ninguna mujer que me haya complacido más de una noche.

—¿Ninguna? —preguntó Plod.

Moozh se ruborizó al comprender a qué se refería Plod.

—Nunca quise a esa mujer —dijo—. Para mí fue… un acto de piedad.

—Una vez es un acto de piedad —rió Plod—. Dos meses en un año, y otro mes tres años después… eso, más que piedad, es santidad.

—No significaba nada para mí. Sólo la tomé en nombre de Dios.

Y era verdad, aunque no como lo entendía Plod. La mujer había aparecido de repente, sucia y desnuda, llamando a Moozh por su nombre. Todos sabían que esas mujeres eran de Dios.

Pero cuando Moozh pensaba en tomarla, Dios le enviaba ese sopor para impedir que el general cumpliera sus propósitos. Así que Moozh siguió adelante, y conservó a la mujer. La bañó, la vistió y la trató con ternura, como a una esposa. Sintió la ira de Dios hirviendo en un rincón de su mente, y se rió de Dios. Conservó a la mujer hasta que ella desapareció tan súbitamente como había aparecido, dejando sus finas prendas, sin llevarse nada, ni siquiera comida, ni siquiera agua.

—Conque no la querías —dijo Plod—. ¡Entonces Dios te honrará por tu sacrificio!

Plod se rió de nuevo, y Moozh, como buen camarada, compartió sus risas.

Aún se reían cuando oyeron un rasguño en la tienda, y Plod se apresuró a abrirla. El intercesor entró primero, lo cual era su deber y también una expresión de su fe en Dios, pues el intercesor siempre se prestaba a que lo apuñalaran por la espalda, confiando en la protección divina. Luego entró un desconocido. Moozh no recordaba haber visto a aquel hombre. Por su atuendo era un soldado de una ciudad refinada; por su cuerpo era un soldado blando, un guardia y no un combatiente; por su modo de saludar, saltaba a la vista que había hablado con Moozh y la conversación había terminado amigablemente.

El intercesor se sentó primero, luego Moozh; sólo entonces podían los demás ocupar sus sitios.

—Permíteme ver tu espada —le pidió Moozh al soldado basilicano—. Quiero ver qué clase de acero tenéis en Basílica.

El basilicano se levantó despacio, mirando a Plod de soslayo.

Moozh recordó vagamente que Plod había amenazado al basilicano con su espada. ¡Con razón el hombre se mostraba tan cauto! El basilicano desenvainó su espada corta con dos dedos y se la entregó a Moozh, ofreciéndole la empuñadura.

Era una espada de ciudad, para luchar a corta distancia, no un espadón para el campo de batalla. Moozh probó la hoja contra la piel de su propio brazo, haciendo un corte leve pero suficiente para trazar una línea de sangre. El hombre esbozó una mueca. Blando. Blando.

—He estado pensando en lo que me dijiste, señor —dijo el basilicano.

Ah. Conque le di algo en qué pensar.

—Y veo que mi ciudad necesita tu ayuda. ¿Pero quién soy yo para pedirla, o siquiera para saber cuánta ayuda sería correcta o suficiente? Soy sólo un guardia; sólo el azar me ha involucrado en estos grandes asuntos.

—Amas a tu ciudad, ¿verdad? —dijo Moozh, al comprender qué le habría dicho a ese hombre. Estoy bastante lúcido hasta en mis días malos, pensó con satisfacción. Tan lúcido como para trazar planes que burlarán a Dios.

—Sí, la amo. —El hombre lagrimeó—. Perdóname, pero otra persona me hizo esa pregunta antes de marcharme de Basílica. Por esta señal ahora sé que eres un leal servidor del Alma Suprema, y que puedo confiar en ti.

Moozh lo miró a los ojos, para demostrarle que esa confianza era sumamente apropiada.

—Ve a Basílica, señor. Ve con un ejército. Restaura el orden en las calles, y expulsa a los mercenarios. Entonces las mujeres de Basílica ya no tendrán miedo.

Moozh asintió.

—Una elocuente y noble solicitud, que en mi corazón yo ansió satisfacer. Pero soy un servidor del imperátor, y debes exponer la situación de tu ciudad al intercesor, quien es los ojos y oídos y el corazón del imperátor en nuestro campamento.

Mientras hablaba, Moozh se puso de pie frente al intercesor y se inclinó. A sus espaldas, Plod y el soldado basilicano también se levantaron y se inclinaron.

Sin duda Plod es tan listo como para sospechar mis intenciones, pensó Moozh con un hormigueo de temor. Sin duda ya está desenvainado su puñal para hundírmelo en la espalda. Sin duda sabe que, de lo contrario, la espada basilicana que empuño le rebanará la cabeza en cuanto me levante.

Pero Plod no fue tan listo, así que al cabo de un instante su sangre chorreó y salpicó la tienda mientras el cuerpo se derrumbaba y la cabeza colgaba del extremo de una columna vertebral medio

tronchada.

La estocada de Moozh fue tan rápida y certera que ni el basilicano ni el intercesor atinaron a reaccionar. Moozh tuvo tiempo de sobra para hundir la hoja basilicana bajo las costillas del intercesor, y le atravesó el corazón antes que el hombre pudiera decir una palabra o levantarse de la silla.

Moozh se volvió hacia el tembloroso basilicano.

—¿Cómo te llamas, soldado?

—Smelost, señor, como te dije. No mentí en nada.

—Lo sé. Tampoco yo he mentido. Estos hombres querían impedir que acudiera en auxilio de tu ciudad. Por eso los reuní aquí. Para ofrecerte mi ayuda, antes debía matarlos.

—Lo que tú digas, señor.

—No, no lo que diga. Sólo la verdad, Smelost. Estos hombres eran espías empeñados en observar cada uno de mis movimientos, oír cada una de mis palabras y juzgar constantemente mi lealtad al imperátor. Este —señaló a Plod— interpretó un sueño mío como señal de deslealtad, y se lo contó al intercesor. Pronto me habrían denunciado y yo habría perdido mi puesto. ¿Quién habría ido a salvar a Basílica entonces?

—¿Pero cómo explicarás sus muertes? —preguntó Smelost.

Moozh no respondió.

Smelost aguardó. Miró de nuevo los cuerpos.

—Entiendo —dijo—. La espada que los mató era mía.

—¿Cuánto amas a tu ciudad? —preguntó Moozh.

—Con todo mi corazón.

—¿Más que a la vida? —preguntó Moozh. Smelost asintió gravemente. Había miedo en sus ojos, pero no temblaba.

—Si mis soldados llegan a sospechar que yo he matado a Plod y al intercesor, me descuartizarán. Pero si piensan, mejor dicho, si *saben* que tú lo hiciste, y que yo te maté por ello, entonces me seguirán, ciegos de indignación. Les diré que tú eras uno de los mercenarios. Mancillaré tu nombre. Diré que eras un traidor a Basílica, que tratabas de impedir que yo acudiera en su auxilio. Pero al creer esas mentiras, me seguirán y salvaremos tu ciudad.

Smelost sonrió.

—Por lo visto, mi destino es ser acusado de traición cuando mejor sirvo a mi ciudad.

—Es terrible que un hombre deba parecer desleal para actuar con lealtad pero así son las cosas.

—Dime qué debo hacer.

Moozh casi jadeó de admiración ante el coraje y el honor de ese hombre, mientras explicaba la sencilla farsa que montarían. «Si no sirviera a una causa superior —pensó Moozh—, me avergonzaría de

engañar a un hombre tan honorable. Pero en aras de Pravo Gollossa, cometeré cualquier atrocidad.» Un momento después, en una tregua de la tormenta, Moozh y Smelost comenzaron a gritar, y Moozh soltó un alarido. Los testigos luego jurarían que habían oído el grito de muerte del intercesor. Acudieron los soldados y vieron que Smelost, sangrando por una herida del muslo, salía tambaleando de la tienda del general, empuñando una espada corta que goteaba sangre.

—¡Por Gaballufix! ¡Muerte al imperátor!

El nombre de Gaballufix no significaba nada para los soldados gorayni, aunque pronto se llenaría de connotaciones. Lo único que les importaba era la segunda parte del grito de Smelost: muerte al imperátor. Nadie podía decir semejante cosa en un campamento gorayni sin ser desollado vivo.

Pero antes que nadie se le acercara, el general salió trastabillando de la tienda, sangrando por el brazo y sosteniéndose la cabeza como si hubiera recibido una estocada. El general —el gran Vozmuzhalnoy Vozmozhno, a quien llamaban Moozh cuando creían que él no lo oía— empuñaba un hacha con el brazo izquierdo —¡el izquierdo, no el derecho!— y la hundió en el cuello del asesino, hendiéndolo hasta el corazón. No debería haberlo hecho. Todos sabían que debía haber permitido que prendiesen al hombre para castigarlo con la tortura. Pero entonces, para horror de todos, el general cayó de rodillas —el general, que tenía hielo en las venas en vez de sangre— y sollozó amargamente, clamando desde las honduras de su alma:

—¡Plodorodnuy, mi amigo, mi corazón, mi vida! ¡Ah, Plod! ¡Ah, Plod, Dios debió llevarme a mí en vez de a ti!

Esa pesadumbre era sobrecogedora, y los soldados que oyeron ese llanto, sin decir una palabra, decidieron no mencionar a nadie esa blasfema sugerencia de que Dios podía haber ordenado erróneamente el mundo. Cuando entraron en la tienda comprendieron por qué Moozh había perdido toda contención y había matado al asesino con sus propias manos. ¿Qué hombre podía contener su furia después de presenciar el cruel asesinato de su más querido amigo y del intercesor?

Pronto se difundió por el campamento la noticia de que Moozh llevaría consigo mil bravos soldados en una marcha forzada a través de las montañas, para ocupar la ciudad de Basílica y destruir el partido de Gaballufix, un grupo de hombres tan ruines e insolentes que habían tenido el descaro de urdir un atentado contra el general de los gorayni. Lamentablemente para ellos, Dios amaba tanto a los gorayni que no había permitido que Moozh fuera víctima de la traición. En cambio Dios había colmado el corazón de Moozh de justa ira, y Basílica pronto sabría lo que significaba tener a Dios y a los gorayni como amos.

3. PROTECCIÓN

EL SUEÑO DEL PRIMOGÉNITO

Los camellos descansaban bajo las frondas de palmera con que Wetchik y sus hijos habían tejido un techo entre cuatro grandes árboles, a orillas del arroyo. Elemak los envidiaba: allí la sombra era agradable, el agua era fresca y soplaba la brisa, de modo que el aire no se enrarecía como en el interior de las tiendas. Había concluido sus tareas de la mañana, y no había nada que hacer durante el calor del día. Que Padre, Nafai e Issib sudaran acurrucados en la tienda, junto al índice del Alma Suprema. ¿Qué sabía el Alma Suprema? Era sólo un ordenador —Nafai mismo lo decía, con su fanática beatería de adolescente— y Elemak no quería molestarse en conversar con una máquina. Tenía una vasta biblioteca de información. ¿Y qué? Elemak ya había terminado la escuela.

Descansaba a la tórrida sombra del peñasco sur, consciente de que a lo sumo contaba con una hora de reposo hasta que el sol se elevara y disipara las sombras, obligándolo a moverse. Eso no le molestaba. En sus caravanas se valía de ese recurso para despertarse y no dormir más de la cuenta durante el día, cuando descansaban en los oasis. Pero la inutilidad de todo aquello le revolvía el estómago. No estaban viajando, sólo esperaban en el desierto. ¿Y qué aguardaban? Nada. El Alma Suprema decía que Basílica sería destruida, que el mundo de Armonía se derrumbaría en medio de la guerra y el terror. Ridículo. El mundo había girado cuarenta millones de años sin ser devastado por la guerra. Ahora, por primera vez, dos grandes imperios estaban al borde de la colisión, y el Alma Suprema lo trataba como si fuera un acontecimiento cósmico.

Habría entendido que nos marcháramos de Basílica, se dijo, si nos hubiéramos llevado nuestra fortuna y hubiéramos ido a otra ciudad para comenzar de nuevo. En la venta de plantas lo vital es el conocimiento que tenemos Padre y yo, no los edificios ni los empleados. Podríamos haber sido ricos. En cambio estamos aquí en el desierto, mi hermanastro Gaballufix nos arrebató nuestra fortuna, y ahora que Nafai lo ha asesinado ya no podemos regresar a Basílica. O bien seríamos tan pobres que tampoco valdría la pena.

Pero incluso la pobreza en Basílica era mejor que esa inútil espera en el desierto, en un mísero valle donde a duras penas sobrevivían los mandriles que parloteaban y ladraban corriente abajo, bestias que no sabían si eran hombres o perros. Y ahora somos como ellos, sólo que no tuvimos la sensatez de traer hembras, de forma que ni siquiera podemos formar una tribu.

A pesar de los chillidos de los mandriles y el bufido de los camellos, Elemak pronto se durmió. Despertó poco después; sentía el

ardiente calor del sol en la ropa, y pensó que el sol lo había despertado. Pero no, era otra cosa; una sombra se movía cerca de él. Con los ojos cerrados tanteó el suelo en busca de su cuchillo. Se levantó súbitamente, cuchillo en mano, entornando los ojos para ver dónde estaba su enemigo.

—¡Soy yo! —gritó Zdorab.

Elemak guardó el cuchillo de mal modo.

—No te acerques en silencio a un hombre que duerme en el desierto, si no quieres hacerte matar. Creí que eras un ladrón. ;

—Pero no me acerqué en silencio —alegó Zdorab—. Más aún, tú hacías bastante ruido. Supongo que estabas soñando.

Eso molestaba a Elemak, no dormir en silencio. Pero ahora que Zdorab lo mencionaba, recordó que había soñado, y recordó el sueño con sorprendente claridad. Nunca había tenido un sueño tan claro. Además siempre olvidaba los sueños, y eso le hizo pensar.

—¿Qué decía? —preguntó.

—No sé, farfullabas algo —respondió Zdorab—. Sólo he venido porque tu padre quería verte. De lo contrario no te habría molestado.

Era verdad. Zdorab era el criado perfecto, siempre invisible pero dispuesto a ayudar, aunque casi siempre fuera inepto en el desierto, donde las habilidades de un tesorero no servían para nada.

—Gracias —dijo Elemak—. Iré enseguida.

Zdorab aguardó un instante, con ese titubeo que los buenos criados adquirían tarde o temprano, ese instante en que el amo podía pensar en algo más para decirles. Luego echó a andar hacia la tienda de Wetchik, contoneándose torpemente en la cuesta de esquisto y en el suelo seco y pedregoso.

Elemak se levantó la túnica y orinó al descampado, donde el sol evaporaría la orina pronto, antes que atrajera demasiadas moscas. Luego enfiló hacia el arroyo, bebió un sorbo con la mano, se mojó la cara y la cabeza, y sólo entonces se dirigió hacia donde lo esperaban Padre y los demás.

—Bien —dijo al entrar—. ¿Habéis aprendido todo lo que el Alma Suprema debe enseñaros?

Nafai lo miró con su típico mal ceño. Alguna vez Elemak tendría que darle la paliza de su vida para borrarle esa expresión. Una vez había intentado darle esa paliza, y había aprendido que tendría que hacerlo lejos de la silla de Issib, para que el Alma Suprema no se entrometiera. Pero ahora no ganaba nada con enfadarse, así que fingió no darse cuenta.

—Debemos cazar para aprovisionarnos de carne —dijo Padre.

Elemak entornó los ojos, pensando en lo que eso significaba. Habían llevado vituallas para ocho o nueve meses, para un año, si no las despilfarraban. Pero Padre hablaba de la necesidad de cazar. Eso

significaba que no esperaba llegar a ningún sitio civilizado antes de un año.

—¿Por qué no vamos a comprar en el Mercado Externo? —sugirió Meb.

Elemak le daba la razón, pero calló mientras Padre peroraba sobre la imposibilidad de regresar a Basílica en el futuro próximo. Esperó a que la pequeña escena terminara. Pobre Meb. ¿Nunca aprendería que cuando hablar era inútil convenía guardar silencio?

Elemak sólo habló cuando todos hubieron callado.

—Cazaremos —dijo—. Esta comarca es bastante fecunda pese a estar en el desierto, y quizá podamos conseguir algo una vez por semana… durante unos meses.

—¿Puedes encargarte? —preguntó Padre.

—No solo —dijo Elemak—. Si Meb y yo cazamos todos los días, encontraremos algo una vez por semana.

—También Nafai —dijo Padre.

—¡No! —gimió Mebbekew—. Sólo será un estorbo.

—Yo le enseñaré —dijo Elemak—. Llegado el caso, no creo que Meb valga mucho más que Nafai al principio. Pero debes aclararles una cosa. Cuando estemos cazando, mi palabra será ley.

—Claro —dijo Padre—. Harán lo que tú digas, y nada más.

—Llevaré a uno y otro alternativamente —decidió Elemak—. Así no tendré que soportar sus discusiones.

Mebbekew lo miró con rencor —qué sutil, Meb, con razón te iba tan bien en el teatro—, pero Nafai sólo miró la alfombra de la tienda. ¿En qué pensaba? Sin duda buscaba el modo de inclinar aquella situación a su favor.

En efecto, Nafai irguió la cabeza y le habló solemnemente a Elemak.

—Elya, lamento haberte dado motivos para pensar eso de mí. Si conviene que vayamos todos, prometo que no discutiré contigo ni con Meb.

Ese taimado aparentaba buena volunt ad pero siempre sería el mismo mocoso discutidor, por más promesas que hiciera, pensó Elemak sin decir nada. Padre alabó en voz baja la actitud de Nafai, pero declaró que se respetaría la decisión de Elya. Irían a cazar con Elya de uno en uno.

—Aprenderéis mejor por separado, os lo aseguro —dijo Padre.

¿Acaso Padre comprendía que Nafai estaba fingiendo? Ni pensarlo; pronto Padre se pondría a hablar de los deseos del Alma Suprema, y entonces él y Nafai se entenderían como ladrones.

Al pensar en ladrones, Elemak recordó que Zdorab lo había despertado un rato antes, y entonces le vino a la memoria su vivido sueño. Y se le ocurrió que sería divertido participar en el juego de

Nafai y fingir que su sueño era una visión del Alma Suprema.

—Estaba durmiendo junto a las rocas —dijo Elemak—, y tuve un sueño.

Todos los miraron con expectación. Elemak los observó con ojos entornados; vio la alegría de su padre, y casi se avergonzó de la farsa que preparaba, pero la consternación de Nafai y el horror de Meb lo instaron a seguir adelante.

—Tuve un sueño donde nos vi a todos nosotros saliendo de una gran casa.

—¿De quién era la casa? —preguntó Nafai.

—Cállate y déjale contar el sueño —ordenó Padre.

—Una casa que nunca he visto. Y no salíamos solos. Los seis, cada uno de nosotros, salíamos con una mujer. Y había otros dos hombres, cada cual con una mujer también. Y muchos niños. Todos teníamos hijos.

Se hizo un largo silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó Nafai. Elemak calló, y el silencio se prolongó.

—Elya —dijo Issib—, ¿yo tenía esposa?

—En mi sueño, tú tenías esposa —asintió Elemak.

—¿Le viste la cara? —preguntó Issib—. ¿Supiste quién era?

Elemak se avergonzó, pues Issib pensaba que era una visión, y por primera vez en su vida consideró la idea de que el pobre Issib, tullido como era, ansiaba una mujer como cualquier otro hombre, pero no tenía esperanzas de encontrar una que le correspondiera. En Basílica, donde las mujeres podían escoger, sólo una descastada elegiría a un lisiado como Issib. Quizá lograra tener relaciones sexuales gracias a la curiosidad de alguna pervertida. Sus flotadores podían interesar a las más aventureras. Pero copular con él, darle hijos, otorgarle derechos paternos, no, eso no sucedería, e Issib lo sabía. Lo cual significaba que al contar este sueño, Elemak no sólo estaba manipulando a Padre, sino que preparaba a Issib para una cruel decepción.

Elemak sintió desprecio por sí mismo.

—No le vi el rostro —dijo—. Tal vez no significara riada. Fue sólo un sueño.

—Significa algo —aseguró Padre.

—Significa que Elemak se burla de nosotros —acusó Nafai—. Nos ridiculiza por tener visiones del Alma Suprema.

—No me llames embustero —murmuró Elemak—. Si digo que tuve un sueño, es porque es cierto. No sé si significa algo. Pero vi lo que vi. ¿No es eso lo que decía Padre? ¿No es lo que decías tú? Vi lo que vi.

—Significa algo —insistió Padre—. Ahora se aclara un extraño mensaje que recibí a través del índice. Oh no, pensó Elemak. ¿Qué he

hecho?

—Hace tiempo pienso que no podremos llevar a cabo los propósitos del Alma Suprema sin esposas. ¿Pero dónde encontraríamos mujeres que se nos unieran aquí?

¿Dónde encontrarías *hombres* que se te unieran aquí, Padre, salvo obligando a tus hijos a acompañarte?

—Pero cuando le pregunté al Alma Suprema, me respondió que esperara. Nada más, sólo esperar, lo cual me parecía absurdo. ¿Las esposas brotarían de las piedras? ¿Nos acoplaríamos con mandriles?

Elemak no pudo resistir la tentación.

—Meb ya lo hace, de vez en cuando. Meb se enfureció.

—Y ahora Elemak ha soñado —prosiguió Padre—. Creo que el Alma Suprema quería que esperara esto… el sueño de Elemak. Esperar a que la respuesta llegara a mi primogénito, mi heredero. Por tanto, Elya, debes pensar, debes recordar… ¿reconociste a alguna de las mujeres de tu sueño?

Padre se lo tomaba muy en serio, asociándolo con la jerarquía de Elemak como primogénito. Elemak comprendió que había sido un estúpido al comentar esa visión. ¿Acaso había olvidado que Padre estaba dispuesto a arruinar la vida de todos en aras de una visión?

—No —dijo Elemak para acabar con todo, aunque aquello no era verdad.

—Piensa —rogó Padre—. Sé que reconociste por los menos a una.

Elemak lo miró sobresaltado. ¿Ahora el viejo le leía el pensamiento?

—Si el Alma Suprema te ha dicho sobre mi sueño más de lo que yo mismo sé, entonces dinos tú quiénes son —replicó Elemak.

—Sé que reconociste a una porque dijiste su nombre. Si reflexionas, recordarás.

Elemak miró de reojo a Zdorab, quien bajó la vista. Conque ésas tenemos, pensó Elemak. Cuando Zdorab le dijo que no había comprendido nada de lo que murmuró en sueños, no era verdad.

—¿Qué nombre? —preguntó.

—Eiadh —dijo Nafai—. ¿Verdad?

Elemak calló, pero odió a Nafai por mencionar a la mujer que Elemak cortejaba antes que Padre los arrastrara al desierto.

—Está bien —dijo Padre—. Lo comprendo. No querías decirnos su nombre por temor a que pensáramos que tu sueño era sólo la expresión de un deseo erótico por la mujer a quien amas, no un sueño verdadero.

Como Elemak pensaba que su sueño era precisamente eso, no objetó la conclusión de Wetchik.

—Pero pensad, hijos míos. ¿El Alma Suprema os exigiría que escogierais a desconocidas como esposas? Has soñado con Eiadh

porque el Alma Suprema desea que sea tu esposa — dijo Padre—. Y parece lógico, ¿verdad? Pues también me viste a mí con una esposa, ¿no?

—Sí —admitió Elemak, recordando. El sueño aún le resultaba tan vivido que lo evocaba con claridad, no como un recuerdo borroso—. Sí, y también tenías hijos pequeños.

—Hay una sola mujer que tomaría como esposa —dijo Padre—. Rasa.

—Ella jamás abandonaría Basílica —objetó Issib—. Si crees lo contrario, no conoces a Madre.

—Ah —dijo Padre—. Pero yo tampoco hubiera abandonado Basílica si el Alma Suprema no me hubiera guiado. Tampoco Elemak y Mebbekew, si el Alma Suprema no los hubiera traído.

—No me trajo a mí —objetó Zdorab. /

—¿Acaso la mujer que viste en tu sueño, la mujer que era mi compañera, era Rasa? — preguntó Padre.

Claro que era Rasa, pero eso no demostraba nada. Rasa había sido la esposa de Padre durante años, así que era natural que Rasa apareciera como su mujer en los sueños de Elemak. Para eso no se necesitaba una visión del Alma Suprema.

—Tal vez —concedió Elemak.

—¿Y reconociste a alguna de las demás mujeres? Por ejemplo, los otros dos hombres a quienes no conocías… ¿sus compañeras no serían las hijas de Rasa?

—No conozco tanto a las hijas de tu esposa —objetó Elemak. ¿Hasta dónde llegaría este juego?

—No seas absurdo —se impacientó Padre—. Son tus sobrinas, ¿o no? Las hijas de Gaballufix.

—Y una de ellas es famosa —intervino Meb—. Sevet, la cantante… tú la has visto.

—Sí —reconoció Elemak—. Las esposas de los dos desconocidos eran las hijas de Rasa. —Claro que las conocía, y también a sus maridos, Vas y Obring.

—Ahí tienes —asintió Padre—. El Alma Suprema te ha concedido una visión verdadera. Todas las mujeres que viste están relacionadas con Rasa. Sus hijas, y Eiadh, una de las sobrinas de su casa. Sin duda las demás también pertenecen a su casa. No se trata de un sueño imposible inspirado por la lujuria, hijo mío. Esto proviene del Alma Suprema, pues el Alma Suprema sabe que para cumplir nuestro propósito debemos tener esposas que nos den hijos. A todos.

—Bien —dijo Elemak—, si de verdad es una visión, me alegrará que el Alma Suprema me dé a Eiadh. Pero es más fácil hallar un halcón en la boca de una rana que lograr que nadie, salvo el Alma Suprema, convenza a Eiadh de que venga al desierto para desposar a

un hombre sin dinero, sin hogar y sin perspectivas.

—Olvidas que el Alma Suprema nos ha prometido una tierra de riquezas inefables —adujo Padre.

—Y tú olvidas que aún no la hemos encontrado —replicó Elemak —. Y es improbable que la encontremos si nos quedamos en el desierto.

—El Alma Suprema nos ha mostrado lo que debemos hacer —declaró Padre—. Y como dijo Nafai antes que fuerais a buscar el índice, si el Alma Suprema quiere que hagamos algo, nos abrirá un camino.

—Magnífica idea —dijo Mebbekew—. ¿A quién matará Nafai para conseguirnos algunas mujeres?

—Ya basta —exigió Padre.

—Vamos —dijo Mebbekew—. ¿Cómo conseguiría Nafai una esposa, si no mata a un borracho que se ha desmayado en la calle y le roba a su hija ciega y tullida?

Para sorpresa de Elemak, Nafai no respondió a las provocaciones de Mebbekew. En cambio, se levantó y salió de la tienda. Conque Nafai no es tan niño, pensó Elemak. O tal vez se avergonzó de que le viéramos llorar.

—Meb —murmuró Issib—, ha sido Nafai quien ha traído el índice; tú no.

—Caray —exclamó Mebbekew—. ¿Aquí nadie sabe aceptar una broma?

—Para Nafai eso no es una broma —dijo Issib—. Matar a Gaballufix es lo más terrible que ha hecho, y siempre lo tiene presente.

—Te has extralimitado al reprochárselo —señaló Padre—. No vuelvas a hacerlo.

—¿Pues qué debo hacer? —insistió Mebbekew—. ¿Fingir que Nafai obtuvo el índice pidiéndolo por favor?

Era hora de poner en cintura a Mebbekew, y sólo Elemak podía hacerlo.

—Lo que debes hacer es cerrar el pico —murmuró Elemak.

Meb lo miró con aire desafiante, pero Elemak sabía que era pura comedia. Sólo tenía que mirar con firmeza a Meb para acallarlo. Y no le llevó mucho tiempo.

—Elemak —dijo Padre—, tú y tus hermanos debéis regresar.

—No me lo encomiendes a mí —objetó Elemak—. Si alguien puede persuadir a Rasa, eres tú.

—Al contrario —dijo Wetchik—. Rasa me conoce, sabe que la amo, ella me corresponde… pero eso no la convenció de venir conmigo. ¿Crees que no se lo sugerí? No, sólo el Alma Suprema puede persuadirla. Tienes que hacerle la sugerencia, esperar a que el Alma

Suprema le ayude a comprender que debe venir, y luego escoltarla a ella, a sus hijas y a las jóvenes de su casa que la acompañen.

—Perfecto —dijo Elemak. Tendría que esperar largo tiempo para que el Alma Suprema convenciera a cualquiera que no fuese su padre de cometer la idiotez de abandonar Basílica para ir al desierto. Pero al menos estaría aguardando en Basílica, aunque debiera esconderse—. ¿También debo decirle que traiga una criada para Zdorab?

Padre adoptó una expresión severa.

—Zdorab ya no es un criado. Es un hombre libre, y está en pie de igualdad con los demás. Una mujer de la casa de Rasa sería tan apropiada para él como para cualquier otro, y llegado el caso, una criada de Rasa también sería apropiada para cualquiera de vosotros. ¿No comprendéis que ya no estamos en Basílica, que la sociedad que formemos ahora no tendrá lugar para el esnobismo y la discriminación, para las castas y las clases? Seremos un solo pueblo, todos iguales, con todos nuestros hijos iguales ante los ojos del Alma Suprema.

Ante los ojos del Alma Suprema, tal vez, pero no ante los míos, pensó Elemak. Soy el hijo mayor, y mi primogénito será mi heredero tal como yo soy el tuyo, Padre. Aunque hayas abandonado las tierras y fincas que constituían mi legado, heredaré tu autoridad, y dondequiera que nos establezcamos, el mando sería mío, o no será de nadie. Aunque ahora me calle por prudencia, Padre, ten la certeza de que cuando mueras yo ocuparé tu lugar, y quien intente oponerse te seguirá a la tumba.

Elemak miró a Issib y Meb, y supo que ninguno de los dos se resistiría cuando llegara ese día. Pero Nafai causaría problemas, el muy insensato. Y Nafai lo sabe, pensó Elemak. Sabe que un día nos enfrentaremos. Pues un día Padre intentará legar su autoridad a ese mocoso, todo porque Nafai se lleva tan bien con el Alma Suprema. Bien, Nafai, yo también he tenido una visión del Alma Suprema… o al menos eso cree Padre, que es lo mismo.

—Márchate por la mañana —dijo Padre—. Regresa con las mujeres que compartirán la heredad que el Alma Suprema nos ha reservado en otras tierras. Regresa con las madres de mis nietos.

—Mebbekew y yo —dijo Elemak—. Nadie más.

—Issib se quedará aquí porque su silla y sus flotadores llaman la atención, y aumentaría la posibilidad de que nuestros enemigos os capturaran —dijo Padre—. Y Zdorab también se quedará.

Porque aún no confías en él, pensó Elemak, aunque afirmes que es nuestro igual y un hombre libre.

—Pero Nafai irá contigo.

—No —replicó Elemak—. Es aún más peligroso que Issib. Ya habrán descubierto que él ha matado a Gaballufix. El ordenador de la

ciudad averiguó su nombre cuando salíamos de la ciudad, y los guardias le vieron usando la ropa de Gaballufix. Además, iba con Zdorab, para redondear la asociación entre él y la muerte de Gab. Llevar a Nafai es como pedir que lo maten.

—El irá contigo —insistió Padre.

—¿Por qué, cuando sólo aumenta los riesgos? —preguntó Elemak.

—Sí, oblígale a decirlo, Elya —intervino Mebbekew—. Padre no quiere insultarte, pero a mí no me importa. Quiere que Nafai vaya porque, como alguien acaba de señalar, Nafai obtuvo el índice y los demás no. Quiere que Nafai vaya porque teme que encontremos alguna mujer que nos acoja y nos quedemos en Basílica en vez de regresar a este paraíso. Quiere que Nafai vaya porque piensa que Nafai nos obligará a ser buenos.

—En absoluto —dijo Issib—. Padre quiere que él obtenga fuerza y sabiduría en compañía de sus hermanos mayores.

Nunca se sabía si Issib se estaba burlando. Nadie creía que éste fuera el propósito de Padre, pero nadie —y Padre menos que nadie— deseaba negarlo abiertamente.

En el silencio, las palabras que resonaban en los oídos de Elemak eran las últimas que él mismo había pronunciado: llevar a Nafai es como pedir que lo maten.

—De acuerdo, Padre —accedió Elemak—. Nafai puede acompañarme.

EN BASÍLICA, Y NO EN UN SUEÑO

Kokor no entendía por qué debía estar recluida. En el caso de Sevet era comprensible: se estaba recobrando de su desdichado accidente. Aún no había recuperado la voz, y sin duda le avergonzaba presentarse en sociedad. Pero Kokor gozaba de perfecta salud y ocultarse en casa de Madre era como admitir que no se atrevía a comparecer en público. Si ella hubiera herido a Sevet adrede, ese aislamiento podría ser necesario. Pero como sólo era un infortunado accidente, el resultado de un trastorno psicológico debido a la muerte de Padre y al descubrimiento del adulterio de Sevet y Obring, nadie podía culpar a Kokor. Además le haría bien aparecer en público. Sin duda aceleraría su recuperación.

Al menos debían permitirle ir a su propia casa, y no obligarla a quedarse con Madre, como si fuera un chiquilla o una retrasada mental que necesitara custodia. ¿Dónde estaba Obring? Si se proponía enmendar la situación, podía comenzar por sacarla de aquel rígido ambiente. Ahí no había nada que le interesara. Sólo clases interminables sobre materias que ya le resultaban indiferentes cuando las suspendía años atrás. Kokor era ahora una mujer adinerada. La herencia de Padre tal vez le permitiera comprar una casa y tener su propio establecimiento. Y aquí estaba, viviendo con Madre.

Aunque no veía a Madre con frecuencia. Rasa se reunía a menudo con consejeras y otras notables de la ciudad, que prácticamente organizaban peregrinaciones para verla y hablar con ella. Reinaba cierta tensión en esas reuniones; Rasa comenzaba a comprender que algunas personas la culpaban de todo. ¡Como si Madre hubiera intentado matar a Padre! Pero recordaban que el actual esposo de Madre, Wetchik, había tenido su inflamatoria visión de Basílica en llamas, y su ex esposo, Gaballufix, había lanzado mercenarios a las calles de la ciudad. Y ahora se decía que su hijo menor, Nafai, era el asesino de Roptat y Gaballufix.

Bien, aunque todo aquello fuera cierto, ¿qué tenía que ver con Madre? Las mujeres no podían controlar a sus esposos, como bien sabía Kokor. Y en cuanto a que Nafai hubiese matado a Padre… bien, aunque así fuera, Madre no estaba allí, y desde luego no había invitado al niño a cometer el crimen. Era como culpar a Madre por lo que sucedía con Sevet, cuando sólo Sevet era la responsable. Además, Padre había muerto por su propia culpa. Todos esos soldados… Nadie podía llevar soldados a Basílica e impedir que se desatara la violencia. Los hombres jamás comprendían esas cosas. Sembraban la confusión, y luego se sorprendían de no poder dominarla.

Como Obring, el muy tonto. ¿No sabía que era una imprudencia

interponerse entre dos hermanas? Él era más culpable de la herida de Sevet que Kokor.

¿Y por qué nadie se compadece de mi herida? ¡El profundo daño psicológico que he sentido al sorprender a Obring y a mi propia hermana en pleno adulterio! ¡A nadie le importa mi sufrimiento, y que quizá necesite salir de noche como terapia!

Kokor se maquillaba, practicando expresiones que pudieran quedar bien en la próxima obra. Pues sin duda habría una próxima obra, cuando saliera de la casa de Madre. Tumannu no lograría aislarla. Ninguna casa de comedias de la Villa de las Muñecas rechazaría a una actriz cuyo nombre estaba en labios de toda Basílica. Agotarían las entradas todas las noches tan sólo con los curiosos, y cuando la vieran actuar y la oyeran cantar, regresarían una y otra vez. Jamás hubiese hecho daño a nadie para progresar en su carrera, pero ya que había sucedido, ¿por qué no sacar partido? Tumannu misma tal vez hiciera cola para rogar a Kokor que protagonizara una comedia.

Se había dibujado una boca fruncida que resultaba muy seductora. La probó desde varios ángulos y le gustó la forma. Sin embargo, era demasiado clara. Tendría que enrojecerla más, o nadie la vería más allá de la primera fila.

—Si la haces más redonda parecerá que alguien te ha agujereado la cara con un taladro.

Kokor se volvió despacio hacia la intrusa que estaba de pie en la puerta. Una antipática niña de trece años. La hermana menor de esa odiosa bastarda, Hushidh. Madre las había cuidado desde pequeñas por pura caridad, y cuando Madre nombró sobrina a Hushidh, la niña cometió el desliz de creer que estaba en pie de igualdad con las sobrinas de linaje, las que llegarían a algo en Basílica. Ella y Sevet se habían divertido poniendo a Hushidh en cintura, cuando eran estudiantes. Y ahora la hermanita, otra bastarda, igualmente fea y arrogante, se atrevía a plantarse en la puerta del dormitorio de una hija de la casa, de una mujer de abolengo, y ridiculizar el aspecto de una de las mujeres más hermosas de la ciudad.

Pero sería una vergüenza tomarse la molestia de reprender a esa chiquilla. Se conformaría con echarla.

—Niña, hay una puerta, y estaba cerrada. Hazme el favor de dejarla como estaba y tú en el pasillo. La niña no se movió.

—Niña, si te han enviado con un mensaje, dímelo y lárgate.

—¿Me hablas a mí? —preguntó la niña.

—¿Ves a otra niña aquí?

—Soy sobrina de esta casa. Sólo a las criadas se les dice «niña». Como se rumorea que eres una dama que conoce las formas correctas de interpelación, supuse que te dirigías a una criada que estaba en el balcón.

Kokor se puso de pie.

—Ya estoy harta de ti. Ya estaba harta antes de que entraras.

—¿Qué piensas hacer? ¿Pegarme en la garganta? ¿O es un deporte que sólo se practica dentro de la familia? Kokor perdió los estribos.

—¡No me tientes! —exclamó. Se dominó, contuvo la furia. Esta niña no valía la pena. Si quería una interpelación correcta, le daría gusto.

—¿Qué buscas aquí, mi querida y joven hija de una ramera sagrada?

La muchacha ni siquiera se inmutó.

—Veo que sabes quién soy. Me llamo Luet. Mis amigos me llaman Lutya. Tú puedes llamarme señorita.

—¿Por qué estás aquí y cuándo te irás? —preguntó Kokor—. ¿He venido a casa de mi madre para que me torturen bastardas sin modales?

—No te preocupes. Por lo que he oído, no permanecerás una hora más en esta casa.

—¿De qué hablas? ¿Qué has oído?

—Vine aquí por amabilidad, para comunicarte que Rashgallivak ha venido con seis soldados para ponerte bajo la protección de los Palwashantu.

—¡Rashgallivak! ¡Ese imbécil! Lo puse en su lugar la última vez que intentó hacerse el listo, y lo volveré a hacer.

—También quiere llevarse a Sevet. Alega que las dos corréis peligro y necesitáis protección.

—¿Peligro? ¿En casa de Madre? Sólo necesito que me protejan de niñas feas e impertinentes.

—Eres muy amable, Kokor. Nunca olvidaré cómo agradeciste mi consideración al traerte estas noticias. —Dio media vuelta y se marchó.

¿Qué esperaba esa niña? Si hubiera entrado con dignidad, y no con un insulto, Kokor la habría tratado mejor. Sin embargo, no se podía esperar que una niña de tan humilde origen supiera cómo comportarse, así que Kokor no le guardaría rencor.

Últimamente Madre estaba tan mandona que quizá considerara buena idea ponerlas a ellas y Sevet bajo la custodia de Rashgallivak. Kokor tendría que tomar medidas para impedirlo.

Se limpió la pintura roja y la sustituyó por maquillaje de día, escogió un vestido sencillo y se lo puso con cierto desaliño, para aparentar que se dirigía a la cocina y descubría con sorpresa que Rashgallivak estaba allí para secuestrarla.

Su plan falló porque en el pasillo se encontró con Sevet, que se apoyaba en el brazo de esa mocosa Hushidh, la hermana mayor de

Luet. ¿Cómo podía Sevet, a pesar de su herida, rebajarse a recibir ayuda de una niña a quien había tratado con tanto desprecio? ¿No tenía vergüenza? Y sin embargo era imposible ignorarla. Kokor tendría que mostrarse solícita. Debería atenderla. Afortunadamente, como Sevet estaba apoyada en Hushidh, Kokor no tendría que prestarle ese servicio, que hubiera limitado su libertad de acción.

—¿Cómo estás, pobre Sevet? —preguntó Kokor—. He enronquecido de tanto llorar por lo que sucedió. A veces nos tratamos muy mal, Sevet. ¿Por qué?

Sevet bajó la mirada.

—Oh, comprendo por qué no me hablas. Nunca me perdonarás por el accidente. Pero yo te he perdonado por lo que tú hiciste, que no fue un accidente, sino todo lo contrario. Aun así, entiendo que aún no estés preparada para perdonarme, pobrecilla, ya que sufres tanto. ¿Por qué te has levantado? Yo puedo encargarme de Rashgallivak. La otra noche le hundí los testículos hasta el bazo, y me alegrará hacerlo de nuevo.

Sevet sonrió. Sólo el rastro de una sonrisa. O quizá sólo una mueca al bajar la escalera.

Madre ni siquiera había llevado a Rashgallivak a una de las salas. Rash aguardaba con sus soldados en la puerta, que estaba abierta de par en par. Madre se volvió hacia sus hijas y Hushidh.

—Ya ves que se encuentran bien —le dijo a Rashgallivak—. Aquí están a salvo y en buenas manos. Ningún hombre ha venido aquí, excepto tú y estos innecesarios soldados.

—No me preocupa lo que ha pasado —dijo Rashgallivak—, sino lo que podría pasar, y no pienso irme de aquí sin las hijas de Gaballufix. Están bajo la protección de los Palwashantu.

—Puedes dejar a tus soldados en la calle, para protegernos de matones, intrusos o asesinos, pero no te llevarás a mis hijas. El derecho de una madre prevalece sobre el derecho de un clan de hombres.

Mientras Madre y Rash discutían, Kokor se inclinó hacia Sevet y, olvidando que su hermana no podía hablar, le preguntó:

—¿Pero por qué quiere llevarnos Rashgallivak? Como Sevet no podía responder, Hushidh lo hizo.

—Tía Rasa es el centro de la resistencia contra el gobierno Palwashantu en Basílica. Él cree que si os tiene como rehenes, ella obedecerá.

—Entonces no conoce a Madre —replicó Kokor.

—Rashgallivak es un hombre débil —susurró Hushidh—. Y estúpido en política. Si fuera tan listo como vuestro padre, sabría que no puede adueñarse de vosotros sin violencia, y que la violencia atentaría contra sus intereses. En consecuencia, jamás habría hecho

esta solicitud. Pero si estaba resuelto a apresaros, debió actuar con mayor audacia y ordenar que dos soldados os capturasen mientras otros dos mantenían a raya a vuestra madre.

Vaya, Hushidh no era tan tonta. Kokor jamás habría creído que Hushidh tuviera algún atributo digno de respeto. Lo que decía de Padre era absolutamente cierto, aunque Kokor jamás lo habría expresado con tanta claridad.

Además, Padre habría tenido algún derecho a llevarse a las dos hermanas. No un derecho legal, pues estaban en la ciudad de las mujeres, pero la gente lo habría comprendido. ¿Qué derecho tenía Rashgallivak?

—El Alma Suprema debe de haber enloquecido a Rash, para que intente esto —susurró Kokor.

—Tiene miedo —dijo Hushidh—. La gente hace cosas extrañas cuando tiene miedo. Incluso tu madre ha hecho cosas parecidas.

Como mantenerme recluida, pensó Kokor.

Entonces comprendió que Rash no habría tenido ningún problema en capturarla si ella hubiera estado en su casa. Obring habría intentado luchar con los soldados, ellos lo habrían tumbado al instante y se habrían llevado a Kokor. Madre tenía razón al mantenerla recluida. Quién lo hubiera dicho.

—No debes criticar a Madre —dijo Kokor—. Creo que ella está actuando muy bien.

La discusión entre Rasa y Rash continuaba, aunque ahora repetían viejas discusiones, y no siempre con palabras nuevas. Hushidh las había llevado al umbral de la sala, de modo que estaban a buena distancia de los soldados pero aún se hallaban en la habitación. De momento Kokor se había quedado con ella y Sevet. Al ver a esos soldados, espantosamente idénticos con sus máscaras holográficas, perdió la determinación de poner a Rashgallivak en su lugar. Le había parecido más menudo y débil en los mal iluminados bastidores del teatro. Los soldados lo volvían más amenazador, y Kokor no pudo menos que admirar el valor con que Madre se enfrentaba a ellos. Se preguntó si Madre no era un poco imprudente. ¿Por qué había llamado a Kokor y Sevet para que estuvieran a la vista de todos, al alcance de los soldados? ¿Por qué no las había mantenido escondidas arriba? ¿O por qué no les había advertido que escaparan al bosque? Tal vez a esto se refería Hushidh al decir que Madre actuaba extrañamente a causa del miedo.

Sin embargo, Madre no parecía atemorizada.

—Creo que deberíamos irnos —le susurró Kokor a Hushidh.

—No —dijo Hushidh—. Quédate.

—¿Porqué?

—Si intentaras marcharte, alarmarías a Rashgallivak y lo

inducirías a actuar. Ordenaría a los soldados que te detuviesen y todo estaría perdido.

—Lo hará tarde o temprano —susurró Kokor.

—¿Pero esperará lo suficiente?

—¿Lo suficiente para qué?

—Piensa un poco —dijo Hushidh. Kokor pensó. ¿En qué podía aventajarles un retraso? A menos que alguien acudiera en su ayuda. ¿Pero quién podía oponerse a los soldados de los Palwashantu?

—¡La guardia de la ciudad! —exclamó Kokor, encantada de haber pensado en ello.

¿Qué culpa tenía de haberlo dicho justo cuando Madre y Rash hacían una pausa en la discusión?

—¿Qué? —exclamó Rashgallivak—. ¿Qué has dicho?

—Se volvió y miró por la puerta—. No veo a nadie —dijo, y miró a Rasa—. Pero vienen hacia aquí, ¿verdad? Eso pretendes… retrasarme hasta que llegue la guardia para detenerme. Bien, el retraso ha terminado. ¡Cogedlas!

Los soldados se dirigieron hacia las mujeres, y Kokor gritó.

—¡Corred, tontas! —gritó Madre.

Pero Kokor no podía correr, porque uno de los soldados ya le había cogido el brazo y otro par de soldados tenía a Sevet, y esa bastarda de Hushidh no hacía nada para ayudarlas.

—¡Haz algo, desgraciada! —exclamó Kokor—. ¡No dejes que se nos lleven!

Hushidh la miró a los ojos mientras los soldados la arrastraban hacia la puerta. Entonces pareció tomar una decisión.

—Alto, Rashgallivak —exclamó—. Detente.

Rash se echó a reír. Kokor sintió un escalofrío al oír esa risa. Era la risa de un vencedor. Ese hombre patético, mayordomo de la casa de Wetchik hasta pocos días atrás, ahora se reía deleitándose en el poder que le daban sus soldados.

—¡Ordénales que se detengan! —exclamó Hushidh—. ¡De lo contrario, jamás podrás volver a darles órdenes!

—¡No, Hushidh! —exclamó Madre.

¿Acaso Madre creía que Hushidh podía hacer algo? Esos soldados de rostro aterrador e inhumano habían apresado a Sevet y aferraban los brazos de Kokor para llevársela a rastras.

—¡Hazlo, Hushidh! —exclamó Kokor—. Haz lo que Madre cree que puedes hacer.

La escena era sencilla para todos, salvo para Hushidh: Rash y dos soldados impedían cualquier intervención, mientras otros cuatro soldados arrastraban a Kokor y Sevet por la ancha puerta de la casa de Rasa. Tía Rasa gritaba en vano («¡Eres tú quien está haciendo daño a

Sevet! ¡Serás expulsado de esta ciudad, secuestrador!») Y otras mujeres y niñas de la casa se apiñaban en el pasillo, escuchando, observando.

Para Hushidh la descifradora, en cambio, la escena era muy diferente. Pues ella no veía sólo a las personas, sino también las redes que las unían. Para Hushidh, las asustadas niñas y mujeres no eran individuos, ni siquiera grupos. Todas tenían estrechos vínculos con Rasa, quien no estaba sola y desamparada como otros creían; Hushidh sabía que Rasa hablaba con la fuerza de muchas mujeres, que alimentaban con su miedo el miedo de Rasa y alimentaban con su furia la furia de Rasa; cuando ella gritaba en la majestad de su ira, era mucho más que una mujer sola. Hushidh veía las poderosas redes que vinculaban a Rasa con el resto de la ciudad, gruesas hebras semejantes a venas y arterias, canalizando el fluido vital de la identidad de Rasa. Cuando ella gritaba contra Rashgallivak, la furia de toda la ciudad de las mujeres temblaba en su voz.

Pero Hushidh también veía que Rasa, a pesar de esa vasta red, se sentía sola, como si la red llegara hasta ella pero no se conectara, o apenas la rozara. El alarde de poder de Rash la afectaba así, haciéndole creer que la fuerza y el poder de la ciudad no servían de nada, ya que no podían oponerse a esos soldados.

Pero también había otra red de influencias: la de Rashgallivak. Y Hushidh sabía que era frágil y endeble. Los vínculos que unían a Rasa con los suyos eran sólidos y vigorosos, y su poder en la ciudad resultaba casi tangible, pero Rashgallivak no suscitaba el respeto de sus soldados. Podía impartir órdenes sólo porque les pagaba, y sólo porque esas órdenes les convenían. Rashgallivak, comparado con Rasa, estaba aislado. En cuanto a sus hombres, sus conexiones mutuas eran mucho más fuertes que sus conexiones con Rashgallivak. Sin embargo, no se parecían a los vínculos que unían a las mujeres.

Hushidh sabía que la mayoría de los hombres estaban relativamente desconectados, aislados, solos. Pero estos hombres eran especialmente desconfiados y egoístas, así que estaban unidos por vínculos muy frágiles. No era amor, sino necesidad de honor y respeto. Orgullo, pues. Y en ese momento se enorgullecían de su fuerza mientras sacaban a rastras a esas mujeres, se enorgullec ían de desafiar a una de las grandes mujeres de Basílica. Se sentían admirados por los demás hombres. En ese momento sólo los unía el respeto que creían estar ganando con sus actos.

Era algo tan frágil que bastaría una intervención de Hushidh para cortar los vínculos entre esos hombres. Podía dejar a Rashgallivak irremediablemente solo. Rasa le exigía que no lo hiciera, pero en Hushidh prevalecía su conexión con Sevet y Kokor, pues esas muchachas habían sido sus torturadoras, sus enemigas, y ahora tenía

la oportunidad de salvarlas, de liberarlas, y de que ellas vieran lo que hacía. Sanaría una de las heridas más profundas de su corazón. ¿Qué era la orden de Rasa comparada con esa necesidad?

Hushidh sabía exactamente por qué actuaba como lo hacía —se conocía demasiado bien, pues como descifradora veía sus propias conexiones con el mundo que la rodeaba—, pero actuó de todos modos, pues en ese momento era la salvadora que tenía la fuerza para desbaratar a esos hombres poderosos.

Así que habló, y los desbarató. No lo consiguió con sus palabras, pues no era un conjuro destinado a romper los vínculos, sino con su tono despectivo y los gestos, que infundieron a sus palabras el poder para golpear el corazón de esos soldados y hacerles creer que estaban solos, que otros hombres sólo despreciarían lo que estaban haciendo.

—¿Creéis que es honorable separar a esa mujer herida de su madre? —dijo—. Los mandriles del desierto tienen más hombría que vosotros, pues las hembras pueden confiar sus hijos a los machos de la tribu.

Pobre Rash. Oyó esas palabras, y creyó que bastaría una réplica para oponerse a Hushidh. No comprendió que, con estos hombres atrapados por la historia que Hushidh urdía en torno de ellos, cada palabra que dijera los alejaría cada vez más, pues con cada sonido que emitía parecía más cobarde y más débil.

—¡Cállate, mujer! Estos hombres son soldados que cumplen con su deber…

—Un deber de cobardes. Mirad lo que este supuesto hombre os ha ordenado. Os ha convertido en sucios roedores que roban una belleza rutilante y la arrastran a su guarida, donde os cubrirá de inmundicia aunque hable de gloria.

Uno por uno, los hombres fueron soltando a las dos hermanas. Sevet cayó de rodillas, sollozando en silencio. Kokor hizo una convincente actuación en la que demostró desprecio y repulsión, tiritando mientras procuraba en vano borrar el recuerdo del contacto con los soldados.

—Esas bellas mujeres sienten asco de vosotros —prosiguió Hushidh—. En eso os ha transformado Rashgallivak. Babosas y gusanos, porque sois sus seguidores. ¿Adonde iréis para convertiros en hombres de nuevo? ¿Encontraréis un modo de limpiaros? Tiene que haber algún sitio donde esconder vuestra vergüenza. Id a buscarlo, babosas. ¡Cavad hondo para ocultar vuestra humillación! ¿Creéis que esas máscaras os hacen fuertes y poderosos? Sólo os delatan como sicarios de este insecto despreciable. Sicarios de nadie.

Un soldado se quitó la capa que generaba la imagen holográfica que hasta entonces le ocultaba el rostro. Era un hombre vulgar, sucio, desaliñado, obtuso y atemorizado. Tenía los ojos desorbitados, llenos

de lágrimas.

—Ahí tienes —señaló Hushidh—. En esto te ha convertido Rashgallivak.

—¡Ponte esa máscara! —exclamó Rashgallivak—. Os ordeno que llevéis a esas mujeres a casa de Gaballufix.

—Escuchadle —prosiguió Hushidh—. El no es Gaballufix. ¿Por qué le obedecéis?

Ése fue el golpe de gracia. Los demás soldados también se arrancaron la máscara, y dejaron las holocapas en el porche de la casa de Rasa mientras se marchaban, huyendo de la escena de su humillación.

Rash quedó solo en el umbral. La escena había cambiado. Ya no se necesitaba una descifradora para ver que Rasa gozaba del poder y la majestad, mientras que Rash estaba inerme, débil, solo. Miró las capas tiradas a sus pies.

—Eso es —dijo Hushidh—. Esconde el rostro. Nadie quiere verlo de nuevo, y tú menos que nadie.

Y eso hizo. Se agachó, cogió una capa y se la puso en el hombro; el calor y el magnetismo corporal activaron la capa, que aún estaba conectada, y de pronto dejó de ser Rashgallivak para convertirse en la uniforme imagen de falsa virilidad que había caracterizado a los soldados de Gaballufix. Dio media vuelta y echó a correr, igual que sus hombres, con los hombros encorvados. Ni siquiera un mandril derrotado por un rival habría demostrado tanta abyección como Rash en su fuga.

Hushidh sintió la red reverencial que la rodeaba; notó un cosquilleo al saber que contaba con la admiración de las niñas y mujeres de la casa, y sobre todo con el respeto de Sevet y Kokor. La vanidosa Kokor, que ahora la miraba con estúpida reverencia. Y Sevet, que durante tantos años se había burlado de ella, la miraba con ojos bañados de lágrimas, tendiéndole la mano como una mendiga, moviendo los labios para decir gracias, gracias, gracias.

—¿Qué has hecho? —jadeó Rasa.

Hushidh no entendió la pregunta. Lo que había hecho era obvio.

—He quebrado el poder de Rashgallivak —respondió—. Ya no representa ninguna amenaza para ti.

—Niña estúpida —dijo Rasa—. Hay miles de hombres perversos en Basílica. Millares, y ahora el único que podía controlarlos, a pesar de sus defectos, está hundido. Al anochecer estos soldados estarán descontrolados; ¿quién los detendrá?

El orgullo de Hushidh se esfumó. Rasa tenía razón. Aunque hubiera comprendido el presente, Hushidh no había evaluado las consecuencias más amplias de su acto. Esos hombres ya no estarían ligados por su ansia de honor, pues ya no se consideraría honorable

servir a Rashgallivak. ¿Qué harían entonces? Soldados ávidos de demostrar su fuerza y su poder asolarían la ciudad, y ninguna consideración podría encauzarlos hacia un propósito útil. Hushidh recordó esos holos donde había visto simios alardeando, sacudiendo ramas, atacándose, golpeando a los débiles y a los que estaban cerca. Esos hombres sin freno serían mucho más peligrosos.

—Llevad a mis hijas adentro —ordenó Rasa a las demás—. Luego cerrad los postigos de las ventanas. Asegurad la casa como si se aproximara una tempestad, pues de eso se trata.

Rasa se dirigió al porche.

—¿Adonde vas, mamá? —gimió Kokor—. ¡No nos abandones!

—Debo prevenir a las mujeres de la ciudad. Esta noche un monstruo anda suelto por las calles. La guardia no podrá controlarlo. Deben tomar todas las precauciones necesarias, y luego ocultarse de los fuegos que esta noche arderán en la oscuridad.

Las tropas de Moozh estaban exhaustas, pero recobraron el ímpetu al atardecer, cuando atravesaron un paso y vieron humo en lontananza. Sabían muy bien que una ciudad en llamas era una ciudad inerme. Además, eran conscientes de que habían realizado una hazaña al recorrer semejante distancia a pie. Y aunque eran sólo un millar, sabían que si lograban la victoria inmortalizarían sus nombres, si no individualmente, al menos como parte de los Mil de Moozh. Ya imaginaban a sus nietos preguntándoles si era cierto que habían marchado de Khlam a Basílica en dos días, que habían tomado la ciudad esa noche sin descansar, y todo sin perder un solo hombre.

Desde luego, esa última parte de la historia aún estaba por verse. Nadie sabía con certeza qué sucedía en Basílica. ¿Y si los soldados de Gaballufix ya habían consolidado su posición dentro de la ciudad, y estaban listos para defenderla? Los gorayni sabían que sólo tenían alimentos para otra comida; si no tomaban la ciudad esa noche, amparados en la oscuridad, deberían interrumpir su ayuno por la mañana y tomar la ciudad de día, o huir ignominiosamente hacia las Ciudades de la Planicie, donde sus enemigos descubrirían las pocas fuerzas con que contaban y los vencerían antes que pudieran regresar al norte. De modo que sí, la victoria era posible, pero también era imprescindible, y debía ser inmediata.

Entonces, ¿por qué se sentían tan confiados, cuando la desesperación habría sido más comprensible? Porque eran los Mil de Moozh, y Moozh jamás perdía. No había un general más hábil en la historia de los gorayni. Moozh cuidaba a sus hombres; no obtenía el triunfo sacrificando a sus soldados en combates sangrientos, sino mediante maniobras y ataques por sorpresa, aislando a sus oponentes, cortándoles los suministros, dividiendo las fuerzas rivales y

desorientando a los generales enemigos, que comenzaban a correr riesgos absurdos con tal de terminar la batalla y detener ese ballet incesante y aterrador. Sus soldados llamaban a esas rápidas marchas «Danzas con Moozh»; sabían que Moozh les gastaba los pies para salvarles el pellejo. Oh, sí, lo veneraban. Les daba la victoria sin necesidad de que muchos de ellos regresaran a casa como un puñado de cenizas envueltas en un saco.

En las filas se murmuraba que el venerado Moozh era la verdadera encarnación de Dios, y aunque nadie lo decía en voz alta —por temor a los intercesores—, en esta marcha, sin intercesor de por medio, los murmullos menudeaban. Ese sujeto de trasero voluminoso que se hallaba en Gollod no podía ser la encarnación de Dios en un mundo donde existía un hombre de verdad como Vozmuzhalnoy Vozmozhno.

A un kilómetro de Basílica, oyeron ruidos procedentes de la ciudad, en general gritos llevados por el viento, que ahora arrastraba humo hacia ellos. La orden circuló entre las filas: cortad ramas, más de una docena por hombre, para encender fogatas humeantes, de forma que el enemigo piense que somos cien mil. Talaron los árboles de la vera del camino y siguieron a Moozh por un sendero sinuoso que bajaba de las montañas al desierto. El claro de luna era un guía traicionero para esos hombres cargados de ramas; muchos se cayeron, pero pocos quedaron heridos, y en la oscuridad se desplegaron por el desierto, dejando vastos espacios vacíos entre los grupos de hombres. Apilaron las ramas, y a un trompetazo —¿quién iba a oírlo en la ciudad?— encendieron todas las fogatas. Luego dejaron en cada hoguera un hombre que iría añadiendo ramas para alimentar las llamas, y los demás efectivos formaron cuatro columnas detrás de Moozh y marcharon por un camino ancho y llano, como si fueran la gallarda vanguardia de un numeroso ejército, hacia una brecha en las altas murallas.

Aun antes de llegar a las murallas se encontraron en medio de una verdadera ciudad. Había hombres que corrían y gritaban, muchos de ellos borrachos. Cuando vieron al ejército de Moozh marchando por las calles, se callaron y se escondieron en las sombras. Si a los gorayni les quedaba alguna duda, la perdieron por completo, pues era evidente que los hombres de Basílica no tenían ánimos para luchar. La única valentía que les quedaba era la jactancia de la borrachera.

Cerca de la puerta oyeron ruidos metálicos que sugerían una batalla campal, y al subir una cuesta vieron un combate entre hombres vestidos con el mismo uniforme que el asesino que Moozh había liquidado y otros hombres que eran espantosamente idénticos. ¡No sólo sus ropas eran iguales, sino también sus rostros!

Un rumor circuló entre las columnas: los hombres con uniforme

de la guardia basilicana tal vez sean nuestros aliados; nuestros enemigos son los enmascarados, pero no matéis a nadie hasta que Moozh dé la orden.

Llegaron a la zona llana y despejada que se extendía ante la puerta, y enseguida se dividieron: dos filas a la izquierda, dos a la derecha, formando un semicírculo frente a la puerta. En el medio del semicírculo estaba Moozh.

—¡Gorayni, desenvainad las armas! —ordenó con voz estentórea, con la expresa intención de hacerse oír por los combatientes y no sólo por su propio ejército, que normalmente habría recibido la orden como un susurro de fila en fila.

La lucha cesó ante la puerta. Los hombres con uniforme de la guardia basilicana —que ya eran presa del desaliento— vieron a las tropas gorayni y desesperaron. Retrocedieron hacia la muralla, sin saber contra qué enemigo combatir, pero con la certeza de que no les quedaba mucho tiempo de vida.

Los soldados de rostro idéntico también titubearon.

—Somos gorayni. Hemos venido a ayudar a Basílica, no a conquistarla —exclamó Moozh— . ¡Mirad el desierto y ved el ejército que podemos lanzar contra las puertas de vuestra ciudad!

Moozh había escogido bien la puerta, pues desde allí todos los basilicanos, tanto los guardias como los mercenarios Palwashantu, podían ver el centenar de fogatas que se extendía por el desierto.

—¡Sin embargo, sólo he traído cinco mil hombres ante esta puerta! —Claro que mentía en cuanto a la cantidad de efectivos; sus hombres sonrieron, pues sabían que esta vez sólo exageraba por cuatro mil y no por cuarenta mil, que era la mentira más habitual—. Estamos aquí para preguntar si la ciudad de las mujeres, la ciudad de la paz, desea utilizar nuestros servicios para aplacar un disturbio interno. Entraremos, serviremos a la ciudad como deseéis y nos marcharemos tras haber cumplido nuestra labor. ¡Esto digo en nombre del general Vozmuzhalnoy Vozmozhno! —No había motivos para anunciarles que el general más temible de la costa occidental del Mar Interior estaba ante sus puertas con su espada envainada y sólo novecientos hombres a su mando. Era mejor hacerles creer que el general estaba con las decenas de miles de soldados que rodeaban las grandes hogueras en el desierto.

—Señor —exclamó un guardia—, ya ves la situación. Somos los guardias de la ciudad, ¿pero cómo averiguar la voluntad de nuestro consejo, cuando estamos luchando por sobrevivir ante estos rabiosos criminales?

—¡Nosotros somos ahora los amos de Basílica! —exclamó un mercenario Palwashantu—. ¡Ya no aceptaremos más órdenes de mujeres! ¡Ya no estaremos obligados a permanecer fuera de una

ciudad que nos pertenece por derecho! ¡Ahora gobernamos esta ciudad, en nombre de Gaballufix!

—¡Gaballufix ha muerto! —exclamó el oficial de la guardia—. ¡Ningún hombre os gobierna!

—¡En nombre de Gaballufix, esta ciudad es nuestra! Los mercenarios blandieron sus armas y vitorearon.

—¡Hombres de Gaballufix! —gritó Moozh—. ¡Hemos oído el nombre de vuestro jefe caído! Los mercenarios vitorearon de nuevo.

—¡Sabremos honrar a Gaballufix! —exclamó Moozh—. ¡Venid aquí, uníos a nosotros, y os entregaremos la ciudad que merecéis!

Con un hurra, los mercenarios traspusieron las puertas para acercarse a los gorayni. Los guardias basilicanos retrocedieron contra las paredes, aprestando las armas. Algunos se deslizaban a izquierda o derecha con la esperanza de escabullirse, pero la mayoría tuvo la nobleza de permanecer en su puesto, dispuesto a perder la vida en aras del deber. Los Mil de Moozh se fijaron en ello; tratarían a la guardia con respeto, si llegaba el momento de ajustar cuentas.

Los mercenarios que estaban más cerca de los gorayni se aproximaron con la guardia baja, dispuestos a abrazar a los recién llegados como hermanos. Pero descubrieron que las espadas, picas y arcos apuntaban contra ellos, y la confusión se propagó desde el borde hacia el centro de la multitud.

Moozh permaneció donde estaba, sólo que ahora quedó rodeado por mercenarios, aislado de sus propios hombres. No demostraba alarma, aunque sus soldados se inquietaron. Para mayor consternación, Moozh se abrió paso en medio del gentío, pero no para acercarse a sus hombres sino alejándose de ellos, en dirección a la puerta. Los mercenarios parecían complacidos, pues esto sugería que pensaba tomar el mando.

Moozh se acercó a la puerta dando la espalda a los mercenarios.

—¡Ah, Basílica! —exclamó, pero no con voz de mando—. ¡Cuántas veces he soñado con llegar a tu puerta y contemplar tu belleza con mis propios ojos! —Se volvió hacia el oficial de la guardia, quien estaba en su puesto con el arma desenvainada. Moozh le habló en voz baja—. ¿Consideraría Basílica un gran servicio, amigo mío, que estos cientos de desagradables gemelos perecieran aquí y ahora?

—Eso creo, sí —asintió el oficial, nuevamente confundido, pero también con renovada esperanza.

Moozh se volvió hacia la turba, y hacia sus hombres.

—¡Que todos los que aman el nombre de Gaballufix alcen la espada!

Todos los enmascarados, salvo los más prudentes, enarbolaron las armas. En cuanto alzaron los brazos, Moozh desenvainó la espada.

Era la señal. Trescientas flechas volaron al unísono, y todos los

hombres que estaban en el linde de la multitud —con los brazos en alto, con lo cual sus cuerpos ofrecían un blanco perfecto— cayeron, la mayoría atravesados varias veces. Con un grito ensordecedor, los gorayni embistieron contra el resto de los mercenarios y en un par de minutos la carnicería terminó. Los gorayni se reagruparon ante los cadáveres de sus enemigos.

Moozh se volvió hacia el oficial de la guardia.

—¿ Cómo te llamas ?

—Capitán Bitanke, señor.

—Capitán Bitanke, voy a preguntártelo de nuevo: ¿desea Basílica que intervengamos para restaurar el orden en sus hermosas calles? Aquí tengo una carta de la dama Rasa. ¿Conoces su nombre?

—Sí, señor —dijo Bitanke.

—Ella me escribió pidiendo auxilio para la ciudad. He acudido, y ahora pido respetuosamente tu autorización para que mis hombres atraviesen esta puerta para actuar como tropas auxiliares en la campaña para controlar la violencia en vuestras calles.

Bitanke se inclinó, abrió el puesto de guardia de la puerta y entró. Moozh vio que tecleaba en un ordenador. Regresó poco después.

—Señor, he informado de lo que hiciste aquí. La situación de nuestra ciudad es desesperada, y como vienes en nombre de la dama Rasa, y has demostrado tu voluntad de derrotar a nuestros enemigos, el consejo de la ciudad y la guardia te invitan a entrar. Provisionalmente estarás bajo mi mando, si aceptas a alguien de bajo rango, hasta que podamos organizar un sistema más adecuado.

—Capitán, no te saludo por tu rango, sino por tu coraje y honor, y por esa razón aceptaré tus órdenes —dijo Moozh—. ¿Puedo sugerir que despleguemos a mis hombres en compañías de seis, y los autoricemos para despachar a los revoltosos? En todos los casos respetaremos a quienes vistan vuestro uniforme. Cualquier otro hombre que vaya armado o use la violencia contra nosotros o contra cualquier mujer de la ciudad será ejecutado en el acto y expuesto en público para desalentar toda resistencia.

—No sé qué decirte en cuanto a la exposición pública, señor… —dudó Bitanke.

—¡Muy bien, tenemos nuestras órdenes! —dijo Moozh a sus soldados, ignorando el titubeo de Bitanke—. ¡Gorayni, en filas de seis!

Las filas se reagruparon y de pronto hubo ciento cincuenta escuadras de seis hombres cada una.

—¡No hagáis daño a ninguna mujer! —gritó Moozh—. Y cuando veáis a alguien con esa espantosa máscara, colgadlo con máscara y todo, hasta que ningún hombre se atreva a llevarla de noche ni de día.

—Señor, creo…

Pero Moozh ya había agitado el brazo, y sus soldados entraron en

la ciudad al trote. Bitanke se acercó a Moozh, quizá para reprenderlo, pero Moozh lo saludó con un abrazo que lo silenció.

—Por favor, amigo mío, sé que tus hombres están agotados, ¿pero no podríamos utilizarlos? Por ejemplo, creo que sería conveniente hacer una limpieza en los suburbios. Y en cuanto a ti y a mí, deberíamos consultar a los notables, para que el consejo de la ciudad pueda impartirme órdenes.

El afectuoso abrazo de Moozh venció las reservas del capitán Bitanke, quien ordenó a sus hombres que patrullaran la Villa del Perro.

Luego Moozh lo siguió a la ciudad.

—Mientras mis hombres restauran el orden, debemos apagar algunos incendios —observó Moozh—. ¿Puedes llamar a otros guardias con tu ordenador?

—Sí, señor.

—No soy quién para decirte qué debes hacer, pero si tus hombres pueden proteger a quienes combaten los incendios, quizá consigamos evitar que Basílica arda en llamas antes del alba.

—¿Crees que el resto de tus hombres podrá venir a ayudar?

Moozh rió.

—El general Vozmuzhalnoy Vozmozhno no lo permitiría. Si semejante fuerza llegara a vuestras puertas, la gente de Basílica pensaría que intentamos conquistar la ciudad. Estamos aquí para ofrecer protección, no para dominar, amigo mío. Así que sólo hemos traído estos quinientos.

—El Alma Suprema debe de haberte enviado, señor —dijo el capitán Bitanke.

—Sólo tienes que dar las gracias a la dama Rasa —señaló Moozh —. A ella y a un valiente hombre de los tuyos. Creo que se llamaba Smeiost.

—Smeiost —susurró Bitanke—. Era un querido amigo mío.

—Pues me satisface contarte que fue recibido con honores por el general Vozmuzhalnoy Vozmozhno, quien partió de inmediato en auxilio de vuestra ciudad.

—Habéis llegado a tiempo —dijo Bitanke—. Comenzó anoche, y se propagó durante el día, y me temía que mañana por la mañana la ciudad estuviera reducida a cenizas y las buenas mujeres de Basílica fueran presa de la desesperación o algo peor.

—Siempre me alegra ser mensajero de la esperanza —sonrió Moozh.

Caminaban por una calle bordeada por tiendas y casas. No se veía movimiento alguno y brillaban luces en muchas ventanas. La única huella de los disturbios eran los cristales rotos que cubrían la calle, los escaparates astillados de las tiendas y los cadáveres de mercenarios

que colgaban como reses de los balcones, con las máscaras holográficas puestas. Bitanke los miró con disgusto.

—¿Cuánto tiempo permanecen activas esas máscaras?

—preguntó Moozh.

—Hasta que los cuerpos se enfrían, supongo. He oído que se activan mediante el calor y el magnetismo del cuerpo.

—Ah.

—¿Cómo los colgaron tus hombres? No veo sogas ni cadalsos.

—No estoy seguro —respondió Moozh—. Quitémosle la capa a uno de ellos para ver.

Bitanke alzó la mano y arrancó la capa del cadáver más cercano. El holograma se desvaneció y resultó evidente que el cadáver estaba clavado a la pared por un grueso cuchillo que le atravesaba el cuello.

—¿Su propio cuchillo, crees? —preguntó Moozh.

—Eso parece —dijo Bitanke.

—No está muy firme —dijo Moozh, tironeando del cadáver—. Si hay viento esta noche, la mayoría de estos cuerpos se caerán. Habrá que sacarlos cuanto antes, o tendremos un problema con los perros.

—Sí, señor —dijo Bitanke.

—¿Nunca habías visto un muerto? Pareces descompuesto.

—Oh, he visto muertos, señor. Nunca había visto… este modo de tratarlos… Preferiría que tus hombres no…

—Tonterías. Estos cuerpos colgados son como refuerzos. Si a mis soldados se les escapan algunos alborotadores, ya que algunos estarán en el excusado, al salir verán cómo andan las cosas, verán los cuerpos, y se les quitarán las ganas de pelear.

Bitanke rió entre dientes.

—Supongo que sí.

—¿Entiendes? Estos muchachos pagarán sus travesuras vigilando las calles por nosotros. Corrígeme si me equivoco, capitán Bitanke, pero nadie llorará mucho por ellos, ¿verdad?

Poco después Moozh se reunió con el consejo de Basílica. Entretanto, los cien soldados que cuidaban las fogatas ocuparon posiciones ante las puertas de la ciudad, sumándose a los guardias en los pocos casos en que los hallaban en esos puestos. No había motivos para que pelearan entre ellos, así que no se produjo ningún enfrentamiento.

La reunión entre el general y las consejeras transcurrió sin tropiezos, y se acordó que Moozh tendría pleno acceso a todos los barrios de la ciudad, incluso a los que normalmente estaban restringidos a las mujeres, pues allí ardían los incendios más peligrosos y los revoltosos estaban más desatados. Al cabo de dos días y medio, Moozh retiraría sus hombres a los cuarteles de las afueras, donde recibirían generosas provisiones y una recompensa tomada de

las arcas de la ciudad. Fue un diálogo cordial, lleno de alabanzas y sincera gratitud.

Muchos basilicanos tardaron en comprenderlo, pero cuando Moozh abandonó esa reunión ya era el amo de la ciudad.

Nafai habló poco con Elya y Meb mientras regresaban a Basílica. Su silencio no los predispuso a su favor, pero al menos no tenía que discutir con ellos ni hacer piruetas verbales para evitar problemas. Podía sumirse en sus propios pensamientos.

Podía hablar con el Alma Suprema.

Como si importara lo que le dijera al viejo ordenador. Por unos días había imaginado que él y el Alma Suprema estaban trabajando juntos. El Alma Suprema le había mostrado su memoria de la Tierra, le había explicado su propósito en el mundo: impedir que el planeta Armonía repitiera la desdichada y autodestructiva historia de la Tierra. Nafai había convenido en servir a ese propósito. Se había tropezado en la calle con un hombre borracho e indefenso —su enemigo— y lo había matado, pero sólo porque así lo ordenaba el Alma Suprema. Gaballufix era un asesino que merecía morir, pero Nafai no lo había ejecutado por eso, sino porque creyó que el Alma Suprema tenía razón al afirmar que la muerte de aquel hombre preservaría su mundo.

Pero una vez cometido el crimen, una vez derramada la sangre, ¿dónde estaba el Alma Suprema? Nafai había imaginado que habría una relación especial entre el Alma Suprema y él. ¿Acaso el índice no había hablado con él, su padre e Issib? Padre e Issib habían comprendido sólo en parte el mensaje del Alma Suprema: comprendían que el Alma Suprema se proponía conducirlos en un largo viaje hacia un lugar maravilloso donde Issib podría usar de nuevo los flotadores y prescindir de la silla. Pero sólo Nafai había comprendido que ese lugar no estaba en el planeta Armonía, que el Alma Suprema se proponía conducirlos a la Tierra. Al cabo de cuarenta millones de años, un retorno al hogar.

Pero desde entonces el índice sólo había servido como guía para un vasto banco de memoria. Padre e Issib estudiaban con Nafai, pero Nafai aún esperaba una revelación, un mensaje especial, una palabra de aliento. Algo que confirmara la promesa que el Alma Suprema había hecho al hablar desde la silla de Issib, cuando declaró que había escogido a Nafai y sus hermanos deberían obedecerle.

¿Soy el escogido, Alma Suprema? Entonces, ¿por qué no veo los frutos de tu elección? Por ti me he convertido en un asesino, y sin embargo fue Elemak quien recibió la visión de nuestras esposas. ¿Y qué vio? ¡Que habías escogido a Eiadh para él! ¿Qué he ganado con tus favores, pues? Ahora hablas con Elemak, quien conspiró con

Gaballufix, quien trató de matarme. Ahora le entregas la mujer que yo he deseado durante tanto tiempo. ¿Por qué él recibió el sueño, y no yo? He sido humillado frente a todos ellos. Tendré que morder el polvo, tendré que someterme a las órdenes de Elya y servirle, tendré que presenciar cómo Elya toma a esa dulce y delicada muchacha que durante tanto tiempo ha habitado mis sueños. ¿Por qué me odias, Alma Suprema? ¿Qué he hecho, sino servirte y obedecerte?

Los camellos treparon perezosamente una cuesta y Elemak los condujo por el borde de un precipicio. Nafai contempló ese paisaje de agrestes rocas y peñascos donde apenas asomaban unos retazos de vegetación grisácea.

El Alma Suprema me prometió vida, me prometió grandeza, gloria y alegría, y aquí estoy, en este desierto, siguiendo a mis hermanos, quienes se confabularon con el enemigo de Padre y, a sabiendas o no, conspiraron para matarle. Yo ayudé al Alma Suprema a salvar la vida de Padre, y aquí estoy.

Sí, aquí estás.

Tardó un momento en comprender que era la voz del Alma Suprema, pues le hablaba en la mente como si fuera su propio pensamiento. Pero sabía por experiencia que este pensamiento venía del exterior, pues parecía responderle.

Nafai respondió a su vez, sin mayor respeto. Oh, conque aquí estás, dijo en silencio, con sorna. ¿Te has acordado de mí? Espero que no haya sido una molestia.

Me tomo muchas molestias por ti.

Por ejemplo, has escogido a Eiadh para mi hermano y no para mí.

Eiadh no es para ti.

Gracias por tu ayuda, dijo Nafai en silencio. Gracias por darme tan pésimas cartas en esta partida con mis hermanos.

No me he portado tan mal contigo, Nafai.

No te sobrevalores. He matado a un hombre por ti.

Y en cada momento de este viaje, te estoy salvando la vida.

El pensamiento sobresaltó a Nafai. Se irguió sin darse cuenta, miró alrededor.

En cada momento de este viaje, los distraigo de su decisión de matarte.

El miedo y el odio clavaron sus garras en la garganta y el vientre de Nafai, como dos alimañas que le royeran las vísceras.

Es bueno que guardes silencio, dijo el Alma Suprema. Es bueno que no los hayas provocado, que ni siquiera les hayas recordado que los acompañas en este viaje. Mi influencia, aunque fuerte, no es todopoderosa. Si se encolerizaran contra ti, ¿cómo los detendría? No tengo la silla de Issib para actuar por su intermedio.

Nafai sintió gran temor, y el deseo de regresar a la tienda de

Padre. Al mismo tiempo, sintió rencor contra sus hermanos. ¿Por qué me odian aún? ¿Qué mal les he hecho yo?

Niño estúpido. Hace un instante ansiabas que recompensara tu lealtad otorgándote poder sobre tus hermanos. ¿Crees que ellos no captan tu ambición? Cada vez que te hablo, te odian más. Cada vez que tu padre festeja tu inteligencia y tu bondad, te odian más. Y cuando ven que codicias los privilegios del hijo mayor…

No es así, gritó Nafai en silencio. No quiero desplazar a Elemak. Deseo que me quiera, deseo que sea un verdadero hermano mayor, no un monstruo que anhela mi muerte.

Sí, deseas que te quiera, deseas que te respete… y deseas ocupar su lugar. ¿Te crees inmune a tus instintos de primate? Has nacido para ser un macho alfa en una tribu de bestias inteligentes, como él. Pero él está dominado por esta ambición, mientras que tú, Nafai, debes ser más civilizado, suprimir al animal que hay en ti, y ayudarme a lograr un propósito mucho más elevado que determinar quién será el macho dominante en un grupo de mandriles erectos.

Nafai se sintió como si lo hubieran desnudado frente a sus enemigos. No soy mejor que Elemak, ni que cualquiera de esos mandriles que viven junto a la tienda de Padre. Entonces ¿por qué me has escogido?

Porque sí eres mejor, y porque deseas mejorar aún más.

Entonces, ayúdame. Ayúdame a vencer mis deseos oscuros. Y de paso, ayuda también a Elemak. Lo recuerdo cuando era más joven. Alegre, cariñoso, amable. Sé que es algo más que un animal ambicioso, aunque él mismo lo haya olvidado.

Lo sé, respondió el Alma Suprema. ¿Por qué crees que le di ese sueño a Elemak? Para que tuviera la oportunidad de reconocer mi voz. Elemak es tan receptivo como tú, pero hace tiempo que decidió odiarme, frustrar mis propósitos, y mi voz no significaba nada para él. Sin embargo, esta vez pude transmitirle algo que él deseaba oír. Mi propósito coincidía con el suyo. ¿Cuánto crees que valdría tu vida si te hubiera mostrado a ti quién debía ser la esposa de Elemak? ¿Crees que él habría aceptado que tú le entregaras a Eiadh?

Yo no le habría entregado a Eiadh.

En efecto, me habrías desobedecido. Te habrías rebelado. Dices que has matado a Gaballufix sólo porque me sirves a mí y a mi noble propósito… pero estás dispuesto a rebelarte y frustrar mi propósito porque deseas a una mujer que arruinaría tu vida.

Tú no sabes eso. Serás un ordenador muy listo, Alma Suprema, pero no puedes predecir el futuro.

Conozco a Eiadh por dentro, como a ti. Y si alguna vez llegas a conocerla, comprenderás que nunca podría ser tu esposa.

¿Estás diciendo que tiene mal corazón?

Estoy diciendo que vive en un mundo cuyo centro de gravedad es ella misma. Sólo piensa en sus propios deseos. Pero tú, Nafai, jamás estarás satisfecho a menos que logres algo que cambiará el mundo. Yo te concederé ese deseo, si tienes la paciencia de confiar en mí hasta que llegue el momento oportuno. También te daré una esposa que compartirá los mismos sueños, que colaborará contigo en vez de entorpecerte.

¿Quién será mi esposa, pues?

El rostro de Luet acudió a su mente.

Nafai se estremeció. Luet. Ella le había ayudado a escapar, y le había salvado la vida con gran riesgo para sí misma. Lo llevó al lago de las mujeres y lo inició en rituales que por ley sólo podían celebrar las mujeres. Podrían haberla matado por eso, junto con él; en cambio se enfrentó a las mujeres y las convenció de que cumplía órdenes del Alma Suprema. Nafai había nadado con ella en las nieblas que flotaban en el límite entre las aguas calientes y frías del lago, y ella lo había llevado por el Bosque sin Sendas, más allá de esa puerta de la muralla de Basílica que hasta entonces sólo conocían las mujeres.

Y antes Luet había acudido en plena noche a la casa de Padre, en las afueras de la ciudad, con riesgo para sí misma, sólo para advertirle de que los enemigos de Padre pensaban asesinarlo. Ella precipitó su huida al desierto.

Nafai le debía mucho. Y ella le caía bien. Era una buena persona, tierna y sencilla. Entonces, ¿por qué no podía imaginársela como su esposa? ¿Por qué rechazaba esta idea?

Porque ella es la vidente.

La vidente. Por eso no quería desposarla. Porque ella tenía visiones del Alma Suprema desde mucho antes que él; porque tenía una fuerza y una sabiduría que él tenía vedadas. Porque era mejor que Nafai en todo sentido. Porque si compartían ese viaje de regreso a la Tierra, ella oiría la voz del Alma Suprema mejor que él; sabría adonde ir cuando él estuviera desorientado. Cuando para él todo fuera silencio, ella oiría música; cuando él estuviera ciego, ella vería luz. No podré soportarlo, estar ligado a una mujer que no tendrá motivos para respetarme, porque habrá hecho primero y mejor cualquier cosa que yo haga.

Entonces no querías una mujer. Querías una adoradora.

Esta revelación hizo que se ruborizara de vergüenza. ¿Eso soy yo? ¿Un niño tan inmaduro que no puede amar a una mujer fuerte?

Acudieron a su mente los rostros de Rasa y Wetchik, su madre y su padre. Madre era una mujer fuerte, tal vez la más fuerte de Basílica, aunque nunca había usado su prestigio e influencia para obtener poder personal. ¿Padre era más débil porque Madre era al menos su igual? Tal vez por eso no habían renovado su matrimonio después del

nacimiento de Issib. Tal vez por eso Madre había estado casada varios años con Gaballufix, porque Padre no había podido tragarse el orgullo para permanecer casado con una mujer tan poderosa y sabia.

Sin embargo, ella volvió junto a Padre, y Padre volvió junto a ella. Nafai era el fruto de la renovación de ese matrimonio. Desde entonces, habían renovado el contrato todos los años, sin cuestionar jamás su compromiso recíproco. ¿Qué había cambiado? Nada. Madre no tenía que disminuirse para formar parte de la vida de Padre, y él no tenía que dominarla para formar parte de la vida de ella. Tampoco ella intentaba dominarlo; el Wetchik siempre había sido un hombre independiente, y Rasa no necesitaba coartar su libertad.

En la mente de Nafai, el rostro de su padre y el de su madre se fusionaron y se transformaron en una sola cara. Por un instante lo reconocía como Padre; luego, sin que hubiera cambios, le parecía que el rostro era el de Madre.

Comprendo, dijo en silencio. Son una sola persona. No importa quién hable ni quién actúe. Ninguno de los dos está por encima del otro. Están juntos, y no existe rivalidad entre ellos.

¿Podré alcanzar semejante compañerismo con Luet? ¿Podré soportar que ella oiga al Alma Suprema mientras yo permanezco sordo? Acabo de enfadarme porque Elya tuvo un sueño verdadero. ¿Sabré escuchar los sueños de Luet sin sentir envidia?

¿Y ella? ¿Me aceptará a mí?

Se avergonzó de esta pregunta. Ella ya lo había aceptado. Lo había llevado al lago de las mujeres. Le había dado todo lo que ella era y tenía, sin titubeos. Era él quien sentía celos y temores, cuando ella demostraba valor y generosidad.

La pregunta no era si soportaría la convivencia con semejante mujer, sino si era digno de ser su esposo.

Un calor vibrante lo invadió, como si se llenara de luz. Sí, dijo el Alma Suprema en su interior. Sí, ésa es la pregunta. Ésa es la pregunta. Esa es la pregunta.

Entonces terminó el trance de su comunión con el Alma Suprema, y Nafai reparó nuevamente en su entorno. Nada había cambiado. Meb y Elya aún lo precedían, y los camellos continuaban la marcha. Aún tenía el cuerpo bañado en sudor; el camello seguía meciéndose bajo su cuerpo; el aire seco del desierto todavía le quemaba la garganta.

Mantenme con vida, rogó Nafai. Mantenme con vida el tiempo suficiente para dominar al animal que hay en mí. El tiempo suficiente para unirme a una mujer que es mejor y más fuerte que yo. El tiempo suficiente para reconciliarme con mis hermanos. El tiempo suficiente para llegar a ser tan buen hombre como mi padre, y también tan bueno como mi madre.

Si puedo lo haré, prometió el Alma Suprema.

Y si *yo* puedo, lo lograré pronto. Pronto seré digno de todo lo que me ofreces.

4. ESPOSAS

EL SUEÑO DE LA GENETISTA

Shedemei despertó del sueño con la necesidad de contarlo, pero no había nadie junto a ella. Nadie, y sin embargo debía contar el sueño. Era demasiado vivido; debía contarlo, para evitar que se le escurriera de la memoria como la mayoría de los sueños. Era la primera vez que lamentaba no tener esposo. Alguien que tuviera que escuchar el sueño, aunque protestara y se volviera a dormir. Sería un alivio contar el sueño en voz alta.

¿Pero dónde habría dormido un esposo en esas habitaciones abarrotadas ? Apenas quedaba sitio para su litera. El resto de la estancia estaba destinado a sus investigaciones. Mesas de laboratorio, cuencos y tazas, platos y tubos, fregaderos y neveras. Y, ante todo, las grandes cajas que bordeaban las paredes, llenas de semillas y embriones desecados, donde guardaba muestras de cada etapa de sus investigaciones sobre la redundancia como mecanismo natural para crear y controlar tendencias genéticas.

Aunque sólo tenía veintiséis años, ya gozaba de una reputación mundial entre los científicos de su especialidad. Era la única fama que le importaba. Al contrario de muchas mujeres brillantes que se habían criado en casa de Rasa, Shedemei jamás se había interesado en una carrera que le diera fama en Basílica. Sabía desde la infancia que Basílica no ocupaba el centro del universo, que la fama era efímera en todas partes. La humanidad había vivido cuarenta millones de años en el mundo de Armonía, más de cuarenta mil veces más que la historia humana documentada en la Tierra, el antiguo planeta originario. Si alguna lección podía aprenderse, era que una cantante o una actriz, un político o un soldado, pronto eran olvidados. Las canciones y las obras teatrales se olvidaban en una vida; las fronteras y constituciones se modificaban a lo sumo en mil años. ¡Pero la ciencia! ¡El conocimiento! Eso se recordaba para siempre. Aunque se olvidara al científico, sus descubrimientos se recordaban, tenían ecos y resonancias en el porvenir. Las plantas nuevas y los animales mejorados duraban si estaban bien diseñados. El mercader de plantas Wetchik, el esposo favorito de Rasa, había llevado la florseca de Shedemei por todas las comarcas de los lindes del desierto. Mientras floreciera la florseca, mientras su perfume denso y aromático lograra que una casa del desierto oliera como un jardín, las obras de Shedemei seguirían vivas en el mundo. Mientras los científicos de todo el mundo recibieran copias de sus informes a través del Alma Suprema, ella tenía la única fama que le importaba.

De modo que aquí estaba su esposo, en la obra de sus propias manos. Era un esposo que jamás la traicionaría, como le había

sucedido a Kokor, la pobre hija menor de Rasa. La investigación era un esposo que jamás rondaría la ciudad violando y saqueando, pegando y quemando, como habían hecho los hombres de Palwashantu, hasta que los gorayni impusieron el orden. Sus investigaciones nunca obligarían a una mujer a refugiarse en sus aposentos, con las luces apagadas, empuñando un pulsador aunque no supiera cómo dispararlo contra un intruso. Nadie había atacado su casa, aunque un par de veces los gritos se habían acercado a su calle. Pero ella habría luchado para proteger sus semillas y embriones. Habría luchado y, de saber cómo, habría matado para proteger la labor de toda una vida.

Pero ahora había tenido ese sueño. Un sueño perturbador. Un sueño potente. Y no descansaría hasta que pudiera contárselo a alguien.

A Rasa. ¿En quién más podía confiar?

Shedemei se levantó, se alisó el cabello de mala gana y salió a la calle. No pensó en cambiarse la ropa con que había dormido; con frecuencia dormía vestida, y sólo se cambiaba después de bañarse.

Había bastante gente en la calle. Hacía días que no era así; muchos se habían encerrado debido al temor y la desconfianza que Gaballufix había sembrado en la ciudad. Era casi un alivio ver la turbulenta marea de peatones. Casi un placer abrirse paso entre ellos. Los cadáveres de los mercenarios ya no colgaban de los pisos altos de los edificios, ni yacían despatarrados en las calles. Se los habían llevado para enterrarlos sin mayor ceremonia en los cementerios de varones de las afueras. Sólo la presencia ocasional de un par de guardias basilicanos recordaba a Shedemei que la ciudad aún estaba bajo la ley marcial. Y aquel mismo día el consejo debía votar sobre el modo de recompensar a los soldados gorayni, despedirlos y devolver las puertas de la ciudad a la guardia basilicana. Entonces no habría más soldados en las calles, salvo para situaciones de emergencia. Las aguas volverían a su cauce.

Como prueba de la restauración de la paz, en el porche de la casa de Rasa, dos cursos de muchachas jóvenes escuchaban a sus maestras y hacían preguntas. Shedemei se detuvo un instante para oír las lecciones y recordar su juventud, cuando asistía a clase en ese mismo porche, o en las aulas y jardines del interior de la casa. Había muchas muchachas de origen aristocrático, pero la casa de Rasa no era para esnobs. Los programas eran rigurosos, y siempre había un lugar para niñas de familia humilde, o niñas sin familia. Los padres de Shedemei habían sido campesinos, ni siquiera ciudadanos; sólo el lejano parentesco de su madre con una criada basilicana le había permitido entrar en la ciudad. Sin embargo Rasa la había aceptado, basándose en una entrevista con Shedemei cuando la pequeña tenía siete años.

Entonces Shedemei ni siquiera sabía leer, pues sus padres tampoco sabían. Pero su madre tenía ambiciones para ella y, gracias a Rasa, Shedemei había logrado satisfacerlas. Con el tiempo compró su propia vivienda, y con el dinero que ganó con la musaraña exterminadora de cucarachas que había desarrollado, compró la granja de sus padres al propietario, de modo que ellos pasaron los últimos años de su vida como dueños y no como arrendatarios.

Todo porque Tía Rasa había aceptado a una humilde analfabeta de siete años, pues le gustaba el modo en que funcionaba su mente. Por este simple motivo, Rasa ya merecía ser una de las grandes mujeres de Basílica. Y por eso, en vez de dictar clase en las escuelas superiores, Shedemei sólo enseñaba en la casa de Rasa, donde dos veces por año dictaba cátedra a las estudiantes de ciencias más destacadas. Oficialmente Shedemei aún era residente de la casa, e incluso tenía un dormitorio, aunque no lo usaba desde la última vez que dictó clases, y siempre temía encontrarlo ocupado por otra persona. Pero aunque Shedemei permaneciera encerrada en su propia vivienda, Rasa siempre le guardaba un sitio.

Dentro de la casa, Shedemei pronto supo que la celebridad de Rasa le impediría verla de inmediato. Aunque en ese momento Rasa no era miembro del consejo de la ciudad, le habían pedido que asistiera a la reunión de la mañana. Shedemei no sabía qué hacer.

El sueño aún ardía en su interior, y necesitaba contarlo en voz alta.

—Quizá yo pueda ayudarte —dijo la muchacha que se había acercado para informarle.

—No lo creo —respondió Shedemei, con una amable sonrisa—. De todos modos, era una tontería.

—Las tonterías son mi especialidad —aseguró la muchacha—. Te conozco. Tú eres Shedemei. —Pronunció el nombre con tanto respeto que Shedemei se sintió confusa.

—Sí. Perdóname, pero no recuerdo tu nombre, aunque te he visto aquí muchas veces.

—Soy Luet —dijo la muchacha.

—Ah —asintió Shedemei, recordando—. La vidente. La Dama del Lago.

A la muchacha le gustó que Shedemei recordase quién era. ¿Pero qué mujer de Basílica no había oído hablar de ella?

—Aún no —dijo—. Tal vez nunca llegue a serlo. Sólo tengo trece años.

—No, supongo que aún te quedan bastantes años de espera. Y no es automático, ¿verdad?

—Todo depende de la calidad de mis sueños. Shedemei rió.

—¿Acaso eso no puede aplicarse a todas nosotras?

—Supongo que sí —dijo Luet, sonriendo. Shedemei se disponía a marcharse, pero de pronto comprendió con quién estaba hablando.

—Vidente —dijo—, tú debes de saber algo sobre el significado de los sueños.

Luet sacudió la cabeza.

—Para la interpretación de los sueños debes recurrir a los adivinos del Mercado Interno.

—No —dijo Shedemei—, no me refiero a esa clase de sueño, ni a esa clase de significado. Fue muy extraño, pues nunca recuerdo mis sueños. Pero esta vez resultaba… muy apremiante. Tal vez… tal vez la clase de sueños que tendría alguien como tú.

Luet ladeó la cabeza.

—Si tu sueño provenía del Alma Suprema, Shedemei, debo oírlo. Pero no aquí.

Shedemei siguió a la muchacha —tiene la mitad de mi edad, comprendió— al fondo de la casa. Subieron una escalera cuya existencia Shedemei desconocía, pues aquella zona se usaba para almacenar viejos artefactos, muebles y materiales didácticos. Subieron dos tramos más, hasta una buhardilla oscura y calurosa.

—Mi sueño no era tan secreto como para que viniéramos aquí —señaló Shedemei.

—No lo comprendes —dijo Luet—. Hay alguien más que debe oírlo, si el sueño proviene realmente del Alma Suprema. —Luet sacó una reja de la pared, atravesó la abertura y salió al aire brillante.

Shedemei, deslumbrada por el sol, no vio que había una especie de porche y pensó que Luet flotaba en el aire. Cuando los ojos se le acostumbraron, vio que Luet caminaba sobre algo. La siguió. Esa zona plana era invisible desde la calle o desde cualquier otra parte. Aquí confluían media docena de techos en declive, y un gran agujero de desagüe en el centro de la zona llana explicaba la existencia de aquel lugar. Durante una tormenta, podía llenarse con un metro de agua procedente de los techos, mientras el desagüe iba tragando el agua. Era un estanque, más que un porche.

También era un escondite perfecto, pues ni siquiera los habitantes de la casa de Rasa conocían la existencia de aquel lugar, salvo, evidentemente, Luet y quien se escondiera allí.

Los ojos se le acostumbraron más. A la sombra de un toldo portátil estaba sentada una muchacha mayor, tan parecida a Luet que Shedemei no se sorprendió de que la presentaran como Hushidh la descifradora, la hermana mayor de Luet. Ante una mesilla estaba sentado un joven de gran estatura, pero aún lampiño.

—¿No me conoces, Shedemei? —dijo el muchacho.

—Creo que sí.

—Era mucho más bajo cuando aún vivías en casa de Madre —dijo

él.

—Nafai. Oí decir que te habías ido al desierto.

—Me fui y volví con excesiva frecuencia, me temo. Nunca se me ocurrió que vería el día en que los gorayni custodiarían la puerta de Basílica.

—No será por mucho tiempo —dijo Shedemei.

—Que yo sepa, los gorayni jamás han entregado una ciudad después de capturarla —objetó Nafai.

—Pero ellos no capturaron Basílica —puntualizó Shedemei—. Sólo entraron para protegernos en tiempos turbulentos.

—En el desierto hay cenizas de muchas fogatas —dijo Nafai—, pero no hay ni el menor rastro de ningún campamento. Se rumorea que el jefe gorayni fingió que lideraba un ejército numeroso, dirigido por el general Moozh el Monstruo, cuando en realidad sólo tenía mil hombres.

—Lo explicó como un ardid necesario para engañar a los mercenarios Palwashantu, que estaban fuera de control.

—¿O para engañar a la guardia de la ciudad? —señaló Nafai—. No importa. Luet te ha traído aquí. ¿Sabes por qué?

—No, Nafai —intervino Luet—. Ella no forma parte de eso. Vino por su cuenta, para contarle un sueño a Madre. Luego decidió contármelo a mí, y he querido que también vosotros lo oyerais, por si viene del Alma Suprema.

—¿Por qué él? —preguntó Shedemei.

—El Alma Suprema le habla tanto como a mí —aseguró Luet—. El le obligó a hablarle, y ahora son amigos.

—¿Un hombre obligó al Alma Suprema a hablarle? —preguntó Shedemei—. ¿Desde cuándo sucede semejante cosa en el mundo?

—Sólo últimamente —sonrió Luet—. Hay cosas más extrañas en el cielo y en la Tierra de las que sueña tu filosofía, Shedemei.

Shedemei sonrió a su vez, pero no recordó de dónde era esa cita, ni por qué resultaba tan graciosa en esas circunstancias.

—El sueño —dijo Hushidh, la hermana de Luet.

—Ahora me parece ridículo —objetó Shedemei—. No sé si vale la pena contarlo ante tanto público. Luet sacudió la cabeza.

—Sin embargo, has caminado hasta aquí desde… ¿dónde vives? ¿Las Cisternas?

—Los Manantiales, pero no queda lejos del barrio de las Cisternas.

—Has recorrido toda esa distancia para hablar con Tía Rasa —prosiguió Luet—. Este sueño puede resultar más importante de lo que crees. Cuéntanoslo, por favor.

Shedemei miró tímidamente a Nafai.

—Por favor —insistió Nafai—. No me burlaré de tu sueño, ni se lo contaré a nadie más. Sólo quiero oírlo por si encierra alguna verdad.

Shedemei rió nerviosamente.

—No me siento cómoda hablando delante de un hombre. No es nada personal. Eres el hijo de Tía Rasa y confío en ti, pero…

—Él no es un hombre —declaró Luet.

—Gracias —murmuró Nafai.

—No trata a las mujeres como suelen hacerlo los hombres. Y hace unos días el Alma Suprema me ordenó que lo condujera al lago. Nafai navegó en el lago, flotó junto a mí. El Alma Suprema lo ordenó, y Nafai no fue ejecutado. Shedemei miró a Nafai con renovado respeto.

—¿Acaso se están cumpliendo todas las profecías al mismo tiempo?

—Cuéntanos tu sueño —murmuró Hushidh.

—He soñado… ¡Os parecerá tan absurdo! Bien, he soñado que cuidaba un jardín en las nubes. No sólo estaban las plantas y animales con que trabajo, sino todas las plantas y animales que he oído mencionar. Era un jardín pequeño, pero cabían todas las especies. Yo flotaba en las nubes por una eternidad, la noche más larga del mundo, una noche de mil años. Y de pronto amaneció, y cuando me asomé por el borde de la nube vi una nueva tierra, una tierra verde y hermosa, y en el sueño me dije: «Este mundo no necesita mi jardín». Así que abandoné el jardín y bajé de la nube…

—Un sueño de caída —comentó Luet.

—No me caí —dijo Shedemei—. Sólo bajé y estuve en el suelo. Y mientras vagabundeaba por bosques y prados, comprendí que a pesar de todo se necesitaban muchas plantas de mi jardín. Así que alcé la mano, y las plantas que necesitaba llovieron sobre mí como semillas. Las planté y crecieron ante mis ojos. Luego comprendí que también se necesitaban muchos de mis animales. Era un mundo que había perdido las aves. No había ningún ave, y pocos reptiles, y ninguna de las bestias de carga o los animales domésticos cuya carne comemos. Sin embargo, había millones de insectos para alimentar a los pájaros y reptiles, y pastos y prados para los rumiantes. Así que volví a alzar las manos hacia las nubes, y de las nubes llovieron los embriones de los animales que yo necesitaba, y crecieron a ojos vistas, grandes y fuertes. Las aves remontaron vuelo, las vacas y ovejas se dirigieron a los arroyos y prados; las serpientes y lagartos se escabulleron reptando. Oí estas palabras como si alguien me las dijera al oído: «Nadie ha tenido un jardín como el tuyo, Shedemei, hija mía». Pero no era la voz de mi madre ni de mi padre. Y no supe si la voz se refería a mi jardín de las nubes o a este nuevo mundo en el que yo restauraba la flora y la fauna perdidas tantos años atrás.

Eso era todo lo que recordaba del sueño.

Guardaron silencio unos instantes, y luego habló Luet:

—Me pregunto cómo sabías que las plantas y animales que

bajaste de las nubes eran la flora y la fauna que antaño habían vivido en ese lugar, pero que se habían perdido.

—No lo sé —dijo Shedemei—, pero tenía esta sensación. Yo sabía que era así. Esas plantas y animales no eran nuevos allí.

—Y no distinguías si la voz era masculina o femenina —dijo Hushidh.

—Ni siquiera me lo pregunté. La voz me hizo pensar en mis padres, hasta que comprendí que no era ninguno de los dos. Pero no me detuve a pensar si la voz era femenina o masculina. Ni siquiera ahora sabría decírtelo.

Luet, Hushidh y Nafai deliberaron en voz alta, para que Shedemei no se sintiera excluida.

—El sueño incluye un viaje —apuntó Nafai—. Eso congenia con lo que me han dicho. Y se restauraban la flora y la fauna. Para mí eso significa la Tierra.

—Eso parece —convino Luet.

—Pero están las nubes —señaló Hushidh—. ¿Qué os parece? Las nubes van de un continente al otro, pero no viajan entre planetas.

—Ni siquiera los sueños del Alma Suprema son tan claros —objetó Nafai—. La verdad entra en nuestra mente, pero luego el cerebro recurre a nuestra biblioteca mental para hallar imágenes con las cuales expresar esas ideas. Un gran viaje por el aire. Elemak vio una casa de forma extraña. Shedemei ve una nube. Yo oí la voz del Alma Suprema, diciendo que debemos ir a la Tierra.

—La Tierra —dijo Shedemei.

—Ni Padre ni Issib oyeron nada semejante —declaró Nafai—. Pero estoy tan seguro de ello como de que estoy vivo y sentado aquí. El Alma Suprema quiere ir a la Tierra.

—Eso coincide con tu sueño, Shedemei —dijo Luet—. La humanidad abandonó la Tierra hace cuarenta millones de años. El profundo invierno que cubrió la Tierra habrá exterminado a la mayoría de las especies de reptiles, y todas las aves. Sólo habrán sobrevivido los peces y los anfibios, y algunos animales de sangre caliente.

—Pero eso sucedió hace cuarenta millones de años —objetó Shedemei—. La Tierra se habrá recobrado hace mucho¿ Ha habido tiempo de sobra para la aparición de nuevas especies.

—¿Cuánto tiempo estuvo la Tierra cubierta de hielo? —preguntó Nafai—. ¿Cuánto tardó el hielo en retroceder? ¿Adonde se han desplazado los continentes en tantos millones de años?

—Entiendo —dijo Shedemei—. Es posible.

—Pero ese truco mágico —intervino Hushidh—-. Alzar las manos y lograr que bajaran las semillas y embriones, y luego regar los embriones para que crecieran.

—Bien, esa parte me resultó clara al instante —dijo Shedemei—. En mis investigaciones almaceno las muestras de semillas y embriones mediante la cristalización en seco. Todos los procesos corporales se paralizan en el mismo instante de la cristalización. Los almacenamos en seco, y cuando llega el momento de restaurarlos, añadimos agua destilada y los cristales se descristalizan en una reacción en cadena muy rápida, pero no explosiva. Como el organismo es muy pequeño, recobra todas sus funciones en una fracción de segundo. Los embriones deben ponerse de inmediato en una solución líquida nutriente y conectarse con yemas o placentas artificiales, así que no podemos restaurar muchos al mismo tiempo.

—¿Cuánto equipo precisarías para trasladar las muestras necesarias para restaurar de nuevo una buena parte de la flora y la fauna que se habrían extinguido en la Tierra? —preguntó Nafai.

—¿Cuánto? Mucho… una gran cantidad. Una caravana.

—¿Y si tuvieras que escoger las más importantes… las aves más útiles, los animales más imprescindibles, las plantas más necesarias para tener alimento y refugio?

—Entonces el tamaño depende. Hay que establecer prioridades. Por ejemplo, si sólo tienes un camello, es todo lo que podrás llevar, a dos cajas por camello. Y otro camello para llevar cada equipo de restauración y otros materiales.

—Entonces podría hacerse —anunció triunfalmente Nafai.

—¿Crees que el Alma Suprema te enviará a la Tierra? —preguntó Shedemei.

—Creemos que en este momento es el acontecimiento más importante en todo el mundo de Armonía —asintió Nafai.

—¿Mi sueño?

—Tu sueño forma parte de ello —dijo Luet—. También el mío, creo. —Le contó a Shedemei su sueño sobre los ángeles y las ratas.

—Parece bastante plausible como símbolo de un mundo donde han evolucionado nuevas formas de vida —dijo Shedemei—. Pero olvidas que tu sueño no puede ser literalmente cierto si proviene del Alma Suprema.

—¿Por qué no? —preguntó Luet, un poco ofendida.

—¿Cómo sabría el Alma Suprema lo que sucede en la Tierra? ¿Cómo obtendría una imagen fidedigna de las especies de allá? La Tierra está a mil años de distancia. Nunca ha existido una señal electromagnética con fidelidad suficiente para comunicar transmisiones significativas a tanta distancia. Si el Alma Suprema te dio ese sueño, se lo inventó.

—Tal vez sea una conjetura —sugirió Hushidh.

—Tal vez sea una mera conjetura —concedió Nafai—, pero debemos hacer lo que ordena el sueño. Shedemei debe reunir esas

semillas y embriones, y prepararnos para llevarlas a la Tierra.

Shedemei las miró asombrada.

—He venido a contar un sueño a Tía Rasa, no a abandonar mi carrera por un viaje descabellado e imposible. ¿Cómo pensáis ir a la Tierra? ¿En una nube?

—El Alma Suprema ha dicho que iremos —declaró Nafai—. Cuando llegue el momento, el Alma Suprema nos mostrará cómo.

—Eso es absurdo —dijo Shedemei—. Soy científica. Sé que existe el Alma Suprema porque nuestras exposiciones a menudo se transmiten a ordenadores de ciudades lejanas, algo que no se puede hacer de otra manera. Pero siempre entendí que el Alma Suprema era sólo un ordenador que controlaba una flota de satélites de comunicaciones.

Nafai miró consternado a Luet y Hushidh.

—Issib y yo realizamos un gran esfuerzo para llegar a esa conclusión —dijo—, y Shedemei lo sabía desde siempre.

—Nadie me lo preguntó —se justificó Shedemei.

—Ni siquiera nos habríamos dirigido a ti —dijo Nafai—. A fin de cuentas, eres Shedemei.

—Sólo otra maestra en casa de tu madre —asintió Shedemei.

—Sí, tal como el Sol es sólo otro astro en el cielo —sonrió Nafai.

Shedemei rió y sacudió la cabeza. › Nunca hubiera pensado que los jóvenes la respetaban tanto. Le complació que se lo dijeran —era grato saber que la ad* miraban— pero también le causó timidez y cierta vergüenza. Tendría que estar a la altura de la imagen que tenían de ella, y ella era sólo una mujer laboriosa que había tenido un sueño perturbador.

—Shedemei —dijo Hushidh—, aunque parezca imposible, el Alma Suprema nos pide que nos preparemos para este viaje. Ni siquiera se nos habría ocurrido pedirte que vinieras, pero el Alma Suprema te ha traído a nosotros.

—Una coincidencia me ha traído a vosotros.

—Coincidencia es sólo la palabra que usamos cuando aún no hemos descubierto la causa —adujo Luet—. Es una ilusión de la mente humana, un modo de decir que ignoramos el porqué y no pensamos averiguarlo.

—Esto ha ocurrido en otro contexto —dijo Shedemei.

—Tuviste el sueño y supiste que era importante —prosiguió Nafai —. Quisiste contárselo a Madre. Estábamos aquí cuando llegaste, y ella no. Pero también a nosotros nos reunió el Alma Suprema. ¿No ves que has sido invitada?

Shedemei sacudió la cabeza.

—Mi trabajo está aquí, no en un absurdo viaje cuyo destino está a mil años luz.

—¿Tu trabajo? —dijo Hushidh—. ¿Qué vale tu trabajo, comparado con la tarea de restaurar especies perdidas en la Tierra? Tu trabajo ya es un logro, pero ser la jardinera de un planeta…

—Siempre que sea verdad —objetó Shedemei.

—Bien —dijo Nafai—, todos nos hemos enfrentado al mismo dilema. Siempre que sea verdad. Nosotros no podemos decidir por ti, así que cuando hayas tomado una decisión, comunícanoslo.

Shedemei asintió, pero sabía que haría todo lo posible para no ver de nuevo a esa gente. Era demasiado extraño. Exageraban al interpretar el sueño. Le exigían demasiados sacrificios.

—Ella ha decidido no ayudarnos —anunció Luet.

—¡En absoluto! —exclamó Shedemei. Pero en su corazón se preguntó con cierto remordimiento cómo lo sabía Luet.

—Aunque decidas no acompañarnos —intervino Nafai—, ¿podemos pedirte algo? ¿Reunirás muestras de semillas y embriones suficientes para cargar dos camellos? ¿Y el equipo que necesitamos para restaurarlos? ¿Nos enseñarás a realizar esa tarea?

—Con mucho gusto —accedió Shedemei—. Trataré de hacerme un hueco en los próximos meses.

—No disponemos de *meses* —objetó Nafai—. Nos quedan *horas.* A la sumo *días.*

—No me hagas reír. ¿Qué jardín voy a preparar en horas?

—¿No hay biobibliotecas en Basílica? —preguntó Hushidh.

—Pues sí… ahí consigo mis muestras iniciales.

—¿Y no puedes recurrir a ellas para obtener casi todo lo necesario ?

—Para dos camellos, puedo conseguir *todo* lo necesario. Pero en cuanto al equipo de restauración, especialmente para los embriones de animales, sólo dispongo del mío, y llevaría meses construir otros.

—Si vienes con nosotros —señaló Luet—, podrás traer el tuyo. Y si no vienes con nosotros, tendrás meses para construir otros.

—¿Me pides que ceda mi propio equipo?

—Por el Alma Suprema —asintió Luet.

—Eso crees tú.

—Por el hijo de Tía Rasa —terció Hushidh. La descifradora sabe cómo penetrar en mi corazón, pensó Shedemei.

—Si Tía Rasa me lo pide, lo haré.

Nafai la miró con un destello en los ojos.

—¿Y si Madre te pidiera que nos acompañaras?

—Ella no me lo pediría —rebatió Shedemei.

—¿Y si Tía Rasa viniera con nosotros? —preguntó Luet.

—Ella no irá —dijo Shedemei.

—Eso dice Madre —concedió Nafai—, pero ya veremos;

—¿Quién de vosotros aprenderá a usar el equipo? —preguntó

Shedemei.

—Hushidh y yo —respondió Luet.

—Entonces venid esta tarde, y os enseñaré.

—¿Nos darás el equipo?—preguntó Hushidh.¿Estaba contenta, o sólo sorprendida?

—Lo pensaré —dijo Shedemei—. Y enseñaros a manejar lo sólo me costará tiempo.

Shedemei se levantó de la alfombra y abandonó el toldo. Buscó la abertura por donde había entrado, pero Luet debía de haberla tapado y ella no recordaba adonde ir.

Luet advirtió su confusión y la condujo hacia el lugar. La abertura no estaba tapada, pero no se veía desde el otro lado de la azotea.

—Conozco el camino —dijo Shedemei—. No es preciso que me acompañes.

—Shedemei —dijo Luet—. He soñado contigo. Hace pocos días.

—¿Sí?

—Sé que dudarás, y pensarás que sólo te digo esto para convencerte de que nos acompañes, pero no es coincidencia. Yo estaba en el bosque, era de noche y tenía miedo. Vi a varias mujeres. Tía Rasa, Hushidh, Eiadh y Dol. Y también a ti.

—Yo no estaba allí. Nunca voy al bosque.

—Lo sé. Te dije que era un sueño, aunque yo estaba despierta.

—Sé por qué lo digo, Luet. Nunca voy al bosque. Nunca voy al lago. Seguramente lo que hacéis es muy importante, pero no forma parte de mi vida. No forma parte de mi vida.

—Quizá debas cambiar tu vida.

Shedemei no supo qué responder, así que atravesó la abertura de la pared. Oyó que se reanudaba el murmullo de la conversación, aunque no entendió las palabras. Tampoco quería entenderlas. Lo que le pedían era una locura.

Sin embargo había sido maravilloso, en su sueño, tender las manos para bajar vida de las nubes. ¿Por qué no se había conformado con ese hermoso sueño? ¿Por qué lo había contado a esos niños? ¿Y por qué aún se preocupaba por ello y no se olvidaba de esas palabras?

Regresar a la Tierra. Regresar al hogar.

¿Qué significaba eso? En cuarenta millones de años, los humanos habían vivido satisfactoriamente en Armonía. ¿Por qué la Tierra iba a llamarla ahora? Era una locura, una locura contagiosa en tiempos turbulentos.

Sin embargo, en vez de volver a casa fue a la biobiblioteca, y pasó varias horas examinando el catálogo, estableciendo un orden plausible para cargar dos camellos con semillas y embriones que pudieran restaurar las plantas y animales más útiles en una Tierra que los había perdido hacía muchísimo tiempo.

EN EL CONSEJO DE LA CIUDAD, Y NO EN UN SUEÑO

Rasa siempre había confiado en sí misma. Sabía que no había nada que no pudiera resolver con una combinación de ingenio, amabilidad y determinación. Siempre era posible persuadir a los demás, o bien ignorarlos hasta que su resistencia se disipara. Esta filosofía le había permitido dirigir una de las escuelas más respetadas de Basílica, a pesar de ser nueva; también le brindaba influencia personal en todas las facetas de la vida de la ciudad, aunque nunca había ocupado ningún cargo. La cons ultaban para la mayoría de las decisiones del consejo; participaba en las juntas gubernamentales de muchos consejos de artes; ante todo, asesoraba de forma particular a las mujeres —incluso a los hombres— que tomaban decisiones importantes en cuestiones gubernamentales y empresariales. Muchos hombres la cortejaban, pero disfrutaba de un feliz matrimonio con un hombre excepcional que no codiciaba su poder ni se sentía amenazado por él. Se había creado un papel perfecto en la ciudad, y le gustaba ese papel.

Nunca había pensado en la fragilidad de su posición. La trama de su vida estaba tejida en el telar de Basílica, y ahora que Basílica se disgregaba, su vida se deshilachaba, se enmarañaba, se rasgaba. Su ex esposo Gaballufix había iniciado el proceso cuando aún estaban casados, intentando persuadirla de que modificara las leyes que prohibían a los hombres poseer propiedades en la ciudad. Rasa comprendió por qué Gaballufix se había casado con ella, y dejó expirar el contrato y volvió a casarse con Wetchik, con la intención de que la relación fuera para siempre. Pero Gaballufix no había desistido tan fácilmente, y buscó respaldo entre los hombres de peor catadura de los suburbios. Los utilizó como matones, aterrando a las mujeres de Basílica, y luego como mercenarios con esas espantosas máscaras, supuestamente para proteger a la ciudad de los matones, pero Rasa sabía que los mercenarios eran los propios matones con disfraces holográficos.

Habría sido posible contener a Gaballufix si el Alma Suprema no hubiera comenzado a actuar de un modo tan extraño. Ante todo, habló con un hombre, y no cualquier hombre, sino Wetchik mismo. Esto causó un sinfín de problemas a Rasa. No sólo su ex esposo atacaba las antiguas leyes de la ciudad de las mujeres, sino que su esposo actual proclamaba a los cuatro vientos que Basílica sería destruida. Semanas atrás, su amiga Dhel le había comentado que la gente se sorprendía de que Rasa no hubiera sido también la esposa de

Roptat, el líder del partido que promovía una alianza con los gorayni. «Deberías comprobar si en tu lecho no hay algún bicho que provoque locura», decía Dhel. Era una broma, naturalmente, pero una broma dolorosa.

Dolorosa, sí, pero no era nada comparado con lo sucedido durante los últimos días. Todo se desmoronaba. Gaballufix había robado la fortuna del Wetchik y había intentado matar a sus hijos, entre ellos los dos hijos de Rasa. Luego el Alma Suprema ordenó a Luet que llevara a Nafai —justamente a Nafai, un chiquillo— al lago prohibido, donde flotó en el agua como una mujer, como una vidente. Esa misma noche, aún mojado con las aguas del lago de la paz, Nafai había matado a Gab. En cierto sentido, era justo, pues Gaballufix había intentado matarlo a él. Pero para Rasa era atroz que su propio hijo asesinara a su ex esposo.

Y eso era sólo el principio. Esa misma noche había descubierto la monstruosidad de sus dos hijas. Sevya se acostaba con el esposo de Kokor; y Kokor casi había matado a su hermana. La civilización ni siquiera ha llegado a mi propio hogar. Mi hijo es un homicida. Tengo una hija adúltera y la otra es una asesina en su corazón. Sólo Issib era civilizado aún. Issib el inválido, pensó amargamente. Tal vez de eso se compone la civilización: de inválidos que se han reunido para tratar de controlar a los más fuertes. ¿No era eso lo que había dicho Gaballufix en una ocasión? «En tiempos de paz, Rasa, las mujeres podéis rodearos de eunucos, pero cuando llegue un enemigo de fuera, los eunucos no os salvarán. Necesitaréis hombres de verdad, hombres peligrosos, hombres poderosos… ¿y dónde estarán, si los ahuyentáis?»

Rashgallivak era uno de esos débiles, un «eunuco», como hubiera dicho Gaballufix. No tenía la fuerza necesaria para dominar a los animales que Gaballufix había ceñido con su arnés. Y cuando Hushidh cortó ese arnés, la ciudad estalló en llamas. ¡Sucedió en mi propia casa! ¿Por qué, una vez más, soy el foco de todas las desgracias?

El último insulto era la llegada del general Moozh, pues Rasa sabía ahora que era él, que no podía ser otro. Había tenido la audacia de marchar sobre la ciudad con sólo mil hombres, al llegar en un momento en que no se podía oponer resistencia a ningún enemigo y cualquiera que fingiera amistad sería invitado. Rasa no se dejó engañar por sus promesas. No se dejó engañar cuando los soldados se retiraron de las calles. Aún dominaban las murallas y las puertas.

Y también Moozh estaba ligado a ella, al igual que Wetchik, Gaballufix, Nafai y Rashgallivak. Pues había venido con su carta, y había usado su nombre para entrar en la ciudad.

Las cosas no podían estar peor. Y esa mañana, Nafai y Elemak habían llegado a su casa desde el bosque, tras atravesar terrenos que estaban prohibidos a los hombres. ¿Y para qué? Para informarle de

que el Alma Suprema le exigía que abandonara la ciudad para reunirse con su esposo en el desierto, y que se llevara a las mujeres que considerase apropiadas.

—¿Apropiadas para qué? —preguntó Rasa.

—Apropiadas para el matrimonio —declaró Elemak—, y, para engendrar hijos en una tierra nueva y lejana.

—¿Debo abandonar la ciudad de Basílica, llevando conmigo a unas pobres mujeres inocentes, para ir a vivir como una tribu de mandriles en el desierto?

—No como mandriles —señaló Nafai—. Aún nos vestimos, y no ladramos.

—Ni hablar —dijo Rasa.

—Tendrás que considerarlo, Madre —insistió Nafai.

—¿Es una amenaza? —preguntó Rasa, harta de que los hombres le hablaran de ese modo.

—En absoluto. Sólo una predicción. Antes que haya transcurrido media hora tendrás que considerarlo, pues sabes que es la voluntad del Alma Suprema.

Y tenía razón. Ni siquiera pasaron diez minutos. No podía quitarse la idea de la cabeza.

¿Cómo lo sabía Nafai? Porque comprendía el funcionamiento del Alma Suprema. Lo que ignoraba era que el Alma Suprema ya estaba influyendo sobre ella. Al marcharse al desierto, Wetchik le había pedido que lo acompañara. Entonces no se habló de otras mujeres, pero cuando Rasa le rezó al Alma Suprema, recibió una respuesta tan clara como si una voz le hablase en el corazón. Trae a tus hijas, dijo el Alma Suprema. Trae a tus sobrinas, a todas las que deseen ir. Al desierto, para ser madres de mi pueblo.

¡Al desierto! ¡Para convertirse en animales! Toda su vida Rasa había intentado seguir las enseñanzas del Alma Suprema. Pero ahora le pedía demasiado. ¿Quién era Rasa fuera de Basílica, fuera de su propia casa? Nadie. Sólo la esposa de Wetchik. Allí dominarían los hombres, hombres brutales como Elemak, hijo de Wetchik. Elemak era un joven temible; Rasa no podía creer que Wetchik no comprendiera hasta qué punto era peligroso. Ella dependería de Elemak el cazador para alimentarse. ¿Y qué influencia ejercería Rasa allí? ¿Qué consejo la escucharía? Los hombres celebrarían los consejos, y las mujeres se dedicarían a cocinar, lavar y cuidar de los críos. Sería como en los tiempos primitivos, tiempos bestiales. No podía abandonar la ciudad de las mujeres, pues dejaría de ser una dama para convertirse en un animal.

Sólo existo en este lugar. Sólo soy humana en este lugar.

Sin embargo, cuando entró en la cámara del consejo, supo que «este lugar» había dejado de ser la ciudad de las mujeres. Al

contemplar los rostros asustados, solemnes y airados del consejo, comprendió que la Basílica que había conocido había desaparecido para siempre. Tal vez la reemplazara una nueva Basílica, pero una mujer como Rasa ya no podría criar hijas y sobrinas en paz y seguridad. Siempre habría hombres ansiosos de poseer, dominar, manipular. A lo sumo podría aspirar a un hombre como Wetchik, cuya bondad aplacaba su ansia de poder. ¿Pero dónde encontrar otro Wetchik en este mundo? Y ni siquiera su benevolencia serviría de gran cosa. Todo quedaría destruido. Todo sería mancillado y envenenado.

¡Alma Suprema! ¡Has traicionado a tus hijas!

Pero no pronunció su blasfemia en voz alta. En cambio, ocupó su lugar ante una de las mesas del centro de la cámara, donde se sentaban las consejeras sin voto y las secretarias durante las reuniones. Sentía la mirada de las demás. Muchas la culpaban por todo lo sucedido, y le costaba no mostrarse de acuerdo con ellas. Sus esposos, su hijo, sus hijas; su casa, donde Rashgallivak había perdido el control de sus soldados; y el general gorayni había entrado en la ciudad con una carta suya en la mano.

La reunión comenzó y, por primera vez desde que Rasa tenía memoria, los rituales de la inauguración fueron precipitados, y algunos se omitieron. Nadie protestó. El consejo había impuesto a los gorayni un plazo para marcharse de la ciudad, y ahora ese plazo resultaba siniestro, pues era evidente que los gorayni no pensaban respetarlo.

Pronto arreciaron las discusiones. Nadie negaba que los gorayni eran los amos de la ciudad. No sabían si oponerse al general —algunos lo llamaban Moozh, pero sólo como burla, pues él se negaba a responder al nombre Vozmuzhalnoy Vozmozhno, aunque no les había dado otro nombre— o si dar una apariencia legal a su ocupación. No querían ceder, pero también abrigaban la esperanza de que les permitiera gobernar la ciudad a cambio de usar Basílica como base militar para sus operaciones contra las Ciudades de la Planicie y, sin duda, Potokgavan.

Pero al legalizar su ocupación, como él pedía, le daban poder para destruirlos a la larga.

¿Pero qué otra posibilidad había? Él no había hecho amenazas. Al contrario, les había enviado una carta muy respetuosa: «Dado que mis tropas aún no han logrado afianzar la seguridad en Basílica, nos resistimos a abandonar a nuestros queridos amigos, exponiéndolos al caos que hallamos al llegar. Si nos invitáis a quedarnos hasta que el orden se haya restaurado por completo, estamos dispuestos a ser vuestros obedientes servidores mientras sea necesario». La letra de esa carta retrataba a unos gorayni dóciles como corderos.

Pero a estas alturas sabían que los gorayni no eran lo que

aparentaban. Se inclinaban ante cada orden o solicitud del consejo de la ciudad, prometiendo obedecer, pero sólo cumplían las órdenes que les convenían. Ni siquiera la guardia de la ciudad era de fiar, pues sus oficiales adoraban al general gorayni, y ahora seguían su ejemplo de jurar obediencia y luego actuar a su antojo. ¡Ese general era muy listo! No provocaba a nadie, no discutía con nadie, aceptaba todas las instrucciones, pero siempre hacía lo que le daba la gana. Sin dar pretextos para que lo atacaran. En la cámara del consejo prevalecía la sensación de que el poder se les estaba escapando de las manos, de que la ciudad se sometía a la voluntad de aquel hombre, y sin que él hablara ni actuara abiertamente.

Rasa se preguntó cómo lo conseguía. ¿Cómo lograba dominar a la gente sin prepotencia? ¿Cómo conseguía que la gente lo temiera o lo amara, no a pesar de su firmeza, sino precisamente debido a ella?

Tal vez sabe muy bien lo que desea, pensó Rasa. Tal vez cree tan fervientemente en su visión del mundo que le parece imposible que los demás no compartan su punto de vista. Tal vez necesitamos tanto a alguien que nos revele una verdad, una certeza, que somos capaces de aceptar una visión que nos debilita a medida que lo robustece a él, con tal de contar con un mundo seguro.

—Faltan pocos minutos para el plazo —dijo la anciana Kobe—. Y en todas las deliberaciones de esta mañana no hemos oído ni una palabra de la dama Rasa.

Se oyó un murmullo de aprobación, y de inmediato un gruñido de furia.

—¡No debemos oírle, salvo en un juicio! —exclamó una mujer—. ¡Ella ha provocado todo esto!

Rasa se volvió serenamente hacia la mujer. Era Frotera, directora de otra casa de enseñanza, que hacía tiempo envidiaba a Rasa.

—Mi dama Frotera —dijo Rasa—, me temo que tienes razón.

Eso las silenció.

—¿Creéis que yo no he visto lo que todas veis? ¿Cuál de las calamidades que nos acosan no está asociada conmigo? Mi hijo es acusado de homicidio, mis hijas se traicionan entre sí, Rashgallivak intentó secuestrarlas en mi propia casa, mi amada ciudad es presa de incendios y disturbios, y el ejército que custodia las puertas de Basílica utilizó una carta de mi puño y letra para entrar. Yo la escribí, aunque no sospechaba que se usaría de ese modo. Hermanas, todo esto es verdad, ¿pero significa que soy culpable? ¿O significa que me ha afectado más que a nadie, excepto aquellas cuyos seres queridos perecieron en los disturbios?

Eso les hizo reflexionar. Sí, aún tenía el poder para contar una historia y hacerles ver, al menos por un instante, con los ojos de Rasa.

—Hermanas, si yo creyera que soy la causa de todo el mal que

aqueja a Basílica, me marcharía de inmediato. Amo demasiado a Basílica para ser la causa de su perdición. Pero yo no soy la culpable. La primera causa fue la codicia de Gaballufix, quien me desposó en un intento de arremeter contra nuestras antiguas leyes. ¿Fue mi esposo quien trajo soldados mercenarios a la ciudad? No. Fue un hombre a quien yo había rechazado corno esposo. ¡Yo repudié a Gaballufix, mientras muchas consejeras seguían votando para tolerar sus abusos! ¡No lo olvidéis!

Oh, no lo olvidaban, y se encogieron en sus asientos.

—Ahora los gorayni vienen con mi carta. Pero yo escribí esa carta para ayudar a un joven guardia basilicano a obtener refugio entre los gorayni. Sabía que los mercenarios de Rashgallivak lo amenazaban, y él había sido bondadoso con mi hijo, así que le brindé la poca protección que tenía en mis manos. Ahora veo que fue un tremendo error. Mi carta los alertó sobre nuestra debilidad, y vinieron para explotarla. Pero nuestra debilidad no es obra mía, y si los gorayni no hubieran venido, ¿estaríamos hoy en mejor situación? ¿Estaríamos siquiera celebrando esta reunión, o todas seríamos víctimas de las vejaciones y saqueos de los mercenarios Palwashantu? ¿Nuestra ciudad no estaría reducida a cenizas? Decidme pues, hermanas, qué es mejor: ¿estar en mala situación, pero con cierta esperanza, o estar destruidas, impotentes, totalmente desesperanzadas ?

De nuevo un murmullo, pero estaba surtiendo efecto. Rara vez había hablado tanto y con tanta elocuencia. Había aprendido que para conservar el poder era mejor no comprometerse abiertamente con nada y trabajar entre bastidores. Aun así, sabía imponer su voluntad. Ese poder se iría desgastando cada vez que lo ejerciera, pero en esta ocasión debía usarlo o perderlo todo.

—Si nos oponemos al general, ¿qué sucederá? Aunque cumpla su palabra y se marche, ¿la guardia de la ciudad se mostrará tan sumisa como antes? Por otra parte, no creo que él cumpla su palabra. ¿Alguna vez habéis oído que el general Vozmuzhalnoy Vozmozhno entregara una aldea, una parcela, un guijarro que hubiera conquistado? —Un murmullo creciente—. Sí, es el general Moozh… sería una tontería pensar lo contrario. ¿Qué otro general gorayni tendría tanta osadía? Vino aquí con sólo mil hombres, pero por algunas horas cruciales creímos que tenía cien veces ese número. Ha sido dócil y amable, sin embargo ha apostado sus efectivos donde él quería, ha seducido a nuestra guardia y ha cogido las provisiones que necesitaba. Siempre nos presenta disculpas y explicaciones. Siempre nos hace creer en sus buenos propósitos. Pero miente cada vez que respira, jamás nos dice la verdad. Se propone sumar Basílica al imperio gorayni. Nunca nos dejará libres.

Las mujeres murmuraban, sollozaban.

—¡Entonces, presentemos resistencia! —exclamó una consejera.

—¿Y de qué serviría? —preguntó Rasa—. ¿Cuántas moriríamos? ¿Y con qué fin? Un quinto de nuestra ciudad ya ha quedado reducida a cenizas. Nos hemos acurrucado aterrorizadas mientras hombres borrachos asolaban nuestra ciudad. ¿Qué ocurriría si los saqueadores estuvieran sobrios? ¿Si fueran los mismos verdugos disciplinados que clavaron a los revoltosos en las paredes con sus propios cuchillos? ¡Entonces no habría refugio para nosotras!

—¿Pues qué sugieres, Rasa?

—Darle lo que ha pedido: autorización para quedarse. Sólo tomad medidas para que sus soldados se acuartelen extramuros. Hacedles prestar los mismos juramentos que nuestros hombres cuando nos desposan: no entrar en las zonas prohibidas de la ciudad, abstenerse de tener propiedades y partir cuando haya expirado su contrato.

Hubo un murmullo de aprobación.

—¿El lo aceptará, Rasa?

—Lo ignoro, pero de momento ha procurado aparentar que respeta nuestros deseos. Demos la mayor publicidad posible a nuestro ofrecimiento, y luego esperemos que le resulte más ventajoso aceptarlo que rechazarlo.

Las propuestas de Rasa tuvieron más éxito del que deseaba. Sí, aprobaron el plan casi por unanimidad. Pero también la designaron embajadora para presentar esta «invitación» al general Moozh. No se desvivía por celebrar esa entrevista, pero no tenía tiempo ni siquiera para preguntarse qué decir ni cómo actuar. La invitación se debía entregar personalmente y de inmediato; fue redactada, firmada y sellada en el acto, y Rasa se marchó del consejo con el documento en la mano, minutos antes de que expirase el plazo que el consejo mismo había fijado.

No era la mejor mañana de Mebbekew. Había trajinado por las cuestas prohibidas de Basílica guiado por Nafai, tal como había seguido a Elemak desde el desierto hasta los bosques del norte. Pero cuando llegaron ante la casa de Rasa, Mebbekew se escabulló. No se dejaría arrastrar por los planes de sus hermanos. Si estaban allí para encontrar esposa, Mebbekew se buscaría la suya, y listo. Desde luego, no pensaba ir a la zaga de su hermano mayor, conformándose siempre con la segunda opción, ni se tragaría la humillación de ir a casa de la madre de su hermano menor para implorarle que le entregara una de sus preciosas sobrinas. Elemak estaba obsesionado con esa muñeca de porcelana, Eiadh… bien, eso era cosa suya. Mebbekew prefería mujeres con sangre en las venas, mujeres que gritaran y gimieran al hacer el amor, mujeres enérgicas y vigorosas. Mujeres que amaran a Mebbekew.

No tardó en encontrar energía y vigor. Los incendios habían sido más devastadores en la Villa de las Muñecas y la Villa de los Pintores, así que pocas de sus viejas amantes se hallaban en las casas donde él las había conocido. Las pocas que pudo encontrar se alegraron de verlo. Lo colmaron de lágrimas y besos, deseosas de que se quedara con ellas. ¿Quedarse con ellas? ¿Dónde? ¿En una casa en ruinas sin agua corriente? ¿Y para qué lo querían? Para que hiciera todas las pesadas faenas de reconstrucción y reparación, para que él fuera su guardián. ¡Menuda broma! ¡Mebbekew, montando guardia para cuidar de una muchacha asustada! Sin duda lo habrían recompensado generosamente con sus cuerpos si se hubiera prestado al juego, pero no valía la pena. Ninguna mujer valía la pena en ese momento, si tenía necesidades aún mayores que las de Mebbekew. No estaba allí para proteger ni proveer, sino para encontrar protección y provisión.

Así que se despidió con un beso y una promesa, sin quedarse siquiera para bañarse o comer, pues sabía que si se dejaba seducir por sus abrazos, aquellas mujeres necesitadas lo convertirían en un esposo. ¡No tenía la menor intención de liarse con mujeres que sólo podían ofrecerle trabajo y problemas!

En cuanto a sugerir a sus ex amantes que abandonaran todo lo que tenían en Basílica para ir a vagar por el desierto hasta hallar una tierra de promisión, teniendo de paso una docena de bebés para poblar su nuevo hogar, era un tema que nunca surgía en las conversaciones. Algunas de ellas lo habrían hecho. Al contemplar las ruinas de su frívola vida en Basílica, al recordar el temor de esa pavorosa noche de disturbios y el horror de los cadáveres que los gorayni clavaron en las paredes, la idea de internarse en el desierto con un hombre de verdad que las guiara y las protegiera resultaría atractiva para algunas. Al menos los primeros días. Luego comprenderían que el desierto era solitario y aburrido, y desearían regresar a Basílica, a pesar de las ruinas, tanto como Mebbekew.

Eso no importaba. No pensaba plantear semejante proposición a ninguna de sus amigas. Que Elemak y Nafai le siguieran el juego a Padre y vieran sus estúpidas visiones. Mebbekew sólo quería una mujer que lo llevara a una casa limpia y bonita, a un lecho limpio y bonito, lo protegiera y lo consolara por la pérdida de su fortuna hasta que Elemak y Nafai se marcharan. ¿Por qué iba a volver al desierto? Aunque Basílica estuviera incendiada, aterrorizada y ocupada por los gorayni, los lavabos funcionaban en la mayoría de las casas, la comida era fresca y en la ciudad vieja aún abundaban el placer y la diversión.

Pero ni siquiera ese plan limitado habría funcionado por mucho tiempo, fue comprendiendo poco a poco. Durante sus vagabundeos matinales por la Villa de las Muñecas, comprendió que no podría ocultarse en Basílica por mucho tiempo. Había entrado en la ciudad

ilegalmente, sin ser registrado, y en algún momento lo descubrirían. La guardia de la ciudad estaba más activa que nunca, y en las calles había puestos de inspección para controlar las huellas dactilares y oculares. Al final lo pillarían. Ni siquiera le resultó fácil ir desde la Villa de las Muñecas a la casa de Rasa, en la calle de la Lluvia.

Sí, la casa de Rasa. Le mortificaba, pero había intentado todo lo demás; así que allí estaba, dispuesto a rendirse totalmente a sus hermanos, su padre y sus absurdos planes. Aunque no se resignaba. Era insoportable. Humillante. Hola, qué tal, soy el hermanastro de los hijos de Rasa, y he venido porque mis ex amantes no me han tratado bien. Agradecería que Rasa y mis hermanastros me aceptaran y me dieran de comer y beber, por no mencionar una larga ducha caliente, antes de morir.

Era espantoso imaginarlo, pero debería hacerlo. Mebbekew no tenía mucha práctica en hacer cosas desagradables pero necesarias, así que hizo lo que habitualmente hacía en esas circunstancias. Esperó, a poca distancia de su dolorosa meta, y no se movió.

Pasó veinte minutos sin hacer nada —sufriendo tormentos imaginarios durante todo ese tiempo—, mirando a los jóvenes estudiantes reunidos en el porche. Captó algunas palabras y trató de imaginar la materia que se dictaba y el tema de la lección.

Eso lo distrajo unos instantes. Dedujo que el curso más próximo estaba estudiando geometría, química orgánica o construcción con bloques.

Una joven abandonó una clase, bajó la escalinata del porche y se le acercó. Sin duda lo había visto observando el porche y temió que fuera un exhibicionista o un ladrón. Mebbekew pensó en marcharse —lo cual era sin duda lo que ella esperaba— pero al estudiarle el rostro se dio cuenta de que la conocía.

—Buenos días —saludó ella con voz glacial, en cuanto estuvo a distancia suficiente para no gritar.

Mebbekew no temía un enfrentamiento. Jamás había conocido a una mujer bonita y joven a quien no pudiera engatusar rápidamente, si lograba averiguar qué deseaba, y luego se lo daba. Siempre era placentero tratar con una mujer con quien nunca había practicado esas artes. Sobre todo porque la reconoció de inmediato, o al menos le pareció reconocer cierta semejanza.

—¿No te llamabas Dolya? —preguntó.

Ella se ruborizó, pero su expresión se volvió más fría y colérica. Conque Mebbekew tenía razón. Era Dol.

—¿Llamo a la guardia para que te eche?

—Te vi en *Piratas y* en *Viento Oeste*. Estuviste fantástica —dijo Mebbekew.

Ella se ruborizó aún más, pero su expresión se suavizó.

—Tenías talento —continuó él—. No eran sólo tu belleza, juventud y dulzura. No entiendo por qué no te dieron papeles adultos cuando creciste. Sé que habrías tenido éxito. Fue una injusticia.

Y ahora ella no parecía enfadada, sino divertida.

—Nunca he oído adulaciones tan cínicas y transparentes —dijo.

—Ah, pero he hablado con toda sinceridad, Dolya. Supongo que ahora usas tu nombre adulto, Dol.

—Sólo con mis amigos. Otros me llaman «mi señora».

—Mi señora, espero que algún día me gane el derecho de ser tu amigo. Entretanto, esperaba que me informaras si mis hermanastros Elemak y Nafai están en casa de Rasa.

Ella lo miró de arriba abajo.

—No te pareces demasiado a ninguno de los dos.

—Ah, ahora tú me adulas a mí —dijo él. Ella rió y se le acercó, ofreciéndole la mano.

—Si de verdad eres Mebbekew, te llevaré adentro. El retrocedió un paso.

—¡No me toques! Estoy hecho un desastre. Dos días de viaje por el desierto no te dejan muy perfumado, y si no te mata el tufo de mi cuerpo quedarás envenenada por mi mal aliento.

—No esperaba que fueras un ramillete de flores. Me arriesgaré a cogerte la mano para conducirte al interior.

—Entonces eres tan valiente como hermosa —declaró él, y aceptó la mano. Luego susurró—: Por el Alma Suprema, tu mano es fresca y suave al tacto.

Ella rió de nuevo. Una actriz que hubiera tenido tanta experiencia como Dol cuando era famosa no se dejaba engañar por las lisonjas, pero Mebbekew sospechaba que hacía años que nadie se dignaba adularla, de modo que el solo hecho de molestarse en intentarlo sería una especie de metalisonja de la cual ella no podría protegerse. Y por lo visto daba bastante resultado.

—No tienes por qué decir esas cosas —replicó Dol—. Tía Rasa dejó instrucciones para que te recibiéramos «en cuanto te dignaras aparecer», como dijo ella.

—Si hubiera sabido que te encontraría aquí, mi señora, habría venido mucho antes. Y, como dices, no debo adular a nadie para entrar en casa de Rasa, de modo que estas palabras son sinceras. De niño me enamoré de la imagen escénica de Dolya. Ahora te veo con ojos de hombre. Te veo como mujer. Y sé que tu belleza ha aumentado con el tiempo. No sabía que eras sobrina de Rasa, o me habría quedado en la escuela.

—Fui su sobrina. Ahora soy maestra. Comportamiento y todas esas cosas. Le he dado clases a Eiadh. Ya sabes, la mujer a quien corteja tu hermano Elemak.

—Es típico de Elemak cortejar una pálida copia e ignorar el original. —Mebbekew la miró fijamente, pero no a los ojos, sino estudiándole los labios, el cabello, todos los rasgos, consciente de que ella se sentiría halagada—. Por cierto, Elemak es sólo mi hermanastro. Cuando me haya aseado, comprobarás que soy mucho más guapo.

Ella rió, pero Mebbekew supo que había conquistado su interés. Tiempo atrás había aprendido que la adulación siempre funciona, y que incluso el elogio más descaradamente falso resultaba creíble si uno lo repetía y lo adornaba. Pero en este caso no era preciso mentir. Dol era hermosa, aunque no tan encantadora como cuando era una niña de trece años. De todas formas, sabía moverse con gracia y tenía una sonrisa deslumbrante. Ahora, tras unos minutos de conversación, lo miraba con ojos brillantes. Era deseo. Había despertado el deseo en ella. No un deseo pasional, sino el anhelo de oír más alabanzas para su belleza, más halagos verbales. Pero sabía por experiencia que sería fácil pasar de una cosa a la otra, si no estaba demasiado cansado después del desayuno y del baño.

Ella lo llevó a su propio dormitorio —una buena señal—, donde las criadas le prepararon un baño. Aún estaba en el agua, regodeándose en su limpieza, cuando ella regresó con una bandeja de comida y una jarra de agua. La había traído ella misma, y estaban solos. Dol no cesaba de hablar, y no parecía nerviosa, sino cómoda. Era la mayor habilidad de Mebbekew: lograr que las mujeres se sintieran cómodas y le hablaran con esa franqueza que sólo practicaban con sus amigas.

Mientras ella hablaba, Meb se levantó del agua; Dol estaba apoyando la bandeja en la cómoda, y al volverse lo vio desnudo, secándose. Dio un respingo y desvió la mirada.

—Lo lamento —se disculpó Mebbekew—. No quería sobresaltarte. Debes de haber visto muchos hombres en tus tiempos de actriz. Yo también he sido actor, y nadie es tímido ni pudoroso entre bastidores.

—Yo era joven —adujo Dol—. En esos días siempre me protegían.

—Me siento como un animal —dijo Mebbekew—. No quería ofenderte.

—No, no estoy ofendida.

—El problema es que no tengo nada que ponerme. No me parece apropiado volver a ponerme mi ropa sucia.

—Las criadas ya se han llevado tu ropa a lavar. De todos modos, tengo una bata para ti.

—¿Una bata tuya? No creo que me quede bien. —Entretanto, Mebbekew seguía frotándose con la toalla, sin cubrirse. Y mientras hablaban, ella dio media vuelta y lo miró sin disimulo. Como las cosas andaban tan bien y Meb pensaba hacer el amor con aquella mujer muy pronto, su cuerpo estaba muy alerta. Cuando notó que ella le

miraba la entrepierna, fingió que sólo ahora se daba cuenta y se cubrió con la toalla—. Lo siento. He pasado tanto tiempo a solas en el desierto, y tú eres tan hermosa… No quería insultarte.

—No me has insultado —dijo Dol, y Mebbekew vio el deseo en sus ojos. Ahora deseaba algo más que halagos. Y como él había supuesto, no debía de tener muchos pretendientes. Con su belleza, no le habrían faltado amantes en la Villa de las Muñecas, pero como maestra en casa de Rasa tenía menos oportunidades. Así que debía de sentir tanta avidez como él.

Había regresado a Basílica para esto. No para encontrar esas mujeres asustadas y hambrientas de la Villa de las Muñecas, que necesitaban un hombre fuerte en quien confiar, sino esta mujer, que sólo necesitaba un hombre apasionado, halagüeño y divertido. Dol se sentía cómoda y segura en casa de Rasa, y podía comportarse como una auténtica mujer basilicana: una proveedora que se ganaba el sustento y no pedía a sus amantes más que placer y atención.

Ella le trajo la bata. Tal vez le hubiera sentado bien, pero Mebbekew fingió que la manga apenas le llegaba al codo.

—Oh, eso no servirá —dijo ella.

—Ahora ya no importa. ¡Ya no tengo secretos para ti!

Había dejado caer la toalla para probarse la bata, y se agachó para recogerla. Pero cuando se irguió, ella le quitó la toalla y la bata.

—Tienes razón —sonrió—. El pudor está de más. —Arrojó la bata y la toalla a un rincón y le trajo un racimo de uvas de la bandeja—. Sírvete.

Se acercó la uva a los labios. El se inclinó más de lo necesario, y se metió los dedos de Dol en la boca junto con la uva. Ella no sacó los dedos. Meb mordió la uva y dejó que el delicioso zumo le refrescara la boca. Se sentó en la cama y ella le dio otra uva, y luego otra. Pero los demás granos quedaron en el suelo.

Moozh sentía una gran ansiedad por conocer a Rasa, y ella no lo defraudó. El general se había instalado en casa de Gaballufix —el simbolismo era deliberado— y sabía que ella comprendería la alusión. Por lo que le habían dicho de esa mujer, sabía que no era una tonta. Ahora sólo faltaba decidirse por uno de sus varios planes. Quizá lograra convencerla de que se aliara con él. Tal vez pudiera convertirla en un fantoche. También podía resultar una enemiga implacable. De un modo u otro, la utilizaría.

Rasa no tenía un porte majestuoso; no intentaba seducirlo ni intimidarlo. Pero esa actitud distante era el único modo en que una mujer podía impresionarlo. Lo habían cortejado las mujeres más refinadas de la corte de Gollod, pero era evidente que Rasa no tenía el menor interés en cortejarlo. Le hablaba como un igual, y eso le

agradó. Rasa le gustaba. Sería una buena partida.

—Naturalmente, deseo aceptar la invitación del consejo de la ciudad. Nos alegra contribuir a mantener el orden y la seguridad de esta bella ciudad mientras se recobra de los desdichados acontecimientos de las últimas semanas. Pero tengo un problema con el cual quizá puedas ayudarme.

Advirtió que Rasa esperaba más exigencias y que no se hacía ilusiones: sabía que el general estaba en posición de exigir y de imponer su voluntad.

—Verás, tradicionalmente un general gorayni recompensa a sus tropas victoriosas dividiendo el territorio conquistado y dándoles tierras y mujeres.

—Pero no has conquistado Basílica —objetó Rasa.

—¡Exacto! Ya ves mi dilema. Mis hombres actuaron con extraordinario heroísmo y disciplina en esta campaña, y en su victoria sobre los criminales y amotinados. ¡Pero no tengo medios para recompensarlos!

—Nuestras arcas son opulentas. El consejo de la ciudad podrá enriquecer a tus mil hombres.

—¿Dinero? Oh, me ofendes profundamente. A mí y a mis hombres. ¡No somos mercenarios!

—¿Aceptáis tierras, pero no dinero para comprarlas?

—La tierra es cuestión de título y honor. Un terrateniente es un señor. Pero el dinero… sería como llamar comerciantes a mis soldados.

Ella lo miró un instante.

—General Vozmuzhalnoy Vozmozhno —dijo al fin—, ¿sabe el imperátor que llamas a estos hombres *tus* soldados?

Moozh sintió un repentino aguijonazo de miedo. Era delicioso. Hacía tiempo que no se enfrentaba a alguien que fuera capaz de arrebatarle la iniciativa. Y Rasa había acertado de inmediato en su punto más débil, pues Moozh no sólo había desobedecido las órdenes del imperátor en cuanto a las maniobras ofensivas, sino que para llegar allí había liquidado a los espías del imperátor. El imperátor representaba en este momento su mayor peligro, y a estas alturas, ya estaría enterado de su expedición. Moozh sabía que el imperátor no actuaría precipitadamente —todo lo contrario, pues su principal defecto era el terror a los riesgos—, pero un nuevo intercesor ya estaría en camino, con efectivos del templo para respaldarlo. Si Moozh no lograba salvar la cara y recobrar la confianza imperial, debería rebelarse abiertamente con sólo mil efectivos y en pleno territorio hostil. No era buen momento para vérselas con una oponente que conocía su punto débil.

—Cuando digo que son míos, sólo los reconozco como tales

mientras el imperátor me permita ser su servidor.

—Entonces no niegas que eres el general Vozmuzhalnoy Vozmozhno.

Él se encogió de hombros.

—Reconozco que eres demasiado lista para mí. ¿Por qué intentaría ocultarte mi identidad?

Rasa frunció el ceño. Moozh advirtió que su adulación y esa franca admisión la confundían. Debía de preguntarse por qué él admitía su verdadero nombre sin darle más vueltas, y por qué la llamaba lista. Debía de pensar que la había definido así porque había actuado como una tonta. Ya no estaría tan segura de ganar la partida explotando las diferencias entre el general y el imperátor. Moozh había aprendido que el mejor modo de desarmar a un rival inteligente era hacerle desconfiar de sus propias fuerzas, y por lo visto la estrategia daba resultado con Rasa.

—No importa que yo sea lista o no. Lo que importa es la verdad, y a mi entender no hay la menor verdad en lo que dices. No creo que habitualmente recompenses a tus soldados con tierras, de lo contrario no te quedarían soldados. A tus oficiales, tal vez. Pero esta alusión a la tierra es sólo tu primer paso en un plan para destruir las leyes de propiedad de la ciudad de las mujeres. Déjame adivinar el juego. Yo regreso al consejo con tu humilde solicitud, y el consejo me envía de vuelta con el ofrecimiento de instalar a tus hombres en las afueras de la ciudad. Tú alabas nuestra generosidad, y luego señalas que tus hombres no podrían conformarse con ser ciudadanos de segunda categoría en una tierra que han salvado de la destrucción. ¿Cómo vas a explicar a los soldados gorayni que no pueden poseer tierras intramuros? Entonces propones una solución intermedia para que tanto ellos como nosotras salvemos la cara. Tu propuesta sería que los soldados gorayni que se casaran con mujeres basilicanas podrían ser copropietarios dentro de la ciudad. Las mujeres conservarían el control de la tierra y tus soldados no perderían su autoestima.

—Tienes el don de la precognición —observó Moozh.

—No, sólo estoy improvisando. Los derechos de copropiedad pronto conducirían a los matrimonios oportunistas, y luego habría presión para obtener igualdad en el voto, pues se habría demostrado que tus hombres eran esposos dóciles y obedientes, que no procuraban controlar la propiedad cuyo título compartían. ¿Cuántos pasos quedarían para el día en que las mujeres no tendrían voto, y toda la propiedad de Basílica perteneciera a los hombres?

—Querida dama, me juzgas mal.

—No tienes mucho tiempo —prosiguió Rasa—. Tu imperátor enviará representantes dentro de dos semanas a lo sumo.

—Todos los ejércitos gorayni viajan con representantes

imperiales.

—El tuyo no. De lo contrario, la guardia de la ciudad lo sabría. Tenemos informes sobre el funcionamiento de tu ejército, y no hay ninguna tienda para el intercesor. Algunos soldados tuyos sufren agudamente la falta de confesión.

—No tengo nada que temer de la llegada de un intercesor.

—Entonces, ¿por qué trataste de hacerme creer que ya tenías uno? No, general Vozmuzhalnoy Vozmozhno, creo que tendrás que actuar deprisa para consolidar tu posición aquí antes de enfrentarte al imperátor. Creo que no tienes tiempo para acallar ningún levantamiento. Todo debe resolverse pacíficamente y sin tardanza.

Conque sus adulaciones no la habían engañado. Moozh volvió a sentir el escozor del miedo.

—Señora, eres muy sabia. Es posible que el imperátor interprete mal mis actos, aunque mi único motivo era servirle. Pero te equivocas al suponer que necesitaré muchos pasos graduales para consolidar mi posición aquí.

—¿Eso crees? —preguntó Rasa.

—No se necesitarán muchas bodas, sólo una. —Moozh sonrió—. La mía.

Al fin logró sorprenderla.

—¿Acaso no estás casado? —preguntó ella.

—Pues no. Nunca estuve casado. Hasta ahora ha sido políticamente preferible.

—¿Y crees que tu boda con una mujer basilicana resolverá todos tus problemas? Aunque te concedan una excepción especial y te permitan compartir la propiedad de tu esposa, no hay en Basílica una sola mujer que controle tantas propiedades como para que eso altere las cosas.

—No me propongo casarme por la propiedad.

—¿Por qué, entonces?

—Por la influencia. Por el prestigio. Ella lo miró fijamente.

—Si crees que yo tengo esa influencia o ese prestigio, eres un necio.

—Eres una mujer atractiva, y confieso que tienes la edad adecuada para mí, con las virtudes de la madurez. Desposarte transformaría la vida en un juego peligroso y absorbente, y los dos lo disfrutaríamos. Pero por desgracia, tú ya estás casada, aunque se rumorea que tu esposo es un profeta loco que se oculta en el desierto. No me gusta destruir familias felices. Además, tienes demasiados opositores y enemigos en esta ciudad para ser una consorte útil.

—Los imperatores tienen consortes, general Vozmuzhalnoy Vozmozhno. Los generales tienen esposas.

—Por favor, llámame Moozh. Es un apodo que sólo permito usar

a mis amigos.

—Yo no soy tu amiga.

—Ese apodo significa «esposo» —explicó él.

—Sé lo que significa, pero ninguna mujer de Basílica te llamará así a la cara.

—Esposo —dijo Moozh—, y Basílica es mi prometida. La desposaré, la llevaré al lecho y ella me dará muchos hijos. Y si no me acepta como esposo de buen grado, la poseeré de todos modos, y esta bella ciudad terminará doblegándose.

—Esta bella ciudad terminará sirviendo tus cojones en una bandeja, general —replicó Rasa—. El último dueño de esta ciudad lo descubrió cuando intentó hacer lo mismo que tú.

—Pero él fue un necio. Lo sé, porque te perdió a ti.

—No me perdió a mí. Se perdió a sí mismo. Moozh sonrió.

—Adiós, señora. Hasta la vista.

—Dudo de que volvamos a vernos.

—Oh, estoy seguro de que volveremos a hablar.

—Cuando regrese y diga la verdad sobre ti, ya no habrá más emisarios del consejo de la ciudad.

—Pero querida dama, ¿crees que te dejaría hablar con tanta libertad, si me propusiera permitir que hablaras de nuevo ante el consejo?

Rasa palideció.

—Veo que no eres distinto de los demás matones. Como Gaballufix y Rashgallivak, te encanta oír tus propias bravuconadas. Así te sientes más hombre.

—En absoluto. Las palabras de esos dos no resultaron en nada. Ellos se jactaban porque temían su propia debilidad. Yo jamás me pavoneo ni alardeo, y cuando creo que algo es necesario, actúo. Te escoltarán desde aquí hasta tu casa, que ya está rodeada por tropas gorayni. Todos los jóvenes que no residen en tu casa han sido enviados a sus hogares; los demás permanecerán dentro, pues a partir de ahora nadie podrá entrar ni salir de allí. Por supuesto, os entregaremos comida, y creo que tenéis fuentes y un ingenioso sistema de recolección de lluvia para el suministro de agua.

—Sí. Pero la ciudad no tolerará que me arrestes.

—¿Eso crees? Ya he enviado a un soldado basilicano a informar de que te he arrestado en nombre de la guardia, con el objeto de proteger a la ciudad de tus conspiraciones.

—¡Mis conspiraciones! —exclamó Rasa, poniéndose de pie.

—Viniste aquí y me sugeriste que aboliera el consejo de la ciudad y designara a un hombre como rey de Basílica. Incluso tenías un candidato en mente: tu esposo, Wetchik, quien ya había ordenado a sus hijos asesinar a sus principales rivales y ahora aguarda mi llamada

en el desierto, para venir a gobernar la ciudad como vasallo del imperátor.

—¡Qué mentiras monstruosas! ¡Nadie te creerá!

—Te equivocas. Sabes que en ese consejo hay muchas que se alegrarán de creer que la ambición personal ha inspirado todos tus actos, y que has sido la causa de los infortunios de tu ciudad desde el principio.

—Verás que no es tan fácil engañar a las mujeres de Basílica.

—No sabes cuánto me alegraría, señora, que las mujeres de Basílica fueran tan sabias y yo no consiguiera engañarlas. Toda mi vida he ansiado conocer gentes con tu ejemplar sabiduría. Pero creo que no las he hallado aquí. Tú eres la única excepción, y ahora estás bajo mi control. —Rió jovialmente—. Por la Encarnación, señora, después de conversar contigo esta mañana, me aterra saber que estás viva. Si fueras un hombre con un ejército, tendría miedo de realizar una campaña contra ti. Pero no eres un hombre con un ejército, y no representas ninguna amenaza. Ya no.

Ella se levantó.

—¿Has concluido?

—Haz un favor a los habitantes de tu casa: no intentes despachar mensajes secretos. Capturaré a cualquiera que envíes, y luego tendré que hacer algo desagradable, como enviar las raciones del día siguiente envueltas en la piel del mensajero.

—Tú eres la razón por la cual Basílica prohibió la presencia de hombres en la ciudad —dijo ella glacialmente.

—Y tú eres la razón por la cual la ciudad de las mujeres es una abominación a los ojos de Dios —replicó Moozh. Sin embargo, hablaba con la calidez del afecto y la admiración, pues esta mujer le había enseñado que la ciudad de las mujeres no era tan débil y afeminada como él había imaginado durante todos esos años.

—¡Dios! —exclamó Rasa—. Dios nada significa para ti.

Por tu modo de pensar, por tu modo de actuar, sospecho que pasas cada instante de tu vida intentando frustrar la voluntad del Alma Suprema y desbaratar sus obras en este mundo.

—Estás cerca de la verdad, querida dama. Más cerca de lo que crees. Ahora hazme el favor de aceptar lo inevitable y no causar problemas a mis pobres soldados, que tienen el desagradable deber de llevarte a casa arrestada por las calles de Basílica.

—¿Qué problemas podría causar?

—Bien, por lo pronto, podrías tratar de proclamar un ridículo mensaje revolucionario. Yo recomendaría silencio. Rasa asintió gravemente.

—Aceptaré tu recomendación. Ten la seguridad de que te despreciaré en silencio durante todo el trayecto.

Fueron necesarios seis hombres para escoltarla. Las mentiras del general habían sido tan persuasivas que en muchos lugares se congregaron multitudes para acusarla de traidora. Era penoso ser injustamente odiada por su amada ciudad, pero resultaba aún más irritante que esa misma muchedumbre rindiera homenaje al general Moozh, salvador de Basílica.

5. ESPOSOS

EL SUEÑO DE LA MUJER SAGRADA

Se llamaba Torstiga en el idioma de su tierra natal, pero hacía tanto tiempo que se había marchado de ese remoto lugar del oriente, que ni siquiera recordaba la lengua de su infancia. Su tío la había vendido como esclava cuando tenía siete años, y la llevaron a Seggidugu, donde volvieron a venderla. La esclavitud no era intolerable. Su ama era estricta, pero no injusta, y su amo no la manoseaba. Podría haber sido mucho peor, pero no era como gozar de libertad.

Rezaba constantemente pidiendo la libertad. Le rezó a Fackla, el dios de su infancia, pero no sucedió nada. Le rezó a Kui, el dios de Seggidugu, y siguió siendo esclava. Luego oyó historias sobre el Alma Suprema, la diosa de Basílica, la ciudad de las mujeres, un lugar donde ningún varón podía poseer propiedades y las mujeres eran libres. Rezó y rezó, y un día, cuando tenía doce años, enloqueció, presa del trance del Alma Suprema.

Como muchos esclavos fingían la locura sagrada para obtener la libertad, Torstiga padeció encierro y hambre durante su frenesí. No le molestaba la oscuridad del cubículo donde la confinaron, pues veía las visiones que el Alma Suprema le ponía en la mente. Sólo cuando cesaron las visiones reparó en su incomodidad física. O al menos eso creyó su ama, pues Torstiga gritó una y otra vez desde su cubículo:

—¡Sed! ¡Sed! ¡Sed!

No comprendieron que no gritaba esa palabra porque necesitara beber —aunque estaba bastante deshidratada— sino porque era su nombre, Torstiga, traducido al idioma de Basílica. El idioma del Alma Suprema. Repetía su propio nombre porque se había perdido en medio de sus visiones; pensaba que si repetía la llamada en voz alta e insistente, la niña que había sido la oiría, y respondería, y tal vez regresaría a su cuerpo.

Luego comprendió que su verdadero yo nunca la había abandonado, pero que en la confusión, el éxtasis y el terror de las primeras visiones se había transformado: jamás volvería a ser esa niña de doce años. Cuando la sacaron de su encierro y le advirtieron que no volviera a fingir la locura sagrada, no discutió ni se defendió. Sólo comió y bebió lo que le daban, y regresó a sus labores.

Pronto comprendieron, sin embargo, que esa esclava no fingía. Un día miró a su amo y rompió a llorar, y no hubo modo de consolarla. Esa misma tarde, mientras él supervisaba la construcción de una nueva casa para uno de los hombres más ricos de la ciudad, lo derribó una piedra que se le escapó a la cuadrilla que intentaba colocarla. Dos esclavos se hirieron en el accidente, pero el amo de Sed cayó en la

calle y un caballo que pasaba le aplastó la cabeza. Duró un mes; nunca llegó a recobrar la conciencia, bebía pequeños sorbos que su esposa le daba cada media hora, pero vomitaba la poca comida que ella lograba hacerle tragar. Murió de inanición.

—¿Por qué lloraste ese día? —preguntó la viuda.

—Porque le vi caído en la calle, pisoteado por un caballo.

—¿Por qué no nos previniste?

—El Alma Suprema me lo mostró, ama, pero me prohibió contarlo.

—¡Entonces odio al Alma Suprema! —exclamó la mujer—. Y a ti, por tu silencio.

—Por favor, ama, no me castigues. Yo quería contártelo, pero ella no me dejaba.

—No —dijo la viuda—. No te castigaré por obedecer a la diosa.

Después de enterrar al amo, su viuda vendió a la mayoría de los esclavos, pues ya no podía mantener una residencia en la ciudad y debía regresar a la finca de su padre. No vendió a Sed, sino que le otorgó la libertad.

La libertad, pero nada más. Así inició Sed su vida en el páramo, no porque el Alma Suprema la hubiera impulsado hacia el desierto, sino porque tenía hambre, y en las ciudades los demás mendigos la ahuyentaban, no porque su pequeño apetito pudiera privarlos de algo, sino porque ella era menuda y dócil, y era una de las pocas criaturas del mundo a quien podían ahuyentar.

Así se encontró en el desierto, comiendo langostas y lagartos, bebiendo el agua sucia de los charcos que permanecían a la sombra y en las cuevas después de las lluvias. Ahora vivía su nombre, pero con el tiempo se transformó en una auténtica mujer del desierto, y no sólo en apariencia y en hábitos. Pues estaba sucia, e iba desnuda, y padecía hambre en el desierto como una auténtica mujer sagrada. En su corazón sentía furia contra el Alma Suprema, por el modo en que había respondido a su plegaria. Te pedí la libertad, le gritaba al Alma Suprema. Nunca te pedí que mataras a mi buen amo y empobrecieras a mi buena ama. Nunca te pedí que me expulsaras al desierto, donde el sol me abrasa la piel excepto donde el polvo pegado al sudor me protege el cuerpo desnudo. Nunca pedí visiones ni profecías. Sólo pedí ser una mujer libre como mi madre. Ahora ni siquiera recuerdo su nombre.

Pero el Alma Suprema aún no había terminado con ella, y Sed no tuvo paz. Cuando tenía apenas catorce años, según sus cálculos, soñó con un lugar que era montañoso pero tan fértil que incluso la ladera del peñasco más abrupto estaba cubierta de vegetación. En su visión vio a un hombre, y el Alma Suprema le dijo que ése era su verdadero esposo. Esta noticia no 'e interesó. Pero vio que el hombre tenía

comida en la mano, y un manantial a sus pies. Así que se dirigió hacia el norte y encontró esa tierra verde, y encontró el manantial. Se lavó, y bebió y bebió *y* bebió. Y un día, limpia y satisfecha, lo vio guiando su caballo hacia el agua.

Quiso echar a correr. Quiso huir de la voluntad del Alma Suprema, pues no quería un esposo, y en la orilla había suficientes bayas para que ella no necesitara nada que él pudiera ofrecerle.

Pero él la vio, y la miró. Ella se cubrió los pechos con las manos, pues sabía vagamente que eso deseaban los hombres, ya que eso era lo que miraban; no conocía varón, pues hasta entonces el Alma Suprema la había protegido de los vagabundos del desierto.

—Dios me prohíbe tocarte —murmuró él, en el lenguaje de Basílica, aunque con un acento muy distinto del de Seggidugu.

—Eso es mentira. El Alma Suprema me ha hecho tu esposa.

—No tengo esposa. Y si la tuviera, no tomaría a una niña enclenque como tú.

—Mejor así, porque yo tampoco te quiero. Que el Alma Suprema te encuentre una vieja, si desea que tengas esposa. El se echó a reír.

—Entonces estamos de acuerdo. Estarás a salvo de mí.

La llevó a casa, la vistió, la alimentó, y por primera vez en su vida ella fue feliz. Al cabo de un mes se enamoró de él, y él de ella, y él la poseyó tal como un hombre posee a su esposa, aunque sin ceremonial. Curiosamente, ella estaba convencida de que el Alma Suprema le exigía desposarlo, mientras que él estaba convencido de que acostarse con ella era un reto a la voluntad de Dios.

—Retaré a Dios cada vez que pueda —dijo—. Pero nunca te habría tomado contra tu voluntad, ni siquiera por afrentar a mi enemigo.

—¿Dios es también tu enemigo? —susurró ella.

Estuvieron juntos durante un mes. Luego la locura se adueñó de Sed, que huyó al desierto.

Sucedió de nuevo, varios años después, sólo que en esta ocasión no hubo un mes de espera, y ella no lo encontró en su tierra natal, sino en una fría comarca extranjera con pinos y nieve, y en esta ocasión no hubo un lapso de castidad hasta que cohabitaron como marido y mujer. Y una vez más, al cabo de un mes ella fue presa de la locura sagrada y huyó al desierto.

Ambas veces concibió una niña. Ambas veces ansió llevarle su hija, ponerla a sus pies y reclamar sus derechos como esposa. Pero el Alma Suprema lo prohibió, y ella llevó a la niña a la ciudad de las mujeres, a Basílica, a la casa que el Alma Suprema le había mostrado en un sueño, y las dos veces dejó la niña en brazos de una mujer a quien el Alma Suprema amaba de veras.

Sed envidiaba a esa mujer, a quien el amor del Alma Suprema

había dado una casa, libertad y felicidad, además de hijas y amigas. Pero Sed sólo tenía el odio del Alma Suprema, así que vivía a solas en el desierto.

Al fin, diez años atrás, la locura la había dejado para siempre, o eso creyó ella. Dejó el desierto para internarse en Potokgavan, donde amables desconocidos la acogieron. No era bella ni deseable, pero ejercía una exótica atracción, y un buen granjero, dueño de una casa sólida que se erguía sobre gruesas columnas, le pidió que fuera su esposa. Ella aceptó, y juntos tuvieron siete hijos.

Pero ella nunca olvidó sus días de mujer sagrada, cuando el Alma Suprema la odiaba, y nunca olvidó las dos hijas que había tenido de ese desconocido que el Alma Suprema le había dado por esposo. Su hija mayor se llamaba Hushidh, que era el nombre de una flor del desierto de dulce aroma, aunque a menudo albergaba las larvas de la venenosa mosca-sable. Su hija menor se llamaba Luet, por la planta lyuty, con cuyas hojas molidas se preparaba la infusión sagrada que ayudaba a las adoradoras del Alma Suprema a entrar en un trance que, según decían, les daba visiones verdaderas. Nunca olvidó a sus hijas, y rezaba por ellas cada mañana, aunque nunca habló con su esposo y sus hijos de las dos chiquillas que había tenido que dejar en manos ajenas.

Una noche soñó de nuevo, un sueño de locura sagrada. Se vio acudiendo nuevamente al esposo que le había dado el Alma Suprema, y lo encontró demacrado y triste. En el sueño él tenía a sus dos hijas, la menor a un lado, la mayor de rodillas ante él, y Sed se vio caminar hacia él, cogerle la mano y decir:

«Esposo, ahora que has reconocido a tus hijas, ¿seré tu esposa ante los ojos de los hombres, así como ante los ojos del Alma Suprema?»

Odió ese sueño. Lo odió profundamente, pues negaba al esposo que tenía ahora, y repudiaba a los hijos que habían concebido juntos. ¿Por qué me liberaste para disfrutar esta vida en Potokgavan, oh cruel Alma Suprema, si te proponías arrebatármelos? Y si deseabas que estuviera con mis dos primeras hijas, ¿por qué no me permitiste que las conservara desde el principio? Eres demasiado cruel conmigo, Alma Suprema. ¡No te obedeceré!

Pero todas las noches tenía el mismo sueño. Una y otra vez, toda la noche, hasta que creyó enloquecer. Pero se negaba a marcharse.

Una mañana, al final de esa visión reiterada y compulsiva, algo nuevo apareció en el sueño. Un sonido dulce y agudo. En el sueño miró alrededor y vio una criatura peluda que surcaba el aire, y supo que esa canción dulce y aguda era la canción de ese ángel. El ángel se le acercó, se le posó en el hombro, la envolvió con sus alas membranosas y le perforó el oído con su brillante canto.

—¿Qué debo hacer, dulce ángel? —preguntó Sed en el sueño.

En respuesta, el ángel se echó de espaldas al suelo, y se quedó tendido en el polvo. Mientras así yacía, expuesto e indefenso, con las alas caídas, vulnerables y flojas, acudieron unas criaturas que al principio parecían mandriles, por su tamaño, pero luego parecían ratas, por los dientes, los ojos y el hocico. Se acercaron al ángel, lo husmearon y, al comprobar que no se movía ni volaba, comenzaron a roerlo. Era espantoso, y entretanto el ángel miraba a Sed con ojos tristes.

Debo salvarlo, pensó Sed. Debo ahuyentar a esos terribles enemigos. Pero en el sueño no podía salvarlo. No podía hacer nada.

Cuando las repugnantes criaturas se marcharon, el ángel no estaba muerto, pero de las carcomidas alas sólo quedaban hilachas que revelaban dos brazos esqueléticos y frágiles. Ella se arrodilló para acunarlo en sus brazos, y sollozó por él. Lloró sin cesar.

—Madre —dijo su hijo mediano—, creo que estás llorando por un sueño. Despierta. Sed despertó.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el niño. Era un buen niño, y ella no quería abandonarlo.

—Debo emprender un viaje —dijo Sed.

—¿Adonde?

—A un lugar lejano, pero volveré a casa, si el Alma Suprema me lo permite.

—¿Por qué debes irte?

—No lo sé. El Alma Suprema me ha llamado, y no sé por qué. Tu padre ya está trabajando en los campos. No se lo cuentes hasta que venga a comer al mediodía. Para entonces estaré tan lejos que no podrá seguirme. Dile que le quiero y que volveré. Si desea castigarme cuando regrese, me someteré de buen grado a su castigo. Pues preferiría estar con él, y con nuestros hijos, que ser reina en cualquier otra tierra.

—Mamá —dijo el niño—, sabía que ibas a marcharte desde hace un mes.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó ella. Y por un instante temió que también él sufriera la maldición de la voz del Alma Suprema.

Pero el niño no tenía la locura sagrada, sólo sentido común.

—Siempre mirabas al noroeste, y Padre nos contó que tú habías venido de allí. Pensé que deseabas ir a casa.

—No, no quiero ir a casa, porque ya *estoy* en casa. Pero debo cumplir con un encargo, y luego regresaré.

—Siempre que el Alma Suprema te lo permita.

Ella asintió. Luego cogió un paquete de comida y un odre de cuero lleno de agua, y emprendió la marcha.

No pensaba obedecerte, Alma Suprema, dijo. Pero al ver a ese

ángel con las alas desgarradas porque yo no había hecho nada para ayudarle en su hora de necesidad, no supe si ese ángel representaba a mis hijas o al hombre que me las dio, o incluso a ti misma. Sólo supe que no podía quedarme en casa y permitir que sucediera algo terrible, aunque no sé qué es, ni cómo debo actuar para impedirlo. Sólo sé que iré adonde me conduzcas, y cuando llegue allí trataré de hacer el bien. Lo haré, aunque eso sirva a tus propósitos, Alma Suprema.

Pero cuando esté hecho, por favor, déjame volver a casa.

EN BASÍLICA, Y NO EN UN SUEÑO

Ahora debía pedir autorización a Rasa, y Elemak no estaba seguro de obtenerla. Se comentaba que había vuelto de su reunión con el general gorayni de pésimo humor, y había soldados gorayni en la calle, frente a la casa. Pero eso no le importaba. Elemak no pensaba regresar al desierto sin una esposa y, como la muchacha había dado su consentimiento, esa esposa sería Eiadh, con o sin autorización de Rasa.

Pero sería mejor con su autorización. Sería mejor si Rasa misma celebraba la ceremonia.

—Son tiempos poco propicios —dijo Rasa.

—No hables como una anciana, Tía Rasa, por favor —dijo Eiadh, con voz tan suave y dulce que Rasa no se ofendió por la impertinencia —. Recuerda que las jóvenes no son timoratas. Nos casamos sin vacilar cuando nuestros hombres están a punto de ir a la guerra, o cuando los tiempos son difíciles.

—No sabes nada de la vida del desiert o.

—Pero tú has ido al desierto con Wetchik, en ocasiones.

—Dos veces, y la segunda vez fui porque no confié en mis espantosos recuerdos de la primera. Te prometo que al cabo de una semana querrás regresar a Basílica como criada, con tal de volver.

—Mi dama Rasa —comenzó Elemak.

—Si vuelves a hablar, querido Elemak, te echaré de esta habitación —dijo Rasa con su voz más considerada—. Trato de aconsejar sensatamente a tu amada. Pero no te preocupes. Eiadh está embobada de amor por tu fuerza. Sospecho que tiene visiones de perfecta virilidad en su corazón, y que tú satisfaces todas sus fantasías.

Eiadh se ruborizó. Elemak contuvo una sonrisa. Había sospechado que Eiadh no buscaba fortuna ni posición, sino valor y fuerza. Necesitaría audacia, no riquezas, para conquistar su corazón. Así lo había creído desde el principio del cortejo, y así había resultado ser. Rasa misma lo confirmaba. Elemak había escogido a una muchacha que no lo amaría por ser heredero del Wetchik, sino por esas virtudes que Elemak desarrollaba mejor en el desierto: su capacidad para el mando, para tomar decisiones rápidas y audaces, su energía física, su conocimiento de la vida agreste.

—Sean cuales fueren los sueños que ella alberga en su corazón —dijo Elemak—, me esforzaré para concretarlos.

—Cuidado con lo que prometes —le advirtió Rasa—. Con su adoración, Eiadh es capaz de arrebatarle la vida a un hombre.

—¡Tía Rasa! —exclamó Eiadh, horrorizada.

—Rasa —dijo Elemak—, no entiendo cuál es tu cruel propósito al

decir semejante cosa de esta mujer.

—Perdonadme —suspiró Rasa, sinceramente avergonzada—. Pensé que tomaríais mis palabras como una broma, pero no estoy de ánimo para frivolidades, así que las pronuncié como un insulto. No era mi intención.

—Rasa —dijo Elemak—, todas las cosas se perdonan cuando los cabeza mojada vigilan tu casa.

—¿Crees que eso me importa? ¿Cuando tengo una descifradora y una vidente en mi casa? Los soldados no son nada. Sólo temo por mi ciudad.

—No subestimes a esos soldados. Me han contado que Hushidh destruyó la lealtad de los soldados del pobre Rashgallivak, pero debes recordar que Rashgallivak era un hombre débil, recién llegado a la casa de mi hermano.

—La casa de tu padre, también —señaló Rasa.

—Y usurpó las dos —dijo Elemak —. Los soldados que Shuya ahuyentó eran mercenarios. Se dice que el general Moozh es el mejor general que se ha visto desde hace mil años, y sus soldados lo siguen con ciega confianza. A Shuya no le resultará tan fácil debilitar esos vínculos.

—¿De repente te has vuelto un experto en los gorayni?

—Soy experto en el modo en que los hombres veneran y respetan a un auténtico líder. Soy consciente de lo que sentían por mí los hombres de mis caravanas. Claro que todos sabían que recibirían una paga. Pero también sabían que yo no arriesgaría sus vidas innecesariamente, y que si me obedecían vivirían para gastar ese dinero al final del viaje. Yo quería a mis hombres, y ellos a mí, pero por lo que he oído del general Moozh, sus hombres lo respetan mil veces más. Los ha transformado en el ejército más poderoso de la costa occidental.

—Y en amos de Basílica, sin que haya muerto ni uno solo de ellos —asintió Rasa.

—Pero aún no domina Basílica. Y contigo como enemiga, Rasa, no creo que llegue a conseguirlo. Rasa rió amargamente.

—Pues si soy una amenaza, ya me ha eliminado.

—¿Y nuestra boda? —preguntó Eiadh—. Para eso nos hemos reunido, ¿verdad?

Rasa la miró con… ¿lástima? Sí, pensó Elemak. No tiene una opinión muy elevada de esta sobrina. Esa observación, ese insulto, no era una broma. Arrebatar la vida de un hombre con su adoración. ¿Qué significaba? ¿Estoy cometiendo un error? Sólo pensaba en lograr que Eiadh me deseara. Nunca me he cuestionado mi deseo por ella.

—Sí, querida mía —dijo Rasa—. Puedes casarte con este hombre. Tómalo como primer esposo.

—Técnicamente no buscábamos sólo tu autorización —señaló Elemak—, pues ella es mayor de edad.

—También presidiré la ceremonia —suspiró Rasa—. Pero tendrá que ser en esta casa, por razones obvias, y la lista de invitados abarcará a todos sus residentes. Ojalá los soldados gorayni no decidan asistir.

—¿Cuándo? —preguntó Eiadh.

—Esta noche —dijo Rasa—. ¿Esta noche os parece bien? ¿O la ropa os escuece tanto que queréis desnudaros al mediodía?

De nuevo, un insulto intolerable, y sin embargo era evidente que Rasa no notaba que estaba siendo grosera. Se levantó y salió de la habitación. Eiadh estaba roja de furia.

—No, mi Edhya —dijo Elemak—, no te enfades. Hoy tu tía Rasa ha perdido muchas cosas, y le apena perderte a ti también.

—En cambio yo creo que se alegra de librarse de mí.

Debe de odiarme mucho —dijo Eiadh. Una lágrima le resbaló por la mejilla, centelleó un instante en el aire y le cayó en el regazo.

Elemak la estrechó en sus brazos; ella lo aferró como si ansiara formar parte de él para siempre. Esto es amor, pensó Elemak. Ésta es la clase de amor de que hablan los cuentos y las canciones. Eiadh me seguirá al desierto, y con ella junto a mí formaré una tribu, un reino para que ella sea reina. No soy menos que el general Moozh. Soy un esposo más leal que cualquier cabeza mojada. Eiadh desea un hombre fuerte, y yo soy ese hombre.

Bitanke no estaba conforme con los últimos sucesos. No podía evitar la sensación de que todo era culpa suya. Claro que no había tenido muchas opciones en ese momento, ante la puerta. Sus hombres habían luchado con valentía, pero eran pocos, y la turba de mercenarios Palwashantu llevaba las de ganar. ¿Cómo podría haberse opuesto a esos soldados gorayni que habían aparecido inesperadamente para prometerle una alianza?

Pude haber rogado a los mercenarios Palwashantu que hicieran causa común conmigo y contra los gorayni. Tal vez hubiera funcionado. Pero en aquel momento, el general gorayni había parecido sincero. Además, se veían muchas fogatas en el desierto. Parecía un ejército de cien mil hombres. ¿Cómo iba a saber que todos sus hombres estaban ante la puerta? Aun así, ni siquiera hubiéramos podido enfrentarnos a ellos.

Pero pudimos haber luchado. De esta forma les habríamos hecho perder soldados y tiempo. Podríamos haber avisado a los demás guardias y alertar a toda la ciudad. Podría haber muerto allí, con una flecha gorayni en el corazón, en vez de vivir para ver cómo conquistan mi ciudad, mi amada ciudad, sin que ninguno de ellos haya sufrido

una herida grave que le impida marchar con arrogancia por donde le dé la gana.

No obstante, ahora que el general Moozh lo llamaba para una nueva entrevista, Bitanke no podía dejar de admirar a aquel hombre por su osadía, su atrevimiento, su brillantez. Había recorrido una enorme distancia en poquísimo tiempo, se había atrevido a tomar una ciudad con poquísimos hombres, y luego actuar a su antojo cuando incluso la guardia superaba en número a su ejército. ¿Quién podía decir que Basílica no estaba en mejores manos? Mejor Moozh que ese cerdo de Gaballufix, o el despreciable Rashgallivak. Mejor él que Roptat. Y mejor él que las mujeres, que habían demostrado su debilidad y su estupidez, pues ahora creían las evidentes calumnias que Moozh contaba sobre Rasa.

¿No se daban cuenta de que Moozh las manipulaba para dividirlas e ignorar a la única mujer que las habría conducido a una resistencia eficaz? No, claro que no se daban cuenta, así como Bitanke tampoco se había dado cuenta, esa primera noche, que el gorayni, lejos de ayudar, lo estaba manipulando para que traicionara a su propia ciudad sin ser siquiera consciente de ello.

Todos somos tontos cuando aparece un sabio.

—Mi querido amigo —saludó el general Moozh. Bitanke no estrechó la mano que le tendía.

—Ah, estás enfadado conmigo —dijo Moozh.

—Viniste aquí con una carta de Rasa, y ahora la haces arrestar.

—¿Tanto la quieres? Te aseguro que su encierro es provisional, y sólo para su protección. En este momento circulan por la ciudad terribles mentiras sobre ella, y no sabemos qué podría sucederle si su casa no estuviera bajo custodia.

—Mentiras inventadas por ti.

—Mis labios nada han dicho sobre la dama Rasa, salvo para expresar mi admiración. Es la mejor mujer de esta ciudad, con el cerebro y el valor de un hombre, y jamás permitiré que le toquen un pelo de la cabeza. Si no sabes eso, amigo Bitanke, no me conoces.

Lo cual debe de ser cierto, pensó Bitanke. No te conozco. Nadie te conoce.

—¿Para qué me has llamado? —preguntó Bitanke—. ¿Piensas despojar a la guardia basilicana de un nuevo poder?

¿O nos reservas algún trabajo servil para humillarnos y desmoralizarnos aún más?

—*Muy* enfadado —observó Moozh—. Pero piensa, Bitanke. Te sientes en libertad de decirme semejantes cosas, y sin temor de que te arranque la cabeza. ¿Te parece eso una tiranía? Tus soldados conservan sus armas, y son ellos quienes mantienen la paz en la ciudad. ¿Te parezco un enemigo traicionero?

Bitanke guardó silencio, resuelto a no dejarse engañar más por la elocuencia de Moozh. Sin embargo, sentía el aguijonazo de la duda en el corazón, como tantas veces antes. Moozh había dejado la guardia intacta. No había cometido ningún acto violento contra ningún ciudadano. Tal vez sólo se proponía usar Basílica como base de operaciones y continuar la marcha.

—Bitanke, necesito tu ayuda. Deseo restaurar la fuerza que esta ciudad poseía antes de que Gaballufix interviniera.

Sí, sin duda es lo que deseas, Moozh el altruista, tomándose innumerables molestias para ayudar a la ciudad de las mujeres. Luego te llevarás a tus hombres y te conformarás con la satisfacción de haber hecho una buena obra.

Pero Bitanke no dijo nada. Mejor escuchar que hablar, dadas las circunstancias.

—No fingiré que no pretendo sacar partido de la situación. Se avecina una gran lucha entre los gorayni y esas lagartijas de pantano de Potok gavan. Sabemos que están maniobrando para adueñarse de Basílica. Gaballufix era su agente. Estaba dispuesto a derrocar a las mujeres para que gobernaran sus matones. Y ahora yo estoy aquí, con mis soldados. ¿Acaso hemos cometido algún acto que te sugiera que nuestras intenciones son tan despiadadas o brutales como las de Gaballufix?

Moozh aguardó, y al fin Bitanke respondió:

—Nunca has sido tan transparente, no.

—Te diré lo que necesito de Basílica: preciso saber con certeza si quienes la gobiernan son amigos de los gorayni, si con Basílica a mis espaldas no debo temer una traición de esta ciudad. Luego podré tender líneas de aprovisionamiento por el desierto, hasta esta ciudad, sorteando Nakavalnu, Izmennik y Seggidugu. Tú sabes que es una buena estrategia, amigo mío. Potokgavan esperaba que nos abriéramos paso a sablazos hasta las Ciudades de la Planicie, esperaba que tardáramos un año o más en fortalecer nuestra posición, tal vez para traer aquí un ejército que se enfrentara a nuestros carros. Pero ahora dominaremos las Ciudades de la Planicie. Con mi ejército en Basílica, no opondrán resistencia. Y entonces Nakavalnu, Izmennik y Seggidugu no se atreverán a pactar una alianza con Potokgavan. Incruentamente habremos dominado toda la costa occidental para el imperátor, años antes de lo que Potokgavan hubiera creído posible. Eso es lo que deseo. Es *todo* lo que deseo. Y para lograrlo no preciso dominar Basílica, no necesito trataros como a un pueblo conquistado. Sólo necesito asegurarme de la lealtad de Basílica. Y es más fácil conseguirlo mediante la buena voluntad que mediante el miedo.

—¡Buena voluntad! —exclamó Bitanke con sorna.

—Hasta ahora no he hecho nada que los habitantes de Basílica no

hayan recibido con gratitud. Ahora tienen más paz y seguridad que en los últimos años. ¿Crees que no lo ven?

—¿Y tú no crees que la peor chusma de Villa del Perro, Villa de la Puerta y la calle Mayor no espera que le permitas entrar en la ciudad para dominarla? Entonces tendrías aliados leales. Sólo debes dar lo que Gaballufix prometió: la oportunidad de dominar a estas mujeres que durante miles de siglos les han prohibido la ciudadanía.

—Sí, pude haberlo hecho. Aún está en mi mano. —Se inclinó para mirar a Bitanke a los ojos—. Pero tú me ayudarás para que no deba tomar una decisión tan terrible, ¿verdad?

Ah. Conque ésta era la alternativa. O bien conspirar con Moozh o bien presenciar la destrucción de la estructura misma de Basílica. Todo lo que era bello y sagrado en la ciudad sería rehén de la amenaza de que los codiciosos hombres de extramuros se salieran-con-la suya. ¿Bitanke no había visto lo terrible que sería? ¿Cómo podía permitir que sucediera de nuevo?

—¿Qué quieres de mí?

—Consejos. Asesoramiento. El consejo de la ciudad no es un buen instrumento de control. Está bien para aprobar leyes sobre asuntos locales, pero cuando se trata de pactar una firme alianza con el ejército del imperátor, nadie sabe si una facción no se levantará a la semana para oponerse a esa medida. Necesito designar a un individuo como… ¿qué?

—¿Dictador?

—En absoluto. Esa persona sería sólo el rostro que Basílica presentaría al exterior. Esa persona podría garantizar la libre circulación de los ejércitos gorayni, el almacenamiento de provisiones para los gorayni, y prometer que Potokgavan no encontrará aquí amigos ni aliados.

—El consejo de la ciudad puede hacer lo que deseas.

—Sabes que no es así.

—Respetará su palabra.

—Hoy mismo has visto cuan injusto y desleal ha sido con la dama Rasa, quien le ha servido fielmente toda su vida. ¿Cómo reaccionará ante un extranjero? La vida de mis hombres y el poder de mi imperátor dependen de la lealtad de Basílica, y el consejo se ha revelado incapaz de mantenerse leal ni siquiera a su hermana más digna.

—Tú has propagado esos rumores sobre ella, y ahora los usas para demostrar que el consejo es indigno.

—Niego ante Dios haber iniciado esta campaña difamatoria contra Rasa. La admiro más que a cualquier mujer que haya conocido. Pero no importa quién iniciara el rumor, Bitanke. Lo que importa es que fue creído, y por el consejo de esta ciudad. ¿Cómo puedes

pedirme que confíe al consejo la vida de mis hombres? ¿Qué impedirá a Potokgavan propagar sus propios rumores? Dime con franqueza, Bitanke, si estuvieras en mi lugar, con mis necesidades, ¿confiarías en el consejo?

—He servido al consejo toda mi vida, y confío en él.

—No es lo que te he preguntado. Estoy aquí para cumplir los propósitos del imperátor. Tradicionalmente lo hemos logrado exterminando a la clase dominante de la Tierra que conquistamos, y sustituyéndola por hombres de un pueblo oprimido y desposeído. Como admiro esta ciudad, deseo encontrar otro método aquí, a pesar de los riesgos que corro.

—Sólo tienes mil hombres —señaló Bitanke—. Deseas someter Basílica sin derramamiento de sangre porque no puedes exponerte a perder ninguno.

—Ves sólo la mitad de la verdad. Debo ganar aquí. Si puedo hacerlo sin derramamiento de sangre, las Ciudades de la Planicie dirán que el poder de Dios me acompaña, y se someterán a mis órdenes. Pero también puedo lograr lo mismo mediante el terror. Si sus cabecillas vienen aquí y ven esta ciudad en ruinas, con casas y bosques carbonizados, y el lago de las mujeres enrojecido de sangre, también acabarán rindiéndose. Pero de un modo u otro, Basílica servirá mi propósito.

—Eres un verdadero monstruo. Hablas de sacrilegio y exterminio de inocentes, y luego me pides que confíe en ti.

—Hablo de necesidad, y te pido que me ayudes a evitar que me comporte como un monstruo. Tú has servido a un propósito más alto: la voluntad del consejo. A veces, en su nombre, has hecho cosas que te disgustaban. ¿No es así?

—Es el deber de un soldado —admitió Bitanke.

—También yo soy un soldado —dijo Moozh—. También yo debo cumplir el propósito de mi señor, el imperátor. Y si es preciso, me comportaré como un monstruo para lograrlo. Así como tú has tenido que arrestar a hombres y mujeres que considerabas inocentes.

—El arresto no es asesinato.

—Bitanke, amigo mío, aún espero que te muestres como pensé que serías cuando te conocí y luchabas valerosamente en esa puerta. Esa noche imaginé que no luchabas por una institución, por ese débil consejo que da crédito a todas las calumnias que circulan por mi ciudad, sino por algo más elevado. Por la ciudad misma. Por la idea de la ciudad. ¿No estabas dispuesto a morir por eso en la puerta?

—Sí —reconoció Bitanke.

—Ahora te ofrezco la oportunidad de servir nuevamente a la ciudad. Tú sabes que Basílica era una gran ciudad mucho antes de que existiera el consejo. Cuando Basílica era gobernada por las

sacerdotisas, era Basílica. Cuando Basílica tenía una reina, era Basílica. Cuando Basílica puso al gran general Snaceetel a cargo del ejército para combatir contra Seggidugu, y luego les dejó beber de las aguas del lago de las mujeres, era Basílica.

Contra su voluntad, Bitanke tuvo que admitir que Moozh tenía razón. La ciudad de las mujeres no era el consejo. La forma de gobierno había cambiado muchas veces, y cambiaría de nuevo. Lo que importaba era la sagrada ciudad de las mujeres, el único lugar del planeta Armonía donde las mujeres gobernaban. Y si por un breve tiempo, dados los grandes acontecimientos que barrían la costa occidental, Basílica debía ser sumisa con los gorayni, ¿qué importaba mientras el gobierno de las mujeres se preservara dentro de esas murallas?

—Mientras reflexionas —dijo Moozh—, piensa en esto. Podría haber intentado intimidarte. Podría haberte mentido, fingiendo que no era un general calculador. En cambio te he hablado como un amigo, abierta y francamente, porque quiero tu ayuda voluntaria, no tu mera obediencia.

—¿Mi ayuda para qué? —preguntó Bitanke—. No arrestaré al consejo, si eso es lo que deseas.

—¿Arrestar? ¿Acaso no me has entendido? Necesito que el consejo continúe, sin reemplazar a nadie. Necesito que el pueblo de Basílica vea que su gobierno interno no sufre modificaciones. Pero también necesito a un cónsul del pueblo, alguien que esté por encima del consejo para encargarse de los asuntos exteriores de Basílica. Para que establezca con nosotros una alianza que sea respetada. Para mandar a los guardias a vigilar las puertas de la ciudad.

—Tus hombres ya cumplen esa función.

—Pero quiero que la cumplan *tus* hombres.

—No soy el comandante de la guardia.

—Eres uno de los más altos oficiales. Ojalá fueras comandante, porque te considero mejor soldado que cualquiera de tus superiores. Pero si te prometiera el puesto de comandante, pensarías que intento sobornarte, me rechazarías y te irías de aquí como mi enemigo.

Bitanke sintió un gran alivio. Moozh sabía, a pesar de todo, que Bitanke no era un traidor. Que Bitanke nunca actuaría por mera ambición personal. Que Bitanke sólo actuaría por el bien de la ciudad.

—Los hombres de la guardia serán reacios a recibir órdenes si no las imparte su comandante, escogido por el consejo de la ciudad.

—Pero imagina que el consejo haya designado por unanimidad a un cónsul, y haya pedido a la guardia que le obedezca.

—Eso no significaría nada si la guardia sospechara que ese cónsul es un títere de los gorayni. Los guardias no son tontos ni traidores.

—Ya. Entiendes, pues, mi dilema. Necesito a alguien que

comprenda la necesidad de que Basílica sea leal al imperátor, pero este cónsul, o *esta* cónsul, sólo será eficaz si la gente de Basílica confía en que es un basilicano leal, no un títere.

Bitanke rió.

—Espero que no tengas la peregrina idea de que yo serviría para ese papel. Ya hay mucha- gente que murmura que yo soy tu títere, por haberte permitido entrar en la ciudad.

—Lo sé —asintió Moozh—. Tú fuiste el primero en quien pensé, pero comprendí que sólo puedes servir a Basílica, y también a mis propósitos, conservando tu puesto, sin que mi influencia sobre la ciudad implique ventajas evidentes para ti.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Para aconsejarme, como te he dicho. Necesito que me indiques una persona que, en caso de ser designada cónsul, contara con la fidelidad y la obediencia de la guardia y de la ciudad.

—No existe tal individuo.

—Si pronuncias estas palabras, será como si me pidieras que derrame la sangre y las cenizas de la ciudad en el lago de las mujeres.

—¡No me amenaces!

—No te amenazo, Bitanke, te digo lo que he hecho antes y lo que no deseo repetir. Te lo imploro: ayúdame a hallar el modo de evitar ese espantoso desenlace.

—Déjame pensar.

—No pido otra cosa.

—Espera hasta mañana.

—Debo actuar hoy.

—Dame una hora.

—¿Puedes pensar aquí? ¿Puedes hacerlo sin marcharte?

—Entonces, ¿estoy arrestado?

—Mil ojos observan esta casa, amigo mío. Si te ven salir y regresar dentro de una hora, se dirá que visitas demasiado al general Vozmuzhalnoy Vozmozhno. Pero si deseas irte, puedes hacerlo.

—Me quedaré.

—Te haré conducir a la biblioteca, pues, y pediré que te den un ordenador para escribir. Para mí será una ayuda si anotas los nombres y las razones por las cuales podrían servir para este propósito. Tráeme esa lista dentro de una hora.

—Hago esto por Basílica, no por ti. —Y tampoco por ambición personal.

—Por Basílica te lo pido —asintió Moozh—. Aunque debo mi lealtad al imperátor, espero salvar a esta ciudad de la destrucción.

La entrevista terminó. Bitanke salió de la habitación y un soldado gorayni lo acompañó hasta la biblioteca. Moozh no había dicho nada a ese soldado, y sin embargo sabía adonde llevarlo. Sabía que debía

entregarle un ordenador. O bien el general permitía que sus oficiales escucharan sus negociaciones, lo cual era impensable, o bien Moozh había impartido estas órdenes antes de la llegada de Bitanke.

¿Era posible que Moozh hubiera planeado todo, cada palabra que se habían dicho? ¿Era posible que Moozh fuera tan experto en manipulaciones que previera de antemano todos los desenlaces? En ese caso Bitanke sería otro pelele que traicionaría a la ciudad por haberse dejado engañar.

No. No era así. Moozh pensó que podría persuadirme de actuar con inteligencia, en aras de Basílica. Así que buscaré candidatos, si es posible imaginar a un cónsul que sea favorable a los gorayni pero aun así goce de la lealtad del pueblo, el consejo y la guardia. Si es posible, le daré su nombre al general.

—Necesito hablar con mis hijos —dijo Rasa—. Con todos ellos.

Luet la miró un instante, indecisa; ésta era la frase que una dama diría a sus criadas, dando órdenes sin aparentarlo. Pero Luet no era una criada, nunca lo había sido, así que en principio debía ignorar esa expresión de deseo. Sin embargo Rasa no parecía comprender que había hablado como dirigiéndose a una criada, y que no había criadas presentes.

—Señora —preguntó Luet—, ¿me estás encomendando esa tarea?

Rasa la miró sorprendida.

—Lo siento, Luet. No me fijaba en quién estaba conmigo. No estoy en mis mejores horas. Por favor, busca a mis hijas y a los hijos de mi esposo, y diles que deseo verles.

Ahora era una solicitud, un favor, y se le pedía directamente, así que Luet inclinó la cabeza y salió en busca de criadas que le ayudaran. Luet hubiera realizado la tarea de buena gana, pero la casa de Rasa era amplia, y si el requerimiento era tan urgente como parecía convenía valerse de varias personas. Además, las criadas sabrían mejor dónde estaba cada quien.

Fue fácil encontrar a Nafai, Elemak, Sevet y Kokor, y enviar criadas a buscarlos. Pero hacía varias horas que no veían a Mebbekew, desde que había llegado a la casa. Al fin Izdavat, una joven criada con más curiosidad que sentido común, mencionó a regañadientes que le había llevado el desayuno a la habitación de Dol.

—Pero eso fue hace un rato, mi señora.

—Soy sólo hermana, o Luet, por favor.

—¿Quieres que compruebe si todavía está ahí, hermana?

—No, gracias. Sería indecoroso que aún estuviera allí, así que preguntaré a Dolya adonde fue.

Se dirigió hacia la escalera del ala de las maestras. No le sorprendía que Mebbekew ya se hubiera agenciado una mujer, incluso

en esa casa donde las mujeres aprendían a reconocer a los hombres superficiales. Sin embargo, le sorprendía que Dolya se hubiera fijado en ese joven. Cuando se dedicaba al teatro la habían acosado expertos en adulación y coqueteo, y no se habría fijado en Mebbekew salvo para reírse discretamente de él.

Pero Luet también sabía que ella identificaba a los aduladores con mayor facilidad que muchas mujeres, pues los aduladores nunca intentaban practicar con ella su magia seductora. Las videntes tenían fama de reconocer las mentiras, pero Luet sólo veía lo que mostraba el Alma Suprema, y el Alma Suprema no era célebre por ayudar a las mujeres en su vida amorosa. Como si yo tuviera una vida amorosa, pensó Luet. Como si la necesitara. El Alma Suprema ha marcado mi camino. Y si mi camino se cruza con vidas ajenas, confiaré en que el Alma Suprema les diga su voluntad. Mi esposo me descubrirá como esposa suya cuando él escoja. Y yo me conformaré.

Conformarse… quiso reírse de sí misma. Todos mis sueños se relacionan con ese muchacho; llegamos juntos al borde de la muerte, y él todavía suspira por Eiadh. ¿Acaso la vida de los hombres se limita a las secreciones de glándulas hiperactivas? ¿No pueden analizar y comprender el mundo que los rodea, como las mujeres? ¿Acaso Nafai no ve que el amor de Eiadh será tan efímero como la lluvia, que se evaporará en cuanto amaine el chaparrón? Edhya necesita un hombre como Elemak, que no tolerará su inconstancia. Una infidelidad afligiría a Nafai, pero Elemak reaccionará con furia brutal, y Eiadh, pobre criatura tonta, se enamorará de él nuevamente.

Luet no veía todo esto por sí misma. Era Hushidh quien veía las conexiones, las hebras que unían a la gente; era Hushidh quien le explicaba que Nafai no parecía reparar en Luet porque estaba prendado de Eiadh. Era Hushidh quien comprendía el vínculo que existía entre Elemak y Eiadh, y por qué estaban hecho el uno para el otro.

Y ahora Mebbekew y Dol. Otra pieza del rompecabezas. Cuando Luet tuvo su visión de las mujeres en el bosque, detrás de la casa de Rasa, la noche en que había ido a advertir a Wetchik de la amenaza que pendía sobre su vida, no le había hallado el menor sentido. Ahora, sin embargo, sabía por qué había visto a Dolya. Ella estaría con Mebbekew, y Eiadh con Elemak. Shedemei también iría al desierto, o al menos colaboraría juntando semillas y embriones. También iría Hushidh. Y Tía Rasa. La visión de Luet era sobre las mujeres que irían al desierto.

Pobre Dolya. Si hubiera sabido que al meter a Mebbekew en su habitación se alejaba de Basílica, lo habría echado a puntapiés, mordiscos y puñetazos. Pero dadas las circunstancias, Luet sospechaba que los encontraría juntos.

Golpeó la puerta de Dol. Como esperaba, oyó agitados movimientos en el interior. Y un golpe blando.

—¿Quién es? —preguntó Dol.

—Luet.

—Vienes en mal momento.

—No lo dudo —dijo Luet—, pero Rasa me ha enviado con cierta urgencia. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Al abrir la puerta, Luet encontró a Dolya acostada en la cama, con las sábanas hasta los hombros. No había ni rastro de Mebbekew, pero la cama aparecía desordenada, la bañera estaba llena de agua gris y había un racimo de uvas en el piso. No era el modo en que Dolya dejaba las cosas antes de echarse a dormir una siesta.

—¿Qué desea Tía Rasa de mí? —preguntó Dol.

—De ti nada, Dol. Quiere que todos sus hijos y los hijos de Wetchik se reúnan con ella de inmediato.

—Entonces, ¿por qué no llamas a la puerta de Sevet o Kokor? Ellas no están aquí.

—Mebbekew sabe por qué estoy aquí —replicó Luet. Al recordar el golpe blando y el breve tiempo transcurrido, dedujo el paradero de Mebbekew—. En cuanto yo cierre la puerta, podrá levantarse del suelo, ponerse algo encima e ir a la habitación de Rasa.

Dol se quedó atónita.

—Perdóname por tratar de engañarte, vidente —susurró.

Era irritante que todos atribuyeran cada una de sus palabras a una revelación del Alma Suprema, como si Luet no tuviera sentido común suficiente para deducir lo obvio. Sin embargo, Luet debía admitir que también era útil. Todos admitían la verdad con menos rodeos, pues temían que ella los pillara en una mentira. Pero el precio de esta sinceridad era que no les gustaba su compañía, y la eludían. Sólo las amigas compartían esas intimidades, y por voluntad propia. Creyendo que Luet conocía todos sus secretos, le negaban su amistad, y Luet quedaba excluida de la vida de la mayoría de las mujeres de la casa. La trataban con tanto respeto que se sentía indignada y furiosa al mismo tiempo.

La furia le indujo a atormentar a Mebbekew, obligándolo a hablar.

—¿Me oyes, Mebbekew?

—Sí —respondió Mebbekew al cabo de una larga pausa.

—Le diré a Rasa que has recibido su mensaje. Echó a andar hacia la puerta, pero Dol la llamó.

—Espera, Luet.

—¿Sí?

—Sus ropas… las están lavando…

—Las mandaré aquí.

—¿Crees que ya estarán secas?

—Lo bastante secas —dijo Luet —. ¿No crees, Mebbekew? Mebbekew se irguió, asomando por el otro lado de la cama.

—Sí —dijo, abatido.

—Las ropas húmedas te refrescarán —señaló Luet—. Hace mucho calor, al menos en esta habitación.

Era una buena broma, pensó, pero ellos no se rieron.

Shedemei caminó resueltamente hacia el cobertizo refrigerado de Wetchik, que se hallaba en un valle estrecho a la sombra de altos árboles, frente al punto donde la muralla de la ciudad se curvaba en torno de la Vieja Orquesta. Era la última parte, y quizá la más ardua, de su tarea de juntar la flora y la fauna para ese descabellado proyecto de cruzar el espacio para regresar a la Tierra, el legendario planeta perdido. Sufro todo estos trastornos porque tuve un sueño, y pedí a una soñadora que lo interpretase. Creen que un viaje en camello los llevará a la Tierra. Pero el sueño aún vivía en su interior. La vida que ella llevaba consigo en la nube.

Llegó a la puerta del cobertizo, sin saber si deseaba hallar a uno de los sirvientes actuando como cuidador.

Nadie le respondió cuando batió las palmas. Pero las máquinas que mantenían el edificio refrigerado podían acallar el ruido. Así que fue a la puerta e intentó abrirla. Cerrada con llave.

Claro. Wetchik se había ido al desierto semanas atrás. Vi Rashgallivak, su mayordomo, y supuestamente el nuevo Wetchik, vivía escondido desde hacía un tiempo. ¿Quién se encargaba de ese lugar, ahora que los dos se habían ido?

Pero las máquinas estaban funcionando, lo cual significaba que había alguien. A menos que hubieran cometido la negligencia de dejar los motores conectados y las plantas sin cuidar.

Era posible, desde luego. El aire frío mantendría con vida a las plantas especializadas durante muchos días, y el cobertizo, que extraía su energía de las placas solares, podía funcionar indefinidamente sin recurrir al suministro energético de la casa.

Pero Shedemei supo que alguien cuidaba de ese lugar, aunque ignoraba cómo le había llegado el conocimiento. Supo además que el cuidador estaba dentro del cobertizo, y que él sabía que ella estaba allí, y que deseaba que ella se fuera. Quien estuviera allí procuraba esconderse.

¿Y quién necesitaba ocultarse?

—Rashgallivak —dijo Shedemei—, soy Shedemei. Me conoces, y estoy sola, y no diré a nadie que estás aquí, pero tengo que hablar contigo. —Aguardó en vano—. No tiene nada que ver con la ciudad,

ni con lo que sucede allí. Sólo necesito comprarte algún equipo.

Oyó el chasquido de un cerrojo. Una puerta giró sobre los gruesos goznes. Allí estaba Rashgallivak, afligido y demacrado. No empuñaba ningún arma.

—Si has venido a traicionarme, lo consideraré un alivio.

Shedemei omitió señalar que esa traición sería mera justicia, después del modo en que Rashgallivak había traicionado a la casa de Wetchik, aliándose con Gaballufix para usurpar el lugar de su amo. Pero no había ido a ajustar cuentas, sino a atender otros asuntos.

—No me interesa la política —dijo—, y no me interesas tú. Sólo quiero comprar cajas de almacenaje en seco. Las portátiles, las que llevan las caravanas.

Rashgallivak sacudió la cabeza.

—Wetchik me ordenó que las vendiera todas. Shedemei cerró los ojos con fatiga. Rashgallivak la obligaba a decir cosas que prefería callar.

—Oh, Rashgallivak, por favor, cómo voy a creer que las vendiste, sabiendo que te proponías adueñarte de la casa de Wetchik y las necesitarías para continuar con el negocio.

Rashgallivak se ruborizó.

Avergonzado, pensó Shedemei.

—No obstante, las vendí, tal como me ordenaron.

—¿Y quién las compró? —preguntó Shedemei—. No me interesas tú, sino las cajas. Rashgallivak no respondió.

—Ah —dijo Shedemei—. *Tú* mismo las compraste. Al cabo de una pausa, él preguntó:

—¿Para qué las necesitas?

—*¿Tú me* pides a *mí* que dé cuenta de *mis* actos? —preguntó Shedemei.

—Lo pregunto porque sé que tienes muchas cajas en tu laboratorio. Las cajas portátiles sólo sirven para las caravanas, y eso es algo sobre lo que no sabes nada.

—Entonces me asaltarán o me matarán, pero eso no te concierne. Y tal vez no me asalten ni me maten.

—En ese caso, venderías tus plantas en países lejanos, en directa competencia conmigo. ¿Por qué vendería a mi competidora las cajas portátiles que necesita?

Shedemei se echó a reír.

—¿Acaso crees que los negocios continúan como de costumbre? No emprenderé un viaje de negocios, idiota. Me mudaré con todo mi laboratorio a un sitio donde pueda continuar mis investigaciones sin ser interrumpida por locos armados que incendian y saquean la ciudad.

Rashgallivak se ruborizó de nuevo.

—Cuando estaban bajo mi mando, no hicieron daño a nadie. Yo no era Gaballufix.

—No, Rash, no eres Gaballufix.

La frase era ambigua, pero Rash decidió tomarla como confirmación de que ella creía en su decencia. ¡

—No eres mi enemiga, ¿verdad, Shedya?

—Sólo quiero esas cajas.

Rash titubeó un instante, retrocedió y le indicó que pasara.

La entrada del cobertizo no estaba fría como las habitaciones de dentro, y Rash la había transformado en una especie de patético apartamento. Una cama improvisada, una gran bañera que antaño había albergado plantas, pero que ahora él usaba para asearse y lavar la ropa. Primitivo, pero ingenioso. Shedemei sintió cierta admiración: ese hombre no había desesperado, a pesar de que todo estaba en su contra.

—Estoy aquí solo —dijo Rashgallivak—. El Alma Suprema sabe que necesito el dinero más que las cajas. Y el consejo de la ciudad me ha privado de todos mis fondos. Ni siquiera puedes pagarme, porque ya no tengo cuenta para recibir el dinero.

—Eso no es ningún problema. Como ya imaginarás, mucha gente está retirando el dinero de las cuentas de la ciudad. Puedo pagarte en gemas, aunque el precio del oro y las piedras preciosas se ha triplicado con los recientes disturbios.

—¿Crees que estoy en posición de regatear?

—Apila las cajas frente a la puerta —dijo Shedemei—. Enviaré hombres a cargarlas para que las lleven a la ciudad. Te daré un pago justo. Dime dónde.

—Ven sola, después, y entrégamelo en mano.

—No seas ridículo. Nunca regresaré aquí, ni volveremos a vernos. Dime dónde puedo dejarte las joyas.

—En la sala de viajeros de la casa de Wetchik.

—¿Es fácil de encontrar?

—Bastante fácil.

—Entonces estaré allí en cuanto haya recibido las cajas.

—No me parece justo, pues yo debo confiar en ti por completo, y tú no debes demostrar la menor confianza en mí.

A Shedemei no se le ocurría ninguna respuesta que no fuera cruel.

Al cabo de un rato él asintió.

—De acuerdo —dijo—. Hay dos casas en la finca de Wetchik. Guarda las joyas en la sala de viajeros de la casa más vieja y más pequeña. Encima de una viga. Yo la encontraré.

—En cuanto las cajas estén en mi laboratorio —insistió Shedemei.

—¿Crees que cuento con hombres leales que puedan emboscarte? —preguntó Rashgallivak con amargura.

—No —dijo Shedemei—, pero sabiendo que pronto recibirás el dinero, nada te impediría alquilarlos.

—Así que tú decidirás cuándo y cuánto vas a pagarme, y yo no tendré voz ni voto en el asunto.

—Rash —dijo Shedemei—, te trataré más justamente de lo que tú trataste a Wetchik y sus hijos.

—Dentro de media hora tendrás una docena de cajas aquí fuera.

Shedemei se levantó y se marchó. Le oyó cerrar la puerta y lo imaginó echando los cerrojos aprensivamente, temiendo que alguien descubriera que el hombre que había gobernado por un día los pequeños imperios de Gaballufix y Wetchik ahora se refugiaba entre esas cuatro paredes.

Shedya pasó por la Puerta de la Música, donde los guardias gorayni confirmaron expeditivamente su identidad y la dejaron pasar. Aún le molestaba ver ese uniforme en las puertas de Basílica, pero como todos los demás se iba acostumbrando a la perfecta disciplina de los soldados y el nuevo orden que reinaba en las caóticas entradas de la ciudad. Ahora todos aguardaban pacientemente en fila.

Y otra cosa. Ahora había más gente esperando para entrar que para salir. Se estaba recobrando la confianza. Confianza en la fuerza de los gorayni. ¿Quién habría imaginado que la gente confiaría tan pronto en el enemigo *cabeza,* mojada?

Tras recorrer el largo pasaje que conducía hasta la Puerta del Mercado a lo largo de la muralla, Shedemei encontró a la mulera que había contratado.

—Puedes ir —le dijo—. Habrá una docena de cajas.

La mulera inclinó la *cabeza, y se* marchó al trote. Sin duda ese alarde de celeridad cesaría en cuanto se perdiera de vista, pero Shedemei apreciaba el esfuerzo de fingir rapidez. Al menos la mulera sabía qué era la rapidez, y le parecía conveniente aparentarla.

Luego encontró a un mensajero esperando en la cola de la Puerta del Mercado. Shedemei garrapateó una nota en uno de los papeles que tenían en la estación de mensajeros. En el dorso anotó una serie de indicaciones para llegar a la casa de Wetchik, e instrucciones sobre dónde debía dejar la nota. Luego tecleó un pago en el ordenador de la estación. Cuando el mensajero vio la bonificación que recibiría por una entrega rápida, sonrió, cogió la nota y partió como una flecha.

Rashgallivak se enfadaría cuando encontrara una orden para uno de los joyeros de la Puerta del Mercado, en vez de las joyas mismas, pero Shedemei no pensaba llevar ni enviar semejante suma de fondos líquidos a un lugar solitario y abandonado. Era Rash quien necesitaba el dinero; que él corriera el riesgo. Al menos, había librado una orden contra un joyero que tenía un puesto fuera de la Puerta del Mercado, de modo que Rashgallivak no tendría que pasar por la guardia para

cobrar su paga.

Rasa miró a su hijo y sus hijas, y a los dos hijos que Wetchik había tenido con otras esposas. No es el grupo más selecto del mundo, pensó. ¿Cómo voy a criticar a Volemak por haber fracasado con sus dos hijos mayores, cuando mis dos magníficas hijas me recuerdan mis defectos como madre? Y, para ser justa, estos jóvenes tienen sus virtudes. Pero sólo Nafai e Issib, los dos hijos que Volya y yo tuvimos juntos, han demostrado integridad, decencia y amor por el bien.

—¿Por qué no trajiste a Issib?

Elemak suspiró. Pobre muchacho, pensó Rasa. ¿La vieja te obliga a dar más explicaciones?

—No queríamos preocuparnos por su silla ni sus flotadores en este viaje —explicó Elemak.

—Es mejor quizá no tenerlo encerrado aquí con nosotros —añadió Nafai.

—No creo que el general nos tenga arrestados durante mucho tiempo —dijo Rasa—. Cuando me haya desacreditado por completo, no tendrá motivos para tomar medidas tan represivas. Está tratando de crearse una imagen de liberador y protector, y tener a sus soldados en las calles no le beneficiará en nada.

—¿Y luego nos iremos? —preguntó Nafai.

—No, echaremos raíces aquí, si te parece —se burló Mebbekew—. Claro que nos iremos.

—Quiero irme a casa —dijo Kokor—. Aunque Obring sea un pésimo marido, lo echo de menos. Sevet no dijo nada. Rasa miró a Elemak, quien sonreía vagamente.

—Y tú, Elemak, ¿también deseas irte de mi casa?

—Agradezco tu hospitalidad; siempre recordaremos tu casa como el último hogar civilizado en que vivimos durante muchos años.

—No hables por los demás, Elya —dijo Mebbekew.

—¿De qué habla? —preguntó Kokor—. Yo tengo una casa civilizada esperándome.

Sevet lanzó una risa estrangulada.

—En tu lugar, yo no presumiría de tener una casa civilizada —dijo Rasa—. Veo también que Elemak es el único que capta la situación.

—Yo también la entiendo —intervino Nafai.

Elemak miró a Nafai fijamente. Nafai, niño tonto, pensó Rasa. ¿Siempre tienes que decir palabras irritantes? ¿Crees que he olvidado que oíste la voz del Alma Suprema, que comprendes mucho más que tus hermanos? ¿No podías confiar en que yo recordaría tu valía, y guardar silencio ?

No, no podía. Nafai era joven, demasiado joven para ver las

consecuencias de sus actos, demasiado joven para callar sus sentimientos.

—No obstante, será Elemak quien se encargue de explicar —precisó Rasa.

—No podemos quedarnos en la ciudad —dijo Elemak—. En cuanto los soldados dejen de vigilarnos, debemos escapar, y a toda prisa.

—¿Por qué? —preguntó Mebbekew—. Es Rasa quien está en apuros, no nosotros.

—Por el Alma Suprema, qué estúpido eres —se indignó Elemak.

Qué modo tan refrescante y directo de decirlo, pensó Rasa. Con razón tus hermanos te quieren con locura, Elya.

—Mientras Rasa esté arrestada, Moozh debe procurar que nadie sufra daño aquí. Pero ha dispuesto las cosas para que Rasa tenga muchos enemigos en la ciudad. En cuanto sus soldados se quiten de en medio, ocurrirán muchas cosas desagradables.

—Razón de más para irnos de casa de Madre —dijo Kokor—. Madre puede huir si quiere, pero ellos no tienen nada contra mí.

—Tienen algo contra todos —señaló Elemak—. Meb, Nafai y yo somos fugitivos, y Nafai está acusado de dos homicidios, uno de los cuales cometió. Kokor puede ser acusada de intento de homicidio contra su propia hermana. Sevet es una adúltera flagrante, pues estaba con el esposo de su hermana, e incluso pueden utilizar las leyes contra el incesto.

—No se atreverían —exclamó Kokor—. ¡Enjuiciarme a mí!

—¿Por qué no? —dijo Elemak—. Lo único que impidió tu arresto fue el gran respeto y amor que la gente sentía por Rasa. Bien, eso se ha perdido, o al menos se ha debilitado.

—Jamás me condenarían —insistió Kokor.

—Además, hace siglos que no se aplican las leyes de adulterio —objetó Meb—. El incesto entre parientes políticos repugna a la gente, pero mientras el hecho se produzca entre adultos que son dueños de sus facultades…

—¿Pero cómo es posible que ignoréis las leyes? —preguntó Elemak—. No, me olvidaba de que Nafai lo comprende todo.

—No —dijo Nafai—, sé que debemos ir al desierto porque el Alma Suprema lo ordenó, pero no sé de qué estás hablando.

Rasa no pudo contener una sonrisa. Nafai podía ser muy estúpido, pero su franqueza a veces resultaba conmovedora.

Sin proponérselo, Nafai había halagado a Elemak al reconocer humildemente que Elya poseía mayores conocimientos.

—Entonces, me explicaré —dijo Elemak —. Rasa es una mujer poderosa, incluso ahora, porque la gente más lúcida de Basílica no cree en los rumores. Moozh no se conformará con desacreditarla.

Necesita controlarla por completo, o matarla. Para lograr lo primero, sólo necesita juzgar a uno de sus hijos por homicidio, y ella tendrá las manos atadas. Rasa es una mujer valiente, pero no creo que permita que sus hijos vayan a la cárcel tan sólo para que ella pueda hacer política. Y si demostrara ese grado de frialdad, Moozh elevaría las apuestas. ¿A cuál de nosotros mataría primero? Moozh es un hombre hábil. Haría sólo lo suficiente para comunicar claramente su mensaje. Creo que te mataría a ti, Meb, pues eres el más inútil y el que Padre y Rasa apenas echarían de menos.

Meb se levantó de un salto.

—¡Ya me tienes harto, imbécil!

—Siéntate, Mebbekew —dijo Rasa—. ¿No ves que te provoca para divertirse?

Elemak sonrió burlonamente y Mebbekew se sentó hecho una furia.

—Mataría a alguien en son de advertencia —continuó Elemak—. No lo harían sus soldados, naturalmente, pero Rasa sabría que él fue el responsable. Y si tenernos como rehenes no da resultado, Moozh ya ha preparado el terreno para asesinar a Rasa. Le resultaría fácil encontrar a algún resentido dispuesto a matarla por su presunta traición. Moozh sólo tendría que preparar la ocasión para que el asesino atacara. Sería muy fácil. El peligro comenzará para nosotros cuando los soldados abandonen las calles, así que debemos prepararnos para partir de inmediato, en secreto y para siempre.

—¡Irnos de Basílica! —exclamó Kokor con genuina consternación, al comprender la gravedad de las circunstancias.

Sevet también lo comprendía. Agachaba la cabeza, pero Rasa le vio lágrimas en las mejillas.

—Lamento que vuestro parentesco conmigo os cueste tan caro —dijo Rasa—. Pero durante todos estos años, queridas hijas, querido hijo, amados estudiantes, os habéis beneficiado del prestigio de mi casa, así como del gran honor del Wetchik. Ahora que las circunstancias se han vuelto adversas, debéis compartir el precio también. Es inconveniente, pero no injusto.

—Para siempre —murmuró Kokor.

—Para siempre, en efecto —asintió Elemak—. Pero yo, por mi parte, no pienso irme al desierto sin mi esposa. Espero que mis hermanos hayan tomado sus propias decisiones. Es la razón por la cual vinimos aquí.

—Obring —dijo Kokor—. ¡Debemos llevar a Obring!

Sevet irguió la barbilla y miró a su madre a la cara. Tenía los ojos arrasados en lágrimas, y había miedo en su rostro inquisitivo.

—Creo que Vas te acompañará, si se lo pides —dijo Rasa—. Es un hombre discreto y tolerante, y te ama mucho más de lo que mereces.

—Las palabras eran frías, pero aun así Sevet las tomó como consuelo.

—¿Y qué hay de Obring? —insistió Kokor.

—Es un hombre débil —dijo Rasa—. Sin duda podrás convencerle de que vaya.

Entretanto, Mebbekew se había vuelto hacia Elemak.

—¿Tu *esposad* —preguntó.

—Esta noche Rasa celebrará la ceremonia para Eiadh y para mí.

El rostro de Mebbekew delató una poderosa emoción… ¿rabia, celos? ¿También Mebbekew deseaba a Eiadh, como el pobre Nafai?

—¿Te casarás con ella esta noche? —insistió Mebbekew.

—No sé cuándo levantará Moozh nuestro arresto domiciliario, y quiero que la boda se celebre con todos los ritos. Cuando estemos en el desierto no quiero que se cuestione mi matrimonio.

—Claro que podremos cambiar en cuanto expiren los contratos —intervino Kokor. Todos la miraron.

—El desierto no es Basílica —objetó Rasa—. Sólo seremos un grupo muy reducido. Los matrimonios serán permanentes. Acostúmbrate a la idea desde ahora.

—Absurdo —bufó Kokor—. No iré, y no puedes obligarme.

—No, no puedo obligarte —dijo Rasa—. Pero si te quedas, pronto descubrirás lo distinta que te resulta la vida cuando ya no seas la hija de Rasa, sino una mera cantante que es famosa por haber silenciado con su propia mano a una hermana que era aún más famosa.

—¡Eso no me molestará! —exclamó Kokor con tono desafiante.

—Entonces no quiero que vengas —replicó Rasa airadamente—. ¿De qué nos serviría una mujer sin conciencia en la terrible travesía que nos espera? —Eran palabras duras, pero Rasa sentía su decepción con Kokor como un veneno en la lengua—. He dicho todo lo que tenía que decir. Tenéis trabajo que hacer y opciones para escoger. Manos a la obra.

Los estaba despidiendo. Kokor y Sevet se levantaron y se marcharon de inmediato, Kokor irguiendo la nariz en un alarde de orgullo ofendido.

Mebbekew se acercó a Rasa (¿ese muchacho no podía caminar normalmente, sin parecer un fisgón o un espía?) para hacerle una pregunta.

—¿La boda de esta noche es una celebración privada?

—Todos los residentes de la casa están invitados a asistir —respondió Rasa.

—Quería decir… si yo me casara con alguien, ¿también celebrarías la ceremonia esta noche?

—*¿Casarte* con alguien? Dolya puede haber sido indiscreta, pero me sorprendería muchísimo que te aceptara como esposo, Mebbekew.

Meb se enfureció.

—Euet te lo ha contado.

—Claro que me lo ha contado —replicó Rasa—. Media docena de criadas y Dolya misma me lo habrían dicho antes del anochecer. ¿Crees que alguien puede guardar semejante secreto en mi propia casa?

—Si la convenzo de que acepte a una basura como yo —dijo Meb sin disimular su sarcasmo—, ¿te dignarás incluirnos en la ceremonia?

—Sería peligroso llevarte al desierto sin esposa —comentó Rasa —. Dolya será esposa de sobra para ti, aunque no podría encontrar peor candidato.

Mebbekew estaba rojo de furia.

—No he hecho nada para merecer tanto desprecio.

—No has hecho más que ganártelo. Sedujiste a mi sobrina bajo mi propio techo, y ahora piensas en desposarla… y no creas que me dejo engañar. No deseas casarte con ella para reunirte con tu padre en el desierto, sino para usarla como licencia para quedarte en Basílica. Le serás infiel en cuanto nos hayamos ido y tengas tus papeles.

—Pues te juro ante los ojos del Alma Suprema que llevaré a Dolya al desierto, así como Elya se lleva a Eiadh.

—Ten cuidado cuando pongas al Alma Suprema por testigo de tus juramentos —advirtió Rasa—. Ella tiene modos de hacerte cumplir tu palabra.

Mebbekew iba a añadir algo más, pero cambió de idea y salió de la sala. Sin duda iría a adular a Dolya hasta que fuese ella misma quien le propusiera matrimonio a él.

Y dará resultado, pensó Rasa con amargura. Porque este muchacho, que tiene tan pocas virtudes, es hábil con las mujeres. ¿No he oído hablar de sus hazañas entre las madres de tantas muchachas de la Villa de las Muñecas y la Villa de los Pintores? Pobre Dolya. ¿Acaso la vida te ha dejado tan hambrienta que incluso aceptarás una pobre imitación del amor?-

Sólo quedaban Elemak y Nafai. \

—No deseo compartir mi ceremonia con Mebbekew —manifestó fríamente Elemak.

—Es trágico, pero en este mundo no siempre se cumplen nuestros deseos —dijo Rasa—. Quien desee casarse esta noche, se casará. No tenemos tiempo para satisfacer tu vanidad, y lo sabes. Tú mismo me lo dirías, si estuvieras ofreciendo un consejo imparcial.

Elemak estudió a Rasa unos instantes.

—Sí —admitió—. Eres muy sabia. —Y él también se marchó.

Pero Rasa lo comprendía, más de lo que él se imaginaba. Elemak la había evaluado y había llegado a la conclusión de que Rasa, tan poderosa en Basílica, no sería nada en el desierto. Se sometería a ella esta noche, pero una vez en el desierto se desahogaría humillándola.

Bien, no me das miedo, pensó Rasa. Puedo soportar mucho más de lo que imaginas. ¿Qué significarán tus tormentos cuando sienta los padecimientos de mi amada ciudad, sabiendo que en mi exilio no puedo hacer nada por salvarla?

Ahora sólo quedaba Nafai.

—Madre —dijo—, ¿qué hay de Issib? ¿Y Zdorab, el tesorero de Gaballufix? Ellos necesitarán esposas. Elemak vio esposas para todos nosotros en su sueño.

—Entonces el Alma Suprema deberá proveer esposas para todos, ¿no crees?

—Shedemei vendrá —dijo Nafai—. Ella también tuvo un sueño. El Alma Suprema la traerá. Y Hushidh, ella forma parte de todo esto. Será para Issib, o para Zdorab.

—¿Por qué no se lo preguntas? —sugirió Rasa.

—Yo no —dijo Nafai.

—Según me contaste, el Alma Suprema predijo que un día guiarías a tus hermanos. ¿Cómo sucederá, si no tienes la fortaleza para enfrentarte a una niña dulce y generosa como Shuya?

—Para ti es dulce —objetó Nafai—. Pero para mí… y preguntarle semejante cosa…

—Ella sabe que habéis venido a buscar esposas, niño tonto. ¿Crees que no ha hecho sus cuentas? Es una descifradora… ¿crees que no ve las conexiones?

Nafai se avergonzó.

—No, no se me había ocurrido. Tal vez ella sepa más que yo acerca de todo.

—Sólo acerca de algunas cosas. Y todavía estás eludiendo la pregunta más importante.

—No. Sé que Luet es la mujer con quien debo casarme, y sé que se lo preguntaré. No necesitaba tu consejo para eso.

—Pues entonces no debo temer por ti, hijo mío —sonrió Rasa.

Los soldados llevaron a Rashgallivak a la habitación y, siguiendo las órdenes de Moozh, lo arrojaron brutalmente al suelo. Cuando se marcharon los soldados, Rashgallivak se tocó la nariz. No la tenía rota, pero le sangraba por el impacto contra el suelo, y Moozh no le ofreció nada para enjugarse la sangre. Como los soldados habían desnudado a Rashgallivak, no tenía con qué secarla.

—Sabía que te vería tarde o temprano —dijo Moozh—. No tuve que buscar. Sabía que llegaría el momento en que imaginarías que tenías algo para ofrecerme, y entonces vendrías para tratar de regatear por tu vida. Pero te aseguro que no necesito nada de ti.

—Pues mátame y terminemos con esto —replicó Rashgallivak.

—Muy dramático. Digo que no necesito nada de ti, pero tal vez

desee algo, y tal vez lo desee tanto como para arrancarte los ojos, castrarte o hacerte algún otro favor antes de quemarte en la hoguera por traicionar a tu ciudad.

—Sí, quieres mucho a Basílica —masculló Rashgallivak.

—Tú me diste esta ciudad, idiota. Tu estupidez y tu brutalidad me la sirvieron en bandeja. Ahora es la joya más brillante que poseo. Sí, quiero mucho a Basílica.

—Sólo si puedes consérvala.

—Oh, te aseguro que conservaré esta joya. Ya sea usándola como adorno, o reduciéndola a polvo para tragármela.

—Eres muy valiente, bravo general. Sin embargo, tienes a Rasa bajo arresto domiciliario.

—Tengo muchos caminos para seguir —amenazó Moozh—. Y no veo ninguno que no conduzca a tu muerte inmediata. Así que tendrás que hacer algo mejor que decirme lo que ya sé.

—Te guste o no —dijo Rashgallivak—, yo soy el Wetchik legítimo y el jefe del clan Palwashantu, y aunque ahora nadie me profese mucho afecto, los desposeídos de extramuros acudirían a mí si vieran que gozo de tu favor y dispongo de algún poder. Podría serte útil.

—Veo que abrigas la patética esperanza de rivalizar conmigo por el poder.

—No, general. He sido mayordomo toda mi vida, he trabajado para construir y fortalecer la casa de Wetchik. Gaballufix me inspiró ambiciones que hasta entonces desconocía. He tenido tiempo suficiente para arrepentirme de ellas, para despreciarme por pavonearme como un gran líder, cuando en realidad he nacido para ser un criado. Sólo he sido feliz al servir a un hombre más fuerte que yo. Siempre me enorgullecí de servir al hombre más fuerte de Basílica. Hoy eres tú, y si me mantienes con vida y me utilizas, descubrirás que poseo muchas virtudes.

—¿Incluida una lealtad incuestionable?

—Sé que nunca confiarás en mí, pues para mi vergüenza traicioné a Wetchik. Pero sólo lo hice cuando Volemak estaba en el exilio y sin poder. Tú nunca te debilitarás ni fracasarás, así que puedes fiarte de mí.

Moozh no pudo contener una carcajada.

—¿Me estás diciendo que puedo confiar en tu lealtad porque eres demasiado cobarde para traicionar a un hombre fuerte?

—He tenido mucho tiempo para conocerme, general Vozmuzhalnoy Vozmozhno. No deseo engañarte, ni engañarme a mí mismo.

—Puedo poner a cualquiera al mando de esa chusma que se denomina Palwashantu. Incluso puedo conducirla yo mismo. ¿Por qué te necesito con vida, cuando puedo ganar mucho más con tu confesión

pública y tu ejecución?

—Eres un general sagaz y un conductor de hombres, pero aún no conoces Basílica.

—La conozco tanto como para gobernarla sin haber perdido un solo hombre.

—Pues si eres tan listo, general Vozmuzhalnoy Vozmozhno, tal vez sepas por qué es importante que Shedemei me haya comprado hoy doce cajas de almacenaje.

—No juegues conmigo, Rashgallivak. Sabes que ignoro quién es Shedemei, ni para qué ha comprado esas cajas.

—Shedemei es una mujer, una destacada científica especialista en genética. Ha desarrollado algunas plantas que han tenido mucha aceptación, entre otras cosas.

—Será mejor que vayas al grano.

—Shedemei también es maestra en casa de Rasa, y una de sus sobrinas más amadas.

Ah. Conque Rashgallivak tal vez sabía algo que valía la pena. Moozh aguardó.

—Esas cajas se utilizan para transportar semillas y embriones a través de grandes distancias, sin refrigeración. Ella me dijo que iba a trasladar todo su laboratorio a una ciudad lejana, y que por eso necesitaba las cajas.

—Y no le crees.

—Es impensable que Shedemei traslade su laboratorio ahora. Es evidente que ya no hay peligro, y en circunstancias normales ella se enfrascaría en su trabajo. Vive para la ciencia y apenas se fija en el mundo que la rodea.

—Entonces crees que planea irse debido a Rasa.

—Rasa fue la fiel esposa de Wetch, es decir, Volemak, el ex Wetchik, durante muchos años. Él se marchó de la ciudad hace varias semanas, presuntamente obedeciendo una visión del Alma Suprema. Sus hijos regresaron a la ciudad e intentaron comprar el índice de Palwashantu a Gaballufix.

Rashgallivak hizo una pausa, como si esperara que Moozh hiciera alguna asociación, pero sabiendo que el general carecía de la información necesaria. Era una manera de sugerir que Moozh lo necesitaba. Pero Moozh no se prestó a este juego.

—Habla o cállate —ordenó—. Luego decidiré si te necesito o no. Si sigues creyendo que puedes manipularme, sólo demostrarás que no vales nada.

—Es evidente que Volemak aún sueña con gobernar Basílica. ¿Por qué otra razón iba a pedir el índice? Este sólo tiene valor como símbolo de autoridad entre los hombres de Palwashantu; les recuerda los antiguos tiempos en que las mujeres no gobernaban. Rasa es su

esposa y una mujer poderosa. Si sola te resulta peligrosa, con su esposo formaría una pareja temible. ¿Quién más uniría la ciudad contra ti? Shedemei no se estaría preparando para este viaje si Rasa no se lo hubiera pedido. En consecuencia, Rasa y Volemak deben de tener algún plan que requiere cajas de almacenaje.

—¿Y en qué consistiría ese plan?

—Shedemei es una genetista destacada, como he dicho. Si desarrollara un hongo que propagara una enfermedad por Basílica, sólo los simpatizantes de Rasa y Volemak tendrían el fungicida para combatirlo.

—Un hongo. ¿Y crees que ésta sería un arma contra los soldados gorayni?

—Nadie ha usado nada parecido como arma. Ni siquiera yo lo pensaría. Pero ya comprenderás que tus soldados no podrían luchar si fueran víctimas de una picazón dolorosa e insoportable.

—Una picazón —repitió Moozh. Parecía absurdo, ridículo. Sin embargo, podía funcionar. Un picor persistente restaría capacidad de combate a sus soldados. Y no sería fácil gobernar la ciudad si semejante plaga afectara a la gente. Los gobiernos perdían autoridad cuando se veían impotentes contra la enfermedad o el hambre. Muchas veces Moozh había usado este recurso contra los enemigos del imperátor. ¿Era posible que Rasa y Volemak fueran tan astutos y malignos como para concebir una arma impensable? Usar a una científica como fabricante de armas… ¿cómo podía Dios permitir una práctica tan rastrera?

A menos…

A menos que Rasa y Volemak hayan aprendido, como yo, a oponerse a Dios. ¿Por qué iba a ser yo el único dotado con la fuerza suficiente para burlar los esfuerzos de Dios para atontar a los hombres que intentaban seguir la senda que conducía al poder?

Pero entonces, ¿no podía ser Rashgallivak una herramienta que Dios usaba para confundirlo? Hacía muchos días que Dios no intentaba impedir que actuara. ¿Era posible que Dios, al no haber podido dominar directamente a Moozh, intentara controlarlo haciéndole creer en conspiraciones absurdas e imaginarias? Las fantasías como la que exponía Rashgallivak habían destruido a muchos generales.

—¿Las cajas no podrían servir para otra cosa? —preguntó Moozh, evaluándolo.

—Desde luego —asintió Rashgallivak—. Yo sólo he señalado la posibilidad más extrema. Estas cajas también son *muy* útiles para transportar provisiones por el desierto. Volemak y sus hijos, sobre todo Elemak, el mayor, están más familiarizados con el desierto que la mayoría de nosotros. No le temen. Tal vez están planeando preparar

un ejército. Tú sólo tienes mil hombres.

—El resto del ejército gorayni llegará pronto.

—Tal vez por eso Volemak necesitaba sólo doce cajas. No precisará provisiones para su pequeño ejército por mucho tiempo.

—Ejército —escupió Moozh—. Doce cajas. Te sorprendieron con una orden por joyas de muy alto valor. ¿Cómo sé que no te han sobornado para que me cuentes mentiras tontas y hacerme perder el tiempo?

—No me sorprendieron, señor. Me entregué a tus soldados voluntariamente. Y te he traído la orden en vez de las joyas porque quería que vieras que Shedemei la había escrito de; su puño y letra. Esta suma es muy superior al valor de las cajas. Evidentemente, ella desea comprar mi silencio.

—Ya. La situación es ésta, Rashgallivak: hace unos días te creías el amo de la ciudad y ahora traicionas nuevamente a tu ex amo para congraciarte con otro. Explícame por qué no debo vomitar en tu presencia.

—Porque puedo serte útil.

—Sí, sí, ya veo, como un perro rabioso pero hambriento. Dime, Rashgallivak, ¿qué hueso quieres que te arroje?

—Mi vida, señor.

—Tu vida ya nunca será tuya, mientras vivas. Así que pregunto de nuevo, ¿qué hueso quieres roer? Rashgallivak titubeó.

—Si finges tener el deseo altruista de servirme a mí, al imperátor o a Basílica, ordenaré que te destripen y te quemen en el mercado al instante.

—Aquí no quemamos a los traidores. Quedarías como un monstruo ante los basilicanos.

—Todo lo contrario —replicó Moozh—. Les encantaría verte sometido a ese tratamiento. Nadie es tan civilizado como para no disfrutar de la venganza, aunque luego se avergüence de haber gozado con el sufrimiento de su enemigo.

—Deja de amenazarme, general —dijo Rashgallivak—. He vivido aterrado, no pienso continuar así. Mátame, tortúrame o déjame en paz. Pero toma una decisión.

—Primero dime qué quieres. Tu deseo secreto. Lo que más codicias.

Rashgallivak dudó nuevamente, pero esta vez encontró las fuerzas para nombrar su deseo:

—La dama Rasa —susurró. Moozh asintió.

—Veo que tu ambición no ha muerto. Aún sueñas con vivir muy por encima de tu posición.

—Lo he dicho porque has insistido, señor. Sé que nunca podría suceder.

—Lárgate de aquí. Mis hombres te llevarán a bañarte y vestirte. Vivirás al menos otra noche.

—Gracias, señor.

Los soldados entraron para llevarse a Rashgallivak, pero esta vez sin arrastrarlo, sin brutalidad. Moozh aún no se había decidido a utilizarlo. Su muerte era una posibilidad atractiva. Sería el modo más contundente de declararse amo de Basílica, impartir justicia públicamente, de forma popular, y en flagrante violación del derecho, las costumbres y la educación de Basílica. A la ciudad le encantaría, y así dejaría de ser la antigua Basílica. Se transformaría en otra cosa. Una nueva ciudad.

Mi ciudad.

Rashgallivak casado con Rasa. Una idea repugnante concebida por una mente repugnante. Pero sin duda humillaría a Rasa y afianzaría su imagen de traidora. Sin embargo, ella continuaría siendo una ciudadana eminente, con un aura de legitimidad. A fin de cuentas, ella figuraba en la lista de Bitanke. Al igual que Rashgallivak.

Era una buena lista, bien pensada y audaz. Bitanke era un hombre inteligente, muy útil. Por ejemplo, tenía la astucia de no subestimar la capacidad de persuasión de Moozh. No eliminaba a determinadas personas de la lista sólo porque imaginara que jamás se prestarían a servir al general.

En consecuencia, los nombres que encabezaban la lista eran, previsiblemente, los mismos que Rashgallivak había mencionado como posibles rivales: Volemak y Rasa. El nombre de Rashgallivak también aparecía. Y el primogénito de Volemak, Elemak, por su capacidad y su legitimidad. También el hijo menor de Volemak y Rasa, Nafai, porque él vinculaba esos dos grandes nombres y porque había matado a Gaballufix con sus propias manos.

¿Todos los que pudieran satisfacer la necesidad de Moozh estaban asociados con la casa de Rasa? No le sorprendía. En la mayoría de las ciudades que había conquistado había a lo sumo dos o tres clanes que era preciso eliminar o persuadir para controlar a toda la población. Casi todos los demás integrantes de la lista de Bitanke eran demasiado débiles para gobernar bien sin la continua ayuda de Moozh, como señalaba el mismo Bitanke. Estaban demasiado vinculados con ciertas facciones, o demasiado desligados de todo.

Las dos únicas personas que no tenían lazos sanguíneos con Volemak o Rasa eran sobrinas en casa de Rasa. La vidente Euet y la descifradora Hushidh. Eran sólo niñas, y no estaban preparadas para las dificultades del gobierno. Sin embargo, gozaban de gran prestigio entre las mujeres de Basílica, sobre todo la vidente. Serían meras figuras decorativas, pero si Rashgallivak se encargaba de todo y Bitanke vigilaba a Rashgallivak para evitar que manipulara a la figura

decorativa contra los intereses de Moozh, la ciudad funcionaría muy bien mientras Moozh consagraba su atención a sus verdaderos problemas: las Ciudades de la Planicie y el imperátor.

Rashgallivak casado con Rasa. Sonaba gratamente dinástico. Sin duda los sueños de Rash incluían ocupar un día el puesto de Moozh y gobernar por su cuenta. Bien, Moozh no podía reprocharle esos sueños. Pero pronto habría una dinastía que superaría los miserables sueños de Rash. Rashgallivak podía quedarse con Rasa, pero eso no tendría comparación posible con el glorioso matrimonio de la vidente o la descifradora con el general Moozh. Esa dinastía duraría mil años. Esa dinastía podría derrocar a la débil casa de ese hombrecillo patético que se atrevía a considerarse la encarnación de Dios, el imperátor, cuyo poder quedaría reducido a la nada cuando Moozh decidiera actuar contra él.

Y, ante todo, al desposar y utilizar a una de esas mensajeras del Alma Suprema, Moozh obtendría el triunfo que más le complacía: el triunfo sobre Dios. Nunca has tenido fuerza suficiente para controlarme, oh Todopoderoso. Y ahora tomaré a tu hija escogida, una visionaria, y la convertiré en madre de una dinastía que echará por tierra tus planes y tus obras.

—¡Detenme si puedes! Soy demasiado fuerte para ti.

Nafai encontró a Luet y a Hushidh juntas, esperándolo en el escondite de la azotea. Estaban muy serias, lo cual no contribuía a calmar los temores de Nafai. Hasta entonces nunca se había sentido tan insignificante; siempre se había considerado una persona igual a cualquier otra. Pero ahora su juventud lo abrumaba. No había pensado en casarse tan pronto, ni siquiera en decidir con quién se casaría en el futuro. Tampoco se trataba de esa unión fácil y provisional que había esperado para su primer matrimonio. Su esposa sería su única esposa, y si le iba mal en este matrimonio no tendría más oportunidades. Al ver que Luet y Hushidh lo miraban solemnemente mientras él atravesaba la soleada azotea, se preguntó de nuevo si podría hacerlo: si podría casarse con Luet, que era tan perfecta y sabia a ojos del Alma Suprema. Ella había acudido al Alma Suprema con amor, con devoción, con valor. Él había acudido como un niño mimado que provocaba y ponía a prueba a su padre desconocido. Ella tenía años de experiencia en hablar con el Alma Suprema; más aun, hacía años que hablaba en nombre del Alma Suprema a las mujeres de Basílica. Sabía dominar a los demás. ¿Acaso él no lo había visto a orillas del lago de las mujeres, cuando Luet se enfrentó a las demás y le salvó la vida?

¿Iré a ti como esposo o como niño? ¿Como compañero o como alumno?

—Veo que el consejo familiar ha terminado —dijo Hushidh, cuando él se acercó.

Nafai se sentó en la alfombra, bajo el toldo. La sombra le brindaba poco refugio contra el calor. Sudaba a mares. Eso le hizo pensar en el cuerpo que ocultaba con su ropa. Si se casaba con Luet, tendría que ofrecerle ese cuerpo esta misma noche. ¿Cuántas veces había soñado con ese ofrecimiento? Pero jamás había pensado en ofrecerlo a una muchacha que lo colmaba de respeto y timidez, pero que carecía de toda experiencia; en sus sueños la mujer siempre aguardaba ávidamente, y él era un amante atrevido y dispuesto. No sucedería nada parecido esta noche.

Tuvo un pensamiento desgarrador. ¿Y si Luet aún no estaba preparada? ¿Y si todavía no era mujer? Dirigió una silenciosa plegaría al Alma Suprema, pero no pudo terminarla, pues no sabía si deseaba que ya fuera mujer o que aún no lo fuera.

—Los vínculos están estrechamente entrelazados —dijo Hushidh.

—¿De qué hablas? —preguntó Nafai.

—Estamos atados al futuro por muchas hebras. El Alma Suprema siempre le ha dicho a Luet que desea que los seres humanos la sigan libremente. Pero creo que nos ha atrapado en una red muy tupida, y tenemos tantas opciones como un pez al que han sacado del mar.

—Tenemos opciones —dijo Nafai—. Siempre tenemos opciones.

—¿Ah, sí?

—No quiero hablar contigo, Hushidh. He venido aquí a hablar con Luet.

—Tenemos la opción de seguir al Alma Suprema o no —terció Luet, con una voz suave y tierna que contrastaba con el brusco tono de Hushidh—. Y si optamos por seguirla, no estamos atrapados en su red, sino que su cesto nos transporta hacia el futuro.

Hushidh sonrió vagamente.

—Siempre tan animosa, Lutya.

Una tregua en la conversación. «Si he de ser un hombre y un esposo, debo aprender a actuar con audacia, aunque tenga miedo.»

—Luet —dijo Nafai. Y luego rectificó—: Lutya.

~¿SÍ?

Pero Nafai no podía olvidar la mirada de Hushidh, que veía en él cosas que él no deseaba que viera.

—Hushidh —dijo—, ¿puedo hablar a solas con Luet?

—No tengo secretos con mi hermana —adujo Luet.

—¿Y también será así cuando tengas esposo? —preguntó Nafai.

—No tengo esposo —objetó Luet.

—Cuando lo tengas, espero que compartas con él tus sentimientos más íntimos, y no con tu hermana.

—Cuando tenga esposo, espero que no tenga la crueldad de

pedirme que abandone a mi hermana, que es la única pariente que tengo en el mundo.

—Cuando tengas esposo —dijo Nafai—, él deberá querer a tu hermana como si fuera suya. Pero no quererla tanto como a ti, así que tú no deberás querer a tu hermana tanto como a él.

—No todos los matrimonios son por amor —puntualizó Luet—. Algunos son porque no queda más remedio.

Esas palabras le desgarraron el corazón. Luet lo sabía, por supuesto. Si el Alma Suprema se lo había dicho a él, naturalmente también se lo habría comunicado a ella. Y le estaba diciendo que no lo quería, que se casaría con él sólo porque el Alma Suprema lo ordenaba.

—Es verdad —admitió Nafai—. Pero eso no significa que marido y mujer no puedan tratarse con ternura y bondad, hasta que aprendan a tener mutua confianza. Eso no significa que no puedan estar resueltos a amarse, aunque no hayan escogido ese matrimonio libremente.

—Espero que hayas dicho la verdad.

—Prometo que será verdad, si tú me prometes lo mismo. Luet lo miró con una sonrisa triste.

—¿Es así como mi esposo me pedirá que sea su esposa?

Lo había hecho mal. La había ofendido, quizá lastimado, y desde luego defraudado. Ella aborrecía la ida de casarse con él. ¿Pero acaso no veía que a él jamás se le habría ocurrido obligarla? Con esa idea en mente, barbotó:

—El Alma Suprema nos ha escogido el uno para el otro, así que te pido que te cases conmigo, aunque tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—No de que me hagas daño. Me has salvado la vida, y antes salvaste la vida de mi padre. Tengo miedo de tu desdén. Tengo miedo de que siempre esté humillado ante ti y tu hermana, pues las dos veréis mis debilidades y me trataréis con desprecio. Tal como me veis ahora.

Nafai nunca había hablado con semejante franqueza, nunca se había sentido tan expuesto y vulnerable. No se atrevía a mirarles la cara por temor a ver el desprecio de las dos hermanas.

—Oh, Nafai, lo lamento —susurró Luet.

Esas palabras fueron el golpe que más había temido. Luet lo compadecía. Veía su debilidad, su miedo y su incertidumbre, y le tenía lástima. Sin embargo, en el dolor de ese momento decepcionante, Nafai sintió en lo más hondo una pequeña llama de alegría. Puedo hacerlo, pensó. He mostrado mis flaquezas a estas dos mujeres fuertes, y sigo siendo yo mismo, estoy vivo por dentro, y no estoy derrotado.

—Nafai, sólo he pensado en mi propio miedo —dijo Luet —. No

se me ocurrió que también tú te sentirías así. De lo contrario no le habría pedido a Shuya que se quedara cuando tú viniste.

—No es muy agradable estar aquí, os lo aseguro —añadió Hushidh.

—Me equivoqué al hacerte decir estas cosas delante de Shuya —añadió Luet—. También me equivoqué al temerte. Debí saber que el Alma Suprema no te habría escogido si no fueras un hombre de buen corazón.

¿*Ella* tenía miedo de él?

—¿Por qué no me miras, Nafai? Sé que nunca me has mirado con esperanza o deseo, pero ahora que el Alma Suprema nos ha unido, ¿por qué no me miras, al menos con bondad?

¿Cómo podía erguir el rostro y mostrar sus ojos húmedos? Sin embargo, no podía defraudarla. La miró, y a pesar de sus lágrimas de alegría y alivio, de su gran conmoción, la vio como por primera vez, como si ella le hubiera mostrado el alma. Vio la *pureza,* de su corazón. Vio que ella se entregaba por completo al Alma Suprema, a Basílica, a su hermana, a él mismo. Vio que en su corazón ella sólo ansiaba construir algo hermoso, y que estaba dispuesta a hacerlo con el joven que tenía delante.

—¿Qué ves cuando me miras así? —preguntó Luet tímidamente.

—Veo a una mujer grande y gloriosa, y veo que no tengo motivos para tener miedo, porque nunca me harías daño a mí ni a nadie.

—¿Nada más?

—Veo que el Alma Suprema ha hallado en ti el ejemplo más perfecto de lo que debe ser la raza humana, si hemos de ser íntegros y no destruirnos de nuevo.

—¿Nada más?

—¿Qué puede ser más maravilloso que las cosas que he mencionado?

Ahora los ojos se le habían despejado y veía que Luet estaba al borde del llanto, pero no por alegría.

—Nafai, pobre tonto, hombre ciego —dijo Hushidh—, ¿no ves lo que ella desea que veas?

No, no lo sé, pensó Nafai. No sé decir lo correcto. No soy como Mebbekew, no soy listo ni hábil, ofendo a los demás cuando hablo, y ahora mismo acabo de hacerlo, aunque me he expresado con sinceridad.

La miró indeciso. Ella lo observaba con avidez, ansiando que Nafai le dijera… ¿qué? Él la había elogiado francamente, con alabanzas que no habría dirigido a ninguna otra mujer, y para Luet no significaba nada porque quería algo más, algo que él ignoraba. Nafai la hería con su silencio, le apuñalaba el corazón, pero no podía evitarlo.

Luet era frágil, joven, aún menor que él. Nafai nunca había pensado en ello. Siempre parecía muy segura de sí misma, porque era una vidente, y él siempre la había tratado con respeto. Nunca había sospechado que fuese tan vulnerable. Su cutis luminoso apenas la cubría, sus huesos eran menudos. Un simple guijarro puede herirla, y ahora la veo magullada por piedras que yo le tiro sin querer. Perdóname, Luet, niña tierna, niña suave. Temía mucho por mí, pero no he resultado tan vulnerable, aunque pensaba que Hushidh y tú me despreciaríais. Mientras que tú, a quien creía tan fuerte…

Impulsivamente se arrodilló y la estrechó en sus brazos como si fuera una chiquilla desconsolada.

—Lo lamento —susurró.

—No lo lamentes, por favor —dijo ella con voz aguda, la voz de una niña que no quiere que la vean llorando, y Nafai sintió que las lágrimas le empapaban la camisa, sintió ese cuerpo que temblaba con callados sollozos.

—Lamento que debas conformarte con un esposo como yo —prosiguió Nafai.

—Y yo lamento que debas conformarte con una esposa como yo. No la vidente, no la criatura gloriosa que imaginabas. Sólo yo.

Al fin Nafai entendió lo que ella le había pedido, y no pudo contener una carcajada, porque sin saberlo acababa de dárselo.

—¿Creías que me estaba dirigiendo a la vidente? —preguntó—. No, criatura, te dije estas cosas a ti, a Luet, a la niña que conocí en la escuela de mi madre, a la niña que se ensañaba conmigo con sus réplicas burlonas, a la niña a quien estoy abrazando.

Ella se echó a reír, o sollozó con más fuerza. Pero Nafai supo que se sentía mejor. Sólo necesitaba que él comprendiera que no sería siempre la vidente, que se iba a casar con un ser humano frágil e imperfecto, no con la imponente imagen que Luet proyectaba sin pretenderlo.

Le acarició la espalda para consolarla, pero también sintió la curva del cuerpo, la geometría de las costillas y la columna vertebral, la textura y la suavidad de la piel tensa sobre los músculos.

Sus manos exploraron, memorizando, descubriendo por primera vez el contacto de la espalda de una mujer. Ella era real, no un sueño.

—El Alma Suprema no te entregó a mí —murmuró Nafai—. *Tú* te entregas a mí.

—Sí, así es.

—Y yo me entrego a ti. Aunque también yo pertenezco al Alma Suprema.

Se apartó un poco, le cogió la cabeza con la mano derecha, le acarició la mejilla con los dedos de la izquierda.

Y como si los dos hubieran pensado lo mismo simultáneamente,

se volvieron hacia Hushidh.

Pero Hushidh ya no estaba. Entonces se miraron de nuevo, y Luet dijo consternada:

—No debí pedirle que viniera aquí…

Pero no terminó la frase, porque en ese momento Nafai comenzó a aprender cómo besar a una mujer y ella, que jamás había besado a un hombre, se convirtió en su maestra.

6. BODAS

EL SUEÑO DE LA DESCIFRADORA

Hushidh no veía motivos de alegría en la boda. Nada salió mal, pues Tía Rasa tenía sobrada experiencia en rituales. La ceremonia fue sencilla y conmovedora, sin esa postiza solemnidad que otras mujeres adoptaban en su desesperado afán de parecer piadosas o importantes. Tía Rasa no necesitaba fingir. Y aun así, cuando las ocasiones públicas de la vida —bodas, mayorías de edad, graduaciones, embarques, adivinaciones, velatorios, entierros— estaban a su cuidado, se comportaba con desenvuelta elegancia, con una amabilidad que enfatizaba la ocasión misma y no el ritual. Nadie se apresuraba ni se precipitaba, ni se tenía la sensación de que era preciso respetar normas rígidas y había que andar con cuidado para no cometer errores.

No, la boda de Rasa para su hijo Nafai y sus dos hermanos —o, visto del otro lado, la boda de Rasa para sus tres sobrinas, Luet, Dol y Eiadh— fue una ocasión encantadora, con el brillo y el aroma de las flores del invernáculo y los capullos que crecían en el pórtico. Eiadh y Dol estaban asombrosamente hermosas, con túnicas ceñidas que creaban una elegante ilusión de sencillez, y un maquillaje aplicado con tanta destreza que no parecían maquilladas. O no lo hubieran parecido, salvo por la presencia de Luet.

La dulce Luet, que se había negado a maquillarse, y cuyo vestido era realmente sencillo. Mientras Eiadh y Dol tenían la elegancia de mujeres que intentaban —con gran éxito— parecer resplandecientes, jóvenes y alegres, Luet era joven de verdad, con un vestido que cubría sin artificios un cuerpo que era más la promesa que la realidad de la feminidad, un rostro brillante con una alegría grave y tímida que hacía parecer a Eiadh y Dol mucho mayores y más experimentadas. En cierto modo, era cruel que esas muchachas mayores se casaran en presencia de esta niña que las ponía en evidencia con su candor. Eiadh lo notó antes del comienzo de la ceremonia. Hushidh oyó que le pedía a Tía Rasa que «enviara a alguien para ayudar a Luet a escoger un vestido y hacer algo con su cara y su cabello», pero Tía Rasa había respondido riendo que «ningún artificio ayudará a esa niña». Eiadh entendió que Tía Rasa pensaba que Luet era demasiado fea para que el atuendo y el maquillaje la mejorasen, pero poco después Tía Rasa le dirigió un guiño de complicidad a Hushidh, dando a entender que la pobre Eiadh no tenía la menor idea de lo que sucedería en la boda.

Y sucedió. Eiadh y Dol ignoraban que cuando las criadas, estudiantes y maestras cuchicheaban «Ah, qué encantadora», «Ah, qué tierna», «Ah, quién hubiera dicho que era tan bonita», se referían a Luet. Cuando Nafai, el varón más joven, se adelantó para ser

reclamado por su prometida, los suspiros fueron como un canto de la congregación, un himno improvisado al Alma Suprema, por haber logrado que aquel muchacho de catorce años, que tenía la estatura y la fuerza de un hombre y el brillante fuego del Alma Suprema en los ojos, desposara a la hija escogida del Alma Suprema, la vidente, cuya belleza pura se vertía desde el alma hacia el exterior. El era el brillante anillo de oro donde la gema que era esa niña reluciría con brillo propio.

Hushidh veía mejor que nadie que el corazón de la gente pertenecía a Luet. Veía las hebras que los unían, chispeando como los hilos perlados de rocío de una telaraña con las primeras luces del alba. ¡Cómo aman a la vidente! Pero ante todo veía los vínculos conyugales que unían a los que participaban en la ceremonia. Inconscientemente reparaba en cada gesto, cada mirada, cada expresión, e iba asimilando las conexiones.

Elemak y Eiadh formarían una sociedad extraña y desigual; cuanto menos amara Eiadh a Elemak, más la desearía él, y cuanto más afecto le brindara él, más lo despreciaría ella. Ese matrimonio sería un espectáculo doloroso, donde la agonía de la separación sería el lazo que lo mantendría unido. Pero no podía decir nada acerca de ello, pues no la comprenderían, y si intentaba explicarlo sólo conseguiría que se enfurecieran con ella.

En cuanto a la pobre Dolya y su querido amante, Mebbekew, era un matrimonio realmente desdichado, aunque no había motivos para suponer que sería menos viable que el de Elemak y Eiadh. En ese momento, embriagados con la creencia de que eran el centro de atención, estaban radiantes con su nuevo vínculo. Pero pronto tendrían que enfrentarse con la realidad. Si permanecían en la ciudad, se odiarían al cabo de pocas semanas. Dol detestaría a Mebbekew por sus traiciones e infidelidades, Mebbekew detestaría a Dol por su posesiva necesidad de apegarse a él. Hushidh imaginó su vida doméstica. Dol lo abrazaría con entusiasmo, pensando que demostraba amor cuando sólo procuraba aferrado; y Meb, disgustado con esos abrazos posesivos, aprovecharía la menor oportunidad para escabullirse y poseer otros cuerpos, conquistar otros corazones. Pero en el desierto sería muy distinto. Meb no encontraría ninguna mujer que lo deseara excepto Dolya, y así su lujuria lo devolvería una y otra vez a sus brazos; y como él no podía traicionarla, Dol sentiría menos temor y no lo agobiaría. En el desierto ese matrimonio tal vez funcionaría, aunque Mebbekew nunca se resignaría al tedio de hacer el amor siempre con la misma mujer, noche tras noche, semana tras semana, año tras año.

Con un placer que no la enorgullecía, Hushidh imaginó lo que haría Elemak la primera vez que Meb intentara seducir a Eiadh.

Actuaría con discreción, para no debilitar su posición evidenciando que temía una infidelidad. Pero después de eso, Meb ni siquiera miraría a Eiadh…

Los vínculos entre Elemak y Eiadh, entre Dol y Mebbekew, eran similares a los que Hushidh veía todos los días en la ciudad. Eran matrimonios basilicanos afianzados en el inminente viaje al desierto, donde una persona necesitaría a la otra y tendría menos oportunidades que en la ciudad.

El matrimonio entre Luet y Nafai, en cambio, no era basilicano. Por lo pronto, eran demasiado jóvenes. Luet tenía sólo trece años. Era casi un acto de barbarie, como entre las tribus de la costa norte, donde una muchacha contraía matrimonio en cuanto dejaba de gotear su primera sangre. Sólo la certeza de que el Alma Suprema los había unido le permitía presenciar esa ceremonia. De todos modos, le enfurecía no comprender del todo mientras ellos se cogían las manos, hacían sus votos y se besaban tiernamente con las manos de Tía Rasa sobre los hombros. Se preguntó por qué le repelía tanto ese matrimonio. A fin de cuentas, Luet estaba llena de esperanza y alegría, Nafai la respetaba y deseaba complacerla. ¿Qué más podía pedir Hushidh para su querida hermana, su única pariente en este mundo?

Pero cuando finalizó la boda, cuando las parejas recién casadas regresaron al interior de la casa en una risueña procesión, bajo una lluvia de flores, para subir la escalera que conducía a sus habitaciones, Hushidh ni siquiera esperó a que su hermana se perdiera de vista. Se metió en el pasillo de las criadas y echó a correr, no hacia su habitación, sino hacia la azotea donde ella y Luet se refugiaban a menudo.

Allí encontró, sin embargo, en la penumbra del atardecer, la sombra del primer abrazo de Luet y Nafai, su primer beso. La llenó de rabia y se echó sobre la alfombra, golpeando la tela con los puños, llorando y sollozando.

—No, no, no, no.

¿Por qué se negaba? Ni siquiera ella lo entendía. Siguió llorando hasta que —harta de saber tanto y comprender tan poco— se durmió bajo la noche basilicana. A finales de primavera las brisas traían humedad y frescura del mar, sequedad y calor del desierto, y se unían en una danza turbulenta en las calles y tejados. Las brisas apresaron su cabello, que se arremolinó como si tuviera vida propia y ansiara ser libre. Pero Hushidh no se despertó.

En cambio soñó, y en sueños su inconsciente expresó el temor y la rabia que ella no podía expresar en la vigilia. Soñó con su propia boda. En el desierto, de pie en lo alto de una alta aguja de roca, sin espacio para nadie más; pero ahí estaba su esposo, flotando en el aire: Issib el inválido, volando como lo había hecho por la casa de Rasa

durante sus años de estudiante. En su sueño Hushidh gritó la pregunta que no se había atrevido a pronunciar en voz alta: ¿Por qué debo ser yo quien se case con el tullido? ¿Por qué me has destinado esa vida, Alma Suprema? ¿En qué te he ofendido, que nunca podré estar como Luet, dulce y joven y desbordante de amor, con un hombre fuerte y piadoso, capaz y bueno?

En el sueño, vi o que Issib se alejaba de ella, sin dejar de sonreír, pero Hushidh sabía que esa sonrisa demostraba su entereza, pues los gritos de su prometida le habían herido en lo más vivo. La sonrisa se borraba, y él caía, se desplomaba como un pájaro arrancado del cielo por una flecha cruel y milagrosa. Sólo entonces Hushidh comprendió que él sólo volaba impulsado por su amor, su necesidad de ella, y que había perdido la capacidad de volar cuando ella lo rechazó. Trató de alcanzarlo, de sujetarlo, pero perdió pie en la aguja de roca y cayó tras él.

Despertó entre jadeos y temblores. Cogió un extremo de la alfombra y se abrigó con ella. Aún tenía las mejillas frías por las lágrimas, los ojos hinchados de llorar. Alma Suprema, gritó en silencio, con todo su corazón. ¡Oh, Madre del Lago, dime que no me odias tanto! ¡Dime que no es tu plan para mí, que ha sido una mera casualidad lo que me ha privado de esperanza en la noche de bodas de mi hermana!

Y luego, con la ilógica de la pesadumbre y la autocompasión, rezó en voz alta:

—Alma Suprema, dime por qué has planeado esta vida para mí. Si he de vivirla, tengo que comprender. Dime que significa algo. Dime por qué estoy viva, dime si un plan tuyo me ha traído a esta vida tal como soy. Dime por qué esta capacidad de comprensión que me has dado es una bendición, y no una condena. ¡Dime si alguna vez seré tan feliz como Luet lo es esta noche!

Y luego, avergonzada de haber expresado sus celos y deseos con tanta crudeza, Hushidh lloró de nuevo y volvió a dormirse.

Aunque la noche estaba fresca, sintió calor bajo la alfombra. Gotas de sudor le perlaron el cuerpo. Y Hushidh soñó de nuevo.

Se vio en la puerta de una tienda del desierto. Nunca había visto una tienda montada, salvo en hologramas, pero esa tienda en concreto era distinta de todas las demás. Estaba de pie, con un niño en brazos, y otros cuatro niños de distintas edades salían corriendo de la tienda, y en el sueño pensó que era como si la tienda acabara de darlos a luz, como si acabaran de llegar al mundo. Si tuviera que hacerlo, los pariría de nuevo, y los llevaría a aquel mismo sitio para verlos tan vivos, morenos y risueños bajo el sol del desierto.

Los niños corrían sin parar, persiguiéndose en un juego bajo la mirada de Hushidh. Y en el sueño notó que el niño que tenía en brazos

se inquietaba, y Hushidh se desnudó un pecho y le dio de mamar; sentía la leche brotando del pezón, sentía el dulce cosquilleo de los labios del bebé, besando y succionando, buscando vida, una vida tibia, húmeda, una mezcla de leche y saliva que le dejaba burbujas en las comisuras de la boca.

Luego una silla salió flotando por la puerta de la tienda, y en la silla iba un hombre. Era Issib, pero Hushidh no sintió furia en el corazón, ni pensó que la habían privado de lo mejor de la vida. En cambio se vio ligada a él, corazón a corazón, por grandes cuerdas de seda rutilante; ella ponía al bebé en el regazo de Issib, quien le hablaba al pequeño y hacía reír a Hushidh mientras ella se secaba el pecho y se lo cubría. Todos unidos, madre, padre, hijos. Vio que esto era lo importante, no un ideal imaginario sobre lo que debía ser un esposo. Los niños corrían hacia el padre y alrededor de la silla, y él les hablaba. Los pequeños escuchaban cautivados, reían cuando él reía, cantaban cuando él cantaba. El Issib de este sueño no era un lastre para Hushidh, sino un amigo y esposo fiel.

Alma Suprema, rezó en el sueño, ¿cómo me has traído aquí? ¿Por qué me querías tanto que me has llevado a este tiempo, este lugar, este hombre, estos hijos?

La respuesta llegó de inmediato. Hebras de oro y plata enlazaban a los niños con Hushidh e Issib, y otras hebras se extendían hacia el pasado, hacia otras personas. Una muchedumbre, un billón de personas, caminando marchando en una búsqueda misteriosa, tal vez una migración. Era una visión estremecedora, tantas personas al mismo tiempo, como si Hushidh viera a cada hombre y mujer que había vivido en Armonía. Y entre ellos, aquí y allá, esas hebras de oro y plata.

Comprendió. Estas son todas las personas en quienes floreció la conexión con el Alma Suprema. Estas son las personas más capacitadas para oír la voz del Alma Suprema; en ellas se ha multiplicado la alteración genética de la fundación de Armonía, de modo que cuando se aventuran en caminos prohibidos para la invención y la acción, estos seres especiales, estos seres de oro y plata, en vez de recibir sólo sensaciones borrosas, pensamientos confusos, reciben claramente ideas, imágenes e incluso palabras.

Al principio las hebras de oro y plata eran cortas y tenues, meros bosquejos: mutaciones, conexiones azarosas, variaciones aleatorias en las moléculas genéticas. Pero aquí y allá esa gente se encontraba y se casaba; y cuando copulaban, oro con oro o plata con plata, algunos de sus hijos también se enlazaban con el Alma Suprema. Dos filones, dos clases de enlace genético, comprendió Hushidh; cuando el oro copulaba con la plata, los hijos casi nunca recibían el don. A lo largo de los siglos, en las numerosas multitudes, el Alma Suprema procuraba

anudar a la gente dotada, y al cabo de millones de años, el oro y la plata ya no eran finas hebras, sino fuertes cuerdas que pasaban de una generación a otra con mayor regularidad.

Al fin llegaba un momento en que un progenitor legaba la hebra de oro a todos sus hijos y luego, muchas generaciones después, un momento en que la hebra de oro se convertía en un rasgo dominante que un progenitor podía legar aunque el otro progenitor no estuviera dotado.

El Alma Suprema se volvía más ávida, y los nudos se convertían en urdimbres intrincadas que unían a gentes a través de miles de kilómetros, en matrimonios y cópulas improbables. Hushidh vio a una mujer que se levantaba desnuda de un arroyo para aparearse con un hombre a quien había buscado a lo largo de mil kilómetros, sabiendo que cumplía el propósito del Alma Suprema. El hombre tenía oro y plata, sólidos y genuinos, y también la mujer, y la hija de esta pareja nacía con manojos de metal refulgente, brillando con luz propia.

La madre dejaba a la hija en manos de Rasa, quien a la vez estaba ligada con las generaciones del pasado por hebras de oro y plata. Y luego la misma mujer, la misma madre, dejaba otra hija, aún más brillante, en manos de Rasa. Ante sus ojos la segunda hija creció hasta convertirse en Luet, y ahora Hushidh vio lo que había visto esa misma noche: Luet y Nafai unidos. Pero ahora Hushidh no sólo reparaba en los vínculos de amor y lealtad, de necesidad y pasión que siempre veía, sino en esas hebras de oro y plata, más brillantes en Luet y Nafai que en los demás. Con razón los ojos de los dos brillaban con tal gracia y belleza, pensó Hushidh. Fueron creados por el Alma Suprema, como si los hubiera tallado en un metal perfecto y les hubiera insuflado la magia de la vida.

Hushidh se elevó como si volara sobre el pórtico, y vio que todas las parejas que se casaban tenían esas hebras. No tan brillantes y poderosas como en Luet y Nafai, pero las tenían. Tanto Mebbekew como Elemak tenían oro y plata; Dol tenía plata únicamente, y Eiadh oro, con un vestigio de plata.

¿Quién más? ¿A cuántos más has unido, Alma Suprema?

Se remontó a mayor altura sobre la ciudad, pero como era un sueño veía claramente a la gente en las calles y en las casas. Había brillantes estelas de oro y plata, muchas más que en ningún otro lugar del mundo. A esa ciudad de mujeres muchos mercaderes habían llevado no sólo sus mercancías, sino también su simiente; muchas mujeres habían ido en peregrinación y se habían quedado, al menos el tiempo suficiente para dar a luz un hijo; muchas familias habían enviado a sus hijos a estudiar; y ahora no había casi nadie en Basílica que no estuviera dotado para sentir la influencia del Alma Suprema en mayor o menor grado. Y los que tenían ese don no sólo sentían el

Alma Suprema, sino también a los demás, aunque nunca advertían en qué medida. Con razón esta ciudad es sagrada, pensó Hushidh en el sueño. Con razón es conocida en todo el mundo por su belleza y su verdad.

Belleza y verdad, pero también aspectos más oscuros. La conexión con el Alma Suprema no significaba que una persona fuera buena o generosa. Y el conocimiento inconsciente del corazón ajeno conducía fácilmente a la explotación, la manipulación, la crueldad o el dominio. Hushidh vio a Gaballufix y advirtió que sus hebras eran tan brillantes como las de Rasa o Wetchik. Con razón él sabía conducir a los hombres de Palwashantu, intimidar a las mujeres, dominar a sus allegados.

En el sueño, Gaballufix salió de su casa, blandiendo la espada energética como si lo atacaran mil enemigos invisibles. Hushidh comprendía que era un efecto de su locura, y que el Alma Suprema lamentaba esos actos. Hacía tropezar a Gaballufix. El caía al suelo y quedaba allí tendido, aún reluciendo de oro y plata, pero inofensivo e indefenso.

Otro se acercaba: Nafai. Hushidh veía al esposo de Luet en su momento más terrible, cuando se erguía sobre el caído y rogaba al Alma Suprema que no le exigiera cometer ese acto. Pero cuando cortaba la cabeza de Gaballufix, no era una marioneta del Alma Suprema. Había escogido libremente el camino del Alma Suprema. Gaballufix había perecido, y Nafai se quedaba solo en la calle, reluciente y angustiado.

Hushidh sobrevoló la ciudad, mirando a las personas más relucientes. Shedemei, a solas en su laboratorio, llenando cajas portátiles con semillas y embriones. Un hombre que caminaba con Nafai hacia la puerta de la ciudad, llevando una esfera envuelta en un paño; tenía que ser Zdorab, de quien Nafai les había hablado, y Zdorab también brillaba con oro y plata. El esposo de Sevet, Vas. El esposo de Kokor, Obring. Los dos eran tan relucientes como las hijas de Rasa y Gaballufix. Todos reunidos en esa ciudad, en ese momento, y los mejores iban al desierto para reunirse con Wetchik. El Alma Suprema los había criado para eso, y ahora les pedía que abandonaran el mundo para trasladarse a otro lugar.

¿Qué serán nuestros hijos? ¿Y nuestros nietos?

Se elevó de nuevo sobre la ciudad, regocijándose al comprender el plan del Alma Suprema, cuando entrevió otra brillante cuerda de oro y plata. Quiso mirar, y como era un sueño descendió al instante y descubrió que la luz brotaba de la casa de Gaballufix, pero el hombre no era Gaballufix. Vestía un extraño uniforme, y el cabello aceitado le colgaba en rizos brillantes.

El general Vozmuzhalnoy Vozmozhno. Moozh. ¡También él era

llevado allí! ¡También él figuraba en los planes del Alma Suprema!

Moozh se levantó y desenvainó la espada de metal. Entonces, ¿era como Gaballufix? ¿Agitaría los brazos en una fiebre asesina?

No. Al ver las cuerdas de oro y plata que lo unían con el Alma Suprema, las cortaba con la espada. Luego huía de ellas. Pero las hebras crecían de nuevo, entonces él volvía a cortarlas y huía. Esto se repetía una y otra vez, y Hushidh comprendía que Moozh odiaba su vínculo con el Alma Suprema.

Sin embargo estaba en la ciudad porque el Alma Suprema lo había conducido allí. Y Hushidh comprendió una vez más: el Alma Suprema, consciente de que el general la odiaba y se rebelaba contra ella, le había impulsado a *no* hacer lo que ella quería. ¡Con qué facilidad lo había engañado! ¡Con qué facilidad lo había guiado! Y en sueños Hushidh se rió.

Rió y comenzó a despertar; sintió que el sueño se alejaba de ella, sintió su cuerpo, arropado en una alfombra, sudando aunque el aire soplaba fresco.

En ese momento, cuando la vigilia ahuyentó el sueño, tuvo una visión repentina y diferente de las anteriores. Vio la imagen de su sueño anterior, el sueño en el que se había visto erguida en la aguja de roca con Issib flotando al lado, y él caía y ella caía tras él; le atravesó la mente en una imagen fugaz, y entonces vio algo nuevo: criaturas aladas, peludas como animales pero capaces de volar; aparecían en el cielo y cogían a Issib y Hushidh de los brazos y piernas, y batían las alas para impedir que se estrellaran contra las rocas y los llevaban arriba.

Este sueño inesperado y repentino la aterró, pues Hushidh sabía que no estaba dormida, y que no debía haber tenido un sueño tan claro y espantoso. ¿Acaso el Alma Suprema no le había mostrado ya todo lo que ella pedía? ¿Por qué ahora la llevaba de nuevo a esa vieja imagen?

Y una vez más, regresó a un momento anterior de sus sueños. Estaba con Issib delante de la tienda, con el bebé en el regazo de Issib y los niños reunidos alrededor de la silla flotante. En cuanto Hushidh reconoció la escena, ésta cambió; ya no estaban en el desierto, sino en un bosque exuberante, ante la puerta de una casa de madera en medio de un claro, y de repente unas ratas gigantescas salían de madrigueras y caían de las ramas de los árboles y se lanzaban contra ellos. Hushidh supo que querían robarles los hijos, para llevárselos y comerlos, y gritó aterrada. Las criaturas voladoras regresaron, bajaron del cielo para coger a sus hijos y rescatarlos de las zarpas de esas ratas voraces. Viendo lo que sucedía, ella cogió al bebé que estaba en el regazo de Issib y lo alzó sobre su cabeza, entonces una de las criaturas volantes bajó para rescatarlo. Hushidh rompió a llorar, temiendo haber salvado

a sus hijos de un depredador para dárselos a otro. Sin embargo sabía. Había escogido, y cuando regresaron las criaturas, Hushidh levantó los brazos de Issib para que las criaturas se lo llevaran. Pero las ratas ya se lanzaban sobre ellos, y cien zarpas salvajes la aferraron y desgarraron…

Despertó al oír su propio grito, con un nudo de terror en el corazón. Estaba empapada de sudor. La noche era oscura, la brisa gélida, pero Hushidh no temblaba de frío. Aturdida y entumecida, se quitó la alfombra de encima y se dirigió hacia la abertura que conducía al ático.

Cuando llegó a su habitación, veía bien y caminaba normalmente, pero aún estaba débil y aterrada, y no soportaba la soledad. La cama de Luet —Luet, que debía estar con ella para consolarla— estaba vacía, porque Luet había ido a otro lecho, y abrazaba a alguien que esa noche la necesitaba muchos menos que su hermana. Hushidh se acurrucó en su cama, alternando entre mudos temblores y jadeantes sollozos, temiendo que alguien la oyera desde otra habitación.

Pensarán que tengo celos de Luet, si me oyen sollozar. Pensarán que la odio por haberse casado antes que yo, y no es así… y mucho menos ahora, pues el Alma Suprema me ha mostrado el sentido de todo. Trató de evocar ese sueño —ella con sus hijos y su esposo en la entrada de la tienda— pero el sueño se transformó de nuevo y sintió terror de las ratas que salían de los agujeros y de los árboles, y su única esperanza eran las extrañas bestias voladoras…

Se encontró en el pasillo, huyendo de un miedo que arrastraba consigo al correr. Corrió hasta abrir la puerta de la habitación donde estaba Luet, pues no podía soportarlo, necesitaba ayuda, y sólo Luet podía ayudarla…

—¿Qué pasa?

En la aterrada voz de Luet parecía resonar el miedo de Hushidh. Luet estaba sentada en la cama, apoyándose la sábana en la garganta como si fuera un escudo. Nafai se levantó torpemente y se acercó a Hushidh, sin comprender quién era pero consciente de que si entraba un intruso era su deber cerrarle el paso…

—Shuya —dijo Luet.

—Oh, Luet, perdóname —sollozó Hushidh—. Ayúdame. ¡Abrázame!

Nafai la guió hacia el interior de la habitación. Luet se le acercó y la ayudó a sentarse en la cama desordenada. Hushidh dio rienda suelta a sus sollozos. Notó que Nafai caminaba por la habitación, cerraba la puerta, buscaba ropas para que ni él ni Luet tuvieran que avergonzarse cuando ella dejara de llorar y recobrase la compostura.

—Lo lamento, lo lamento —repetía Hushidh entre sollozos.

—No te preocupes —dijo Luet.

—Tu noche de bodas. Nunca debí… pero he tenido un sueño, era tan espantoso…

—Está bien, Shuya —dijo Nafai—. Sólo te pido que te calmes, pues si te oyen creerán que es Luet llorando a moco tendido en su noche de bodas, y quién sabe qué pensarán de mí. — Hizo una pausa —. Aunque, pensándolo bien, quizá debieras llorar un poco más fuerte.

Nafai hablaba con sereno buen humor, y Luet se rió de la broma. Era lo que Hushidh necesitaba para perder el miedo. Podía pensar en Luet y Nafai en vez de recordar el sueño.

—Nadie ha cometido jamás tal despropósito —dijo Hushidh, afligida y avergonzada, pero muy aliviada—. ¡Irrumpir en el cuarto de mi hermana en su noche de bodas!

—No has interrumpido nada —aseguró Nafai, y él y Luet se echaron a reír, como niños con un secreto absurdo.

—Lamento reírme cuando te sientes tan mal —dijo Luet—, pero debes entender. Ha sido un fiasco. —Los dos se rieron de nuevo.

—Es un talento adquirido —dijo Nafai—. Y a nosotros nos falta práctica.

Hushidh se contagió de ese buen humor, de la calma que creaban entre ambos. Era increíble que un par de jóvenes esposos, interrumpidos en su primera noche, recibieran y consolaran con tan buena voluntad a una hermana, pero así eran Lutya y su Nyef. Hushidh lloró de amor y gratitud. Eran lágrimas felices, no esas lágrimas desesperadas nacidas de la soledad y el terror.

—No lloraba por mí —dijo, pues ahora podía hablar—. Admito que sentía envidia y soledad, pero el Alma Suprema me envió un sueño benigno, me vi a mí misma con mi marido y nuestros hijos… — Entonces la asaltó un pensamiento que antes no se le había ocurrido —. Nafai, sé que estoy destinada a Issib. Pero debo preguntarte… él es… capaz, ¿verdad?

—Shuya, no podría ser menos capaz de lo que yo he sido esta noche.

Luet le pegó juguetonamente en la mano.

—Te lo está preguntando en serio, Nafai.

—Es tan virgen como yo —dijo Nafai—, y lejos de la ciudad apenas puede usar las manos. Pero no es paralítico y sus… reacciones involuntarias, en fin… funcionan.

—Entonces el sueño era cierto —observó Hushidh—. O puede serlo, al menos. Soñé con mis hijos. Con Issib. Eso podría cumplirse, ¿verdad?

—Si tú lo deseas —asintió tranquilo Nafai—. Si estás dispuesta a aceptarlo. Es el mejor de nosotros, Shuya, te lo aseguro. El más inteligente, el más bondadoso, el más sabio.

—Pues a mí me dijiste que tú eras el mejor —protestó Luet.

Nafai le sonrió con estúpida alegría.

Hushidh se sentía mejor, y comprendió que no era correcto quedarse allí; había recibido todo el consuelo que podía pedir a su hermana, y ahora debía regresar a su habitación para dormir sola. La sombra del sueño maligno se había desvanecido.

—Gracias a los dos —susurró—. Nunca olvidaré vuestra bondad de esta noche. —Se levantó y echó a andar hacia la puerta.

—No te vayas —pidió Nafai.

—Debo dormir —dijo Hushidh.

—Antes cuéntanos el sueño. Necesitamos oírlo. No el sueño benigno, sino el que te atemorizó tanto.

—Él tiene razón —terció Luet—. Aunque sea nuestra noche de bodas, el mundo está oscuro alrededor y debemos saber todo lo que el Alma Suprema revele a cualquiera de nosotros.

—Por la mañana —dijo Hushidh.

—¿Crees que podremos dormir, preguntándonos que sueño terrible ha afectado tanto a nuestra hermana? —preguntó Nafai.

Aunque Hushidh sabía que él había escogido cuidadosamente las palabras, agradeció la bondad y el afecto que demostraban. Aunque Nafai temiera o envidiara la estrecha relación que unía a las dos hermanas, no se resistía a ella, sino que procuraba incluirse, e incluir a Hushidh en la intimidad de su matrimonio. Era un acto generoso, en esa noche singular en que Nafai debía de creer que se estaban cumpliendo sus peores temores sobre Hushidh, quien había irrumpido en la alcoba nupcial llorando como una loca. Si él hacía semejante esfuerzo, Hushidh no podía menos que aceptar esa relación. A fin de cuentas era una descifradora. Conocía los lazos que unían a la gente, y le alegraría ayudarle a estrechar este vínculo.

Regresó y se sentaron en la cama, formando un triángulo con las piernas cruzadas, rodilla con rodilla, y Hushidh les contó sus sueños, de cabo a rabo. No omitió ningún detalle y confesó su resentimiento del principio para que ellos comprendieran cuánto agradecía la tranquilidad que le había enviado el Alma Suprema.

Dos veces la interrumpieron con asombro. La primera vez cuando ella les comentó que había visto a Moozh, y que el Alma Suprema lo guiaba valiéndose del rechazo del general. Nafai se rió maravillado.

—Moozh en persona, el sanguinario general goraym, huyendo del Alma Suprema por la senda que el Alma Suprema le ha trazado. ¡Quién lo hubiera dicho!

La interrumpieron por segunda vez cuando Hushidh habló de las criaturas aladas.

—¡Los ángeles! —exclamó Luet.

Hushidh recordó el sueño que Luet le había contado días atrás.

—Claro —dijo—. Por eso aparecieron en mi sueño… porque recordé que me habías hablado de esos ángeles y las ratas gigantes.

—No saques conclusiones —advirtió Luet—. Cuéntanos el resto del sueño.

Y así lo hizo, y luego guardaron silencio, reflexionando.

—Creo que el primer sueño, donde aparecías con Issib, viene de ti misma —dijo al fin Luet.

—También yo lo creo —asintió Hushidh—, y ahora que recuerdo que me contaste ese sueño con ángeles velludos…

—Silencio —dijo Luet—. No te adelantes. Después de esa primera visión que procedía de tu temor a casarte con Issib, rogaste al Alma Suprema que te revelara su propósito, y ella te mostró ese maravilloso sueño de las hebras de oro y plata que unían a la gente…

—Criándonos como ganado —señaló Nafai.

—No seas irreverente —le regañó Luet.

—No seas demasiado reverente —bufó Nafai—. Dudo que la programación original del Alma Suprema le ordenara comenzar un programa de crianza con los humanos de Armonía.

—Sé que tienes razón —asintió Luet—, que el Alma Suprema es un ordenador creado en los albores de nuestro mundo para cuidar a los seres humanos e impedir que se destruyan entre sí, pero en mi corazón aún la considero una mujer, la Madre del Lago.

—Mujer o máquina, ahora tiene sus propios propósitos, y éste no me convence —dijo Nafai—. Acepto que nos reúna para emprender un viaje a la Tierra, y me alegra. Es una empresa gloriosa. Pero este asunto de la crianza… Mis padres copulando con una oveja y un carnero para conservar la pureza del linaje…

—Pero ellos se quieren —señaló Luet.

Nafai tendió una mano y le cogió los dedos tiernamente.

—Lutya, se quieren, como nosotros nos queremos. Pero nosotros hemos actuado voluntariamente, conociendo el propósito del Alma Suprema y aceptándolo. ¿Qué otros planes ha trazado el Alma Suprema, de los cuales aún no sabemos nada?

—El Alma Suprema me ha contado esto porque se lo pedí —apuntó Hushidh—. Si es un ordenador, como tú dices, y creo en tus palabras, tal vez no pueda contarnos lo que aún no hemos preguntado.

—Entonces debemos preguntar. Debemos saber qué se propone ella… mejor dicho, *él* —dijo Nafai.

Esta confusión causó gracia a Luet, pero no se rió. Hushidh, que no era la leal esposa de Nafai, no pudo contener una protesta.

—Al margen de lo que pensemos del Alma Suprema —prosiguió pacientemente Nafai—, debemos preguntar. Qué significa la presencia de Moozh, por ejemplo. ¿También debemos llevarlo al desierto? ¿Para eso fue traído aquí? ¿Y qué significan esas extrañas criaturas, los

ángeles y las ratas? El Alma Suprema debe decírnoslo.

—Todavía pienso que las ratas y los ángeles aparecieron en mi visión porque Lutya soñó con ellos y me los mencionó. Era un modo de dar forma a mis miedos —dijo Hushidh.

—¿Pero por qué aparecieron en el sueño de Lutya? —preguntó Nafai—. Ella no les temía.

—En mi sueño las ratas no eran terribles ni peligrosas —añadió Luet—. Eran sólo ratas. Viviendo sus vidas. En mi sueño no se relacionaban con los seres humanos.

—Basta de conjeturas —dijo Nafai—. Vamos a preguntárselo al Alma Suprema.

Nunca lo habían hecho antes. Los hombres y las mujeres no rezaban juntos en los rituales de Basílica. Los hombres oraban con sangre y agua en el templo, o en sus casas particulares, y las mujeres oraban en las aguas del lago, o en sus casas particulares. Así que sentían timidez e incertidumbre. Nafai tendió los brazos hacia Hushidh y Luet, y las dos le cogieron las manos.

—Yo hablo con el Alma Suprema en silencio —dijo Nafai—. En mi interior.

—También yo, aunque a veces lo hago en voz alta. ¿Tú no? —preguntó Luet.

—Lo mismo que yo —asintió Hushidh—. Luet, habla en nombre de todos.

Luet sacudió la cabeza.

—Fuiste tú quien ha tenido el sueño esta noche, Hushidh. El Alma Suprema se dirigía a ti. Hushidh se estremeció.

—¿Y si vuelve el sueño maligno?

—No importa quién hable —adujo Nafai—, mientras todos formulemos la misma pregunta en nuestro corazón. Padre, Issib y yo hablamos fácilmente con el Alma Suprema, cuando tenemos el índice, haciendo preguntas y recibiendo respuestas como si habláramos con el ordenador de la escuela. Haremos lo mismo aquí.

—No tenemos el índice —señaló Luet.

—No, pero estamos unidos al Alma Suprema con hebras de oro y plata —dijo Nafai, mirando de soslayo a Hushidh—. Eso debería bastar, ¿verdad?

—Entonces habla en nombre de todos, Luet —pidió Hushidh.

Así que Luet hizo las preguntas, expresó en voz alta sus preocupaciones y las de Nafai, y el terror que Hushidh había experimentado. La primera respuesta fue para esa pregunta.

No lo sé, dijo el Alma Suprema. Luet guardó silencio, sorprendida.

—¿Habéis oído lo mismo que yo? —preguntó Nafai.

Como no sabían qué había oído Nafai, nadie pudo responder. Hasta que Hushidh se atrevió a decir lo que había oído en su interior.

—Ella no sabe —susurró.

Nafai les cogió las manos con más fuerza y le habló al Alma Suprema, en nombre de los tres.

—¿Qué es lo que no sabes?

Yo envié el sueño de las hebras de oro y plata, dijo el Alma Suprema. Envié el sueño de Issib y sus hijos ante la tienda. Pero no era mi intención que vieras al general. Yo no te mostré al general.

—¿Y las ratas? —preguntó Hushidh.

—¿Y los ángeles?—añadió Luet.

No sé de dónde vienen ni qué significan.

—Ya —dijo Hushidh—. Fue sólo un extraño sueño tuyo, Luet. Como me lo contaste, yo lo recordé, eso es todo.

¡No!

Era como si el Alma Suprema le hubiera gritado en la mente, y Hushidh tembló.

—¿Entonces, qué? —exclamó Hushidh—. Si no sabes de dónde procede, ¿cómo sabes que no es un sueño común? Porque el general también lo tuvo. Se miraron atónitos.

—¿El general Moozh?

En la mente de Hushidh se formó la imagen fugaz de un hombre con una criatura voladora en el hombro, y una rata gigante aferrada a su pierna. Humanos, ratas y ángeles se aproximaban para tocarlos a los tres y adorarlos.

La imagen se disipó tan repentinamente como antes había surgido.

—¿El general tuvo este sueño? —preguntó Hushidh. Sí, hace semanas. Antes que vosotras soñarais con estas criaturas.

—Entonces, somos tres —dijo Luet—. Somos tres, y ni siquiera conocemos al general, pero todos hemos soñado con estas criaturas. El vio adoración, yo vi arte, tú viste guerra, Hushidh, guerra y salvación.

—Si no vino de ti, Alma Suprema —dijo Nafai ávidamente, cogiéndoles las manos con fuerza—, ¿de dónde pudo proceder semejante sueño?

No lo sé.

—¿Existe otro ordenador? —preguntó Hushidh. No aquí. No en Armonía.

—Tal vez tú no lo sabes —sugirió Nafai. Lo habría sabido.

—Entonces, ¿por qué tenemos estos sueños? —preguntó Nafai.

Esperaron, pero no obtuvieron respuesta. Y luego hubo una respuesta, pero una que no deseaban.

Tengo miedo, dijo el Alma Suprema.

Hushidh volvió a asustarse, y aferró la mano de su hermana y la mano de Nafai.

—Odio esto —se lamentó—. Odio esto. No quería saberlo.

Tengo miedo, dijo el Alma Suprema con toda claridad. Tengo miedo, pues miedo es para mí el nombre de la incertidumbre, de una imposibilidad que no obstante es real. Pero también tengo esperanza, que es otro nombre para lo imposible que puede convertirse en realidad. Tengo la esperanza de que el sueño provenga del Guardián de la Tierra. Que a través de los años luz el Guardián de la Tierra se esté comunicando con nosotros.

—¿Quién es el Guardián de la Tierra? —preguntó Hushidh.

—El Alma Suprema lo ha mencionado antes —dijo Nafai—. No está del todo claro, pero creo que es un ordenador que fue designado Guardián de la Tierra cuando nuestros antepasados se marcharon hace cuarenta millones de años.

No es un ordenador, replicó el Alma Suprema.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Nafai. No es una máquina.

—¿Qué es? Está vivo.

—¿Qué ser podría estar vivo después de tantos años?

El Guardián de la Tierra. Nos llama. Os llama a vosotros. Tal vez mi deseo de llevaros de regreso a la Tierra también sea un sueño del Guardián. Yo también he sentido confusión, y no sabía qué hacer, y luego se me ocurrieron ciertas ideas. Supuse que eran producto de las rutinas aleatorias. Pensé que provenían de mi programación. Pero si vosotros y Moozh tenéis extraños sueños con criaturas desconocidas en este mundo, tal vez yo también tenga sueños que no fueron programados, que no proceden de este planeta.

No tenían respuesta para la pregunta del Alma Suprema.

—No sé qué pensáis vosotros —dijo Hushidh—, pero yo contaba con que el Alma Suprema estuviera a cargo de todo, y no me gusta que ella ignore lo que está sucediendo.

—La Tierra nos llama —intervino Nafai—. ¿No lo comprendes? La Tierra nos llama. No sólo al Alma Suprema, sino también a nosotros. Al menos a vosotras dos, y a Moozh. Os llama para que regreséis al hogar.

A Moozh no, dijo el Alma Suprema.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hushidh—. Si no sabes por qué, ni cómo el Guardián de la Tierra nos dio estos sueños, si ni siquiera sabes si provienen de él, ¿cómo sabes que Moozh no debe ir al desierto con nosotros?

Moozh no, insistió el Alma Suprema. Dejad a Moozh en paz.

—Si no querías que Moozh se reuniera con nosotros, ¿por qué lo has traído aquí? — preguntó Nafai. Lo he traído aquí, pero no para vosotros.

—Tiene las mismas hebras de oro y plata que nosotros —señaló Luet—. Y el Guardián de la Tierra le ha hablado. Lo he traído aquí para que destruya Basílica.

—Es el colmo —estalló Nafai—. El Alma Suprema tiene una idea, el Guardián de la Tierra tiene otra. ¿Y qué haremos nosotros?

Dejad a Moozh en paz. No lo toquéis. Él sigue su propio camino.

—Claro —dijo Nafai—. Hace un minuto dijiste que no sabías lo que sucedía, y ahora debemos creer en tu palabra de que Moozh no forma parte de esto. No somos títeres, Alma Suprema. ¿Me comprendes? Si no sabes lo que sucede, ¿por qué debemos cumplir tus órdenes? ¿Cómo sabemos que tú tienes razón y nosotros nos equivocamos? No lo sé.

—Entonces, ¿cómo sabes que no debo ir a verlo para pedirle que nos acompañe?

Porque es peligroso e implacable, y podría usarte y destruirte, y si decide hacerlo no podré impedirlo.

—No vayas —rogó Luet.

—Él es uno de nosotros —adujo Nafai—. Si nuestro propósito es bueno, lo es porque hay algo bueno en nosotros, la gente que el Alma Suprema ha criado para regresar a la Tierra. Si es bueno, lo es porque el Guardián de la Tierra nos llama.

—No sé si lo que me ha enviado ese sueño terrible es bueno —objetó Hushidh.

—Tal vez el sueño era una advertencia —apuntó Nafai—. Tal vez debamos enfrentarnos a algún peligro, y el sueño te estaba poniendo sobre aviso.

—O a lo mejor el sueño era una advertencia para que no te acerques a Moozh —aventuró Luet.

—¿Cómo podría significar eso? —preguntó Nafai. Se quitó la ropa que se había puesto precipitadamente un rato antes, y se vistió para ir a la ciudad.

—Porque *quiero* que signifique eso —sollozó Luet—. Sólo has sido mi esposo por media noche, y de pronto quieres ir a ver a un hombre que el Alma Suprema considera peligroso e implacable. ¿Y para qué? Para invitarlo a que venga al desierto. Para invitarlo a que renuncie a sus ejércitos, sus reinos, su sangre y su violencia, y viaje con nosotros al desierto en una travesía que de algún modo terminará en la Tierra. ¡Te matará, Nafai! O te encarcelará e impedirá que vengas con nosotros. Te perderé.

—No me perderás —prometió Nafai—. El Alma Suprema me protegerá.

—El Alma Suprema te advi rtió que no fueras. Si desobedeces…

—El Alma Suprema no me castigará porque ni siquiera sabe si me equivoco. Me traerá de vuelta porque desea mi regreso casi tanto como yo. No sé si puedo protegerte.

—Sí, hay muchas cosas que ignoras —dijo Nafai—. Creo que esta noche nos has aclarado eso. Eres un ordenador potente y llevas la

mejor intención, pero tienes tantas dudas como yo. No sabes si tus planes para Moozh han recibido la influencia del Guardián de la Tierra. Ignoras si el Guardián desea que yo haga lo que estoy haciendo, y mandar al cuerno tu plan de destruir Basílica. ¡Destruir Basílica, nada menos! Es tu ciudad elegida, ¿o no? En este lugar reuniste a las personas que estaban más cerca de ti, ¿y ahora quieres destruirlo?

Las reuní aquí para crearos a vosotros, niños tontos. Ahora lo destruiré para dispersar a mis gentes por el mundo. Así mi influencia llegará a todas las comarcas y naciones. ¿Qué es la ciudad de Basílica, comparada con el mundo?

—La última vez que hablaste así, maté a un hombre —recordó Nafai.

—Por favor —suplicó Luet—, quédate conmigo.

—O déjame acompañarte —intervino Hushidh.

—Ni hablar —dijo Nafai—. Lutya, regresaré. Porque el Alma Suprema me protegerá. No sé si puedo.

—Pues inténtalo —replicó Nafai, y se puso en marcha.

—Lo arrestarán en cuanto salga a la calle —se lamentó Hushidh.

—Lo sé —asintió Luet—. Y entiendo por qué lo hace. Es un acto valeroso, y creo que es lo correcto, pero querría que no lo hiciera.

Luet lloró, y esta vez fue Hushidh quien la consoló a ella. Qué jaleo hemos tenido esta noche, pensó. Qué noche de bodas para vosotros, qué noche de sueños para mí. ¿Y cómo será la mañana? Quizás enviudes sin siquiera llevar un hijo suyo en las entrañas. O quizás — ¿por qué no?— el gran general Moozh regrese con Nafai, renuncie a su ejército y nos acompañe al desierto. Puede suceder cualquier cosa.

EN LA CASA DE GABALLUFIX, Y NO EN UN SUEÑO

Moozh desplegó su mapa de la costa occidental en la mesa de Gaballufix, y exploró mentalmente la situación. Las Ciudades de la Planicie y Seggidugu se extendían ante él como un banquete. Era difícil decidir hacia dónde avanzar. A estas alturas todos debían de saber que un ejército gorayni custodiaba las murallas de Basílica. Sin duda los hombres más impulsivos de Seggidugu exigían una respuesta rápida y contundente, pero no prevalecerían. La frontera norte de Seggidugu estaba demasiado cerca de los principales ejércitos gorayni de Khlam y Ulye. Necesitarían muchas tropas para tomar Basílica, aunque supieran que sólo había mil defensores gorayni, y dejarían Seggidugu expuesta a un contraataque.

Muchos corazones débiles de Seggidugu ya se estarían preguntando si no convendría presentarse ante el imperátor como suplicante y rogarle que recibiera a su nación en su benévolo imperio. Pero Moozh sabía que no tendrían más suerte que los impulsivos. Prevalecerían, en cambio, los hombres más serenos y prudentes. Ellos aguardarían. Y Moozh contaba con ello.

En las Ciudades de la Planicie ya debía de existir un movimiento para revivir la antigua Liga de Defensa, que había expulsado a los invasores de Seggidugu en nueve ocasiones. Pero eso había sucedido más de mil años atrás, cuando los Seggidugu habían cruzado las montañas desde el desierto; pocas ciudades se unirían, y además, continuarían con sus rivalidades, debilitándose aún más que si cada cual estuviera sola.

¿Qué podía hacer Moozh? Si enviaba una delegación para exigir la rendición de las ciudades más próximas, recibiría un pronto acatamiento. Pero los refugiados brotarían de esas ciudades como sangre de un corazón herido, y las demás Ciudades de la Planicie se unirían. Incluso podían pedir a Seggidugu que las encabezara, y en ese caso Seggidugu intervendría.

También podía exigir la rendición de Seggidugu. Si la obtenía, las Ciudades de la Planicie no opondrían más resistencia. Pero era una apuesta demasiado arriesgada, y convenía encontrar un método más adecuado. Podía lograr la rendición de un par de ciudades, pero disponía de muy pocos hombres —y su enlace con el grueso de sus ejércitos era demasiado precario— para dar peso al ultimátum, si Seggidugu decidía oponerse. Esas arriesgadas tretas le habían permitido evitar cruentas guerras y crear grandes imperios, y Moozh no temía correr riesgo si no había un modo mejor.

Pero si había un modo mejor, tendría que encontrarlo pronto. A estas alturas, el imperátor sabría que Plod y el intercesor del ejército de Moozh habían muerto a manos de un asesino basilicano, a quien nadie había podido interrogar porque Moozh lo había despachado de inmediato. Luego Moozh había partido con mil hombres y nadie sabía su paradero. Esa noticia aterraría al imperátor, quien era muy consciente de que el poder de un monarca era muy frágil cuando sus mejores generales cobraban demasiada celebridad. El imperátor se preguntaría cuántos hombres se unirían a Moozh si el general decidía enarbolar la bandera de la rebelión en las montañas, y cuántos otros, demasiado leales para desertar, temerían luchar contra el más grande general gorayni. Todas estas aprensiones instarían al imperátor a poner sus ejércitos en movimiento, dirigiéndolos al sur y al oeste, hacia Khlam y Ulye.

Eso era conveniente. Asustaría aún más a los seggidugu, y aumentaría la posibilidad de someterlos mediante un truco. Y estos ejércitos no habrían avanzado mucho cuando el imperátor se enterase de que la audaz maniobra de Moozh había tenido éxito y la legendaria ciudad de Basílica estaba en manos gorayni.

Moozh sonrió complacido al pensar en el terror que esta noticia despertaría en el corazón de todos los cortesanos que le habían susurrado al imperátor que Moozh era un traidor. ¿Traidor? ¿Un hombre que tiene ingenio y valor suficiente para tomar una ciudad con sólo mil hombres? ¿Que sortea dos poderosos reinos enemigos para capturar una fortaleza de montaña que se yergue a la retaguardia de sus oponentes? ¿Qué clase de traidor es éste?, se preguntaría el imperátor.

Sin embargo también tendría miedo, pues siempre lo aterraba la audacia de sus generales. Sobre todo, la audacia de Vozmuzhalnoy Vozmozhno. El imperátor enviaría un par de emisarios, sin duda un intercesor, tal vez un nuevo amigo, y también un par de familiares de confianza. Ellos no tendrían autoridad para impartir órdenes a Moozh: los gorayni nunca habrían conquistado tantos reinos si los imperatores hubieran permitido que sus subordinados contradijeran las órdenes de sus generales en campaña. Pero tendrían permiso para inmiscuirse, cuestionar, protestar, exigir explicaciones y comunicar al imperátor todo lo que les resultara sospechoso.

¿Cuándo llegarían esos emisarios? Deberían cruzar el desierto por la misma ruta que Moozh había seguido con sus hombres. Pero ahora Seggidugu e Izmennik vigilarían esa carretera, así que necesitarían una numerosa custodia, carretas de provisiones, muchos exploradores, tiendas y toda clase de ganado. Los emisarios no tendrían la voluntad ni la capacidad para moverse con la rapidez del ejército de Moozh. Así que tardarían por lo menos una semana en llegar, tal vez más. Pero

cuando llegaran, tendrían muchos soldados —tal vez tantos como Moozh— y estos soldados no serían hombres que hubieran luchado bajo su mando, hombres que él hubiera entrenado, hombres en quienes pudiera confiar.

Una semana. Moozh disponía de una semana para llevar a cabo el plan que trazara. Podía intentar su estratagema contra Seggidugu ahora y arriesgarse a una profunda humillación si encontraba resistencia. En ese caso, las Ciudades de la Planicie se unirían contra él y pronto Basílica sería sitiada. Ello no provocaría su degradación, pero quitaría fama a su nombre y lo dejaría a merced del imperátor. Los últimos días habían sido deliciosos, pues no había tenido que prestarse a los juegos de engaño y subterfugio que le consumían la vida cuando tenía que tratar con un amigo designado por el imperátor, por no mencionar a un intercesor ambicioso y entrometido. Moozh no había matado mucha gente con sus propias manos, pero disfrutaba con el recuerdo de esas muertes: esos rostros sorprendidos, el exquisito alivio que él había sentido. Ni siquiera la necesidad de matar a Smelost, ese leal soldado de Basílica, empañaba la alegría de su nueva libertad.

¿ Estoy preparado ?

¿Estoy preparado para realizar la maniobra de mi vida, para lanzar mi venganza contra el imperátor en nombre de Pravo Gollossa? ¿Para apostarlo todo a mi capacidad para unir Basílica, Seggidugu y las Ciudades de la Planicie, junto con los soldados gorayni que me sigan y el respaldo que podamos obtener de Potokgavan?

Y si no estoy preparado para eso, ¿lo estoy para someterme de nuevo al yugo con que el imperátor domina a todos sus generales? ¿Estoy preparado para inclinarme ante la voluntad de la encarnación de Dios en Armonía? ¿Estoy preparado para esperar años y hasta décadas por una oportunidad que quizá nunca se presente tan propicia?

Supo la respuesta aun antes de formularse la pregunta. Debía transformar esa semana, ese día, esa hora, en su oportunidad de derrocar a los gorayni y reemplazar ese imperio cruel y brutal por un imperio generoso y democrático, conducido por los sotchitsiya, cuya postergada venganza ya era inexorable. Moozh se había instalado con un ejército leal en la ciudad que simbolizaba todo lo que había de débil, afeminado y cobarde en el mundo. Ansiaba destruirte, Basílica, pero en cambio te robusteceré. Te transformaré en centro del mundo, pero un mundo regido por hombres poderosos, no por mujeres débiles y medrosas, por políticos, chismosos, actores y cantantes. Tal vez la mayor historia que se cuente sobre Basílica no diga que era la ciudad de las mujeres, sino la ciudad que descendía de los sotchitsiya.

Basílica, ciudad de las mujeres, aquí está tu esposo; para

someterte y enseñarte las artes domésticas que has olvidado.

Moozh echó otro vistazo a la lista de nombres de Bitanke. Si buscaba a alguien que gobernara Basílica en nombre del imperátor, tendría que escoger a un hombre como cónsul: un hijo de Wetchik, si podía hallarlo, o el mismo Rashgallivak, o un hombre más débil a quien secundaría con Bitanke.

Pero si Moozh deseaba unir Basílica, las Ciudades de la Planicie y Seggidugu contra el imperátor, necesitaba convertirse en ciudadano de Basílica mediante el matrimonio, y conquistar una posición destacada; no necesitaba un cónsul, sino una novia.

Las candidatas más interesantes de la lista, pues, eran las dos muchachas: la vidente y la descifradora. Eran jóvenes, tan jóvenes que ofendería a muchos si se casaba con una de ellas, sobre todo con la vidente. ¡Trece años! Sin embargo, esas dos muchachas tenían el prestigio adecuado, el prestigio que lo favorecería si desposaba a una de ellas. Moozh, el gran general gorayni, desposando a una de las mujeres más piadosas de Basílica, entrando en la ciudad corno un humilde esposo y no como un conquistador. Se ganaría los corazones basilicanos, no sólo los de aquellos que ya le agradecían la paz que había impuesto, sino los de todos, pues deducirían que no deseaba dominarlos, sino conducirlos a la grandeza.

Siendo esposo de la descifradora o la vidente, Moozh ya no tendría Basílica. *Sería* Basílica, y en vez de enviar ultimátum a los reinos del sur y las ciudades de la costa occidental, lanzaría un grito de guerra. Arrestaría a los espías de Potokgavan y los enviaría de vuelta a su pantanoso imperio con obsequios y promesas. Y la noticia correría como reguero de pólvora en todo el norte: Vozmuzhalnoy Vozmozhno se ha proclamado la nueva encarnación, el auténtico imperátor. Convoca a todos los soldados leales a Dios para que se le unan en el sur, o para que se levanten contra el usurpador dondequiera que estén. Mientras tanto, una nueva consigna se susurraría en Pravo Gollossa: los sotchitsiya mandarán. ¡Levantaos para tomar lo que os pertenece desde hace tantos años!

En medio del caos reinante, Moozh marcharía hacia el norte, juntando aliados mientras avanzaba. Los ejércitos gorayni retrocederían, los nativos de la naciones conquistadas lo recibirían como a un liberador. Marcharía hasta expulsar a los gorayni a sus propias tierras, y ahí se detendría a pasar un largo invierno en Pravo Gollossa, donde entrenaría su heterogéneo ejército hasta transformarlo en una invencible fuerza de combatientes. En la primavera del año siguiente invadiría las escarpadas tierras de los gorayni y destruiría su capacidad de gobernar. Haría cortar los pulgares a todos los hombres en edad de combatir, para que jamás pudieran volver a empuñar el arco ni la espada, y con cada pulgar cercenado los gorayni recordarían

el dolor de los sotchitsiya sin lengua.

¡Que Dios intentara impedírselo!

Pero sabía que Dios no lo detendría. En estos últimos días, desde que había retado a Dios y había viajado al sur para capturar Basílica, Dios no había intentado oponerse, no le había enturbiado los pensamientos. Temía que Dios le hiciera olvidar los planes que estaba trazando. Pero Dios debía de saber que no importaría, pues esos planes eran tan precisos y evidentes que Moozh sólo tendría que trazarlos una vez más… todas las veces que fuera preciso.

Para mí será el derrumbe de los gorayni y la unificación de la costa occidental. Para mi hijo será la conquista de Potokgavan, la civilización de las tribus de los bosques del norte, el sometimiento de los piratas de la costa norte. Mi hijo, y el hijo de mi esposa.

¿Cuál de las dos elegiría? La vidente era la más poderosa, la que gozaba de mayor prestigio, pero también era la más joven, demasiado joven, en realidad. Existía el riesgo de que la gente la compadeciera por aquel matrimonio, a menos que Moozh la persuadiera de acudir por voluntad propia.

La descifradora, en cambio, aunque gozaba de menor prestigio, cumplía los requisitos, y tenía dieciséis años. Era una buena edad para un matrimonio político, pues no tenía esposos anteriores y, si Bitanke estaba en lo cierto, ni siquiera se le conocían amantes. Además, la vidente transmitiría su aura de prestigio al matrimonio, pues la descifradora era su hermana, y Moozh se cercioraría de que la vidente recibiera un buen trato y estuviera estrechamente ligada a la nueva dinastía.

Era un plan muy atractivo. Ahora sólo le faltaba contar con la certidumbre necesaria para actuar. La certidumbre necesaria para ir a la casa de Rasa e ingeniárselas para obtener la mano de una de esas muchachas.

Llamaron a la puerta. Moozh golpeó la mesa. La puerta se abrió.

—Señor —dijo el soldado—, hemos efectuado un interesante arresto en la calle, frente a la casa de Rasa.

Moozh alzó los ojos y aguardó el resto del mensaje.

—El hijo menor de Rasa. El que mató a Gaballufix.

—Había escapado al desierto —dijo Moozh—. ¿Estás seguro de que no es un impostor?

—Tal vez. Pero salió de la casa de Rasa y se presentó ante el sargento para anunciarle quién era y decirle que necesitaba hablar contigo de asuntos que determinarían tu futuro y el futuro de Basílica.

—Ah —dijo Moozh.

—De forma que o bien se trata de ese niño con cojones de hierro que decapitó a Gaballufix y se marchó de la ciudad con su ropa, o de un loco que desea morir.

—O de las dos cosas. Tráelo, y prepara una escolta de cuatro soldados para llevarlo de regreso a la casa de la dama Rasa. Si ves que lo abofeteo cuando abras la puerta para llevártelo, mátalo en el porche de Rasa. Si le sonrío, trátalo con cortesía y respeto. De lo contrario, está arrestado y no podrá salir de esta casa.

El soldado dejó la puerta abierta al marcharse. Moozh se reclinó en la silla y aguardó. Es muy interesante, pensó, que no tenga que buscar a los protagonistas de los juegos sanguinarios de esta ciudad. Todos acuden a mí, uno por uno. Se suponía que Nafai había huido al desierto, fuera de mi alcance, y sin embargo estaba en casa de Rasa. ¿Qué otras sorpresas nos reserva esa casa? ¿Los otros hijos? ¿Cómo los había definido Bitanke…? Elemak, el caravanero astuto y peligroso; Mebbekew, obseso sexual; Issib, el inválido inteligente. ¿Y por qué no Wetchik, el vendedor de plantas visionario? Tal vez todos esperaban en casa de Rasa a que Moozh decidiera cómo utilizarlos.

¿Era posible que Dios hubiera resuelto apoyar la causa de Moozh? ¿Que en vez de oponerse lo ayudara, poniéndole en las manos las herramientas que necesitaba para cumplir su propósito?

No soy la encarnación de nada salvo de mí mismo, pensó Moozh. No deseo jugar al santurrón, como el imperátor. Pero si al fin Dios está dispuesto a prestarme ayuda, no la rechazaré. Tal vez, en el corazón de Dios, haya llegado la hora de los sotchitsiya.

Nafai tenía miedo, pero al mismo tiempo no lo tenía. Era una sensación extrañísima. Como si albergara en su interior un animal aterrorizado, temeroso de entrar en un lugar donde una palabra podía significar la muerte, y sin embargo Nafai, esa parte de Nafai que no era el animal, estuviera fascinado por averiguar lo que diría, por conocer a Moozh, por ver qué sucedería. Era consciente de que podía morir, pero en un nivel más profundo había decidido que la supervivencia personal carecía de importancia.

Los soldados habían demostrado más perplejidad que alarma cuando él se les acercó en la calle para decirles: «Llevadme donde el general. Soy Nafai, hijo de Wetchik, el que mató a Gaballufix». Con estas palabras había puesto la vida en sus manos, pues ahora Moozh tenía testigos de la confesión de un delito que podía conducir a su ejecución; Moozh ni siquiera tendría que inventar un pretexto para hacerlo matar.

La casa de Gaballufix no había cambiado, y sin embargo le resultaba distinta. No había modificaciones en los adornos ni en el mobiliario. Conservaba su indolente opulencia, su elegancia, su rebuscada decoración, sus colores estridentes. Sin embargo, el efecto de esta ostentación no era abrumador, sino patético, pues la estricta disciplina y la pronta obediencia de los soldados gorayni surtían un efecto disolvente. Gaballufix había escogido los muebles para

intimidar y abrumar a sus visitantes; ahora resultaban débiles, afectados, como si la persona que los había adquirido temiera que la gente descubriese la debilidad de su alma y necesitara parapetarse tras esa barricada de colores chillones y oropeles.

El verdadero poder, comprendió Nafai, no se manifestaba en cosas que pudieran comprarse con dinero. El dinero sólo compraba la ilusión de poder. El poder verdadero residía en la fuerza de la voluntad, una voluntad capaz de convencer a los demás de que obedecieran sin titubeos. El poder que se ganaba mediante el engaño se evaporaba bajo la ardiente luz de la verdad, como había descubierto Rashgallivak; pero el poder verdadero se fortalecía cuando se miraba de cerca, aunque residiera en una sola persona, un hombre sin ejércitos, sin servidumbre, sin amigos, pero dotado con una voluntad indómita.

Un hombre así le estaba aguardando, sentado a una mesa detrás de una puerta abierta. Nafai conocía la habitación. Allí él y sus hermanos se habían enfrentado a Gaballufix, allí Nafai había pronunciado las frases que habían desbaratado las delicadas negociaciones de Elemak por el índice. Claro que Gaballufix se proponía engañarlos. Lo cierto era que Nafai había hablado sin rodeos, sin comprender que Elemak, el astuto negociador, le ocultaba datos cruciales.

Nafai decidió ser más cauto, retener información tal como había hecho Elemak, ser hábil en esta conversación.

Entonces el general Moozh irguió la cabeza y Nafai le miró los ojos y vio un profundo pozo de rabia, sufrimiento y orgullo y, en el fondo del pozo, una feroz inteligencia que no se dejaría engañar.

¿Esto es Moozh? ¿De verdad he logrado verlo?

Y el Alma Suprema le susurró en el corazón: Te lo he mostrado tal como es.

Entonces no puedo mentir a este hombre, pensó Nafai. Y es mejor así, pues soy un pésimo embustero. No tengo destreza para ello: no puedo mantener el profundo autoengaño que se requiere para mentir con convicción. La verdad aflora siempre a la superficie de mi mente, por eso me delato en cada palabra, cada mirada y cada gesto.

Además, no he venido aquí para prestarme a un juego, para competir en ingenio con el general Vozmuzhalnoy Vozmozhno. He venido para darle la oportunidad de unirse a nosotros en nuestro viaje a la Tierra. ¿Cómo podré convencerlo si no le digo la verdad?

—Nafai —dijo Moozh—. Siéntate, por favor.

Nafai se sentó. Vio un mapa desplegado sobre la mesa del general. La costa occidental. En un rincón del sudoeste del mapa se encontraba el arroyo donde Padre, Issib y Zdorab aguardaban en sus tiendas, oyendo los parloteos y ladridos de un grupo de mandriles. ¿El Alma

Suprema estará mostrando a Padre lo que hago ahora? ¿Issib tendrá el índice, y estará preguntando dónde estoy?

—Supongo que no te has entregado porque te remordía la conciencia y deseabas ser juzgado por el asesinato de Gaballufix para purgar tu culpa.

—No, señor. Esta noche me he casado. No deseo la cárcel, un juicio ni la muerte.

—¿Te has casado? ¿Y antes del alba has salido a la calle a confesar un crimen? Muchacho, me temo que no eres feliz en tu matrimonio, si tu esposa no puede retenerte siquiera por una noche.

—He venido a causa de un sueño —explicó Nafai.

—Ah… ¿un sueño tuyo, o de tu esposa?

—Un sueño tuyo, señor. Moozh aguardó, impertérrito.

—Creo que una vez soñaste con un hombre que tenía una criatura velluda y voladora en el hombro, y una rata gigante que le aferraba la pierna, y que hombres, ratas y ángeles acudían a adorar a los tres, tocándolos con…

Pero Nafai no continuó, pues Moozh se había levantando y lo taladraba con esos ojos acongojados y peligrosos.

—Se lo confié a Plod, y él se lo contó al intercesor —dijo Moozh —. Si tú lo sabes, has hablado con un cortesano del imperátor. Así que basta de engaños y dime la verdad.

—Señor, no sé quiénes son Plot y el intercesor, ni ha sido un cortesano del imperátor quien me ha contado tu sueño. Me lo ha revelado el Alma Suprema. ¿Crees que el Alma Suprema no conoce tus sueños?

Moozh se sentó de nuevo, pero su actitud había cambiado. Había perdido el aplomo, la seguridad.

—¿Acaso eres la forma que Dios ha cobrado ahora? ¿Eres su encarnación?

—¿Yo? —preguntó Nafai—. Ya ves lo que soy… un muchacho de catorce años. Tal vez un poco corpulento para mi edad.

—Demasiado joven para casarte.

—Pero con edad suficiente para hablar con el Alma Suprema.

—En esta ciudad hablar con el Alma Suprema parece ser una profesión. Pero en tu caso, es evidente que Dios te responde.

—No hay nada místico en ello. El Alma Suprema es un ordenador, un ordenador potente, capaz de auto regenerarse. Nuestros antepasados lo instalaron hace cuarenta millones de años, cuando llegaron al planeta Armonía huyendo de la devastación de la Tierra. Introdujeron modificaciones genéticas en sí mismos y en su descendencia futura para que nosotros, al cabo de tantas generaciones, respondamos en los niveles cerebrales más profundos a los impulsos del Alma Suprema. Luego programaron el ordenador para interrumpir

todo razonamiento, todo plan de acción que condujera a la alta tecnología, las comunicaciones instantáneas o el transporte rápido, de modo que el mundo fuera vasto e inabarcable, y las guerras sólo consistieran en conflictos locales.

—Hasta mi llegada —señaló Moozh.

—Tus conquistas han superado en gran medida los límites que normalmente permitiría el Alma Suprema.

—Porque yo no soy esclavo de Dios —dijo Moozh—. El poder que Dios, o del ordenador, si lo prefieres así, ejerce sobre otros hombres es más débil en mí, y yo lo he resistido y doblegado. Estoy aquí porque soy demasiado fuerte para Dios.

—Sí, el Alma Suprema nos advirtió que pensabas así. Pero en realidad la influencia del Alma Suprema es mayor en ti que en la mayoría de la gente. Quizá tan fuerte como en mí. Si no te resistieras, si escucharas su voz, el Alma Suprema podría hablarte y no sería preciso que yo te comunicara este mensaje.

—Si el Alma Suprema te ha dicho que es más fuerte en mí que en la mayoría de la gente, tu ordenador miente —declaró Moozh.

—No, mira, el Alma Suprema no se interesa en la vida de los individuos, salvo por el hecho de que está ejecutando una especie de programa de crianza para tratar de engendrar personas como yo, y como tú. No me gustó cuando me enteré de ello, pero es la razón por la cual vivo, o al menos la razón por la cual se unieron mis padres. El Alma Suprema manipula a la gente. Es su función. Te ha manipulado la conciencia desde el principio y deseabas ser juzgado por el asesinato de Gaballufix para purgar tu culpa.

—No, señor. Esta noche me he casado. No deseo la cárcel, un juicio ni la muerte.

—¿Te has casado? ¿Y antes del alba has salido a la calle a confesar un crimen? Muchacho, me temo que no eres feliz en tu matrimonio, si tu esposa no puede retenerte siquiera por una noche.

—He venido a causa de un sueño —explicó Nafai.

—Ah… ¿un sueño tuyo, o de tu esposa?

—Un sueño tuyo, señor. Moozh aguardó, impertérrito.

—Creo que una vez soñaste con un hombre que tenía una criatura velluda y voladora en el hombro, y una rata gigante que le aferraba la pierna, y que hombres, ratas y ángeles acudían a adorar a los tres, tocándolos con…

Pero Nafai no continuó, pues Moozh se había levantando y lo taladraba con esos ojos acongojados y peligrosos.

—Se lo confié a Plod, y él se lo contó al intercesor —dijo Moozh —. Si tú lo sabes, has hablado con un cortesano del imperátor. Así que basta de engaños y dime la verdad.

—Señor, no sé quiénes son Plot y el intercesor, ni ha sido un

cortesano del imperátor quien me ha contado tu sueño. Me lo ha revelado el Alma Suprema. ¿Crees que el Alma Suprema no conoce tus sueños?

Moozh se sentó de nuevo, pero su actitud había cambiado. Había perdido el aplomo, la seguridad.

—¿Acaso eres la forma que Dios ha cobrado ahora? ¿Eres su encarnación?

—¿Yo? —preguntó Nafai—. Ya ves lo que soy… un muchacho de catorce años. Tal vez un poco corpulento para mi edad.

—Demasiado joven para casarte.

—Pero con edad suficiente para hablar con el Alma Suprema.

—En esta ciudad hablar con el Alma Suprema parece ser una profesión. Pero en tu caso, es evidente que Dios te responde.

—No hay nada místico en ello. El Alma Suprema es un ordenador, un ordenador potente, capaz de auto regenerarse. Nuestros antepasados lo instalaron hace cuarenta millones de años, cuando llegaron al planeta Armonía huyendo de la devastación de la Tierra. Introdujeron modificaciones genéticas en sí mismos y en su descendencia futura para que nosotros, al cabo de tantas generaciones, respondamos en los niveles cerebrales más profundos a los impulsos del Alma Suprema. Luego programaron el ordenador para interrumpir todo razonamiento, todo plan de acción que condujera a la alta tecnología, las comunicaciones instantáneas o el transporte rápido, de modo que el mundo fuera vasto e inabarcable, y las guerras sólo consistieran en conflictos locales.

—Hasta mi llegada —señaló Moozh.

—Tus conquistas han superado en gran medida los límites que normalmente permitiría el Alma Suprema.

—Porque yo no soy esclavo de Dios —dijo Moozh—. El poder que Dios, o del ordenador, si lo prefieres así, ejerce sobre otros hombres es más débil en mí, y yo lo he resistido y doblegado. Estoy aquí porque soy demasiado fuerte para Dios.

—Sí, el Alma Suprema nos advirtió que pensabas así. Pero en realidad la influencia del Alma Suprema es mayor en ti que en la mayoría de la gente. Quizá tan fuerte como en mí. Si no te resistieras, si escucharas su voz, el Alma Suprema podría hablarte y no sería preciso que yo te comunicara este mensaje.

—Si el Alma Suprema te ha dicho que es más fuerte en mí que en la mayoría de la gente, tu ordenador miente —declaró Moozh.

—No, mira, el Alma Suprema no se interesa en la vida de los individuos, salvo por el hecho de que está ejecutando una especie de programa de crianza para tratar de engendrar personas como yo, y como tú. No me gustó cuando me enteré de ello, pero es la razón por la cual vivo, o al menos la razón por la cual se unieron mis padres. El

Alma Suprema manipula a la gente. Es su función. Te ha manipulado desde el principio.

—Sé que lo ha intentado. Yo la llamaba Dios, para ti es el Alma Suprema, pero no me ha controlado.

—En cuanto advirtió que intentabas resistirte, se limitó a invertir el proceso —prosiguió Nafai—. Te prohibía hacer lo que deseaba que hicieras. Luego se aseguraba de que lo recordaras, e infaliblemente obedecías.

—Pamplinas —jadeó Moozh.

Nafai se sorprendió al ver cómo las emociones dominaban a ese hombre. El general no estaba acostumbrado a experimentar sentimientos que no podía controlar; tal vez conviniera calmarlo antes de seguir.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Nafai.

—Adelante —dijo ácidamente Moozh—. Puedo oír cualquier cosa que diga un muerto.

Esa frase revelaba tanta debilidad que Nafai sintió repulsión.

—¿Crees que voy a cambiar mi historia porque me amenazas con la muerte? Si tuviera miedo de morir, ¿habría venido aquí?

Nafai notó un cambio en Moozh, como si hiciera un esfuerzo por contenerse.

—Me disculpo —dijo el general—. Por un instante me he comportado como la clase de hombre que más desprecio, profiriendo amenazas para alterar el mensaje de un mensajero que cree decir la verdad. Te prometo que me controlaré. Si mueres hoy, no será por las palabras que hayas dicho. Continúa, por favor.

—Escúchame bien —dijo Nafai—. Si el Alma Suprema desea que olvides algo, lo olvidarás. Mi hermano Issib y yo nos creíamos muy listos cuando franqueamos las barreras. Pero no las franqueamos. Simplemente, resistirse a nosotros resultó más problemático de lo conveniente. El Alma Suprema prefirió darnos a conocer sus planes en vez de manipularnos. Por eso estoy aquí: porque la hermana de mi esposa vio en un sueño cuan fuerte es tu vínculo con el Alma Suprema, y cómo te esfuerzas en un vano intento por resistir. He venido a decirte que el único modo de liberarte de ese control es prestarte a su plan.

—¿El camino de la victoria es la rendición? —rezongó Moozh.

—El camino de la libertad es dejar de resistirse y comenzar a hablar. El Alma Suprema es la servidora de la humanidad, no su amo. Es posible persuadirla. Es capaz de escuchar. A veces necesita nuestra ayuda. Te necesitamos, general, si estás dispuesto a venir con nosotros.

—¿Ir con vosotros?

—Mi padre fue llamado al desierto como primera etapa de un

gran viaje.

—Tu padre escapó al desierto debido a las intrigas de Gaballufix. He hablado con Rashgallivak y no podrás engañarme.

—¿De verdad crees que hablar con Rashgallivak es un modo de evitar que te engañen?

—Si me mintiera, yo lo sabría.

—¿Y si él creyera en lo que dice, y sin embargo no fuera verdad?

Moozh aguardó en silencio.

—Te digo que, al margen de las circunstancias inmediatas que nos obligaron a partir a una hora determinada de un día concreto, el propósito del Alma Suprema era llevarnos a Padre, a mis hermanos y a mí al desierto, como primera etapa de un viaje.

—Pero ahora estás en la ciudad.

—Te he dicho que esta noche me he casado. También mis hermanos se han casado.

—Elemak, Mebbekew e Issib.

Nafai sintió asombro y temor al comprobar que Moozh sabía tanto sobre ellos. Pero había decidido atenerse a la verdad, y eso haría.

—Issib está con Padre. Él quería venir, y yo también quería que viniera, pero Elemak no lo permitió, y Padre respetó su voluntad. Vinimos a buscar esposa. Y a la esposa del Padre. Cuando llegamos, Madre se rió y dijo que jamás iría al desierto siguiendo los descabellados proyectos de Wetchik. Pero luego la arrestaste y difundiste esos rumores sobre ella. La aislaste de Basílica, y ahora ella ha comprendido que aquí no le queda nada y ha resuelto venir con nosotros al desierto.

—¿Estás diciendo que lo que hice formaba parte del plan del Alma Suprema para que tu madre se reuniera con su esposo en una tienda del desierto?

—Estoy diciendo que tus propósitos se acomodaron a los planes del Alma Suprema. Siempre será así, general. Siempre ha sido así.

—¿Y si no permito que tu madre abandone su casa? ¿Y si mantengo a tus hermanos y sus esposas bajo arresto domiciliario? ¿Y si envío soldados para impedir que Shedemei junte semillas y embriones para ese viaje?

Nafai se quedó atónito. ¿El general sabía lo de Shedemei? Imposible. Ella no se lo habría contado a nadie. ¿De qué era capaz Moozh, si podía entrar en una ciudad extraña y ponerse tan pronto al corriente de las cosas como para entender que las semillas de Shedemei guardaban alguna relación con el exilio de Wetchik?

—Como ves —prosiguió Moozh—, el Alma Suprema no ejerce poder donde yo mando.

—Puedes hacernos arrestar. Pero cuando el Alma Suprema decida

que es hora de irnos, descubrirás una razón de peso para soltarnos; y nos dejarás ir.

—Si el Alma Suprema desea que te vayas, muchacho, ten la seguridad de que *no* te irás.

—No lo comprendes. Aún no te he contado lo principal. Al margen de la guerra que crees estar librando con eso que llamas Dios, lo que importa es tu sueño. El sueño de las bestias voladoras y las ratas gigantes.

Moozh aguardó y Nafai advirtió que estaba profundamente perturbado.

—El Alma Suprema no envió ese sueño. El Alma Suprema no lo comprendió.

—Ya. Entonces fue un sueño sin sentido, un sueño más.

—En absoluto, pues mi esposa también soñó con esas criaturas, y lo mismo le ocurrió a su hermana. Los tres tuvisteis esos sueños, que no son sueños comunes. Los tres sentisteis que eran importantes. Tú supiste que significaba algo. Sin embargo, no procedía del Alma Suprema.

De nuevo Moozh aguardó.

—Hace cuarenta millones de años que los seres humanos abandonaron la Tierra después de devastarla —explicó Nafai—. Ha sido tiempo suficiente para que la Tierra haya sanado, para que la vida haya crecido de nuevo, para que allí haya un sitio para la humanidad. Muchas especies se han perdido, y por eso Shedemei está juntando semillas y embriones para el viaje. Nosotros somos los que tenemos el don de hablar fácilmente con el Alma Suprema. Somos los que el Alma Suprema ha reunido en Basílica, este día, a esta hora, para iniciar el viaje que nos conducirá de regreso a la Tierra.

—Aparte de que la Tierra, siempre que exista, es un planeta que gira en órbita de una estrella remota, adonde los pájaros no pueden llegar volando, aún no me has aclarado qué tiene que ver ese viaje con mi sueño.

—No lo sabemos. Sólo tenemos conjeturas, pero el Alma Suprema también cree que puede ser cierto. El Guardián de la Tierra nos está llamando. Su mensaje ha atravesado los años luz que nos separan de la Tierra para pedirnos que regresemos. Por lo que sabemos, tal vez alteró la programación del Alma Suprema y le ordenó que nos reunirá. El Alma Suprema creía saber por qué lo hacía, pero no averiguó el auténtico motivo hasta hace poco. Tal como tú sólo ahora comprendes el motivo de todo lo que has hecho en tu vida.

—¿Un mensaje en un sueño, y procede de alguien que está a miles de años luz de aquí? Entonces el sueño fue enviado treinta generaciones antes de mi nacimiento. No me hagas reír, Nafai. Eres demasiado inteligente para creer en esto. ¿No has pensado que tal vez

el Alma Suprema te esté manipulando a ti?

Nafai reflexionó.

—El Alma Suprema no me miente —declaró.

—Sin embargo, sostienes que a mí me ha estado mintiendo continuamente. Así que no podemos fingir que el Alma Suprema es una devota de la verdad, ¿no te parece?

—Pero a mí no me miente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo que me *dice…parece* verdadero.

—Si puede conseguir que yo olvide cosas… y es evidente que puede, pues ha sucedido muchas veces… —Moozh hizo una pausa, como si decidiera no hurgar en esos recuerdos—. Si puede lograr eso, ¿por qué no va a lograr que a *ti* te parezca verdadero ?

Nafai no tenía respuesta. No había cuestionado su propia certidumbre, así que ignoraba por qué el razonamiento de Moozh era falso.

—No soy sólo yo —señaló, procurando encontrar una razón—. Mi esposa también confía en el Alma Suprema. Y también su hermana. Toda su vida han tenido sueños y visiones, y el Alma Suprema jamás les ha mentido.

—¿Sueños y visiones toda su vida? —Moozh se inclinó sobre la mesa—. ¿ Con quién te has casado ?

—Creí que te lo había dicho —respondió Nafai—. Luet. Es una de las sobrinas de mi madre, y vive en su escuela.

—La vidente —dijo Moozh.

—No me sorprende que hayas oído hablar de ella.

—Tiene trece años.

—Sé que es demasiado joven, pero estaba dispuesta a hacer lo que le pedía el Alma Suprema, y también yo.

—¿Crees que podrás llevarte a la vidente de Basílica en un viaje descabellado al desierto, con el objeto de encontrar un planeta antiguo y legendario ? —preguntó Moozh—. Aunque yo no hiciera nada para impedirlo, ¿crees que la gente de esta ciudad lo aceptaría?

—Lo aceptará si el Alma Suprema nos ayuda, y el Alma Suprema nos ayudará.

—¿Y con cuál de tus hermanos se ha casado la hermana de tu esposa? ¿Con Elemak?

—Se casará con Issib. Nos espera en la tienda de mi padre. Moozh se reclinó en la silla y rió entre dientes.

—Resulta difícil saber quién controla a quién —dijo—. Según tu versión, el Alma Suprema tiene grandes planes de los cuales yo formo una pequeña parte. Pero a mi entender, Dios lo está organizando todo para que se acomode a mis propósitos. Antes de que llegaras, pensaba que Dios había dejado de ser mi enemigo.

—El Alma Suprema nunca ha sido tu enemigo —aseguró Nafai—. Ese enfrentamiento es fruto de tu propia decisión.

Moozh se levantó, rodeó la mesa, se sentó junto a Nafai y le cogió la mano con firmeza.

—Muchacho, esta conversación ha sido la más extraordinaria de mi vida.

También para mí, pensó Nafai, pero estaba demasiado desconcertado para hablar.

—Creo que eres sincero en tu deseo de realizar este viaje, pero te aseguro que estás en un grave error. No saldrás de esta ciudad, y tampoco saldrán tu esposa ni su hermana, ni las demás personas que pretendes llevar contigo. Lo comprenderás tarde o temprano. Si lo comprendes pronto, si lo comprendes ahora, tengo un plan que te resultará más atractivo que andar trajinando entre piedras y escorpiones y dormir en una tienda.

Nafai quiso explicarle una vez más por qué deseaba obedecer al Alma Suprema. Por qué sabía que obedecía libremente al Alma Suprema, y quizá también al Guardián de la Tierra. Por qué sabía que el Alma Suprema no le mentía ni lo manipulaba ni lo dominaba. Pero no pudo hallar las palabras, así que guardó silencio.

—Tu esposa y su hermana son las claves de todo. No estoy aquí para conquistar Basílica, sino para ganarme la lealtad de la ciudad. Hace una hora que te observo, que escucho tu voz, y debo admitir que eres un muchacho sorprendente. Fervoroso. Franco. Apasionado. Y tienes buenas intenciones. Cualquier observador sagaz comprendería que no quieres hacer daño a nadie. Sin embargo eres el que mató a Gaballufix, y así liberó a la ciudad de un hombre que habría sido un déspota, si hubiera vivido un par de días más. Y acabas de casarte con la persona más prestigiosa de Basílica, la muchacha que suscita mayor amor, respeto, lealtad y esperanza en esta ciudad.

—Me he casado con ella para servir al Alma Suprema.

—Por favor, repite eso. Quiero que todos lo crean, y cuando lo dices tú resulta asombrosamente convincente. Para mí será sencillo propagar la historia de que el Alma Suprema te ordenó matar a Gaballufix con el objeto de salvar la ciudad. Incluso puedes comentar que el Alma Suprema me trajo para salvar la ciudad del caos que se produjo cuando la hermana de tu esposa, la descifradora, desbarató el poder de Rashgallivak. Es perfecto, ¿no lo entiendes? Tú, Luet, Hushidh y yo, dirigidos por el Alma Suprema para salvar la ciudad, para conducir a Basílica hacia la grandeza. Todos tenemos una misión encomendada por el Alma Suprema… es una historia tan convincente que ya nadie creerá en el imperátor como encarnación de Dios.

—¿Por qué deseas hacer esto? —preguntó Nafai. No tenía sentido que Moozh lo hiciera quedar como un héroe y no como un asesino,

que Moozh deseara asociarse con tres personas a quienes mantenía prisioneras en la casa de Rasa. A menos…

—¿Qué estás pensando? —preguntó Moozh.

—Que quieres designarme tirano de Basílica, en lugar de Gaballufix.

—No serías tirano, sino cónsul. El consejo de la ciudad continuaría existiendo, enzarzado en inútiles discusiones y perdiendo el tiempo como de costumbre. Tú controlarías la guardia de la ciudad y las relaciones exteriores. Custodiarías las puertas y me asegurarías la lealtad de Basílica.

—¿Crees que no comprenderían que soy sólo un títere?

—No, porque yo me convertiré en ciudadano de Basílica, seré tu buen amigo y tu pariente cercano. Si me transformo en uno de ellos, en parte de ellos, si me convierto en general del ejército basilicano y actúo en tu nombre, no les importará quién es el títere de quién.

—Rebelión —dijo Nafai—. Contra los gorayni.

—Contra los monstruos más crueles y corruptos que hayan pisado la mísera faz de Armonía -—asintió Moozh—. Para vengar su abominable traición y la esclavitud de mi pueblo, los sotchitsiya.

—Conque así será destruida Basílica. No por ti, sino a causa de tu rebelión.

—Te aseguro, Nafai, que conozco a los gorayni. En el fondo son débiles, y sus soldados me respetan más que a su patético imperátor.

—No lo dudo.

—Si Basílica es mi capital, los gorayni no la destruirán. Nada la destruirá, porque obtendré la victoria.

—Basílica no significa nada para ti. Es una herramienta temporal. Te imagino en el norte, con un vasto ejército, empeñado en destruir el ejército que defiende Gollod, la ciudad del imperátor. En ese momento te enteras de que Potokgavan ha aprovechado la oportunidad para realizar un desembarco en la costa occidental. Tu gente suplica que regreses a defender Basílica. Yo te lo suplico. Luet te lo suplica. Pero tú piensas que tendrás tiempo de sobra para encargarte de Potokgavan cuando hayas derrotado a los gorayni. Te quedas a concluir tu faena, y al año siguiente regresas al sur y castigas a Potokgavan por sus atrocidades, encuentras Basílica reducida a cenizas y lloras por la ciudad de las mujeres. Incluso es posible que tus lágrimas sean sinceras.

Moozh estaba temblando. Nafai lo sentía en las manos que cogían las suyas.

—Decídete —urgió Moozh—. De un modo u otro, o bien gobernarás Basílica por mí, o bien morirás en Basílica… también por mí. Una cosa es segura: nunca más te irás de Basílica.

—Mi vida está en manos del Alma Suprema.

—Respóndeme. Decídete.

—Si el Alma Suprema deseara que te ayudase a subyugar esta ciudad, entonces sería cónsul. Pero el Alma Suprema quiere que viaje a la Tierra, así que no seré cónsul.

—Pues el Alma Suprema te ha engañado de nuevo, y quizás esta vez mueras por ello — declaró Moozh.

—El Alma Suprema nunca me ha engañado. El Alma Suprema no miente a quienes le siguen voluntariamente.

—O para ser más exactos, no se deja pillar en sus mentiras.

—¡No! —exclamó Nafai—. No. El Alma Suprema no me miente porque… porque todas sus promesas se han cumplido. Todas.

—O te ha hecho olvidar las que no se hicieron realidad.

—Si quisiera dudar, podría dudar hasta el cansancio. Pero en algún momento una persona debe dejar de cuestionar para empezar a actuar, y en ese punto es preciso confiar en alguna verdad. Debes actuar como si algo fuera cierto, así que escoges aquello en lo que más crees, vives en el mundo en el cual depositas más esperanzas. Yo sigo al Alma Suprema, creo en el Alma Suprema, porque quiero vivir en el mundo que ella me ha mostrado.

—Sí, la Tierra —dijo Moozh desdeñosamente.

—No me refiero a un planeta. Hablo de vivir en la realidad que el Alma Suprema me ha mostrado. Donde las vidas tienen sentido y propósito. Donde hay un plan digno de seguir. Donde la muerte y el sufrimiento no son vanos porque de ellos nacerá una buena voluntad.

—Sólo estás diciendo que deseas engañarte.

—Estoy diciendo que la historia que me cuenta el Alma Suprema concuerda con lo que veo. Tu historia, en la cual soy víctima de incesantes engaños, también puede explicar lo que veo. No tengo modo de demostrar que tu versión no es cierta, pero tú tampoco tienes modo de saber si mi versión es la errónea. Así que escogeré la que prefiero. Escogeré aquello que, de ser cierto, hará que esta realidad sea digna de ser vivida. Actuaré como si la vida a la cual aspiro fuese la vida real, y la vida que me repugna (tu vida, tu visión de la vida) fuese la mentira. Y *es* una mentira. Ni siquiera tú crees en ella.

—¿No ves, muchacho, que me cuentas la misma historia que yo te he contado? ¿Que el Alma Suprema me ha engañado continuamente? Lo único que he hecho fue volver contra ti ese cuento descabellado que esgrimías contra mí. Lo cierto es que el Alma Suprema nos ha tomado a los dos por tontos, y sólo nos queda buscar lo mejor para nosotros en este mundo. Si crees que lo mejor para ti y tu nueva esposa es gobernar Basílica bajo mi mandato, participar en la creación del imperio más grandioso que haya conocido Armonía, entonces te lo ofrezco, y te seré tan leal como tú a mí. Decídelo ahora.

—Ya está decidido. No habrá gran imperio. El Alma Suprema no

lo consentirá. Y aunque existiera tal imperio, no significaría nada para mí. El Guardián de la Tierra nos llama. Te lo pido de nuevo, general Vozmuzhalnoy Vozmozhno, renuncia a esta insensata búsqueda de un imperio, la venganza o a lo que hayas aspirado durante todos estos años. Acompáñanos al mundo donde nació la humanidad. Consagra tu grandeza a una causa que sea digna de ti. Acompáñanos.

—¿Acompañaros? No iréis a ninguna parte. —Moozh se levantó, se dirigió a la puerta y la abrió—. Llevad a este joven a casa de su madre.

Aparecieron dos soldados, como si hubieran estado esperando detrás de la puerta. Nafai se levantó y caminó hacia Moozh. Se miraron fijamente. Nafai aún veía una furia hirviente en esos ojos, pero también un miedo que no había advertido antes.

Moozh levantó la mano como para abofetearlo. Nafai no intentó esquivarlo. Moozh titubeó, y el golpe cayó en el hombro de Nafai. El general sonrió. Nafai oyó en la mente la voz del Alma Suprema: Un bofetón en el rostro era la señal para que los soldados te asesinaran. Ejerzo un poder en la mente de este hombre rebelde. He transformado su bofetón en una sonrisa. Pero en lo más hondo, él desea tu muerte.

—No somos enemigos, muchacho —dijo Moozh—. No cuentes a nadie lo que te he dicho hoy.

—Señor —dijo Nafai—, contaré a mi esposa, mis hermanas, mi madre y mis hermanos todo lo que sé. Allí no hay secretos. Y aunque no se lo contara, el Alma Suprema lo haría por mí; si guardara secretos, sólo conseguiría perder su confianza.

Ante esa negativa, los soldados se pusieron tensos, dispuestos a atacarlo. Pero la señal que aguardaban no llegó.

Moozh sonrió de nuevo.

—Un hombre débil habría prometido guardar silencio, y luego habría hablado. Un timorato prometería guardar silencio, y luego callaría. Pero tú no eres débil ni timorato.

—El general me alaba en exceso —dijo Nafai.

—Sería una lástima tener que matarte —advirtió Moozh.

—Sería una lástima morir —replicó Nafai, sin creer que hubiera respondido con tanto desparpajo.

—Crees de verdad que el Alma Suprema te protegerá.

—Hoy el Alma Suprema me ha salvado la vida —asintió Nafai.

Dio media vuelta para marcharse, con un soldado delante y otro detrás.

—Espera —lo llamó Moozh.

Nafai se detuvo, se dio la vuelta. Moozh se le acercó.

—Te acompañaré —dijo.

Por el nerviosismo de los soldados, Nafai comprendió que esto era imprevisto. No formaba parte del plan.

Bien, pensó Nafai. Tal vez no haya logrado mi propósito. Tal vez no haya convencido a Moozh de que venga con nosotros a la Tierra. Pero ha habido cambio. Las cosas han cambiado porque vine aquí.

Espero que para bien.

Y el Alma Suprema le respondió en la mente: Yo también lo espero.

7. HIJAS

EL SUEÑO DE LA DAMA

Rasa durmió mal después de las ceremonias nupciales. Como buena maestra basilicana, había callado sus temores, pero le resultó desgarrador entregar a su querida y débil Dol-ya a un hombre que le disgustaba tanto como Mebbekew. Era un joven atractivo y encantador — Rasa no era ciega— y en circunstancias normales no le habría molestado que fuera el primer esposo de Dolya, pues ella no era tonta y al cabo de un año optaría por no renovar el contrato. Pero eso sería imposible una vez que se internaran en el desierto. Adondequiera los llevase ese viaje —la Tierra, como sugería Nafai, o un destino más probable en Armonía—, las displicentes costumbres matrimoniales de Basílica ya no tendrían vigencia, y aunque ella se lo había advertido más de una vez, sabía que Meb y Dolya no prestaban la menor atención a esas advertencias.

Rasa sabía que Meb no pensaba marcharse de Basílica. Ahora que estaba casado con Dolya, tenía derecho a la ciudadanía, y se burlaría de cualquier intento de sacarlo de la ciudad. De no ser por los soldados gorayni que vigilaban la casa, Meb se habría marchado con Dolya aquella misma noche, sin volver a aparecer aunque ellos abandonaran la ciudad. Sólo el arresto domiciliario de Rasa le impedía marcharse. Bien, que así fuera. El Alma Suprema ordenaría las cosas a su gusto, y Mebbekew no era el más capacitado para frustrar sus planes.

Meb y Dolya, Elya y Edhya… Bien, ya había visto a otras sobrinas contraer matrimonios desdichados. Sus propias hijas no habían tenido mayor suerte. Aunque, en realidad, era Kokor quien se había casado mal. Obring era un hombre más moral que Mebbekew sólo porque era demasiado débil, tímido y estúpido para engañar y explotar a las mujeres de ese modo. Sevet, en cambio, se había casado bastante bien, y la conducta de Vas en los últimos días había impresionado a Rasa. Era un buen hombre, y ahora que Sevet estaba privada de la voz era posible que el dolor la transformara en una buena mujer. Cosas más extrañas habían ocurrido.

Pero cuando Rasa se acostó después de la ceremonia, no pudo conciliar el sueño. Lo que más la preocupaba era el matrimonio entre su hijo Nafai y su querida sobrina Luet. La muchacha era demasiado joven, y también Nafai. ¿Cómo podían afrontar tan pronto su condición de varón y mujer, cuando aún no habían salido de la infancia? A los dos los habían privado de algo precioso. Y la ternura con que se comportaban, el empeño con que procuraban enamorarse, sólo desalentaba más a Rasa.

Alma Suprema, tienes mucho que explicar. ¿Vale la pena tanto

sacrificio? Mi hijo Nafai tiene apenas catorce años, pero por ti se ha manchado las manos de sangre, y ahora él y Luet comparten un lecho nupcial cuando a su edad deberían mirarse tímidamente, preguntándose si algún día el otro corresponderá a su amor.

Giró en la cama. La noche era oscura y calurosa. Habían despuntado las estrellas, pero la Luna apenas brillaba, y los faroles de la calle alumbraban poco esa ciudad donde imperaba el toque de queda. No veía casi nada en su habitación, pero no quiso encender la luz; una criada la vería y pensaría que necesitaba algo, y entraría discretamente a preguntar. Debo estar sola, pensó, y se quedó acostada en la oscuridad.

¿Qué te propones, Alma Suprema? Estoy arrestada, nadie puede entrar ni salir de mi casa. Moozh me ha aislado de tal modo que no sé en quién confiar, y debo aguardar aquí para observar el desarrollo de tus planes. ¿El triunfo será tuyo, Alma Suprema, o de los malévolas maquinaciones de Moozh?

¿Qué quieres de mi familia? ¿Qué harás con mi familia, con mis seres queridos? Acepto algunas cosas, aunque a regañadientes: acepto el matrimonio de Nyef y Lutya. En cuanto a Issib y Hushidh, cuando llegue el momento, me alegrará si Shuya está dispuesta, pues siempre soñé que Issib encontrara una mujer tierna que viera más allá de su fragilidad y descubriese al hombre que es, al esposo que podría ser. ¿Quién mejor que mi preciosa descifradora, mi callada y sabia Shuya?

Pero este viaje al desierto… No estamos preparados, y en esta casa no podemos prepararnos. ¿Lo has tenido en cuenta en tus planes? ¿O las cosas se te escapan de las manos? ¿Lo has previsto todo con antelación? Estas expediciones requieren un plan cuidadoso. Wetchik y sus hijos pudieron marcharse al desierto sin preparativos porque tenían el equipo necesario y cierta experiencia en camellos y tiendas. ¡Ojalá no esperes que mis hijas o yo podamos hacer semejante cosa!

Luego, un poco avergonzada por haber hablado con tanta brusquedad al Alma Suprema, Rasa pronunció una plegaria más humilde. Concédeme el descanso del sueño, rogó, hundiendo los dedos en el cuenco de agua sagrada que tenía junto a la cama. Déjame reposar esta noche, y si no es molestia, muéstrame alguna visión de tus planes. Besó el agua sagrada que le mojaba los dedos.

Más palabras le atravesaron la mente, como un descarado corolario. Mientras me cuentas tus planes, querida Alma Suprema, no temas pedirme consejo. Tengo cierta experiencia en esta ciudad, quiero y comprendo a la gente más que tú, y me parece que por ahora no has hecho nada bien.

Oh, perdóname, gritó en silencio, abochornada.

Y luego: Olvídalo. Se dio la vuelta para dormirse, mientras las tenues ráfagas que entraban por las ventanas le secaban los dedos.

Se durmió y soñó.

En su sueño viajaba en bote por el lago de las mujeres, y frente a ella —a popa— iba el Alma Suprema. Rasa jamás había visto al Alma Suprema, pero esto era un sueño, así que la reconoció de inmediato. El Alma Suprema se parecía a la difunta madre de Wetchik, una mujer severa pero bondadosa.

—Sigue remando —dijo el Alma Suprema. Rasa vio que ella empuñaba los remos.

—Pero no tengo fuerzas para esto.

—Te sorprenderías.

—Preferiría no hacerlo —objetó Rasa—. Preferiría ocupar tu puesto. Tú eres la deidad, tú posees poder infinito. Rema tú y yo llevaré el timón.

—Soy sólo un ordenador —replicó el Alma Suprema—. No tengo brazos ni piernas. Tú tendrás que remar.

—Veo tus brazos y piernas, y son más fuertes que los míos. Además, no sé adonde nos llevas. No veo adonde vamos porque estoy mirando hacia at rás.

—Lo sé —asintió el Alma Suprema—. Así has pasado toda tu vida: mirando hacia atrás. Tratando de reconstruir un pasado glorioso.

—Pues si no lo apruebas, ten la inteligencia, por no decir la decencia, de cambiar de lugar conmigo. Déjame escrutar el futuro mientras tú remas, para variar.

—Os habéis vuelto muy descarados. Comienzo a arrepentirme de haberos criado. Cuando os doy un poco de confianza, me perdéis el respeto.

—No es culpa nuestra. Mira, no podremos pasar de lado, pues el bote es demasiado estrecho y se volcará. Arrástrate entre mis piernas, para que conservemos el equilibrio.

El Alma Suprema gruñó mientras se arrastraba.

—¿Ves? Ni el menor respeto.

—Yo te respeto —declaró Rasa—. Pero no me hago la ilusión de que siempre tengas razón. Nafai e Issib dicen que eres un ordenador. Mejor dicho, un programa que vive en un ordenador. De modo que no eres más sabio que quienes te programaron.

—Quizá me programaron para adquirir sabiduría. Al cabo de cuarenta millones de años, es posible que haya recogido un par de buenas ideas.

—Oh, sin duda. Algún día debes mostrarme alguna, pues de momento no lo has hecho muy bien.

—Quizá tú ignores lo que he hecho.

Rasa se instaló en la popa del bote, con la mano en la borda, y comprobó satisfecha que el Alma Suprema empuñaba los remos y estaba dispuesta para dar una buena brazada.

El bote brincó hacia adelante, pero de repente se quedó quieto. Rasa miró alrededor y notó que no flotaban sobre el agua, sino que se encontraban en un páramo de arena arremolinada.

—Vaya, este cambio no me ha gustado nada —protestó Rasa.

—No has resultado ser buena timonel —dijo el Alma Suprema—. No creerás que puedo remar aquí.

—¿Y tengo yo la culpa? Fuiste tú quien nos trajo al desierto.

—¿Y tú lo habrías hecho mejor?

—Eso espero. Por ejemplo, ¿dónde están los camellos? Necesitamos camellos. ¡Y tiendas! Para bastantes personas. Elemak y Eiadh, Mebbekew y Dol, Nafai y Luet… y Hushidh, desde luego. Son siete. También estoy yo. Y será mejor que llevemos a Sevet y Kokor, y sus maridos, si vienen… con lo cual serán doce. ¿Me olvido de algo? Ah, claro, Shedemei y sus semillas y embriones… ¿Cuántas cajas? No lo recuerdo. Por lo menos seis camellos sólo para su equipo. ¿Y las provisiones? Ni siquiera sé cómo calcularlas. Trece personas no es una broma.

—¿Y por qué me lo dices a mí? ¿Crees que guardo camellos y tiendas binarias en mi memoria?

—Me lo temía. No has hecho ningún preparativo para el viaje. ¿No sabes que estas cosas no se pueden hacer de buenas a primeras? Si no puedes ayudarme, indícame a alguien que sepa cómo hacerlo.

El Alma Suprema la guió hacia un monte lejano.

—Eres muy prepotente —dijo—. Se supone que soy yo quien cuida a la humanidad, ten la amabilidad de recordarlo.

—De acuerdo, tú encárgate de ese trabajo, mientras yo me ocupo de mis seres queridos. ¿Quién cuidará mi casa cuando me haya ido? ¿No se te había ocurrido? Muchos niños y maestras dependen de mí.

—Volverán a sus casas. Encontrarán otras maestras u otros empleos. No eres imprescindible.

Habían llegado a lo alto de la colina. Como en todos los sueños, el desplazamiento era a veces muy rápido y a veces muy lento. En la cima del cerro, Rasa vio que estaba en la calle, frente a su casa. No sabía que podía bajar al desierto desde su propia casa. Miró para ver por dónde la había llevado el Alma Suprema, y se encontró frente a un soldado. No un gorayni, para su alivio. Era un oficial de la guardia basilicana.

—Dama Rasa —dijo él con respeto.

—Tengo un trabajo para ti —anunció ella—. El Alma Suprema ya debía haberte dicho todo esto, pero decidió que lo hiciera yo. Espero que no te moleste ayudar.

—Sólo deseo servir al Alma Suprema.

—Bien, espero que seas ingenioso y con recursos, porque no soy experta y tendré que librar muchos detalles a tu criterio. Ante todo,

seremos trece personas.

—¿Trece para qué?

—Un viaje al desierto.

—El general Moozh te tiene bajo arresto domiciliario.

—Oh, el Alma Suprema se encargará de eso. No puedo hacerlo todo.

—Bien —asintió el oficial—. Un viaje al desierto para trece.

—Necesitaremos camellos y tiendas.

—¿Tiendas grandes o pequeñas?

—¿Qué significa grande y qué significa pequeña?

—Grande significa para doce personas, pero son difíciles de montar. Pequeña significa para dos.

—Pequeñas —decidió Rasa—. Todos dormirán en pareja, excepto Hushidh, Shedemei y yo, que ocuparemos una tienda de tres.

—¿Hushidh la descifradora? ¿Se marcha?

—Olvida los nombres, eso no te incumbe.

—No creo que Moozh desee que Hushidh se marche.

—Tampoco desea que yo me marche, por ahora. Espero que estés tomando nota de todo.

—Me acordaré.

—Bien. Camellos para montar, tiendas para dormir y camellos para transportar las tiendas, y también camellos para transportar provisiones durante… No recuerdo bien. Calculo que para diez días.

—Eso significa muchos camellos.

—Sí, qué se le va a hacer. Eres oficial, así que sabrás dónde y cómo conseguir camellos.

—En efecto.

—Ah, me olvidaba. Media docena de camellos más para transportar las cajas de almacenaje de Shedemei. Tal vez ya se haya encargado de ello. Tendrás que preguntárselo.

—¿Cuándo necesitarás todo esto?

—Enseguida —dijo Rasa—. Ignoro cuándo comenzará este viaje, pues ahora estamos bajo arresto domiciliario, como habrás oído…

—He oído.

—Pero debemos estar preparados para partir de inmediato, cuando llegue el momento.

—Rasa, no puedo hacer estas cosas sin autorización de Moozh. Él gobierna la ciudad, y yo ni siquiera soy comandante de la guardia.

—De acuerdo —asintió Rasa—. Te otorgo la autorización de Moozh.

—Tú no puedes otorgármela —objetó el oficial.

—Alma Suprema —dijo Rasa—, ¿no es hora de que intervengas?

Moozh apareció junto al oficial.

—Has estado hablando con Rasa —le dijo severamente.

—Fue ella quien vino a mí —se justificó el oficial.

—Está bien. Espero que hayas prestado atención a todo lo que te ha dicho.

—¿Entonces me autorizas para proceder?

—No puedo en este momento —dijo Moozh—. No puedo oficialmente, porque por ahora no sé si quiero que lo hagas. Así que tendrás que hacerlo con mucha discreción, para que ni siquiera yo me entere. ¿Comprendes?

—Espero que no me vea en apuros si me descubres.

—De ningún modo. No lo descubriré, a menos que te molestes en contármelo.

—Qué alivio.

—Cuando yo desee que comience este viaje, te ordenaré que hagas preparativos. Sólo tienes que decir: «Sí, señor, enseguida». No me avergüences comentando que ya lo tenías preparado desde el mediodía, o cualquier otra cosa que haga parecer que mis órdenes no son espontáneas. ¿Comprendido?

—Comprendido.

—No quiero tener que matarte, así que no me avergüences, ¿de acuerdo? Quizá te necesite después.

—Como desees, señor.

—Puedes marcharte.

El oficial de la guardia desapareció.

Moozh se transformó en el Alma Suprema.

—Creo que eso será suficiente, Rasa —dijo.

—Sí, eso creo —convino Rasa.

—Bien, entonces puedes despertar. El verdadero Moozh pronto llegará a tus puertas, y te conviene estar preparada para recibirlo.

—Muy bonito —dijo Rasa, irritada—. Apenas he dormido, y ya me haces despertar.

—No he sido responsable de la sincronización. Si Nafai no hubiera salido con tanto ímpetu de madrugada para pedir una entrevista con Moozh antes de que saliera el sol, podrías haber dormido hasta una hora razonable.

—¿Qué hora es?

—Despierta y mira el reloj.

El Alma Suprema desapareció, Rasa despertó y acto seguido miró el reloj. El alba despuntaba en el cielo, y no podría ver qué hora era sin levantarse y mirar de cerca. Con un resuello de fatiga, encendió una luz. Demasiado temprano para levantarse. Pero el sueño, a pesar de su extrañeza, contenía al menos algo de verdad: alguien llamaba a la puerta.

Las criadas sabían que a esas horas no podían abrir la puerta sin alertar primero a Rasa, pero se sorprendieron al verla llegar tan

pronto.

—¿ Quién es ? —preguntó ella.

—Tu hijo, señora. Y el general…

—Abrid la puerta y retiraos.

El sonido de la campanilla no se oía en toda la casa, así que el vestíbulo estaba casi desierto. Cuando se abrió la puerta, Nafai y Moozh entraron juntos. Nadie más. Ningún soldado, aunque sin duda esperaban en la calle. Sin embargo, Rasa evocó inevitablemente la visita de otros dos hombres que creían gobernar la ciudad de Basílica. Gaballufix y Rashgallivak habían traído soldados con máscaras holográficas, menos para amedrentarla que para apuntalar su propia confianza. Era significativo que Moozh no necesitara custodia.

—No sabía que mi hijo vagabundeaba por las calles a estas horas —dijo Rasa—. Te agradezco que hayas sido tan amable de devolverlo a su casa.

—Ahora que está casado —señaló Moozh—, no vigilarás tanto sus idas y venidas, ¿verdad?

Rasa miró a Nafai con impaciencia. ¿Tenía que gritar a los cuatro vientos que acababa de casarse con la vidente? ¿No tema la menor discreción? No, claro que no, de lo contrario no lo habrían hallado los soldados de Moozh. ¿Acaso había intentado escapar?

Pero no, había algo… sí, en el sueño. El Alma Suprema había mencionado que Nafai había salido con mucho ímpetu, para solicitar una entrevista con Moozh.

—Espero que no te haya causado problemas.

—Algunos, debo admitir —dijo Moozh—. Esperaba que me ayudara a dar a Basílica la grandeza que esta ciudad merece, pero ha rechazado ese honor.

—Perdona mi ignorancia, pero no entiendo cómo podría contribuir mi hijo a traer grandeza a una ciudad que ya es leyenda en todo el mundo. ¿Aún queda en pie alguna ciudad que sea más antigua o más sagrada que Basílica? ¿Hay alguna otra que haya sido ciudad de la paz por tanto tiempo?

—Una ciudad solitaria, señora, una ciudad solitaria. Una ciudad para peregrinos. Pero espero que pronto se convierta en una ciudad para embajadores de los mayores reinos del mundo.

—Que sin ninguna duda navegarán hacia aquí en un mar de sangre.

—No, si las cosas funcionan bien. No, si cuento con colaboración.

—¿De quién? ¿De mí? ¿De mi hijo?

—Sé que soy inoportuno, pero me gustaría conocer a dos sobrinas tuyas. Una es la joven esposa de Nafai. La otra es su hermana soltera.

—No quiero que las conozcas.

—Pero ellas tal vez querrán conocerme, ¿no crees? Dado que

Hushidh tiene dieciséis años, y la ley le permite recibir visitas, y Luet está casada, y cuenta con la misma libertad, es* pero que respetes tanto el derecho como la cortesía y les informes de que deseo conocerlas.

Rasa no pudo evitar admirarlo a pesar de su temor. En una circunstancia en que Gabya o Rash habrían vociferado o amenazado, Moozh recurría a la cortesía. No se molestaba en recordarle sus mil soldados, su poder en el mundo. Apelaba simplemente a sus buenos modales, y Rasa se quedó sin respuesta, pues no estaba segura de tener la razón.

—He despedido a la servidumbre. Esperaré aquí contigo, mientras Nafai va a buscarlas.

Moozh asintió y Nafai echó a andar hacia el ala de la casa donde los recién casados habían pasado la noche. Rasa se preguntó a qué hora se levantarían Elemak y Eiadh, Mebbekew y Dol, y qué pensarían de esa visita de Nafai al general Moozh. Tal vez debieran admirar el valor del muchacho, pero Elemak se enfadaría por esa costumbre de meterse en asuntos que no le incumbían. Rasa, en cambio, no reprochaba a Nafai su temeridad, aunque temía que se arriesgara más de la cuenta.

—El vestíbulo no es un lugar cómodo —dijo Moozh—. Tal vez haya alguna habitación privada, donde los madrugadores no nos interrumpirán.

—¿Para qué necesitamos una habitación privada, cuando aún no sabemos si mis sobrinas te recibirán?

—Tu sobrina y tu nuera —señaló Moozh.

—Una nueva relación. Pero nuestro afecto no podrá ser mayor del que ya existía.

—Amas entrañablemente a esas muchachas.

—Las defendería con mi vida.

—Y a pesar de ello, ¿no puedes disponer de una habitación privada para que conozcan a un visitante extranjero?

Rasa lo miró con cara de poc os amigos y lo condujo a su pórtico, a la zona cerrada desde la cual no se veía el Valle de la Grieta. Pero Moozh no se dignó sentarse en el banco que ella le indicó. Se dirigió a la balaustrada que había más allá de los biombos. Los hombres tenían prohibido entrar allí, ver ese paisaje, pero Rasa supo que si intentaba impedírselo sólo se pondría en ridículo.

Se le acercó, pues, y contempló el valle.

—Ves lo que pocos hombres han visto —comentó.

—Pero tu hijo lo ha visto —dijo Moozh—. Ha flotado desnudo en las aguas del lago de las mujeres.

—No fue idea mía —señaló Rasa.

—Ya sé, el Alma Suprema, que nos guía por sendas tortuosas. Tal

vez la mía sea la más tortuosa de todas.

—¿Y qué curva cogerás ahora?

—La que conduce a la grandeza y la gloria. A la justicia y la libertad.

—¿Para quién?

—Para Basílica, si la ciudad acepta.

—Ya tenemos grandeza y gloría. Ya tenemos justicia y libertad. ¿Por qué crees que tus afanes añadirán algo a lo que ya poseemos?

—Quizá tengas razón. Quizá sólo esté usando a Basílica para dar más fama a mi propio nombre, en el comienzo, cuando lo necesito. ¿Acaso la gloria basilicana es tan escasa y preciosa que no le sobra una pizca para compartirla conmigo?

—Moozh, te aprecio tanto que casi lamento el terror que llena mi corazón cuando pienso en ti.

—¿Por qué? No quiero perjudicarte a ti ni a tus seres queridos.

—No es eso lo que me aterra. Son tus designios para mi ciudad, para el mundo en general.

El Alma Suprema fue creada para impedir lo que tú representas. Tú representas la maquinaria bélica, el ansia de poder, el afán de expansión.

—Me enorgullece que me alabes así. Oyeron pasos a sus espaldas, y al volverse Rasa vio a Luet y Hushidh. Nafai se mantenía a distancia.

—Ven con tu esposa y tu cuñada, Nafai —indicó Rasa—. El general Moozh ha decidido que nuestra antigua costumbre debe anularse, al menos por esta mañana, cuando el sol se dispone a asomar tras las montañas.

Nafai apuró el paso, y ocuparon sus lugares. Moozh los dispuso con astucia, al apoyarse en la balaustrada, de modo que los demás se sentaron en el arco de bancos y Moozh dominó el centro de la escena.

—He venido aquí para felicitar a la vidente por su boda de anoche.

Luet asintió gravemente, aunque sin duda sabía que Moozh tenía otro propósito. Rasa esperaba que Nafai tuviera alguna idea de ese propósito y hubiera alertado a las jóvenes.

—Me asombró que te casaras tan joven —prosiguió Moozh—. Sin embargo, tras conocer al joven Nafai, creo que te has casado bien. Un consorte adecuado para la vidente, pues Nafai es un joven valiente y noble. Tan noble, a decir verdad, que le supliqué que me permitiera designarlo cónsul de Basílica.

—No existe ese cargo —señaló Rasa.

—Existirá, como existió antes. Un cargo innecesario en tiempos de paz, pero imprescindible en tiempos de guerra.

—No tendríamos ninguna guerra si tú te marcharas.

—Eso no importa, pues tu hijo rechazó ese honor. En cierto modo

es afortunado. Claro que hubiera sido un cónsul espléndido. La gente lo habría aceptado, pues no sólo es el esposo de la vidente, sino que también oye la voz del Alma Suprema. Un profeta y una profetisa, juntos en la cámara más alta de la ciudad. Y si algunos temieran que Nafai fuera un pelele, un títere del amo gorayni, bastaría con recordarles que antes de la llegada del general Moozh, el joven Nafai, siguiendo órdenes del Alma Suprema, acabó audazmente con una gran amenaza para la libertad de Basílica y ejecutó justamente a Gaballufix, por haber ordenado el asesinato de Roptat. La gente habría aceptado a Nafai de buen grado, y él habría sido un cónsul sabio y competente. En especial con el asesora-miento de Rasa.

—Pero no aceptó —señaló Rasa.

—Así es.

—Entonces, ¿a qué vienen tantas adulaciones?

—Porque hay más de una manera de alcanzar el mismo fin. Por ejemplo, podría denunciar a Nafai por el cobarde asesinato de Gaballufix, y presentar a Rashgallivak como el hombre que heroicamente procuró imponer orden en la ciudad en tiempos de agitación. Si no hubiera sido por la pérfida interferencia de una descifradora llamada Hushidh, lo habría logrado, pues todos saben que Rashgallivak no tenía las manos manchadas de sangre. En cambio, era un mayordomo servicial que procuraba defender las casas de Wetchik y Gaballufix. Mientras Nafai y Hushidh van a juicio por sus delitos, Rashgallivak es nombrado cónsul de la ciudad. Y, desde luego, toma bajo su protección a las hijas de Gaballufix, y lo mismo hará con la viuda de Nafai cuando éste sea ajusticiado, y con la descifradora cuando ella sea indultada. El consejo de la ciudad no tolerará que esas pobres mujeres sufran la influencia de la insidiosa dama Rasa.

—Veo que sí sabes amenazar —comentó Rasa.

—Mi señora, describo posibilidades, opciones, todas las cuales me conducirán a la meta que al final alcanzaré de un modo u otro. Lograré que Basílica sea mi aliada. Será mi ciudad antes que inicie mi rebelión contra la tiranía del imperátor goraym.

—¿Hay otra manera? —preguntó Hushidh en voz baja.

—Hay otra, que quizá sea la mejor de todas —asintió Moozh—. Es la razón por la cual Nafai me ha traído aquí: para que yo pudiera pedir la mano de la descifradora.

Rasa se quedó asombrada.

—¿Su mano?

—A pesar de mi apodo, no tengo esposa. No es bueno que un hombre esté solo mucho tiempo. Tengo treinta años… espero que no sean tantos como para impedir que me aceptes, Hushidh.

—Ella está destinada a mi hijo —objetó Rasa. Moozh se volvió hacia ella, y por primera vez montó en cólera.

—¡Un tullido que se esconde en el desierto, un inválido a quien esta niña encantadora jamás ha deseado como esposo!

—Te equivocas —intervino Hushidh—. Sí lo deseo.

—Pero no te has casado con él —señaló Moozh.

—No me he casado.

—Y no hay ningún obstáculo legal para que te cases conmigo —prosiguió Moozh.

—No lo hay.

—Entra en esta casa y mátanos a todos —declaró Rasa—¿ pero no permitiré que te lleves a esta niña por la fuerza.

—No armes tanto jaleo. No pretendo llevármela por la fuerza. Como he dicho, puedo seguir varios caminos. En cualquier momento Nafai puede aceptar el consulado, con lo cual el pesado lastre de mi propuesta matrimonial intimidará menos a Hushidh… aunque no la retiraré, si ella desea compartir mi futuro conmigo. Pues te aseguro, Hushidh, que mi vida será gloriosa, y el nombre de mi esposa será cantado con el mío para siempre. ¡

—La respuesta es no —dijo Rasa.

—No te he preguntado a ti —replicó Moozh.

Hushidh miró a cada uno de ellos, pero sin preguntar nada. Rasa comprendió que Hushidh no veía los rasgos de los presentes, sino las hebras de amor y lealtad que los unían.

—Tía Rasa —dijo al fin Hushidh—, espero que me perdones por defraudar a tu hijo.

—No te dejes intimidar —protestó Rasa—. El Alma Suprema jamás le permitirá ejecutar a Nafai. Es pura fanfarronería.

—El Alma Suprema es un ordenador —señaló Hushidh—, No es omnipotente.

—Hushidh, hay visiones que te unen a Issib. El Alma Suprema ha resuelto uniros.

—Tía Rasa —dijo Hushidh—, sólo puedo rogarte que guardes silencio y respetes mi decisión. Pues he visto hebras que antes no imaginaba, y me conectan con este hombre. Al oír que su nombre era Moozh, no sospeché que yo sería la mujer que tendría derecho a usar ese nombre.

—Hushidh —intervino Moozh—, decidí pedir tu mano por motivos políticos, pues nunca te había visto. Pero sabía que eras prudente, y descubrí al instante que eras encantadora. Ahora he visto tu modo de pensar y he oído tus palabras, y sé que no sólo puedo brindarte el poder y la gloria, sino también la ternura de un auténtico esposo.

—Y yo te brindaré la devoción de una auténtica esposa —aseguró Hushidh. Se levantó y caminó hacia él. Moozh se le acercó, y Hushidh aceptó su tierno abrazo y un beso en la mejilla.

Rasa estaba atónita.

—¿Podrá mi tía Rasa realizar la ceremonia? —preguntó Hushidh —. Supongo que, por motivos políticos, querrás que la boda se celebre pronto.

—Pronto, pero no puede ser Rasa. Su reputación no es demasiado buena ahora, aunque sin duda esta lamentable situación se aclarará después de la boda.

—¿Puedo pasar un día más con mi hermana?

—Es tu boda, no tu funeral. Después podrás pasar muchos días con tu hermana, pero la boda debe celebrarse hoy. Al mediodía. En la Orquesta, con toda la ciudad por testigo. Y tu hermana Luet celebrará la ceremonia.

Era terrible. Moozh sabía muy bien cómo volcar esto en su favor. Si Luet presidía la ceremonia, la adornaría con su prestigio. Moozh sería plenamente aceptado como un noble ciudadano de Basílica, y no necesitaría que ningún entrometido fuera su títere. Él mismo podría ser cónsul, y Hushidh sería su consorte, la primera dama de Basílica. Cumpliría gloriosamente ese papel, y sería plenamente digna de él, pero no serviría de nada porque Moozh destruiría Basílica con su ambición.

Destruiría Basílica…

—¡Alma Suprema! —exclamó Rasa—. ¿Es esto lo que planeabas desde el principio?

—Claro que sí —dijo Moozh—. Como Nafai mismo me ha dicho, Dios me condujo aquí. ¿Con qué propósito, si no el de encontrar esposa? —Se volvió nuevamente hacia Hushidh, quien aún lo miraba, aún lo tocaba, aún le apoyaba la mano en el hombro—. Querida dama, ¿quieres acompañarme?

Mientras tu hermana se prepara para realizar la ceremonia, hay muc has cosas de las que debemos hablar, y debes estar conmigo cuando anunciemos nuestra boda al consejo de la ciudad.

Luet se levantó y avanzó un paso.

—No he aceptado desempeñar ningún papel en esta farsa abominable.

—Lutya —dijo Nafai.

—¡No puedes obligarla! —exclamó Rasa triunfalmente. Pero fue Hushidh, no Moozh, quien respondió:

—Hermana, si me quieres, si alguna vez me has querido, te ruego que vayas a la Orquesta dispuesta a celebrar este enlace. —Hushidh miró a todos—. Tía Rasa, debes venir. Y también tus hijas y sus esposos. Nafai, trae a tus hermanos y sus esposas. Traed a todas las maestras y estudiantes de esta casa, incluso los que viven lejos. ¿Los traeréis para que sean testigos? ¿Me haréis este favor, en memoria de mis años felices en esta dichosa morada?

La formalidad del discurso y la circunspección de sus modales conmovieron a Rasa, que aceptó entre sollozos. Luet prometió realizar la ceremonia.

—Les permitirás salir para la boda, ¿verdad? —le preguntó Hushidh a Moozh. Él sonrió tiernamente.

—Serán escoltados hasta la Orquesta —asintió—, y luego otra vez hasta su casa.

—No pido nada más —dijo Hushidh. Y se marchó del pórtico del brazo de Moozh.

Cuando se fueron, Rasa se desplomó en el banco y lloró amargamente.

—¿Para qué le hemos servido en todos estos años? —preguntó—. No somos nada para ella. ¡Nada!

—Hushidh nos quiere —declaró Luet.

—No está hablando de Hushidh —dijo Nafai.

—¡El Alma Suprema! —exclamó Rasa. Luego gritó la palabra, como si se la arrojara al sol naciente—: ¡Alma Suprema!

—Si has perdido la fe en el Alma Suprema —dijo Nafai—, al menos ten fe en Hushidh. ¿No comprendes que ella aún tiene esperanzas de volcar esta situación a nuestro favor? Ha aceptado el ofrecimiento de Moozh porque vio en ello algún plan. Tal vez el Alma Suprema le dijo que aceptara, ¿no lo has pensado?

—Yo lo pensé —terció Luet—, pero no puedo creerlo. El Alma Suprema no nos había dicho nada sobre esto.

—Entonces, en vez de hablar entre nosotros y de sentir resentimiento —señaló Nafai—, quizá debamos escuchar. Tal vez el Alma Suprema sólo quiera que le dediquemos cierta atención para explicarnos qué está ocurriendo.

—Entonces aguardaré —accedió Rasa—. Pero más vale que sea un buen plan.

Esperaron, cada cual con sus propios interrogantes.

Los rostros de Nafai y Luet revelaron que ellos recibieron primero su respuesta.

Rasa siguió esperando, pero comprendió que ella no recibiría ninguna.

—¿Has oído? —preguntó Nafai.

—Nada —dijo Rasa—. No he oído nada.

—Tal vez no oyes nada porque estás demasiado furiosa con el Alma Suprema —apuntó Luet.

—O tal vez me esté castigando. ¡Máquina rencorosa! ¿Qué os ha dicho?

Nafai y Luet se miraron pensativamente. Al parecer la noticia no era alentadora.

—El Alma Suprema no controla esto —dijo al fin Luet.

—Es culpa mía —dijo Nafai—. Mi visita al general precipitó las cosas. Moozh ya planeaba casarse con una de ellas, pero lo habría estudiado al menos un día más.

—¡Un día! Pues menuda diferencia.

—El Alma Suprema ignora si podrá ejecutar su mejor plan tan pronto —dijo Luet—. Pero tampoco podemos culpar a Nafai. Moozh es impulsivo e inteligente y habría actuado prontamente aunque Nafai no hubiera sido tan…

—Estúpido —sugirió Nafai.

—Audaz —dijo Luet.

—¿ Conque estamos condenados a permanecer aquí como herramientas de Moozh? — preguntó Rasa—. Bien, no podría tratarnos con mayor desprecio que el Alma Suprema.

—Madre —dijo Nafai con cierta dureza—, el Alma Suprema no nos ha tratado con desprecio. Emprenderemos nuestro viaje, haya boda o no. Si Hushidh acaba siendo la esposa de Moozh, usará su influencia para liberarnos. El general no nos necesitará cuando haya afianzado su posición en la ciudad.

—¿Liberarnos? ¿A quiénes?

—A todos los que hemos planeado este viaje, incluida Shedemei.

—¿Y qué hay de Hushidh? —preguntó Rasa.

—El Alma Suprema no podrá hacer nada —respondió Luet —. Si no puede impedir la boda, Hushidh se quedará.

—Odiaré al Alma Suprema para siempre —se indignó Rasa—. Si le hace esto a la dulce Hushidh, nunca más le serviré, ¿me oyes?

—Cálmate, madre —aconsejó Nafai—. Si Hushidh lo hubiera rechazado, yo habría aceptado ser cónsul, y Luet y yo nos hubiéramos quedado. Tenía que suceder de un modo u otro.

—¿Crees que eso me consuela? —preguntó Rasa amargamente.

—¿Consolarte? —preguntó Luet—. ¿Consolarte a ti, Rasa? Hushidh es mi hermana, mi única pariente. Tú tendrás contigo a todos los hijos que pariste, y a tu esposo. ¿Qué estás perdiendo, comparado con lo que yo estoy dispuesta a ceder? ¿Y acaso me ves llorar?

—Pues deberías estar llorando. ;

—Lloraré mientras camine por el desierto —espetó Luet—. Pero ahora tenemos muy pocas horas para prepararnos.

—Qué, ¿acaso debo enseñarte la ceremonia?

—Eso llevará cinco minutos —dijo Luet—, y las sacerdotisas me ayudarán de todos modos. Debemos dedicar el tiempo que nos queda a hacer el equipaje.

—El viaje —suspiró Rasa con amargura.

—Debemos tener todo preparado para cargar los camellos en cinco minutos —añadió Luet—. ¿No es así, Nafai?

—Aún es posible que todo salga bien —asintió Nafai—. Madre, no

es momento para rendirse. Toda tu vida has arrostrado las dificultades con entereza. ¿Te derrumbarás ahora, cuando más te necesitamos para infundir ánimo a los demás?

—¿O esperas que nosotros convenzamos a Sevet y Vas, Kokor y Obring, de prepararse para un viaje al desierto? —preguntó Luet.

—¿Crees que Elemak y Mebbekew aceptarán mis instrucciones? —preguntó Nafai. Rasa se enjugó los ojos.

—Pedís demasiado de mí —se lamentó—. No soy tan joven como vosotros. No soy tan fuerte.

—Claro que lo eres —dijo Luet—. Por favor, dinos qué debemos hacer.

Rasa se tragó su pena por el momento y asumió su antiguo papel. Al cabo de unos minutos la casa entera estaba en movimiento: las criadas hacían el equipaje y preparaban lo indispensable, las secretarias redactaban cartas de recomendación para las maestras e informes sobre la situación de cada alumno, para que no tuvieran dificultades en inscribirse en otros establecimientos cuando cerrara la escuela de Rasa.

Luego Rasa enfiló hacia la cámara nupcial de Elemak, para afrontar la desgarradora situación de informar a los renuentes viajeros que debían asistir a la boda, acompañados por soldados, y prepararse para una travesía por el desierto, pues por alguna razón el Alma Suprema se había obstinado en ensañarse con ellos y en mandarlos a vivir con los escorpiones.

EN LA ORQUESTA, Y NO EN UN SUEÑO

No era así como Elemak hubiera deseado pasar la mañana siguiente a su boda. Se suponía que era un momento indolente para dormitar y hacer el amor, para hablar y reír. En cambio había consistido en agitados preparativos, preparativos inadecuados a decir verdad, pues se disponían a realizar un viaje al desierto pero no tenían camellos ni tiendas ni provisiones. Y la reacción de Eiadh era alarmante. Mientras que Dol, la esposa de Mebbekew, no vacilaba en colaborar, y aún más que ese perezoso de Meb, Eiadh se había pasado la mañana protestando. ¿No podemos quedarnos y alcanzarlos después? ¿Tenemos que irnos sólo porque Tía Rasa está arrestada?

Al fin Elemak mandó a Eiadh a ver a Luet y Nafai, para que le dieran respuestas, mientras él supervisaba los preparativos y desechaba prendas inútiles. Esto significó un enfrenta-miento con Kokor, la hija de Rasa, que no comprendía por qué no podía llevar al desierto sus ligeros y provocativos vestidos. Al fin Elemak estalló, delante de Sevet y los esposos de las dos hermanas: «Escucha, Kokor, el único nombre que podrás tener allá es tu marido, y cuando quieras seducirlo a él, puedes desnudarte». Cogió el vestido preferido de Kokor y lo rasgó por la mitad. Kokor chilló y lloró, pero luego regaló generosamente sus vestidos favoritos, o quizá los cambió por prendas más prácticas, pues era posible que Kokor no tuviera ninguna que pudiera servir.

Como si el ajetreo de hacer el equipaje no hubiera sido suficiente, después tuvo que afrontar el recorrido por la ciudad. Los soldados habían sido bastante discretos, no habían formado una falange de energúmenos marcando el paso, pero aun así eran soldados gorayni, y los viandantes —la mayoría con rumbo a la Orquesta— les dejaban un espacio alrededor y los miraban boquiabiertos.

—Nos miran como si fuéramos delincuentes —comentó Eiadh.

Elemak la tranquilizó diciendo que la mayoría de los curiosos supondrían que eran huéspedes de honor con una escolta militar, con lo cual Eiadh se enorgulleció. A Elemak le molestó un poco que Eiadh fuera tan pueril. Padre le había advertido que las esposas jóvenes, aunque tuvieran cuerpos más esbeltos y ligeros, también tenían las mentes más ligeras. Eiadh era joven, simplemente; no se podía esperar que se tomara con seriedad los asuntos graves, ni siquiera que entendiera lo que era grave.

Ahora ocupaban lugares de honor, no en las gradas del anfiteatro, sino en la Orquesta misma, a la derecha de la plataforma baja que se había erigido en el centro expresamente para esta ceremonia. Ellos integraban la comitiva de la novia; al otro lado, la comitiva del novio

estaba constituida por miembros del consejo de la ciudad, junto con oficiales de la guardia de Basílica y un puñado de oficiales gorayni. Aquí no había indicios de dominación gorayni. Tampoco eran necesarios. Elemak sabía que había muchos soldados gorayni y guardias basilicanos discretamente situados, pero a distancia prudente para intervenir si sucedía algún imprevisto. Por ejemplo, si algún conspirador o curioso intentaba cruzar el espacio abierto que separaba las comitivas de las gradas, los arqueros que se hallaban en los palcos del apuntador y de los músicos lo atravesarían con sus flechas.

Las cosas cambian deprisa, pensó Elemak. Hace unas semanas llegué de un fructífero viaje pensando que estaba preparado para ocupar mi sitio en los asuntos de Basílica. Gaballufix parecía ser el hombre más poderoso del mundo, y mi futuro como heredero de Wetchik y hermano de Gabya parecía brillante. Desde entonces, todo ha sido un torbellino de cambio. Una semana atrás, mientras se deshidrataba en el desierto, no hubiera creído que se casaría con Eiadh en la casa de Rasa. Y la noche anterior cuando él y Eiadh eran las figuras protagonistas de la ceremonia nupcial, no hubiera imaginado que Nafai y Luet, al mediodía del día siguiente, en vez de ser patéticos segundones en la boda de Elemak, se sentarían en la plataforma misma, donde Luet *realizaría,* la ceremonia y Nafai actuaría como padrino del general Moozh.

¡Nafai! ¡Un chico de catorce años! Y el general Moozh había pedido que le apadrinara para obtener la ciudadanía basilicana, como si Nafai fuera una eminencia. Bien, lo era, pero sólo por ser esposo de la vidente. Nadie podía pensar que Nafai merecía semejante honor por sí mismo.

Vidente, descifradora… Elemak nunca había prestado mayor atención a esas cosas. Todo se relacionaba con el sacerdocio, que era una actividad rentable pero lo sacaba de quicio. Como ese sueño tonto que Elemak había tenido en el desierto. Era sencillo transformar ese sueño absurdo en un plan de acción, gracias a los estúpidos que creían que el Alma Suprema era un ser noble en vez de un mero programa informático responsable de transmitir datos y documentos por satélite de ciudad en ciudad. El mismo Nafai decía que el Alma Suprema era sólo un ordenador, pero él, Luet, Hushidh y Rasa no se cansaban de decir que el Alma Suprema trataría de impedir esa boda y que todos terminarían yendo al desierto antes del atardecer. ¿Acaso un programa informático podía crear camellos a partir de la nada? ¿Hacer aparecer tiendas en el polvo? ¿Transformar rocas y arena en quesos y grano?

—¡Qué guapo está! —comentó Eiadh.

—¿Quién? —preguntó Elemak—. ¿Ha llegado el general Moozh?

—Me refiero a tu hermano, bobo.

Elemak miró hacia la plataforma y no le pareció que Nafai fuera

tan guapo. Le pareció un tonto, disfrazado como un niño que fingía ser un hombre.

—No puedo creer que se acercara a un soldado gorayni y hablara con el general Vozmuzhalnoy Vozmozhno mientras todos los demás dormían —dijo Eiadh.

—¿Qué tuvo de valiente? Fue un acto peligroso e imprudente, y mira a lo que condujo… Ahora Hushidh tiene que casarse con ese hombre.

Eiadh lo miró desconcertada.

—Elya, ella se casará con el hombre más poderoso del mundo. Y Nafai será su padrino.

—Sólo porque es el esposo de la vidente. Eiadh suspiró.

—Ella es una criaturilla desvalida. Pero esos sueños… Yo misma he tratado de tener sueños, pero nadie los toma en serio. Anoche, por ejemplo, tuve un sueño extrañísimo. Un mono volador y peludo con una dentadura horrible me arrojaba excrementos, y una rata gigante lo derribaba a flechazos. ¿No te parece absurdo? ¿Por qué yo no puedo tener sueños del Alma Suprema?

Elemak no la escuchaba. Estaba pensando que Eiadh envidiaba a Hushidh porque iba a casarse con el hombre más poderoso del mundo, y admiraba a Nafai por el desparpajo con que había ido a ver al general Moozh en medio de la noche. ¿Qué podía haber logrado, salvo enfurecerlo? Sólo su estúpida suerte le había permitido terminar en esa plataforma. Pero a Elemak lo irritaba, porque era Nafai quien estaba allí, ante los ojos de toda Basílica. Todos hablaban de Nafai, y verían a Nafai como el esposo de la vidente, el cuñado de la descifradora. Y cuando Moozh se nombrara rey —aunque lo disimulara usando la palabra cónsul—, Nafai quedaría emparentado con la realeza y casado con la nobleza, y Elemak sería un mercachifle del desierto. Claro que devolverían a Padre su dignidad de Wetchik, cuando Padre comprendiera finalmente que el Alma Suprema no los podría sacar de Basílica. Y Elemak sería otra vez su heredero, pero eso ya no significaría nada. Para colmo, sería Nafai quien le devolviera su rango y su futuro, como un regalo.

—Nafai es muy impetuoso —dijo Eiadh—. ¿No estás orgulloso de él?

¿Por qué no dejaba de hablar de Nafai? Hasta esa mañana, Elemak pensaba que Eiadh era el mejor partido que un hombre podía conseguir en esa ciudad, pero ahora comprendía que sólo era el mejor partido que podía conseguir un joven para un primer matrimonio. Algún día necesitaría una verdadera esposa, una consorte, y no había motivos para pensar que Eiadh maduraría para convertirse en esa persona. Siempre sería frívola y superficial, los mimos atributos que le habían resultado tan cautivadores. La noche anterior, mientras ella

cantaba con esa voz gutural plena de pasión ensayada, había pensado que podía escucharla para siempre. Ahora miraba la plataforma y comprendía que era Nafai quien había contraído un matrimonio duradero.

Bien, pensó Elemak. Ya que no nos marcharemos de Basílica, conservaré a Eiadh un par de años y luego me desharé discretamente de ella. Quién sabe. Tal vez Luet no se quede con Nafai. Cuando crezca, quizá necesite a un hombre fuerte. Podemos recordar estos primeros matrimonios como fases inmaduras de nuestra juventud. Entonces yo seré el cuñado del cónsul.

En cuanto a Eiadh, bien, con suerte ella me dará un hijo antes de que nos separemos. ¿Pero sería una suerte? ¿Podrá mi hijo mayor, mi heredero, ser un verdadero hombre, teniendo por madre a una mujer tan superficial? Lo más probable es que los hijos de mis matrimonios posteriores, mis matrimonios futuros, sean los más dignos de ocupar mi puesto.

Con un nudo en el estómago, comprendió que Padre tal vez pensara lo mismo. A fin de cuentas, Rasa era su esposa de la madurez, e Issib y Nafai los hijos de ese matrimonio. ¿O Mebbekew no era la prueba parlante y ambulante de que los frutos de los matrimonios prematuros eran desdichados?

Pero yo no, pensó Elemak. Yo no fui el fruto de un matrimonio frívolo y prematuro. Yo fui el hijo que no se habría atrevido a pedir, el hijo de su tía Hosni, nacido sólo porque ella admiraba al joven Volemak cuando lo inició en los placeres de la alcoba. Hosni era una mujer de carácter, y Padre me admira y confía más en mí que en sus otros hijos. O confiaba, al menos, hasta que comenzó a tener visiones del Alma Suprema y Nafai aprovechó las circunstancias fingiendo que también él tenía visiones.

Elemak estaba furioso. Era una furia antigua y profunda, sumada a los celos que le despertaba la admiración de Eiadh por Nafai. Pero lo más irritante era el temor de que Nafai no estuviera fingiendo, de que por alguna razón inescrutable el Alma Suprema hubiera escogido al hijo menor, no al mayor, para que fuera el heredero. ¿Acaso el Alma Suprema no lo había dicho al adueñarse de la silla de Issib e impedir que Elemak golpeara a Nafai en ese barranco de las afueras de la ciudad? ¿Que Nafai un día guiaría a sus hermanos, o algo parecido?

Bien, querida Alma Suprema, nada podrás hacer si Nafai muere. ¿Alguna vez lo has pensado? Si puedes hablarle a él, también puedes hablarme a mí, y es hora de que empieces.

Te di el sueño de las esposas.

La frase le llegó a la mente con la claridad del habla. Elemak rió.

—¿De qué te ríes, Elya? —preguntó Eiadh.

—De la facilidad con que una persona puede engañarse a sí

misma —respondió Elemak.

—La gente siempre dice que una persona puede mentirse a sí misma, pero yo nunca lo he entendido. Si te dices una mentira, sabrás que estás mintiendo, ¿verdad?

—Sí —dijo Elemak—, sabrás que estás mintiendo, y sabes cuál es la verdad. Pero algunos se enamoran de la mentira y se olvidan por completo de la verdad.

Como tú ahora, dijo esa voz en su cabeza. Prefieres creer la mentira de que no puedo hablar contigo ni con nadie, y así me niegas.

—Bésame —dijo Elemak.

—¡Elya, estamos en medio de la Orquesta! —protestó ella, pero Elemak notó que Eiadh deseaba besarlo.

—Mejor así. Nos casamos anoche. La gente espera que no pensemos en nada salvo en nosotros.

Eiadh lo besó, y Elemak se concentró en la caricia sin pensar en nada salvo el deseo.

Cuando dejaron de besarse, oyeron aplausos. Los habían visto, y Eiadh estaba encantada.

De inmediato Mebbekew le propuso un beso idéntico a Dol, quien tuvo la sensatez de negarse. Pero Mebbekew insistió, hasta que Elemak se le acercó para decirle:

—Meb, un anticlímax siempre es mal teatro. Tú mismo me lo has dicho infinidad de veces.

Meb lo miró con cara de pocos amigos y renunció a la idea.

Aún controlo la situación, pensó Elemak. Y no creeré en voces que me hablan en la mente sólo porque deseo oírlas. No soy como Padre, Nafai e Issib, empeñados en creer una fantasía porque les resulta confortante pensar que un ser superior se ocupa de todas las cosas. Yo puedo afrontar la dura verdad. Eso siempre es suficiente para un hombre cabal.

Sonaron las trompetas. Desde los minaretes que rodeaban el anfiteatro, los cuernos lanzaban sus ronquidos gemebundos. Eran instrumentos antiguos, no los cuernos afinados del teatro o del concierto, y no procuraban ser melodiosos. Cada cuerno producía una nota aislada, larga y estridente, que se apagaba cuando el instrumentista perdía el aliento. Las notas se superponían, ora con rechinante disonancia, ora con asombrosa armonía; siempre era un sonido impresionante y cautivador.

Silenció a los ciudadanos reunidos en las gradas y colmó a Elemak de trémula ansiedad, como a todas las personas allí reunidas. La ceremonia iba a comenzar.

Sed se detuvo en la puerta de Basílica y se preguntó por qué el Alma Suprema la había abandonado. ¿Acaso no la había ayudado en

cada etapa de su marcha desde Potokgavan? Había encontrado un bote en el canal, allí había pedido que la llevaran y la habían aceptado sin más preguntas, aunque no podía pagarles. En el gran puerto, había dicho audazmente al capitán del corsario que el Alma Suprema le exigía viajar rápidamente a Costa Roja, y él se había reído, afirmando que sin cargamento podía efectuar el viaje en un día, con el viento favorable. En Costa Roja una dama elegante le había cedido su caballo en la calle.

En ese caballo Sed llegó a la Puerta Baja, esperando que la admitieran sin objeciones, como admitían a todas las mujeres, aunque no fueran ciudadanas. Pero en la puerta encontró soldados gorayni que no dejaban entrar a nadie.

—Hoy se celebra una gran boda —le explicó un soldado—. El general Moozh se casará con una dama basilicana.

Sin saber cómo, Sed comprendió al instante que esa boda era el motivo de su viaje.

—Entonces debes dejarme pasar —dijo—, porque soy una invitada.

—Sólo los ciudadanos de Basílica están invitados a asistir, y sólo los que ya estaban dentro de las murallas. Nuestras órdenes no admiten excepciones, ni siquiera para madres cuyos bebés lactantes estén dentro de las murallas, ni siquiera para médicos cuyos pacientes moribundos aguarden en la ciudad.

—El Alma Suprema me invitó —insistió Sed—, y con esa autoridad revocaré cualquier orden que te haya impartido un mortal.

El soldado se rió, pero no mucho, porque la muchedumbre había oído esa voz estentórea y miraba con curiosidad. Esa gente tampoco tenía permiso para entrar, y podía exaltarse a la menor provocación.

—Déjala pasar —intervino otro soldado—, así no irritaremos a la multitud.

—No seas tonto —dijo otro—. Si la dejamos pasar, tendremos que ceder con todos.

—Todos desean que yo entre —comentó Sed.

La multitud murmuró aprobatoriamente. Esto intrigó a Sed. La multitud de basilicanos obedecía de inmediato al Alma Suprema, mientras que los soldados gorayni eran sordos a su influencia. Por eso los gorayni eran una raza maligna, como decían en Potokgavan: no oían la voz del Alma Suprema.

—Mi esposo me aguarda adentro —dijo Sed, aunque sólo al decir estas palabras comprendió que eran verdad.

—Tu esposo tendrá que esperar —replicó un soldado.

—O conseguirse una amante —dijo otro, y los dos rieron.

—O masturbarse —añadió el primero, y lanzaron una carcajada.

—Deberíamos dejarla entrar —apuntó otro soldado—. ¿Y si Dios

la ha escogido?

Otro soldado desenvainó su cuchillo y lo apoyó en la garganta del que había hablado.

—Ya sabes lo que nos han advertido… esa persona a quien queramos admitir es precisamente la que no debe entrar.

—Pero ella necesita estar allí —insistió el soldado que era sensible a la voz del Alma Suprema.

—Di una palabra más y te mato.

—¡No! —exclamó Sed—. Me iré. Esta puerta no es para mí.

Sentía una creciente urgencia por entrar en la ciudad, pero no podía permitir que mataran a ese hombre en vano. Volvió grupas y avanzó con su caballo en medio de la muchedumbre, que le cedió el paso. Enfiló hacia el empinado sendero que conducía al Camino de las Caravanas, pero ni siquiera intentó pasar por la Puerta del Mercado; recorrió la calle Mayor, pero no entró en Puerta Alta ni en Puerta del Embudo. Atravesó la Senda Oscura, que serpeaba entre profundos barrancos ascendiendo hacia las boscosas colinas del norte de la ciudad, y llegó al Camino del Bosque, pero no descendió a Puerta Trasera.

Se apeó y se internó en la tupida maleza del Bosque sin Sendas, enfilando hacia esa puerta que sólo las mujeres conocían y utilizaban. Había tardado una hora en rodear la ciudad, y había escogido el trayecto más largo, pero no había sendas para caballos en torno de la muralla este, que caía a pico hacia peñascos y precipicios, y recorrer ese camino a pie le habría llevado mucho más tiempo. El bosque se alzaba amenazador y siniestro, pero Sed sabía que el Alma Suprema la guiaba a cada paso, para encontrar el camino más corto hasta la puerta. Sin embargo, aunque entrara por allí, tardaría bastante tiempo en internarse en la ciudad, y ya oía la plañidera serenata de los cuernos. La ceremonia comenzaría pronto, y Sed no estaría allí.

Luet se movía y hablaba con la mayor lentitud posible, pero mientras realizaba cada paso de la ceremonia, no podía hacer lo que deseaba su corazón: detener la boda y denunciar a Moozh ante los ciudadanos reunidos. En el mejor de los casos, la expulsarían de la plataforma antes que pudiera decir una palabra, para sustituirla por una sacerdotisa más responsable; en el peor, podría hablar, una flecha la silenciaría, y luego habría disturbios y derramamientos de sangre, y Basílica estaría destruida antes del nuevo amanecer. ¿Qué conseguiría con eso?

Así que alargó la ceremonia, deliberadamente, con largas pausas, pero sin interrumpirse del todo, sin ignorar las susurradas instrucciones de las sacerdotisas que la acompañaban en cada gesto, cada discurso.

A pesar de su agitación interior, notó que Hushidh se comportaba con perfecta calma. ¿Era posible que Hushidh aceptara este matrimonio como un modo de evitar su boda con un inválido? No, Shuya había sido sincera al decir que el Alma Suprema la había reconciliado con su futuro. Su calma debía provenir de su profunda confianza en el Alma Suprema.

—Tiene razón al confiar —murmuró una voz. Por un instante Luet pensó que era el Alma Suprema, pero comprendió que era Nafai, quien le había hablado cuando pasó junto a él durante la procesión de las flores. ¿Cómo había sabido qué palabras debía decir en ese preciso instante, para responder a sus pensamientos? ¿Era el Alma Suprema, que forjaba un vínculo cada vez más íntimo entre los dos? ¿O Nafai veía tan hondamente en su corazón que sabía lo que debía decirle?

Ojalá sea cierto que Shuya hace bien en confiar. Ojalá no debamos dejarla aquí cuando emprendamos nuestro viaje al desierto, a otra estrella, pues no soportaría perderla, abandonarla. Tal vez conoceré de nuevo la alegría, tal vez mi nuevo esposo sea un compañero tan entrañable como lo fue Hushidh. Pero siempre habrá un dolor, un espacio vacío, una pena lacerante por mi hermana, mi única pariente en este mundo, mi descifradora, quien, cuando yo era una niña, anudó los hilos que nos unirán para siempre.

Y al fin llegó el momento de los votos. Luet les apoyó la mano en los hombros: el de Moozh, duro, grande y extraño; el de Hushidh, tan familiar, tan frágil en comparación.

—El Alma Suprema fusiona a la mujer y al hombre en una sola alma —recitó Luet. Una larga pausa. Y luego las palabras que no quería oír, pero que debía pronunciar—: Así sea.

Toda la gente de Basílica se levantó de los asientos al mismo tiempo, y ovacionó, aplaudió y gritó sus nombres:

—¡Hushidh! ¡Descifradora! ¡Moozh! ¡General Vozmuzhalnoy! ¡Vozmozhno!

Moozh besó a Hushidh como un marido besa a su esposa, pero con dulzura y suavidad. Luego condujo a Hushidh hacia el frente de la plataforma. Miles de flores surcaron el aire; las que arrojaban desde el fondo del anfiteatro eran recogidas y lanzadas de nuevo, hasta que las flores cubrieron el espacio que separaba la plataforma de la primera hilera de gradas.

En medio del tumulto, Luet notó que Moozh también gritaba. No oía sus palabras, pues el general le daba la espalda. Poco a poco la gente de la primera fila comprendió lo que él decía, y recogió esas palabras como un estribillo. Sólo entonces Luet comprendió que Moozh utilizaría su boda para su provecho político. Pues decía una sola palabra, repitiéndola una y otra vez, hasta que la multitud la gritó con la misma voz estentórea.

—¡Basílica! ¡Basílica! ¡Basílica!

Era un canto incesante.

Luet sollozó, pensando que el Alma Suprema había fracasado, que Hushidh se había casado con un hombre que nunca la amaría a ella, sólo a la ciudad que había tomado como dote.

Moozh alzó las manos: la izquierda más alta, con la palma extendida para pedir silencio, la derecha asida aún a la mano de Hushidh. No tenía la menor intención de soltarla, pues ella era su lazo con la ciudad. El cántico se extinguió poco a poco, *y* al fin un telón de silencio cayó sobre la Orquesta.

El discurso del general fue breve pero elocuente. Manifestó su amor por la ciudad, su gratitud por haber tenido el privilegio de devolverle la paz y la seguridad, su alegría por ser acogido como ciudadano, como esposo de la dulce y sencilla belleza de una auténtica hija del Alma Suprema. También mencionó a Luet y Nafai, declarando que era un honor estar emparentado con los mejores y más gallardos hijos de Basílica.

Luet sabía lo que diría a continuación. La delegación de consejeras ya había abandonado sus asientos, para pedir a la ciudad que aceptara a Moozh como cónsul, para encargarse de los asuntos exteriores y militares. Era evidente que la inmensa mayoría de la gente, abrumada por el éxtasis y la majestuosidad del momento, aclamaría esta elección. Sólo después comprendería lo que había hecho, pero aun entonces pensaría que era un cambio beneficioso.

El discurso de Moozh tocaba a su fin, y sería un fin glorioso; la gente aplaudiría a pesar del acento norteño, que en otras ocasiones habría sido objeto de burla.

Moozh titubeó. No era el momento más adecuado para una interrupción, pero el titubeo se convirtió en pausa, y Luet notó que el general miraba a alguien o algo que ella no veía. Luet avanzó un paso, y Nafai se le acercó. Los dos se aproximaron a Moozh por la izquierda, y vieron a la persona que él miraba.

Una mujer. Una mujer vestida con la sencilla indumentaria de una granjera de Potokgavan, una vestimenta poco apropiada para el lugar y la ocasión. Estaba al pie de la escalinata central del anfiteatro; no había intentado avanzar, de modo que ni los arqueros gorayni ni los guardias basilicanos la habían detenido.

Como el general callaba, los soldados estaban indecisos. ¿Debían apresar a esa mujer y llevársela a empellones?

—Tú —dijo Moozh. Era evidente que la conocía.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella. No era una voz potente, pero Luet la oía con suma claridad. ¿Cómo era posible?

Porque yo repito sus palabras en la mente de todos los presentes, explicó el Alma Suprema.

—Me estoy casando —respondió Moozh.

—No ha habido ninguna boda —dijo ella. Su voz era un murmullo, pero todos la oían.

Moozh señaló a la multitud reunida.

—Todos lo han visto.

—No sé qué habrán visto ellos —replicó la mujer—, pero yo veo a un hombre que sostiene la mano de su hija. La multitud murmuró.

—Dios, qué has hecho —jadeó Moozh. El Alma Suprema también llevó su voz a todos los oídos.

La mujer avanzó y los soldados no intentaron detenerla, pues comprendieron que se trataba de algo mucho más importante que un mero atentado.

—El Alma Suprema me llevó a ti. En dos ocasiones me llevó a ti, y las dos veces concebí y di a luz. Pero yo no era tu esposa, sino el cuerpo que el Alma Suprema usó para tener sus hijas. Entregué las hijas del Alma Suprema a la dama Rasa, a quien el Alma Suprema había escogido para criarlas y educarlas, hasta el día en que decidiera considerarlas suyas.

La mujer se volvió hacia Rasa, la señaló.

—Rasa, ¿me reconoces? Cuando fui a verte estaba desnuda y mugrienta. ¿Me reconoces ahora? Rasa se levantó temblando.

—Tú eres la mujer que me las trajo. Primero a Hushidh, y luego Luet. Me pediste que las criara como si fueran hijas mías, y así lo hice.

—No eran tus hijas, ni tampoco mías. Son las hijas del Alma Suprema, y este hombre, el hombre que los gorayni llaman Vozmuzhalnoy Vozmozhno, es el hombre que el Alma Suprema escogió para ser su Moozh.

Moozh. Moozh. La multitud coreó ese susurro.

—La boda que habéis visto no fue entre este hombre y esta niña. Ella sólo ha actuado como apoderada de la Madre. El se ha convertido en esposo del Alma Suprema. Y como ésta es la ciudad de la Madre, él se ha convertido en esposo de Basílica. ¡Lo digo porque el Alma Suprema me ha puesto estas palabras en la boca! ¡Vosotros debéis decirlo! ¡Toda Basílica debe decirlo! ¡Esposo! ¡Esposo!

Repitieron el estribillo. ¡Esposo! ¡Esposo! ¡Esposo! Y poco a poco se convirtió en otra palabra que significaba lo mismo. ¡Moozh! ¡Moozh! ¡Moozh!

Mientras todos coreaban, la mujer se acercó al frente de la plataforma. Hushidh soltó la mano de Moozh y se adelantó para arrodillarse ante la mujer; Luet la siguió, demasiado aturdida para llorar, demasiado feliz de que el Alma Suprema hubiera salvado a Hushidh de ese matrimonio, demasiado acongojada por no haber conocido nunca a esa mujer que era su madre, demasiado maravillada al descubrir que su padre era ese extranjero del norte, ese temible

general.

—Madre —sollozó Hushidh, derramando sus lágrimas en la mano de la mujer.

—Yo te di a luz, sí —dijo la mujer—. Pero yo no soy tu madre. Tu madre es la mujer que te crió. Y tu madre es el Alma Suprema, que causó tu nacimiento. Yo soy sólo la mujer de un granjero de las marismas de Potokgavan. Allá viven unos niños que me llaman madre, y debo regresar con ellos.

—No —susurró Luet—. ¿Sólo podremos verte una vez?

—Os recordaré a las dos para siempre. Y vosotras me recordaréis a mí. El Alma Suprema conservará estos recuerdos en nuestro corazón. —Tendió las manos; con una tocó la mejilla de Hushidh, y con la otra acarició el cabello de Luet—. Tan encantadoras. Tan nobles. Ella os quiere muchísimo. Vuestra madre os quiere muchísimo ahora.

Dio media vuelta y se fue. Se alejó de la plataforma, enfiló por la rampa que conducía a los vestuarios del anfiteatro y se perdió de vista. Nadie la vio abandonar la ciudad, aunque pronto se difundieron rumores sobre extraños milagros y raras visiones, sobre cosas que supuestamente hizo pero no pudo haber hecho mientras salía ese día de Basílica.

Moozh miró a esa mujer que se marchaba con todos sus sueños, planes y esperanzas. Se estaba llevando su vida. Recordaba claramente el tiempo que había pasado con ella. Nunca se había casado porque ninguna mujer podía hacerle sentir lo que había sentido por ella. En esa época estaba seguro de que la amaba a despecho de la voluntad de Dios, pues había sentido la fuerza de la prohibición. Cuando estaba con ella, despertaba una y otra vez sin recordarla, y sin embargo había superado las barreras mentales, la había conservado, la había amado.

Era como decía Nafai: incluso su rebelión estaba orquestada por el Alma Suprema.

Soy el bufón de Dios, la herramienta de Dios, como todos los demás, y cuando creía haber concretado mis sueños, haber alcanzado mi destino, Dios ha expuesto mi debilidad y me ha partido en pedazos ante los habitantes de la ciudad. Esta ciudad de ciudades… Basílica, Basílica.

Hushidh y Luet se incorporaron frente al escenario; Nafai se reunió con ellas y los tres miraron a Moozh. Se le acercaron para hacerse oír en medio de la confusión reinante.

—Padre —dijo Hushidh.

—Nuestro padre —dijo Luet.

—No sabía que tenía hijas —declaró Moozh—. Debí haberlo sabido. Debí haber visto mi propio rostro cuando os miraba.

Y tenía razón, pues ahora que se sabía la verdad, el parecido era evidente. Esas niñas no tenían rasgos basilicanos porque su padre era

sotchitsiya, y sólo Dios sabía de dónde era su madre. Pero eran hermosas, de un modo extraño y exótico. Eran hermosas y sabias, y también fuertes. El general podía estar orgulloso de ellas. En las ruinas de su carrera, podía estar orgulloso de ellas. Mientras huyera del imperátor, quien sin duda sabría lo que se había propuesto con esa boda frustrada, estaría orgulloso de ellas. Pues eran lo único perdurable que había creado.

—Debemos ir al desierto —dijo Nafai.

—Ahora no lo impediré.

—Necesitamos tu ayuda —señaló Nafai—. Debemos marcharnos de inmediato.

Moozh echó una ojeada a la comitiva que había reunido en su lado de la plataforma. Bitanke. Era Bitanke quien debía ayudarle ahora. Hizo una seña, y Bitanke subió a la plataforma.

—Bitanke, tienes que preparar un viaje al desierto. —Y a Nafai le preguntó—: ¿ Cuántos seréis ?

—Trece —respondió Nafai—, a menos que decidas acompañarnos.

—Acompáñanos, Padre —pidió Hushidh.

—No puede acompañarnos —objetó Luet—. Su lugar está aquí.

—Ella tiene razón —asintió Moozh—. Nunca podría realizar un viaje por Dios.

—De cualquier modo nos acompañará —señaló Luet—, ya que en nosotras está su simiente. —Tocó el brazo de Nafai—. Será el abuelo de nuestros hijos, y de los hijos de Hushidh.

Moozh se volvió hacia Bitanke.

—Trece personas. Camellos y tiendas, para un viaje por el desierto.

—Los tendré preparados —dijo Bitanke. Pero Moozh notó que Bitanke reaccionaba con excesiva tranquilidad, como si el encargo no le sorprendiera.

—Ya lo sabías —acusó Moozh. Miró a los demás—. Lo habéis planeado desde un principio.

—No —aseguró Nafai—. Sólo sabíamos que el Alma Suprema intentaría impedir la boda.

—¿Crees que habríamos callado si hubiéramos sabido que éramos tus hijas? —preguntó Luet.

—Señor —intervino Bitanke—, debes recordar que tú y Rasa me ordenasteis que preparara camellos, tiendas y provisiones.

—¿Cuándo te ordené semejante cosa?

—Anoche, en mi sueño —respondió Bitanke.

Era el colmo. Dios lo había destruido, y llegaba al extremo de hacerse pasar por él en el sueño profetice de otro hombre. La derrota era un pesado lastre que le encorvaba los hombros.

—¿Por qué crees que has sido destruido? —preguntó Nafai—. ¿No

oyes cómo te vitorean? Moozh escuchó. Moozh, decían. Moozh. Moozh. Moozh.

—¿No ves que al dejarnos partir eres más fuerte que antes? Esta ciudad es tuya. El Alma Suprema te la ha entregado. ¿No oíste lo que dijo la madre de las niñas? Eres el esposo del Alma Suprema, y de Basílica.

Moozh la había oído, sí, pero por primera vez en su vida —no, por primera vez desde que había amado a esa mujer, tantos años atrás — no había pensado en el provecho que podría sacar de esas palabras. Sólo había pensado: Dios manipuló mi único amor; Dios destruyó mi futuro; Dios ha poseído y arruinado mi pasado y mi futuro.

Ahora comprendía que Nafai tenía *razón.* ¿Acaso durante los últimos días no había presentido que *quizá* Dios había cambiado de parecer y estaba obrando a su favor? Había presentido bien. Dios deseaba llevar a sus hijas al desierto en una misión misteriosa, pero aparte de eso los planes de Moozh permanecían intactos. Basílica era suya.

Moozh alzó las manos, y la multitud —que ahora gritaba menos, tal vez por mera fatiga— guardó silencio.

—¡Qué grande es el Alma Suprema! —gritó Moozh. La multitud ovacionó.

—¡Mi ciudad, mi prometida! —profirió Moozh.

La multitud aplaudió de nuevo.

El general se volvió hacia sus hijas y murmuró:

—¿Sabéis cómo puedo sacaros de la ciudad sin que *parezca* que destierro a mis propias hijas, o que estáis huyendo de mí?

Hushidh miró a Luet.

—La vidente puede hacerlo.

—Ah, gracias —protestó Luet—. ¿De repente tengo que ocuparme yo?

—En efecto —dijo Nafai—. Tú puedes hacerlo.

Luet irguió los hombros, dio media vuelta y caminó hacia el frente de la plataforma. La multitud calló de nuevo, esperando. Luet aún estaba conectada al sistema de amplificación de la Orquesta, pero eso no importaba. La multitud la oiría porque estaba en plena sintonía con el Alma Suprema.

—Mi hermana y yo estamos tan asombradas como vosotros. Desconocíamos nuestro origen, pues aunque el Alma Suprema nos ha hablado toda la vida, nunca nos dijo que éramos sus hijas de esta manera. Ahora su voz nos llama para ir al desierto. Debemos acudir a ella, y servirla. En nuestro lugar queda su esposo, nuestro padre. ¡Sé una esposa fiel, Basílica!

No hubo vítores, sólo murmullos. Luet miró por encima del hombro, temiendo haberlo hecho mal. Pero era sólo porque no estaba

acostumbrada a manipular multitudes. Moozh sabía que lo estaba haciendo bien, y asintió, para indicarle que continuara.

—El consejo de la ciudad iba a pedir a nuestro padre que fuera cónsul de Basílica. Si esto era aconsejable antes, mucho más lo es ahora. Pues cuando se conozcan los actos del Alma Suprema, todas las naciones del mundo envidiarán a Basílica; será conveniente que este hombre sea nuestro portavoz ante el mundo y nuestro protector frente a los lobos que nos atacarán.

Ahora hubo vítores, aunque breves.

—Basílica, en nombre del Alma Suprema, ¿quieres que Vozmuzhalnoy Vozmozhno sea tu cónsul?

Había llegado el momento. Luet les había dado una clara ocasión para que respondieran, y el resultado fue un estentóreo y multitudinario grito de aprobación. Era mucho mejor que la propuesta de una consejera. La vidente había pedido que lo aceptaran, y en nombre de Dios. ¿Quién se le opondría ahora?

—Padre —dijo Luet, cuando se apagaron los gritos—, Padre, ¿aceptarás una bendición de tus hijas?

¿Qué era esto? ¿Qué hacía ella ahora? Moozh tuvo un instante de confusión. Entonces comprendió que esto no estaba dirigido a la multitud. Luet no lo hacía para manipular ni controlar los acontecimientos. Hablaba con el corazón; en un día había ganado un padre e iba a perderlo, así que deseaba darle un obsequio de despedida. Moozh cogió a Hushidh de la mano y se arrodilló entre las dos hermanas. Ellas le apoyaron las manos en la cabeza.

—Vozmuzhalnoy Vozmozhno —dijo Luet—, nuestro padre, nuestro querido padre. El Alma Suprema te ha traído aquí para que conduzcas esta ciudad a su destino. Las mujeres de Basílica tienen sus esposos año a año, pero la ciudad de las mujeres ha permanecido soltera hasta ahora. Ahora el Alma Suprema te ha escogido, Bas ílica ha encontrado por fin un hombre digno, y tú serás su único esposo mientras estas murallas sigan en pie. Pero a través de los grandes acontecimientos que presenciarás, a pesar de toda la gente que te amará y seguirá en los años venideros, nos recordarás. Te bendecimos para que nos recuerdes, y en la hora de tu muerte verás nuestros rostros en tu memoria, y sentirás el amor de tus hijas en el corazón. Así sea.

Atravesaron la Puerta del Embudo, y Moozh estaba junto a Bitanke y Rashgallivak para despedirlos. Moozh había resuelto nombrar a Bitanke comandante de la guardia, y Rash sería el gobernador de la ciudad cuando Moozh se marchara con su ejército. Desfilaron ante él, ante la multitud que saludaba, lloraba y aplaudía: una caravana de tres docenas de camellos cargados con tiendas y

provisiones, pasajeros y cajas de almacenaje.

Los burras se apagaron en la distancia. El tórrido aire del desierto los envolvió mientras descendían a la planicie rocosa donde las negras huellas de las engañosas fogatas de Moozh se extendían como picaduras de viruela. Todos guardaban silencio, pues los acompañaba la escolta armada de Moozh, para protegerlos e impedir que regresaran los viajeros más renuentes.

Cabalgaron hasta el anochecer, cuando Elemak escogió un sitio para montar las tiendas. Los soldados se encargaron de esta labor, aunque por orden de Elemak mostraron a los inexpertos cómo se hacía. Obring, Vas y las mujeres no las tenían todas consigo, pero Elemak los alentó y no hubo tropiezos.

Pero cuando los soldados se marcharon, no se cuadraron ante Elemak, sino ante Rasa, y Luet la vidente, y Hushidh la descifradora y, por razones que Elemak no atinó a comprender, también ante Nafai.

En cuanto partieron los soldados, comenzaron las riñas.

—¡Que los escarabajos se os metan por la nariz y los oídos y os coman el cerebro! —gritó Mebbekew a Nafai, a Rasa, a todos los que estaban a su alcance—. ¿Por qué me habéis incluido en esta caravana suicida?

Shedemei estaba igualmente enfadada, pero se controlaba.

—Yo no acepté venir. Yo sólo iba a enseñaros a revivir los embriones. No teníais derecho a obligarme.

Kokor y Sevet lloraban, y Obring sumó sus protestas a los gritos de Mebbekew. Las palabras de Rasa, Hushidh y Luet no sirvieron para aplacarlos, y cuando Nafai intentó decir algo, Mebbekew le arrojó arena en la cara y lo dejó sin aliento.

Elemak observó en silencio hasta que se calmaron los ánimos. Entonces se plantó en medio del grupo y dijo:

—Calma, amados compañeros, se pone el sol y el desierto pronto se enfriará. Entrad en las tiendas y callad para no llamar la atención de los salteadores.

Claro que los salteadores no constituían un peligro, tan cerca de Basílica y con una caravana tan numerosa. Además, Elemak sospechaba que los soldados gorayni habían acampado a poca distancia, para acudir al menor grito de alarma. Y también para impedir que ninguno de ellos regresara a Basílica.

Pero ellos no eran hombres del desierto, como Elemak. Si yo decido regresar a Basílica, dijo en silencio a los soldados gorayni, iré a Basílica, y ni siquiera vosotros, los mejores soldados del mundo, podréis detenerme, pues ni siquiera os enteraréis de que he pasado.

Elemak entró en su tienda, donde Eiadh lo esperaba llorando. Ella pronto olvidó sus lágrimas, pero Elemak no olvidó su furia. No había gritado como Mebbekew, no había protestado ni rezongado, pero

estaba tan enfadado como los demás. Sin embargo, prefería callar hasta que llegara el momento adecuado.

Moozh no habrá podido oponerse a los planes y designios del Alma Suprema, pero eso no significa que yo no pueda, pensó Elemak, y se durmió.

En el cielo pasaba un satélite, reflejando una chispa de luz solar. Un ojo del Alma Suprema que veía todo lo que sucedía, que recibía todos los pensamientos que cruzaban la mente de las personas situadas bajo su cono de influencia. Mientras todos se dormían, el Alma Suprema comenzó a observar sus sueños, esperando ansiosamente un arcano mensaje del Guardián de la Tierra. Pero esa noche no hubo visiones de ángeles peludos ni ratas gigantes, ningún sueño salvo las caóticas improvisaciones de trece cerebros dormidos, historias sin sentido que todos olvidarían al despertar.

EPÍLOGO

El general Moozh cumplió con sus aspiraciones. Unió las Ciudades de la Planicie y Seggidugu, y miles de soldados gorayni desertaron para unirse a él. Las tropas del imperátor se desperdigaron, y antes del final del verano las tierras sotchitsiya fueron libres. Ese invierno el imperátor se refugió en las nieves de Gollod, mientras sus espías y embajadores procuraban persuadir a Potokgavan de que organizara un ejército para atacar a Moozh por la espalda.

Pero Moozh ya había previsto esta posibilidad, y la flota potoku se topó con el general Bitanke y diez mil soldados, hombres y mujeres de una milicia que él mismo había adiestrado. La mayoría de los soldados potoku pereció en el agua, mientras sus naves ardían y su sangre dejaba una espuma roja en cada ola que rompía en la playa. En la primavera, Gollod cayó y el imperátor se suicidó antes que Moozh pudiera capturarlo. Desde el palacio de verano del imperátor, Moozh declaró que en Armonía no existía ni había existido jamás ninguna encarnación de Dios, salvo por una mujer desconocida que había acudido a él como el cuerpo del Alma Suprema, y había dado dos hijas al esposo del Alma Suprema.

Moozh murió al año siguiente, envenenado por un dardo potoku mientras sitiaba la pantanosa capital de Potokgavan. Tres parientes sotchitsiya, media docena de oficiales gorayni y Rashgallivak de Basílica reclamaron el derecho a la sucesión. Durante las guerras civiles que siguieron, tres ejércitos convergieron en Basílica y los habitantes huyeron. A pesar de la valerosa defensa de Bitanke, la ciudad cayó. Las murallas y los edificios fueron derrumbados, y cuadrillas de prisioneros arrojaron los cascotes al lago de las mujeres hasta no dejar piedra sobre piedra, y el lago se ensanchó y perdió profundidad.

En el verano siguiente, sólo viejas carreteras indicaban que antaño había existido allí una ciudad. Y aunque algunas sacerdotisas regresaron y construyeron un templete a orillas del lago de las mujeres, las aguas calientes y frías ahora se mezclaban muy por debajo de la nueva superficie del lago, así que ya no había densas nieblas y el lago ya no era tan sagrado. Pocos peregrinos lo visitaban.

Los ex ciudadanos de Basílica se desperdigaron a lo largo y a lo ancho del planeta, pero muchos recordaban quiénes eran, y transmitían las historias de generación en generación. Éramos de Basílica, decían a sus hijos, así que el Alma Suprema aún vive en nuestro corazón.